

Autora Best-seller por el *New York Times* y *USA Today*

LOCO ^{DE} AMOR



MARIE
FORCE



Table of Contents

Nota de la Autora

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Listo para el Amor

Otros Romances Contemporáneos disponibles de Marie Force

Sobre la Autora

Loco de Amor
Los McCarthys de Gansett Island
Libro 2
Por: Marie Force

Copyright
Publicado por HTJB, Inc.
Copyright 2011. HTJB, Inc.
Portada por Kristina Brinton
ISBN: 978-1942295013

Este libro electrónico está disponible solo para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser re-vendido ni regalado a otras personas. Si usted desea compartir este libro con otra persona, por favor, hágalo a través de los canales minoristas adecuados. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no fue comprado solo para su uso, por favor devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el trabajo de la autora. Para obtener el permiso para extraer fragmentos del texto, por favor póngase en contacto con la autora en marie@marieforce.com.

Todos los personajes de este libro son de ficción y producto de la imaginación de la autora.
<http://marieforce.com>

Serie Los McCarthys de Gansett Island
Pack Los McCarthys de Gansett Island (Disponible en español)
Libro 1: [Criado para el Amor](#)
Libro 2: [Loco de Amor](#)
Libro 3: [Listo para el Amor](#)
Libro 4: [Cayendo en el Amor](#)
Libro 5: [Esperanzada por Amor](#)
Libro 6: Temporada para el Amor
Libro 7: Anhelos de Amor
Libro 8: Esperando un Amor
Libro 9: Tiempo para el Amor
Libro 10: Destinada para el Amor
Libro 10.5: Oportunidad para el Amor, una Novela de Gansett Island

Libro 11: Gansett Después del Anochecer
Libro 12: Besos Después del Anochecer

Table of Contents

Nota de la Autora

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Listo para el Amor

Otros Romances Contemporáneos disponibles de Marie Force

Sobre la Autora

Nota de la Autora

Mi lugar favorito en el mundo es de Block Island, situado a unos veinte kilómetros de la costa sur de Rhode Island. Un pequeño trozo de tierra con un gran estanque salado en el medio, Block Island es un lugar olvidado por el tiempo. No encontrarás ni un semáforo en la isla, ni un hospital. La conexión a Internet es, en el mejor de los casos, inexistente, y buena suerte para encontrar una habitación de hotel o un lugar para aparcar en verano si no has reservado con meses de antelación. Lo que allí encontrarás es paz y tranquilidad, playas y acantilados, y pintorescas tiendas y un ambiente relajado que alegra el alma.

La isla ha tenido un papel muy importante en mi vida desde que era una niña y la visitaba en barco con mis padres, a través de un romance de la universidad, y ahora como mi sitio preferido en el que pasar las vacaciones con mi familia. Nunca he estado en ningún otro lugar que me haya inspirado más. Block Island aparece a menudo en mis libros, así que supuse que era solo una cuestión de tiempo que hiciera una propia versión sobre la isla y ambientara una serie allí. Así es como nacieron Gansett Island y la Familia McCarthy. “Gansett” es un guiño a la bahía de Narragansett en Rhode Island, uno de mis lugares favoritos para pasar un día soleado.

¡Me encantaría escuchar a mis lectores! Ponte en contacto conmigo en marie@marieforce.com. Únete a mi lista de correos electrónicos para ser notificado de la publicación de los próximos libros.

¡Bienvenido de nuevo a Gansett Island! Si bien esta historia es independiente, la disfrutarás más si lees *Criado para el Amor* primero. Espero que te diviertas con la historia de Joe y Janey. Estate atento al final para el avance de la historia de Luke y Sydney, *Listo para el Amor*.

xoxo

Marie

Capítulo 1

La llamada telefónica que Joe Cantrell había estado esperando la mitad de su vida, se produjo alrededor de las nueve de la noche de un martes, por lo demás, normal. El hombre había estado trabajando una jornada de doce horas en los transbordadores, había hecho cuatro viajes alrededor de la isla, y acababa de sentarse a comer cuando sonó su teléfono móvil. Dado que había estado de muy mal humor durante todo el día, torturado por unas imágenes mentales de Janey en Boston con su prometido, casi había ignorado la llamada. Gracias a Dios que había contestado en el último tono antes de que saltara el contestador.

“Joe.”

Una sola palabra hizo que su corazón se disparara. Él conocería esa voz en cualquier lugar. “¿Janey? ¿Por qué me llamas cuando vas a ver a David?” Mantuvo su tono ligero, solo decir el nombre del chico le hacía sentir enfermo. No podía soportar la forma en que David pasaba semanas, a veces meses, sin hacerle una sola visita a su prometida. A veces Joe deseaba no tener un asiento de primera fila para saber quiénes salían y entraban de la isla. Algunas cosas era mejor no saberlas.

Joe la había visto antes temprano en la mañana, saltando en el ferry de camino a sorprender a su potencial médico por su aniversario, trece años juntos. La suerte de los trece, había bromeado ella, Joe no lo había encontrado gracioso.

“Necesito. . .”

¿Estaba *llorando*? “Janey, cariño. ¿Qué necesitas?”

“A ti.”

Joe casi se tragó la lengua. ¿Cuánto tiempo hacía que soñaba con escuchar esas palabras de ella? Desde siempre, o al menos, eso parecía. “¿Qué ha pasado?”

“Mi coche se ha averiado en la 95, al sur de Foxboro.”

¿Por qué estaba al sur de Boston cuando había ido a visitar a David por unos días? “¿Dónde está David?”

“Te estoy llamando a *ti*, Joe. ¿Puedes venir?” Más llanto. “¿Qué estaba pensando? Está demasiado lejos—”

Él ya estaba dejando una nube de polvo detrás de su camioneta roja mientras que salía del camino de entrada. “No digas tonterías, estaré allí en menos de una hora.” En circunstancias normales, tardaría mucho más que eso en llegar a ella, pero las circunstancias actuales eran cualquier cosa menos

normales. Había pasado algo, algo malo. Si era algo entre Janey y David, entonces, todos los sueños de Joe por fin se habrían hecho realidad. Pero los de ella habrían sido destrozados, tenía que recordar eso. No importaba lo que esta noche pudiera depararle, Joe no podía olvidar que ella había estado con David durante casi tanto tiempo como él había albergado un secreto, un ardiente amor por la hermana pequeña de su mejor amigo.

En el camino, trató de hacer que Janey no dejara de hablarle y que su corazón dejara de dar brincos en su pecho. “¿Quieres hablar de ello?”

“No.”

“No estarás herida, ¿verdad?”

“No físicamente.”

Oh, Dios. *¿Qué diablos habría pasado?* Joe se moría por saberlo, pero no se lo preguntó de nuevo. Condujo tan rápido como pudo, y media hora más tarde se vio atrapado por el tráfico de Providence.

“¿Todavía estás ahí?” Le preguntó ella en un hilo de voz. Janey McCarthy, *su* Janey, nunca tenía una voz tan frágil.

“Estoy aquí, cariño. Ya voy, aguanta ahí.”

Más llanto.

Jesucristo. ¿Por qué demonios no se estaba *moviendo* nada? Incluso sabiendo que no le iba a servir de nada, Joe tocó la bocina. Solo le sirvió para que el hombre en el coche de delante le hiciera la peineta. Cuando sintió que su desesperación estaba llegando a su límite, Joe quiso llamar a Mac y saber su opinión sobre lo que estaba sucediendo, pero hasta que no supiera más de lo que había pasado, no creía que a Janey le gustara que su hermano supiera que algo iba mal.

Como si hubiera leído su pensamiento, Janey dijo, “No se lo digas a Mac.”

“Jamás se me ocurriría.” El tráfico empezó a avanzar lentamente, y Joe estaba seguro de que a estas alturas, su presión arterial tenía que estar por las nubes.

Veinte minutos más tarde, voló a través de la frontera con Massachusetts. “Allá voy.”

“Bien.”

Cuando por fin llegó a su ubicación, Joe sintió que se quería morir cuando la vio sentada en el asiento delantero de su viejo Honda Civic azul, inclinada sobre el volante. Janey nunca se hundía, pasaba por la vida con una exuberancia y un optimismo que iluminaba cada habitación en la que entraba.

Joe tuvo que dejarla atrás para llegar a la próxima salida, donde tuvo que

soportar los dos semáforos rojos más largos de toda su vida antes de ser capaz de incorporarse en la rampa hacia el sur. En el momento en que se detuvo detrás del coche de Janey, con las manos sudorosas, y su corazón acelerado, se dio cuenta que no tenía absolutamente ninguna idea de qué decirle. Las mujeres en crisis no eran su fuerte. Respiró hondo y se bajó del vehículo.

Ella no pareció darse cuenta de que él estaba allí hasta que abrió la puerta y se puso en cuclillas.

Ver su devastado rostro fue como si le hubieran clavado un cuchillo en el corazón.

Las lágrimas se agrupaban en sus ojos azul claro. “Joe.”

“¿Qué ha pasado, cariño?”

“Él estaba. . . Él. . .”

Joe levantó la mano para acariciar su suave pelo rubio. “Respira profundamente.”

Ella tragó saliva cuando otro sollozo hipó a través de ella. “Estaba con otra mujer, en *nuestra* cama, la cama que yo le ayudé a comprar, la cama que iba a traerse consigo cuando se mudara a la isla para casarse conmigo.”

“Tranquila, cariño,” dijo Joe con los dientes apretados. Si ella no paraba de hablar, él no sería capaz de contener la rabia al rojo vivo que le poseía en estos momentos, y el hombre ya se había convertido en todo un experto ocultando sus sentimientos delante de ella. “No tienes que hablar ahora de eso.”

“Es todo en lo que puedo pensar. Ella estaba encima de él, y él tenía los ojos cerrados. No me vio. Yo no me pude mover. Me quedé allí mirando—”

“Entiendo lo que quieres decir. No te preocupes.”

“Lo siento. Probablemente tenías mejores cosas que hacer esta noche.”

“No, no es verdad.” Rodeado por el aroma de jazmín, el perfume de Janey, Joe deseaba poder abrazarla y nunca dejarla ir. Pero se limitó a depositarla en el asiento delantero de su camioneta y regresó para coger la maleta que ella había empacado para pasar unos días con David. Joe quería coger a ese hijo de puta y darle una lección que no olvidara jamás. Pero pensó que Mac ya se ocuparía de ello cuando se enterara de lo que le había hecho a su hermana. En este momento, la principal prioridad de Joe era Janey.

Antes de que él se uniera a ella en su camioneta, Joe llamó a una grúa para que se encargara del coche. El operador le pidió un número de contacto, y él recitó el suyo. Terminó la llamada y apoyó la mano en el pomo de la puerta, tomándose unos segundos para reunir el valor que necesitaba para pasar por

esto—para ayudarles a los dos a pasar por esto.

“Ni siquiera te he preguntado si estabas ocupado,” dijo Janey, limpiándose las lágrimas en sus mejillas.

“No lo estaba, me alegro de que me hayas llamado.”

“No sabía a quién más llamar.”

Él se acercó y apoyó la mano sobre la de ella. A pesar de que era verano y hacía cincuenta grados, su mano estaba fría y temblorosa. “Sabes que siempre me puedes llamar, cuantas veces me necesites, para eso están los amigos.” La cara de Janey, normalmente alegre, estaba pálida y demacrada, con los ojos y la nariz rojos de tanto llorar, y viéndola en esa condición, Joe descubrió que era posible sentir el dolor de otra persona con la misma fuerza como si se tratara del dolor de uno mismo.

Janey se pasó su mano libre por la cara. “Debo tener una pinta horrible. No sabía que fuera posible llorar tanto.”

Metiendo un mechón de su pelo grueso, rubio ceniza por detrás de su oreja, Joe se resistió al impulso de tirar de ella en sus brazos. “Estás tan guapa como siempre. Es un imbécil, Janey. Cualquier persona capaz de faltarte al respeto de esa manera no te merece.”

“Trece años,” dijo ella, sacudiendo la cabeza. “He pasado trece años de mi vida esperando algo que ahora nunca va a pasar.” Se quedó sin aliento. “Oh, Dios, la boda. Tengo que cancelarlo todo.” Un escalofrío recorrió su menuda figura, y Joe se preguntó por un momento si tendría ganas de vomitar.

“No tienes que pensar en nada de eso hoy. En este momento, vamos a centrarnos en llevarte a casa.”

Una expresión de pánico cruzó su expresivo rostro. “No puedo volver a la isla. Todo el mundo se enterará. No puedo—”

Joe no podía resistirse más. Tiró de ella en sus brazos y pasó una mano por su sedoso pelo. “No tienes que hacer nada hasta que no estés lista.” Tragando saliva, él empujó las dudas y preocupaciones y la desesperación de su mente. “Puedes quedarte conmigo durante el tiempo que sea necesario.” Las palabras salieron de sus labios antes de que pudiera detenerlas. Su boca, al parecer, estaba funcionando en piloto automático.

“No puedo hacer eso. Es demasiada imposición.”

Dios, si ella supiera. . . “¿Lo harías tú por mí? Si necesitara un lugar en el que esconderme durante un tiempo, ¿dejarías que me quedara contigo?”

“Por supuesto que sí, lo sabes de sobra.”

“Entonces, ¿por qué no puedo hacer lo mismo por ti?” Incluso mientras

decía las palabras, Joe se cuestionó las repercusiones de abrirle las puertas de su casa. Si ella se quedaba unos días hasta recuperarse lo suficiente como para seguir adelante con su vida, su esencia quedaría atrapada en su casa y su corazón para siempre. Bueno, siempre se podría mudar, si llegaba el caso.

Un profundo suspiro, uno de esos que van seguidos de una llantina en toda regla, se hizo eco a través de ella. “¿De verdad no te importa?”

“No, Janey,” dijo él con un profundo suspiro de los suyos. “De verdad que no.”

Janey intentaba poder superarlo a cada minuto. Inhala, exhala, no pienses, no recuerdes, no vayas allí. Pero a pesar de sus mejores esfuerzos, la visión de su novio retorciéndose en éxtasis debajo de las entusiastas caderas de otra mujer, se había grabado a fuego de manera indeleble en su memoria. Él tenía las manos llenas de sus pechos, que eran mucho más grandes que los de ella. ¿Estarían saliendo? ¿O habría sido una cosa de una sola noche? ¿Habría sido la primera y única vez? ¿O habría habido otras? ¡Oh, Dios, había sido tan estúpida!

Ella nunca había sospechado ni por un segundo que él pudiera serle infiel. Siempre estaba tan ocupado con su internado y su vida como médico. Y ella había aceptado sus muchas excusas porque quería mostrarle su apoyo y no añadir más estrés a su vida, reclamando más tiempo y atención.

Todas las dudas persistentes de los últimos trece años volvieron con fuerza para recordarle que había habido demasiadas señales de advertencia, y ella había optado por ignorar cada una de ellas.

Al igual que cuando él la había disuadido de ir a la Facultad de Veterinaria. Los préstamos nos matarán, le había dicho. Había argumentado que solo uno de ellos debía ir a la escuela de medicina, porque las prácticas de la isla no generarían ingresos suficientes para pagar todos los préstamos que habrían tenido que pedir, y ni mucho menos les sobrarían ahorros para poder cuidar de ellos y de los cuatro hijos que habían planeado tener.

Dado lo estúpida que era, ella había estado de acuerdo con él, conformándose con un trabajo como técnico en la oficina del veterinario de la isla cuando había tenido nota suficiente para entrar en la escuela superior de veterinaria. Seis años de la limpieza de excrementos de perros y el arreglo personal de caniches matarían su tiempo hasta que fuera la esposa del único médico en la isla, y entonces podría quedarse en casa para criar a sus hijos: David Jr; Anna, Henry y Ella. Eligieron los nombres cuando solo tenían

diecisiete años.

Un sollozo brotó de su garganta. Todos sus sueños se habían convertido increíblemente en polvo en una fracción de segundo.

Sintonizando con su miseria, Joe se desabrochó el cinturón de seguridad y tiró de ella para que apoyara la cabeza en su hombro.

Por razones que nunca habían discutido ni reconocido siquiera, probablemente él no era la persona más indicada a la que debería haber llamado. Sin embargo, con su hermano, padres y amigos más cercanos en la isla, y sus otros tres hermanos fuera del estado, no había tenido mucha elección. Apoyando la cabeza en su fuerte y seguro hombro, Janey supo que podía contar con su discreción, incluso si le estaba poniendo en la difícil posición de tener que servirle como su caballero de brillante armadura.

“Estoy seguro de que no lo crees posible en este momento, pero saldrás de esto, Janey. Sé que lo harás.”

“Me gustaría poder estar tan segura como tú.”

“Te mereces a alguien mucho mejor que no te deje sola durante años y luego te engañe.”

Sus palabras dichas suavemente redujeron a un nuevo mar de lágrimas. Justo cuando ella pensaba que no podría llorar más, lo hizo.

“Lo siento,” dijo él, enfadado consigo mismo. “No debería haber dicho eso.”

“No pasa nada,” contestó ella entre sollozos. “No es nada que no me haya dicho yo ya a mí misma.”

Joe pasó una consoladora mano arriba y abajo por su brazo, y Janey se hundió en la calidez de su abrazo.

“Aguanta. Ya casi estamos en casa.”

¿Qué era casa ahora que David ya no era parte de su vida? ¿Qué iba a hacer? ¿Dónde iba a vivir? ¿En quién se iba a apoyar, y con quién iba a reír y a hacer el amor? Habían hecho tantos planes. . . sus ojos ardían y sentía como si su cabeza fuera a estallar, pero aún así, las lágrimas continuaron cayendo en cascada por sus mejillas.

La mejor parte era que él ni siquiera la había visto. No tenía ni idea de que su vida en común había terminado. ¿Le preocuparía si quiera cuando se enterara? ¿La querría todavía? Si era así, ¿cómo podía acostarse con otra persona? ¿Cómo podía haberle hecho esto a ella? ¿A *ambos*?

Janey nunca había deseado con tanta fuerza que existiera una especie de interruptor en su interior que le permitiera apagar su cerebro. Cerró los ojos

para no sentir más la quemazón, y no trató de luchar contra la oscuridad, de hecho, le dio la bienvenida.

Joe se mordió el labio inferior hasta que el sabor de la sangre lo trajo de vuelta al presente. La tensión trepó por su cuello y espalda mientras que ella se abrazaba a él. Sospechaba que Janey se habría quedado dormida, lo cual le parecía justo lo que necesitaba. Le vendría bien un respiro del dolor, y él esperaba que lo encontrara en su intranquilo sueño.

Veinte minutos más tarde, él se detuvo en su camino de entrada a la vez que la luna se levantaba sobre Shelter Harbor. Se quedó allí sentado durante un largo tiempo pensando en las posibles repercusiones de su decisión. Haberla traído aquí había sido un error; un error, de hecho, de proporciones épicas. Solo estar cerca de ella ya era una tortura de por sí, y ahora ella estaría bajo su techo por quién sabe cuánto tiempo. Afligida y destrozada, y sin ser consciente de lo que él sentía por ella.

Joe apretó los dientes y aceptó lo inevitable. Él le había ofrecido un lugar para quedarse, y ahora no podía deshacer la invitación. Además, incluso si pudiera, no lo haría. Tal vez era una especie de masoquista, después de todo. Tener a Janey, incluso en su estado actual, era mejor que no tener a Janey. Una pequeña chispa de esperanza brilló justo por debajo de la superficie de su dilema actual, recordándole que era la peor clase de imbécil—un hombre que había pasado una gran parte de su vida enamorado de una mujer que jamás podría tener.

Pero aquí estaba ella ahora—en su camioneta, en sus brazos, y en su casa. Tal vez esto era todo lo que alguna vez obtendría de ella. Cuando la levantó con cuidado de la camioneta y la llevó adentro, decidió que sería más que suficiente.

Capítulo 2

Joe la acomodó en su cama, puso las mantas sobre ella, y se sentó en el borde del colchón. Su pelo rubio estaba extendido sobre la almohada, y sus labios de color rosa formaban el puchero perfecto. Era tan hermosa, incluso con esas manchas rojas en las mejillas y la nariz moqueando. Su respiración se trababa con los sollozos que no dejaban de emerger de su garganta, cada uno de ellos era una espina que se clavaba en el corazón de Joe.

No había nada que no haría para aliviar su dolor. Apartó el pelo de su frente, y aunque sabía que no era lo más correcto en estos momentos, pasó un dedo por su suave mejilla.

Ella murmuró en su sueño.

Como si hubiera tocado algo ardiendo, Joe apartó la mano y se levantó para abandonar la sala mientras que todavía pudiera. Una vez en el pasillo, apoyó la frente contra la pared. Cuanto más tiempo permaneciera allí, más ridículo se sentiría. El aroma de Janey se aferraría a sus sábanas y almohadas. Cada vez que mirase hacia esa cama en el futuro, la vería allí. Golpeó la cabeza contra la pared, solo cuando empezó a notar dolor, se detuvo.

Frotándose la frente, Joe fue a la cocina para limpiar los restos de la cena que no había podido terminar. Normalmente a estas alturas, estaría muerto de hambre, pero estaba tan revuelto que la simple idea de comer hacía que se sintiera enfermo.

A pesar de que le había prometido a Janey que no llamaría a su hermano, Joe tomó su móvil y una cerveza de camino a la terraza de atrás. Abrió la lata y buscó en los números de su agenda hasta que encontró el teléfono de Mac.

“Ey, colega,” dijo Mac. La felicidad irradiaba de su amigo desde que se había enamorado de Maddie Chester, y Joe no podía estar más feliz por los dos.

“¿Cómo te va?”

“Bueno, estoy muy ocupado con los preparativos de la boda y las obras del puerto deportivo.”

“El gran día estará aquí antes de que te des cuenta.”

“La madre de Maddie volverá a casa en unos días, a partir de ahí comenzará la cuenta atrás.”

“¿Ya la conoces?” Preguntó Joe. “A su madre, quiero decir. He oído que es todo un descubrimiento.”

“No, pero he podido hacerme una buena impresión por lo que me ha contado Maddie. Por supuesto, todo el asunto de que haya estado en prisión

hace que tenga una imagen un poco predeterminada. . .”

A pesar de la tensión que se había apoderado de él, Joe se echó a reír. “Imagínate lo que debe ser escribir tantos cheques sin fondos como para acabar en la trena.”

“No puedo. Todo esto es demasiado embarazoso para Maddie.”

“Ya imagino. Bueno, um, escucha. . . “

“¿Qué pasa, Joe? Tu voz suena un poco rara.”

Joe cerró los ojos, respiró hondo, y dio el paso decisivo. “Janey está aquí.”

“¿Cómo que está ahí? Está con David.”

“No. Está aquí conmigo. En mi casa.”

“¿Qué demonios?”

“Ha pasado algo con él. No está herida, no físicamente al menos, pero está bastante afectada.”

“Espera un minuto,” dijo Mac fríamente y lleno de frustración. “Empieza por el principio.”

“Sé que esto te va a enfurecer mucho, pero prefiero que te lo cuente ella. Me pidió que no te llamara, pero pensé que debías saber dónde está.” En el fondo de su mente, Joe sabía que también lo había hecho por su propio instinto de preservación. Si Mac confiaba en él el cuidado de su hermana, de ninguna manera iba a permitir que sus sentimientos hacia ella fueran parte de la ecuación. Tan absurdo como podía parecer—incluso para él—Joe consideraba esta llamada como una póliza de seguro emocional.

“¿Por qué ha acabado en tu casa?”

“Su coche se averió, y ella me llamó.”

Mac se quedó en silencio durante unos segundos.

“¿Qué?” Preguntó Joe finalmente. “Dime lo que estás pensando.”

“¿De verdad crees que eres la persona más adecuada para estar ahí por ella y ayudarla a atravesar la crisis que haya tenido con David?” Joe se esperaba la pregunta. Después de todo, Mac era la única otra persona sobre la faz de la tierra que sabía lo que Joe sentía por ella. Su mejor amigo había guardado el secreto durante casi tanto tiempo como Joe había hecho.

“Ella me llamó, Mac. ¿Qué se supone que debía hacer?”

“Lo que hiciste, supongo. Me pasaré mañana a por ella.”

“No.”

“¿Perdona?”

“Ya me has oído. Necesita un poco de tiempo para recomponerse antes de tener que hacer frente a todos en la isla. Es lo que necesita en estos

momentos.”

“¿Y de repente tú eres un experto en lo que ella necesita?”

“No te pongas así conmigo, te llamaremos en unos días, hasta entonces, no te entrometas.”

“Te juro por Dios que—”

“¡Tranquilízate, Mac! Si no puedes confiar en mí para cuidar bien de ella entonces, ¿en quién puedes hacerlo?”

Al parecer, su mejor y más íntimo amigo no tenía nada que decir ante eso.

“No quiero verte sufrir a ti tampoco,” dijo Mac en voz baja.

En ese momento, el viento dejó de soplar a favor de la vela de Joe. “Yo me encargaré de eso.”

“Ten cuidado, tío. No querrás acabar peor de lo que ya estás una vez que las cosas se hayan calmado.”

“¿Cómo podría estar peor?” Le preguntó Joe con una sarcástica sonrisa. “¿Me puedes contestar a eso?”

“Ya, supongo que tienes razón. Me gustaría al menos que me dijeras qué ha pasado exactamente.”

“Usa tu imaginación. Vete al peor de los casos.”

“Hijo de puta,” murmuró Mac.

“Eso mismo.”

“Dado que tú vas a cuidar de ella, tal vez yo debería encargarme de él.”

Joe no esperaba nada menos del cariñoso hermano mayor de Janey. “Sé que es difícil para ti quedarte de brazos cruzados, pero en este caso, vas a tener que esperar a que Janey te dé el pistoletazo de salida.”

Mac lanzó un profundo y tembloroso suspiro, y Joe supo sin ninguna duda que su amigo estaba reuniendo cada gramo del autocontrol que poseía para evitar tomar un avión y volar a Boston en ese mismo instante. David Lawrence tenía suerte de que Mac McCarthy estuviera atrapado en una isla. A decir verdad, David Lawrence tenía aún más suerte de que Joe Cantrell estuviera más preocupado por el cuidado de Janey que por matar a su díscolo novio.

“Me las pagará,” prometió Mac.

“Cuando llegue el momento, yo estaré allí para echarte una mano.”

Después de recuperar la maleta de Janey de su camioneta, Joe fue a verla y la encontró durmiendo a pierna suelta, lo cual le alivió. No podía verla sufrir más en este momento, no cuando él tampoco se sentía nada bien. Dejando su bolsa al lado de la cama en caso de que se despertara en mitad de la noche, él

tomó una almohada y una pequeña manta del armario.

En el salón, se desnudó hasta quedarse en bóxers y se tendió en el sofá. A lo lejos, la luna plateada bañaba el puerto, pero todo lo que Joe podía ver era a Janey, encorvada sobre el volante de su coche, devastada y sola. Sus manos se cerraron en puños. ¡Cómo deseaba estar cinco minutos a solas con David Lawrence! Sin embargo, aunque una parte de él quería tumbar al muy imbécil, otra parte quería enviarle una nota de agradecimiento.

Tal vez ahora. . . tal vez después de que ella se recuperara del golpe y volviera sobre sus pies. . . tal vez habría una oportunidad para ellos. Dejó que su mente divagase entorno a esa idea durante cinco minutos; su fantasía pareció cobrar vida hasta que la realidad vino de nuevo para recordarle que no había esperanza. ¿A quién quería engañar? Ella solo lo veía como un hermano mayor más, nada diferente a los otros cuatro hermanos que sus padres le habían proporcionado. Nunca lo iba a ver como otra cosa que lo que siempre había sido—el mejor amigo de Mac y, por extensión, un amigo también suyo. Un pesar se apoderó de él como una mojada y pesada manta.

¡Maldita sea! ¿Por qué tenía que haberle llamado a *él* de entre todas las personas a las que conocía? ¿Por qué no podía haber continuado con su noche sin enterarse del drama que estaba teniendo lugar en Boston? Por supuesto, lo habría sabido con el tiempo, pero no habría tenido que presenciar la devastación de primera mano.

La mayor parte del tiempo, llevaba muy bien su amor no correspondido hacia ella. Claro, había momentos—como hoy cuando la había visto abordar el ferry en su pretensión por sorprender a David—cuando era agonizante amar a una mujer que amaba a otra persona. Pero la mayor parte del tiempo, era algo que estaba *ahí*, tan parte de él como la marca de nacimiento en su muslo o el gracioso dedo meñique de su pie izquierdo rizado hacia dentro.

Hace tiempo que había aceptado que era parte de su ADN. Ella era dueña de su corazón, aunque no lo supiera. Eso no significaba que su vida no tuviera sentido, todo lo contrario. Tenía grandes amigos, era dueño de una próspera y exitosa empresa que le encantaba, y no había pocas mujeres precisamente a su alrededor dispuestas a calentar su cama en las frías noches de Nueva Inglaterra.

No, amar a Janey McCarthy no había arruinado su vida, por lo menos no todavía. Pero ahora. . . ahora estaba allí, en la casa que había construido con sus propias manos... Joe apoyó un brazo sobre los ojos, deseando poder esconderse de las innumerables emociones que le estaban asaltando en su

interior. Todo lo que había querido en toda su vida estaba durmiendo en su cama. Y él estaba ahí, a una habitación de distancia pero a años luz de lo que más deseaba.

Contra todo pronóstico, Joe se quedó dormido y se despertó mucho más tarde por el sonido de unos desgarradores sollozos. Se incorporó y se levantó del sofá antes de estar totalmente despierto. Una vez en el dormitorio, la encontró acurrucada en posición fetal, llorando a lágrima viva.

Si se hubiera tomado el tiempo suficiente para sacudirse el estupor del sueño, tal vez podría haber previsto las consecuencias de meterse en la cama con solo unos finos calzoncillos. Podría habérselo pensado dos veces antes de abrazarla y dejar que apoyara la cabeza en su pecho. Probablemente se hubiera dado cuenta de su error antes de que ella se acurrucara contra él y se aferrara a su cuerpo como si se tratara de un salvavidas. En su sano juicio, hubiera examinado las consecuencias de todo esto antes de haber actuado tan impulsivamente. Pero para el momento en que finalmente empezó a darse cuenta de todo ello, era ya muy, *muy* tarde.

Janey McCarthy estaba en su cama y en sus brazos, y Joe Cantrell estaba arruinado, completa y totalmente arruinado.

Janey no podía recordar un momento en el que hubiera necesitado algo más que el dulce consuelo del amor de Joe envuelto firmemente a su alrededor. En algún lugar muy profundo, un lugar que rara vez se aventuraba a visitar, ella sospechaba que él la quería como algo más que la pequeña y malcriada hermana de su mejor amigo.

Cuando ella había sido la feliz novia de David y luego su prometida, jamás se había permitido profundizar demasiado en las miradas cargadas de sentimiento que a veces recibía de Joe, ni en el ambiente extraño que había experimentado cada vez que estaban juntos en los últimos años.

De hecho, más de una vez se había asustado por la intensidad de lo que había sentido viniendo de él, por lo que había hecho lo que cualquier prometida fiel y leal hubiera hecho y había actuado como si Joe no existiera. Ayer mismo, cuando pensaba que tenía una vida asentada y un futuro en curso, no había divagado en sus entretenidos pensamientos sobre el sexy mejor amigo de su hermano.

Pero mientras que estaba tan cerca de él, de repente fue muy consciente de Joe, no de su amigo, sino de Joe, el hombre. ¿Alguna vez se había dado cuenta de lo que se le marcaban los músculos? ¿O de lo increíblemente bien que olía?

En este momento, no era el amigo de su hermano, ni su amigo de hace muchos años. No, en este momento él estaba aquí, estaba caliente, y ella no tenía ninguna duda, si es que alguna vez la había tenido, de que la quería.

“Joe.”

“Estoy aquí, cariño.” Él apretó sus brazos alrededor de ella, mientras bajo la oreja de Janey, su corazón latía fuera de control. “Estoy aquí.”

Ella bebió de su olor fresco y limpio, así como del aroma persistente de sus cigarrillos de clavo que tanto le gustaban, y el aire salado del mar. Dado su estado actual, ella sabía que no era justo aprovecharse de él y de todo lo que sentía por ella. No era justo manipular su cuidado y preocupación y transformarlo en algo más grande, algo que ninguno de los dos podría manejar en este momento. Janey sabía todo eso, pero saberlo no evitó que su mano se aventurara a trazar cada una de las curvas y los planos de su musculoso pecho.

Joe respiró agudamente. “Janey.” Su mano sobre la de ella detuvo toda exploración.

“No puedo soportarlo,” susurró ella mientras que sus ojos se llenaban de nuevas lágrimas. “No puedo.”

“Lo sé.” Joe acarició su cabello y masajeó sus hombros. “Te va a llevar algún tiempo, pero lo superarás, te lo prometo.”

“Necesito sentir algo que no sea esto.” Dado que Joe tenía un firme control sobre su errante mano, Janey volvió la cara sobre su pecho y acarició su suave y rubio vello.

Como si una corriente eléctrica le hubiera golpeado, Joe se puso rígido. “¿Qué estás haciendo?”

“Hazme sentir otra cosa que no sea esta devastación, Joe.”

Él trató de levantarse, pero ella le detuvo.

Sus ojos color avellana se encontraron con los de ella en la luz de la luna que se filtraba por las persianas abiertas. “No tienes ni idea de lo que me estás pidiendo. No lo sabes.”

“Solo le estoy pidiendo a alguien que me quiere y a quien yo quiero que me abrace y haga que este horrible e insoportable dolor desaparezca.”

Él negó con la cabeza. “No puedo, Janey. Simplemente no puedo.”

“Joe.” Sus labios encontraron los suyos, su mano se hundió en su grueso cabello color arena mientras que sus dedos acariciaban su cuero cabelludo. Joe comenzó a temblar. “Te necesito. No me rechaces. Por favor, no digas que no.”

Joe enmarcó su cara con las manos mientras que se apartaba de ella. “No

me puedes pedir esto, Janey. Sabes que te daría cualquier cosa que necesites, pero esto no.”

“Nadie más podría darme esto.” Ella acarició su pecho y vientre, y sus ondeantes músculos respondieron a su toque mientras que él continuaba resistiéndose. Envalentonada, Janey se incorporó para ponerse encima de él. La presión de su erección contra su vientre le dijo que su cuerpo estaba de su parte, incluso si el resto de él no lo estaba.

Sus manos recorrieron su espalda y se detuvieron en la cinturilla de sus pantalones cortos. Joe la estudió como si estuviera tratando de tomar una decisión.

“No puedo, cariño,” dijo en voz baja. “Esto no va a hacer que las cosas cambien. Solo lo empeorará todo.”

No. No lo hará.”

“Me estás utilizando para vengarte de él. Cuando lo recapacites, no te vas a sentir menos devastada que ahora.”

Ella sacudió la cabeza y deslizó los labios sobre los suyos. “No estoy pensando en él en estos momentos. Solo estoy pensando en ti, y ya me siento mejor.” A horcajadas sobre él, se sentó y agarró el dobladillo de su camiseta.

Él la detuvo. “Te odiarás a ti misma por la mañana, y peor aún, me odiarás a mí también.”

“Jamás podría odiarte.”

“Eso es lo que piensas ahora. . .”

“Lo sé.”

Ella se soltó de su agarre y se sacó su propia camiseta por la cabeza.

Los ojos de Joe se encendieron con pasión y deseo al ver a Janey solo con un sujetador de encaje. Sus dedos se clavaron en sus caderas.

“Quítamelo.” Ella rodó sus caderas, presionando su calor contra su longitud de acero.

“*Janey . . .*” Él gimió mientras trataba de acertar con los ganchos.

Al verle reaccionar ante ella, Janey tuvo un momento de vacilación. Después de todo, nunca había hecho esto con otra persona que no fuera David. Pero él se había ido, había muerto para ella en todos los sentidos que importaban. Como no tenía más remedio que seguir adelante sin él, bien podría empezar a centrarse en el resto de su vida a partir de este preciso instante.

Con los ojos fijos en el hermoso y familiar rostro de Joe, Janey se deslizó hacia abajo y se llevó sus bóxers con ella.

Capítulo 3

Con cada fibra de su ser, Joe sabía que esto estaba muy mal. Bueno, una parte de su ser no estaba escuchando a las demás, pero él nunca había sido de los que pensaban con esa parte de su anatomía.

Hasta ahora.

Janey McCarthy estaba desnuda en sus brazos, y nada en sus más salvajes fantasías—y sus fantasías con Janey eran bastante impresionantes—se había aproximado ni remotamente a la realidad. Sus manos y sus labios le estaban devorando, dejándole incapaz de negarse, a pesar de que no tenía ninguna duda de que lo lamentarían más tarde. Ella le había dicho que no se arrepentiría de nada, no es que él se lo creyese.

A pesar del zumbido de sus pensamientos, dudas, y emociones, los labios de Janey en su vientre reclamaron toda su atención. Unos suaves mechones de sedoso cabello le hicieron cosquillas y le tentaron. Luego ella arrastró sus uñas sobre la cara interna de su muslo y su pene se sacudió. Antes de que se hubiera recuperar de ese movimiento de infarto, ella lo tomó en el calor de su boca, y Joe se sintió como una virgen experimentando este acto en particular, por primera vez.

Joe hundió los dedos en su pelo y trató de contenerse, trató de mostrar una cierta apariencia de auto-control. Como si tuvieran mente propia, sus caderas se sacudieron hacia adelante, y ella lo llevó en su boca más profundamente. Y entonces él llegó al clímax con más intensidad de lo que recordaba haber hecho en toda su vida. Incluso después de que el momento hubiera pasado, no fue capaz de recuperar el aliento ni el equilibrio. Con los dedos todavía enterrados en su pelo, la guió hasta su pecho.

Una vez allí, sus labios prosiguieron con sus burlas y tormentos. Cuando la punta de su lengua entró en contacto con su pezón, Joe la agarró por las caderas y los giró de forma que él se posicionó encima de ella. Joe le dijo a su conciencia que se callara y le permitiera disfrutar de lo que estaba siendo un sueño hecho realidad, aunque no estaba ocurriendo de la manera que hubiera querido. *Estaba* pasando, y o bien podía dejar que la culpa arruinase el momento, o podía asegurarse de que ella nunca olvidase la noche que iba a pasar en sus brazos.

Mientras que la opción A era sin duda la más sabia de las dos, Joe eligió la opción B. Cuando ahuecó su dulce seno y succionó el pezón en su boca, él decidió asegurarse de que ella le recordase—recordara *esto*—durante el resto de su vida. Todos los años que había estado amándola desde la distancia,

pensando en lo que le haría si tan solo tuviera una noche con ella, le habían hecho estar más que preparado para satisfacer todos sus deseos.

Joe trazó una ristra de besos húmedos y calientes sobre su vientre y mordisqueó los huesos de su cadera, lo que hizo que Janey comenzara a jadear. Asentándose entre sus delgados muslos, sopló la pequeña mata de vello rubio que la cubría. Ella levantó las caderas y separó las piernas. Joe trazó con su dedo la húmeda hendidura hasta que llegó a su centro. Bajó la cabeza y añadió su lengua en el mismo instante en que deslizó su dedo dentro de su húmedo calor.

“Joe,” Ella le empujó y trató de alejarse.

“Shhh, querida.”

“Nunca he...” Su voz se engancho en lo que pareció un sollozo. “Yo nunca...”

“¿Nunca has sido querida de esta manera, cariño?”

Con los ojos muy abiertos, ella negó con la cabeza. “A él no le gustaba.”

Joe cerró los ojos y se tomó un momento para absorber una nueva explosión de ira dirigida a David Lawrence. ¡Ese egoísta y arrogante *bastardo*! Sin embargo, el bueno de David había allanado el camino una vez más para Joe. No tenía ni la menor duda de que ella recordaría *esto*. Consciente de su vacilación, él empezó de nuevo a plantar besos sobre la parte interna de sus rodillas y la sedosa suavidad de la cara interna de sus muslos. Para entonces, Janey ya estaba temblando incontrolablemente.

“Relájate, cariño,” le susurró. Dejando descansar su brazo libre sobre su vientre, Joe la ancló a la cama para que se quedara quieta. “Solo trata de relajarte. Prometo que te gustará.”

Janey gimió y levantó las caderas para cumplir con las embestidas de sus dedos y su lengua.

Sus temblorosos músculos le hicieron saber a Joe que estaba muy cerca, así que rodó el corazón de su deseo entre sus labios y lo chupó.

Ella llegó al instante; sus músculos se apretaron firmemente alrededor de sus dedos.

Joe no podía esperar ni un segundo más para estar dentro de ella. “¿Estás protegida, cariño?”

Todavía jadeando, ella asintió con la cabeza. “Estoy tomando la píldora.”

Él levantó su pierna sobre su cadera y la penetró lentamente, dándole tiempo para acomodarse a él.

La expresión de Janey mostraba tal asombro y maravilla que si Joe no la

hubiera querido con todo su corazón, se hubiera enamorado de ella en ese mismo instante.

Él flexionó sus caderas, penetrándola hasta el fondo.

Janey gritó y le agarró del trasero, manteniéndole ahí mientras que llegaba de nuevo.

Joe apretó los dientes mientras que ella cabalgaba la tormenta de su orgasmo. *Dios, estaba tan caliente y tan sensible.* “Más.”

Ella abrió los ojos y se encontró con los de él. “No puedo.”

Inclinando la cabeza, él capturó su pezón entre sus dientes a la vez que bombeaba dentro de ella, decidido a demostrarle que estaba equivocada. Joe la besó, e imitó la acción de sus caderas con la lengua.

Ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello y correspondió los movimientos de su lengua con suaves caricias de la suya propia que hizo que la cabeza de Joe diera vueltas.

Joe nunca había experimentado nada como esto, ni siquiera de cerca. Antes había pensado que amar a Janey no había arruinado su vida, pero después de esto. . . Dios, después de esto, no volvería a ser el mismo. Le había dado todo lo que tenía, y para el momento en que los dos habían explotado, su vida había cambiado para siempre. Estaba sudando y respirando con dificultad y más enamorado de ella de lo que jamás hubiera imaginado posible.

“Janey. Janey.” No podía dejar de besarla, saborearla, amarla. *Por fin,* pensó, *por fin.* “Janey.”

Ella pasó los dedos por su pelo, una y otra vez, como si tampoco pudiera soportar la idea de dejar de tocarlo. Un hombre podría soñar.

Joe comenzó a plantar besos sobre su piel desde el cuello pasando por la mandíbula, hasta su suave mejilla cuando se encontró con una humedad que le detuvo en seco. “¿Estás triste, Janey?”

“No,” susurró. “Eso ha sido. . .ha sido increíble. No sabía que podía ser así.”

El corazón de Joe se sentía esperanzado—frágil, pero esperanzado, al fin y al cabo. “Nunca ha sido así para mí tampoco.”

Ella miró hacia su rostro abierto y confiado. “¿En serio?”

“En serio,” respondió él contra los labios hinchados por sus besos. “De hecho,” prosiguió con sus caderas ya en movimiento, “Creo que tenemos que hacerlo de nuevo, solo para asegurarnos de que no ha sido un único momento mágico.”

Janey rio y pasó las manos por su espalda para envalentonarle.

Encantada de haberla hecho reír después de tantas horas de desesperación, Joe capturó su boca en un ardiente beso y le hizo el amor de nuevo.

Joe se despertó solo en la cama boca abajo con el sol que entraba por la ventana. Se giró sobre su espalda, y cada músculo de su cuerpo protestó. Si había querido una prueba de que ya no era tan joven como solía ser, su cuerpo le acababa de indicar sin duda que ya no tenía aguante para una noche de festín sexual—claro que jamás había hecho lo que había estado haciendo con Janey durante toda la noche.

El aroma a bacon y café flotaba en la sala mientras que él se quedó mirando el techo, reviviendo la más exquisita noche de su vida. Echó un vistazo al reloj. Las seis y media. Aún mirando hacia el techo de la catedral y fascinado por el movimiento del ventilador, Joe tomó una decisión y agarró el teléfono de la mesilla de noche.

“Leroy, soy Joe.”

“¿Qué pasa, oh Capitán, mi Capitán?”

“¿Te puedes ocupar de mis turnos hoy?”

“Por supuesto, encantado.”

Joe sonrió. El viejo se había retirado hacía años, pero aún tenía su licencia y estaba siempre en estado de alerta cada vez que Joe necesitaba cobertura.

“Gracias, hombre. Me salvas la vida.”

Leroy se echó a reír. “Siempre dices lo mismo.”

“Mi vida está en peligro muy a menudo. Tendría que estar en la isla a las nueve, diez y media, luego a la una y dos y media.”

“Lo tengo. No te preocupes.”

Joe escuchó a Janey silbando en la cocina y vaciló solo un segundo.

“¿Podrías cubrirme mañana también?”

“Claro que sí.”

“Gracias, Leroy.”

La siguiente llamada que hizo fue a la oficina para hacerles saber que se estaba tomando dos días de descanso. Había dicho que se trataba de una emergencia familiar, y se había sentido aliviado cuando no le hicieron ninguna pregunta al respecto. Desde que era el dueño del negocio, hacía más o menos lo que quería, pero rara vez se tomaba un día libre, especialmente en esta época del año en que los transbordadores no paraban de salir y llegar.

Se levantó de la cama, se puso unos pantalones cortos de gimnasia y se metió en el cuarto de baño para cepillarse los dientes antes de reunirse con

Janey en la cocina, esperando que la mañana pudiera ir de una de dos maneras —con una torpeza absoluta entre ellos o una evitación total. Joe no sabía qué opción prefería más.

“Buenos días,” dijo.

“Oh, hola.” Janey se apartó de la estufa y le saludó con una tímida sonrisa.

Pasmado, Joe se detuvo en seco y la miró fijamente. Llevaba una camiseta vieja que le llegaba hasta mitad del muslo, su pelo estaba recogido en una coleta alta, y su rostro no mostraba ninguna señal de la miseria de ayer. Más bien, podía ver un rastro de piel roja, lo que le hizo sentir extrañamente orgulloso de saber que había dejado su huella en ella. Sospechaba que había probablemente otras no tan a la vista.

“¿Joe?” Ella hizo un gesto con la mano delante de su cara. “¿Todo bien?”

Sacudiéndose de la maravilla de encontrarse a la mujer de sus sueños haciendo el desayuno en su cocina, Joe se trasladó a la cafetera. Deseoso de mantener las manos ocupadas para no ceder a la tentación de acercarse a ella y tomarla de nuevo allí mismo, en la cocina, Joe se sirvió una taza de café y tomó el primer sorbo.

Se giró justo a tiempo de verla arrugar la nariz. “¿Lo tomas negro?”

“Uh -huh. Siempre.”

“Nunca me había fijado antes. Parece un poco asqueroso.”

¿Era preocupante que él supiera que ella tomaba el suyo con crema y tres saludables cucharadas de azúcar? Probablemente. “Me gusta el sabor del café, no del café con leche y azúcar.” Miró a la sartén en la estufa. “¿Qué estás haciendo?”

“Oh, um, tortillas. Espero que te parezca bien.”

“Por supuesto.”

“Joe—”

“Janey—”

Justo delante de sus ojos, Janey McCarthy se sonrojó. Si alguien le hubiera dicho ayer que ella era capaz de ruborizarse, Joe se habría burlado. Al verla así, bañada en su propia timidez, era casi como conocerla por primera vez.

“¿Qué ibas a decir?” Le preguntó él.

“Nada, solo que estoy segura de que querrás que salga de tus asuntos—”

“No estás en mis asuntos.”

“Bueno, estoy en tu cocina y en tu . . .cama.” Ella se sonrojó de nuevo, y él se maravilló de la manera en que el color se deslizó desde su pecho hasta su cuello y las mejillas. Increíble.

Joe dejó la taza y dio un paso más cerca. “Me gusta tenerte en mi cocina.” Plantó un beso en sus labios todavía hinchados de su noche de pasión. “Y en mi cama.” Sus manos se encontraron con sus caderas y la apretó contra su instantánea erección. “Particularmente en mi cama.”

Janey levantó su mirada hacia él, y sus ojos azul claros se abrieron como platos—o al menos eso es lo que a él le había parecido. “¿Qué ibas a decir? ¿Antes?”

“Que estás preciosa por la mañana.”

“Oh.”

Joe sonrió. ¿Cómo podría no hacerlo? Ella era condenadamente hermosa, y la quería muchísimo. Deseaba poder decirle. . .

“¿No tienes que ir a trabajar?”

“Me me tomado el día libre.”

Sus ojos se abrieron aún más. “¿En serio?”

“Uh—huh.”

“¿Puedes hacer eso en temporada alta?”

Él se encogió de hombros. “No es para tanto.”

“Sí, estoy segura de que lo es. ¿Lo has hecho por mí?”

“¿La verdad?”

Ella asintió con la cabeza mientras que sus manos acariciando su pecho le dejaron sin aliento.

“Lo he hecho por mí.” Él la besó en la frente, la nariz, y los labios. “Para poder pasar más tiempo contigo.”

“Joe,” dijo ella, “te he puesto en una posición horrible.”

Él envolvió sus brazos alrededor de ella. “Me encanta la posición en la que me has puesto.”

Janey se rio y acarició su torso. “Ya sabes lo que quiero decir.”

“¿Cuándo tienes tú que volver al trabajo?” Le preguntó él.

“Pasado mañana.”

“Entonces nos tomaremos este par de días libres y no vamos a pensar en lo que pasó ayer o en qué vendrá a partir de ahora, ni en lo que significa todo esto. Viviremos en nuestra propia burbuja y mantendremos al resto del mundo fuera hasta que sea hora de enfrentarnos a él otra vez.”

“¿Qué pasa si no estoy lista para enfrentarme a él cuando explote la burbuja?”

“Eres más fuerte de lo que crees. No hay nada a lo que no puedas hacer frente. Solo necesitas un poco de tiempo para averiguar cuál va a ser tu

próximo movimiento.”

“Ha sido increíblemente injusto involucrarme contigo. . . de esa manera. . . en este momento, cuando estoy hecha un desastre. No quiero que pienses—”

Joe la besó para eliminar cualquier duda que ella estuviera a punto de expresar. “No te preocupes por mí. Puedo cuidar de mí mismo.” Pero incluso mientras que decía las palabras, Joe reconoció que se estaba preparando para una caída de la que jamás se recuperaría.

Capítulo 4

Mientras que Joe iba al supermercado a comprar algo para hacer a la parrilla a la noche, Janey se relajaba sentada en su terraza, viendo la acción en el puerto y haciendo todo lo posible para mantener su mente apartada de preocupaciones, temores, dudas y remordimientos. Cada vez que pensaba que casi le había suplicado a Joe que tuviera sexo con ella, se encogía y no sabía dónde meterse. Él había dicho que no. Le había ofrecido cualquier otra cosa menos eso. Y no era como si ella no supiera por qué se había mostrado tan renuente. Pero, ¿qué había hecho ella? Había sacado toda su artillería pesada para que él diera su brazo a torcer y tener así, el mejor sexo que había tenido en toda su vida.

¿Cómo era posible? En todos los años que había estado con David, él nunca había sacudido su mundo tal y como Joe había hecho anoche. ¿Qué iba a hacer al respecto? ¿Qué significaría?

Janey suspiró y rodó el deslumbrante anillo de compromiso de dos quilates en su dedo, hasta que cayó en la cuenta de que probablemente debería quitárselo—sino por ella, porque Joe no necesitaba que nada le recordara que técnicamente, ella estaba todavía comprometida con otra persona.

No era que su *prometido* se hubiera molestado en llamarla por su aniversario. Demonios, probablemente ni siquiera se acordaba de que ayer había hecho trece años desde que tuvieron su primera cita, el verano antes de su segundo año de universidad. Janey recordaba cada detalle de cada minuto que había pasado con David. Sabía la fecha de su primer beso, la fecha en que finalmente hicieron el amor durante su último año de universidad, y la fecha de cada ocasión trascendental que habían vivido juntos durante más de trece años.

Si pensaba en ello fríamente, David probablemente ni siquiera sería capaz de recordar la fecha en que se habían comprometido, mientras que Janey nunca olvidaría ese 18 de agosto de hacía casi dos años, cuando él la sorprendió haciéndole la pregunta mientras que navegaban fuera de Gansett.

Tenía que dejar de pensar en él. Eso era historia pasada. Toda la espera y el sacrificio y la preparación habían sido en vano. La vida que había pensado que iba a tener, no iba a pasar ahora. Ella se rio suavemente para sí misma al pensar que él ni siquiera era consciente de que todo había terminado entre ellos. Después de lo que había presenciado en su apartamento ayer, se preguntaba si realmente le importaría.

Al mirar hacia el anillo que tanto le había gustado y que tanto había

significado, Janey se preparó para el ataque de dolor y lo deslizó fuera de su dedo, luego lo guardó en el bolsillo con cremallera del bolso que llevaba con ella. Le devolvería el anillo el día que le dijera que se lo había cargado todo y que habían terminado. O tal vez se lo quedaría y lo vendería. ¿Por qué debía salir de su relación sin nada, después de todo el tiempo y la energía que había invertido en ella?

El tono de llamada entrante de su móvil hizo que se formara un nudo en su estómago. Aún no estaba preparada para hablar con David. Todavía no. Echó un vistazo al identificador de llamadas que mostraba el número de Mac, así que descolgó.

“Hola.” Hizo un esfuerzo para sonar despreocupada y bien, como si todo su mundo no se hubiera vuelto patas arriba desde la última vez que vio a su hermano ayer por la tarde.

“¿Cómo estás, mocosa?”

Janey oyó la preocupación en su voz y supo que debía haberse imaginado que Joe le llamaría después de todo. “Estoy bien. ¿Tú?”

“Janey.”

“¿Qué quieres que te diga, Mac? Me lo encontré en la cama con otra mujer. Salí de allí corriendo, mi coche se averió, llamé a Joe, y voy a quedarme con él un par de días hasta que pueda organizar los pensamientos en mi cabeza.”

“Decir lo siento en este caso no me parece lo suficiente. ¿Me das permiso para machacarle?”

Janey se rio suavemente. Algunas cosas en su vida eran demasiado predecibles, y el mayor de sus cuatro hermanos era el más predecible de todos. “Por muy satisfactorio que eso fuera para los dos, no cambiaría nada.”

“Ya, pero me haría sentir mucho mejor.”

“No le digas nada a mamá y a papá, por favor.”

“No lo haré. ¿Cuándo vienes a casa?”

“Mañana por la noche. Probablemente en el último barco.”

“Iré a buscarte.”

“No tienes que hacer eso, Mac. Ya soy una niña grande.”

“Siempre serás mi hermanita pequeña, no lo olvides.”

Los ojos de Janey se llenaron de lágrimas por primera vez desde ayer. “¿Cómo podría olvidarme cuando no dejas de recordármelo?”

Él se rio. “¿Cómo está Joe?”

Una punzada de algo perforó su vientre. ¿Culpa? ¿Deseo? ¿Remordimiento? ¿Todo lo anterior junto? “Está bien. ¿Por qué?”

“Simple curiosidad.”

“Se ha tomado el día libre para cuidar de mí, así que no tienes que preocuparte.”

Silencio.

“¿Mac? ¿Todavía estás ahí?”

“¿Joe se ha tomado un día libre la semana del cuatro de julio?”

Janey se retorció en su asiento. Tal vez debería haberse guardado ese pequeño detalle para sí misma. “¿Sí? ¿Y qué?”

“Es solo. . .inusual. Eso es todo.”

Janey no pudo evitar preguntarse qué pensaría Mac si supiera lo que había sucedido entre ella y Joe. Eso era algo que su hermano no podría saber jamás.

“¿Cómo están Maddie y Thomas?”

“Están bien. Estamos preocupados por ti.”

“Ya encontraré algún modo de superarlo.”

“Pareces demasiado tranquila. Había esperado que tuvieras un ataque de histeria.”

“Eso fue ayer.”

“Maldita sea, Janey, déjame que le rompa las piernas, ¿quieres? *¿Por favor?*”

La puerta mosquitera se abrió, y Joe subió a cubierta mientras que sus ojos color avellana bebían de cada centímetro de su cuerpo.

Janey tragó saliva. “Um, me tengo que ir.”

“No has contestado a mi pregunta.”

“Compórtate. Lo digo en serio. Yo me ocuparé de él cuando tenga que hacerlo. No necesito que pelees mis batallas por mí.”

“Pero, Janey—”

“Adiós, Mac.” Cerró el teléfono, apagó y lo acercó a su pecho. Mac haría cualquier cosa por ella, pero había algunas cosas de las que tenía que ocuparse ella misma, aunque prefiriese enviar a su hermano mayor para que se encargara de ello.

“Lo siento,” dijo Joe mientras se sentaba en el otro sillón. En lugar de mirar para otro lado, Joe la miró a los ojos, con los codos en sus rodillas. ¿Alguna vez se había Janey dado cuenta antes de que el vello en sus brazos y la barba en su mandíbula relucían en un tono dorado a la luz del sol? ¿O de que tenía que afeitarse un par de veces al día? Un cosquilleo repentino entre sus piernas la tomó por sorpresa. No podía creer estar reaccionando de esa manera a *Joe*. ¡Joe! El choque de su abrumadora atracción hacia él era casi tan

grande como encontrarse a David en la cama con otra mujer. “Sé que me pediste que no se lo dijera, pero pensé que alguien debía saber que estabas aquí.”

Cruzando una pierna sobre la otra para apaciguar esa sensación de hormigueo, Janey se encogió de hombros. “Supuse que lo habrías hecho.”

“No le he dicho lo que ha pasado, solo que estabas aquí.”

“No te preocupes, Joe. No me importa que le llamas. Me has salvado de tener que hacerlo yo.”

“¿Está muy desquiciado?”

“Solo un poco.”

“Odia la idea de que alguien pueda hacerte daño. Los dos la odiamos.”

Apoyando la cabeza sobre el respaldo, Janey se giró para poder verle. “Siempre he sido tan engreída, ¿sabes?”

“¿Qué quieres decir?”

“Siempre he sido la pequeña de los cinco hermanos McCarthy, y siempre he tenido clara cuál iba a ser mi vida desde el principio. Como ya sabes, mis hermanos están completamente perdidos en el departamento romántico, hasta hace poco, cuando Mac encontró a Maddie, y los otros siguen sin tener ni idea. Pero yo siempre supe que me iba a casar, cómo iba a ser mi vida. . .” Su garganta contrajo por la emoción. Cepillándose una pelusa imaginaria de sus pantalones cortos, ella miró por encima para encontrarle mirándola fijamente.

“¿Y ahora?”

“Ahora no tengo ni idea de qué voy a hacer.” Dijo mientras que una lágrima se deslizaba por su mejilla, la primera que había derramado hoy, lo cual era bastante notable teniendo en cuenta que su plan de vida había sido destruido el día anterior. Janey se la secó de un manotazo, negándose a ir allí de nuevo. Sus ojos todavía le dolían de ayer.

Él se levantó de su sillón y se acercó al de ella para sentarse por detrás de su cuerpo para que pudiera apoyar la cabeza en su hombro. “Piénsalo de esta manera—ahora puedes hacer lo que quieras. Cualquier cosa.”

“Todo lo que siempre quise fue casarme con David, tener nuestros cuatro hijos y vivir en la isla.”

“Durante mucho tiempo, también quisiste ser veterinaria,” le recordó él.

“Eso fue hace mucho tiempo. Soy demasiado vieja para eso.”

“¿Quién lo dice?”

Ella soltó un bufido. “No he ido a la universidad en más de seis años. Ese barco ya ha zarpado para mí.”

“Podrías volver a embarcarte en otro puerto, si eso es lo que quieres.”

“Bonita metáfora, capitán, pero no me puedo imaginar volver a la rutina de la facultad y tener que estudiar todo eso. Me he vuelto demasiado perezosa.”

“Tiene que haber algo más que te gustaría probar, algo que nunca hayas tenido oportunidad de hacer.”

Janey se puso triste mientras que un recordatorio de su reciente situación la envolvía. “Las mujeres modernas se estremecen al oírme decir que lo que más deseaba en el mundo era convertirme en esposa y madre de nuestros hijos. Así es como he imaginado mi vida desde que tenía quince años.”

“No tienes por qué imaginártela de otra manera en una sola noche.”

“Lo sé. ¿Qué es lo que has comprado en la tienda?”

“Salmón.”

“Me parece muy bien. Después de que te fuiste, me di cuenta de que no te lo había recordado.”

“¿Que eres vegetariana? ¿Cómo podría haberme olvidado de la escena que montaste cuando te enteraste de que la carne y las hamburguesas vienen de las vacas?”

“Lloré durante una semana.”

“Lo recuerdo.” Joe tomó su mano y se quedó inmóvil detrás de ella.

“¿Qué?” Preguntó ella, volviendo la cabeza para poder verle.

“Te lo has quitado.”

“No podía soportar mirarlo.”

Joe frotó la marca que la alianza había dejado en su dedo. “Te encantaba ese anillo.”

“Me gustaba aún más lo que representaba, pero supongo que era algo unilateral.”

Joe le sostuvo la mirada, y sus calientes ojos la hicieron sentir como si unos dardos se estuviesen clavando en su piel. “No sabe lo que se pierde. No tenía ni idea de lo afortunado que era.”

“No hablemos más de él. No quiero pensar en él.”

“Lo que tú quieras.”

Se acurrucó más profundamente en su abrazo. “¿Podemos quedarnos aquí un rato más?”

Él apretó sus brazos alrededor y le dio un beso en la parte superior de la cabeza. “Por supuesto.”

Mientras que ambos se movían por la amplia cocina para preparar la mesa,

Janey se dio cuenta de lo cómoda que se sentía estando allí, como si cocinar fuera un hobby más que una necesidad. Eso se añadía a la larga lista de descubrimientos que había hecho sobre Joe en las últimas horas.

“No te he dicho todavía lo que me gusta tu casa. Es preciosa.”

“Gracias. Estuve trabajando en ella a lo largo de muchos años. A veces todavía siento como si tuviera que estar haciendo o pintando algo, pero está finalmente terminada.”

Asombrada, Janey miró hacia el mosaico intrincado en la pared, la encimera de granito, los suelos de madera, y las luces en el mostrador central. “¿Has construido este lugar *tu mismo*?”

“Cada centímetro de él. Me llevó cinco años.”

“Wow.” Al ver la soltura con la que picaba las verduras para la ensalada, Janey se dio cuenta de que a pesar de que conocía a Joe desde siempre, realmente no lo *conocía* en absoluto. “No tenía ni idea.” Ella se echó a reír. “Nunca me he parado a pensar dónde vivirías cuando no estabas en la isla.”

Él se encogió de hombros. “La construcción de este lugar me mantuvo muy ocupado.”

Janey tomó un sorbo de su chardonnay. “¿Por qué no te has casado nunca?”

La mano que había estado cortando rápidamente se detuvo. Él la miró. “Simplemente nunca he estado con nadie con quien haya querido considerarlo.”

“No es que hayas tenido una escasez de candidatas,” dijo ella con una burlona sonrisa.

“¿Qué significa eso?”

“Cada vez que me doy la vuelta, estás saliendo con alguien nuevo.”

“Nunca he pensado que llevaras la cuenta.”

“No la llevo, pero ya sabes cómo es la vida en la isla. La gente habla.”

“¿Sobre *mí*?”

Janey se rio de la cara que puso. “Bueno, eres uno de los solteros más elegibles de la zona. Un exitoso y guapo hombre de negocios. Un *capitán*.”

“¿Qué dicen de mí?”

“Oh, ya sabes, una día diferente, una chica diferente.”

Joe dejó el cuchillo y se limpió las manos en el paño que llevaba sobre el hombro. “¿En serio?”

Janey se encogió de hombros, sorprendida por su consternación. “Ya sabes cómo es la gente allí. No tienen nada mejor que hacer que chismorrear sobre los demás.”

“¿Y tú crees lo que dicen? ¿Que soy qué? ¿Una especie de gigoló?”

“¡Whoa, Joe! ¡Yo no he dicho eso!”

Él cogió el plato de salmón marinado y se dirigió a la terraza.

Nerviosa ante su reacción, Janey le siguió. “No he querido molestarte.”

Joe puso el salmón en la parrilla y cerró la tapa. “No lo has hecho.”

Janey le puso la mano en el hombro, instándole a darse la vuelta. “Sí, sí que lo he hecho. Por favor, háblame.”

Él se volvió y apoyó las manos en sus caderas en una rígida postura.

“¿Joe?”

Su rostro se contrajo en una expresión difícil de leer. “Es solo que. . .”

“¿Qué?”

“Que eso no es así.”

“No me tienes que explicar nada.”

“No, pero necesito que sepas. . .”

“No es de mi incumbencia. No debería haber dicho nada.”

“¡Por supuesto que es de tu incumbencia!” Se pasó las manos por el pelo en un gesto de suprema frustración.

Janey le miró, desconcertada por la intensidad de su reacción. “¿Por qué es de mi incumbencia?”

“Dios, Janey,” dijo en voz baja mientras la agarraba por los hombros.

“¿Cómo puedes no saberlo? Algunos días me siento como si fuera por ahí con un letrero de neón atado a mi espalda.”

“No entiendo lo que quieres decir,” dijo, nerviosa por su tormento.

Joe la soltó y se trasladó a la barandilla que daba al puerto. Se inclinó y apoyó los codos en ella.

Janey se acercó a él y puso su mano en la espalda. “Lo siento. No he querido incomodarte.” Sus hombros estaban demasiado tensos.

“Janey,” suspiró, dejando caer la cabeza sobre sus manos.

Ella no sabía qué decir ni qué hacer. Manteniendo la mano en su espalda, le dio un minuto. “Joe—”

Él se giró con la espalda recta, enmarcó su rostro entre sus manos y capturó su boca en un profundo y abrasador beso. “Te quiero. Te quiero mucho, y lo he hecho desde que tengo uso de razón.” Antes de que ella pudiera decir nada, la besó de nuevo. “Odiaba ver cómo querías a alguien que no te merecía. Odiaba cómo pasaban semanas, incluso *meses* sin que te visitara. Odiaba verte perder el tiempo con él, *sabiendo* que nunca te amaría como te amaba yo.”

Ella había sospechado algo. . . pero nunca jamás había imaginado que Joe

hubiera pasado *años* enamorada de ella en silencio. Asombrada, ella le miró.
“Yo, um. . . yo. . .”

“No debería estar diciéndote estas cosas, sobre todo en estos momentos. Pero no podía dejar que pensases que voy por ahí como un chulo con las mujeres y que no me importa nadie más. He tenido citas, me he divertido con muchas chicas, y probablemente he tenido más relaciones de una sola noche que cualquier otro hombre sobre la faz de la tierra. No estoy orgulloso de ello, créeme, pero no he sentido nada por ninguna de ellas.”

Janey luchó por librarse de él. “No debería estar aquí. No debería haberte llamado ayer.” Sus manos empezaron a temblar mientras que los recuerdos de su noche erótica juntos comenzaron a pasar por su mente como fragmentos de una película. “Oh, Dios, Joe. No lo sabía. No sabía que era *así*.” Claro, ella era consciente de que él sentía algo por ella, pero, ¿estar loco de amor?
¿Durante *años*?

No, no tenía ni la más ligera idea. Jamás se había percatado de ello.

“No podías haberlo sabido. Me esforcé mucho para mantenerlo oculto. Solo una persona ha estado al tanto durante todo este tiempo.”

“¿Quién?”

Él sonrió e inclinó la cabeza.

“Mac.”

Joe asintió y tiró de Janey cerca de él. “No quiero que te vayas.”

“Lo que ha pasado entre nosotros. . .”

“Ha sido lo mejor que podía haberme pasado. Algún día, cuando estés lista, tal vez verás que es lo mejor que te ha pasado a ti también.”

Capítulo 5

Janey estaba tirada en la cama de Joe esa noche, mirando hacia el puerto, tratando de no pensar en todo lo que había sucedido en los últimos dos días y fallando miserablemente. Desde que le había confesado su amor, habían hecho manitas torpemente durante la cena, sin poder recuperar la inocente relación que habían compartido hasta entonces. Perder a Joe como amigo sería mucho peor que la traición de David. . .

La idea de perderle hacía que se sintiera desesperada. Tal vez no había sospechado sobre la profundidad de sus sentimientos hacia ella, pero siempre había sabido que la amaba. No podía perder todo eso. Simplemente no podía.

Janey se levantó y se dirigió a la sala, donde Joe estaba durmiendo en el sofá. Poniéndose en cuclillas a su lado, extendió la mano para jugar con su pelo.

Joe se despertó sobresaltado y la miró fijamente durante un largo rato mientras que recuperaba el aliento.

“Lo siento,” dijo ella. “No quería despertarte.”

Joe extendió sus brazos, y cuando Janey se hundió en su abrazo, un sentimiento de alivio se apoderó de ella. Se tumbó a su lado en el sofá mientras que el calor de su cuerpo calentaba el frío que había descendido sobre ellos antes.

“Janey,” susurró, pasando la mano por su pelo y espalda.

Joe empezó a temblar cuando ella presionó sus labios contra su cuerpo. Su aroma fresco y limpio invadió sus sentidos, y envió una oleada de deseo a través de su cuerpo. El hecho de que fuera capaz de sentir tantas encontradas por este hombre al que siempre había considerado un gran amigo, aún la desconcertaba.

Su erección se apretó contra su vientre, y su corazón latía con fuerza bajo su oído, recordándole que habían ido mucho más allá de los simples lazos de la amistad en los últimos días.

Fortalecida por el efecto que Janey sabía que tenía sobre él, levantó la cabeza y se encontró con sus ojos en la oscuridad.

Más temprano esa noche, él le había confesado estar locamente enamorado de ella. Ahora, mirándole a los ojos, podía ver hambre, necesidad, y deseo. Janey se preguntó entonces cómo no se había dado cuenta de ello durante todos estos años—o más bien, reconoció para sí misma que no se había permitido mirar demasiado cerca por temor a encontrar exactamente lo que ahora veía en esos ojos color avellana.

Todavía sosteniendo su mirada, Janey bajó la cabeza a la vez que él se incorporaba levemente y sus labios se encontraban en un dulce beso. Un zumbido perforó la conciencia de ambos. En todo el tiempo que había pasado con David, Janey nunca había experimentado nada parecido al ardiente deseo que Joe suscitaba en su interior. Durante todos estos años, su relación con David se había vuelto cómoda, estable, firme—o eso era lo que ella había pensado. Ahora, mientras que yacía en los brazos de Joe deseándole con tanta fuerza, se preguntaba si esa comodidad rutinaria sería lo que habría incitado a David a buscar otra mujer.

“¿Qué?” Preguntó Joe.

Sobresaltada, Janey le miró mientras que sus ágiles dedos masajearan sus hombros. ¡Dios, se le daba de maravilla!

“Te has tensado de repente.”

Dado que no podía decirle que había estado pensando en David, y lo que podría haberle conducido a los brazos de otra mujer, Janey hizo un esfuerzo para relajarse bajo sus tiernas atenciones.

“¿Qué está pasando por esa linda cabecita tuya?” Le preguntó.

Janey resistió las ganas de ronronear mientras que Joe trabajaba la magia en su cuello. “Yo solo. . .”

Él la besó suavemente. “¿Qué? Dime.”

“Esto,” dijo. “Sea lo que sea. . . es sorprendente.”

Una desenfadada sonrisa se dibujó en su rostro. “Para mí no. He esperado años para que te pusieras al día.”

Janey apoyó la barbilla en su mano y le miró. “Me duele pensar que he podido hacer o decir cosas que hayan podido hacerte daño, cuando no sabía lo que sentías.”

“No lo has hecho.”

“Te he hablado muchas veces de él. Te restregué mi anillo nuevo por las narices.”

“Estabas feliz, Janey. Nunca he tenido en cuenta nada de eso.”

“Pero mi felicidad te hacía desgraciado. Eso no me gusta nada.”

“Soy muy feliz en este momento. Ahora que puedo abrazarle, besarte. . .” Él la besó en los labios y por su mentón antes de volver la atención a su cuello.

“Es todo lo que siempre he querido.”

“No estoy lista para que esto sea algo más, Joe.”

“Lo sé.” Su lengua trazó la línea de su clavícula, lo que desencadenó nuevas ondas de inesperado deseo.

“Tengo cosas por resolver. No estoy seguro de cuánto tiempo me va a tomar. . .”

“No importa, he esperado mucho tiempo.” Deslizó sus manos sobre sus costillas y amasó sus pechos a través de su fina camiseta. “Cuando arregles las cosas y podamos estar juntos, ya sabes dónde encontrarme.”

“¿Qué pasa si no estoy lista nunca? Después de lo que pasó con. . .” Se detuvo antes de decir el nombre de David.

Joe pasó los pulgares sobre sus sensibles pezones.

Janey se quedó sin aliento.

“Nunca tendrás que preocuparte porque desee a alguien más,” dijo en un tono ardiente. “Teniéndote a ti, lo tendré todo.”

Janey apartó el pelo de su frente y acarició su cabellera. “¿Puedo hacerte una pregunta?”

Él continuó tentándola. “Puedes preguntarme lo que quieras.”

“¿Por qué yo?”

“Ah, Janey, no lo sé. Yo mismo me he hecho esa pregunta un millón de veces. Ni siquiera recuerdo una época en la que no *fueras* tú. Te veo y quiero estar contigo. No solo así,” añadió, apretando suavemente sus pechos. “Te quiero en mi vida, en mi casa, durmiendo a mi lado. Te quiero solo a *ti*.”

Desconcertada por su intensidad, Janey deseó poder darle aunque fuera una fracción de todo lo que él estaba tan dispuesto a darle. “Necesito un poco de tiempo.”

“No voy a irme a ninguna parte.”

Janey trató de decirse a sí misma que tenía que levantarse y dejarle allí solo mientras que aún pudiera, pero se sentía demasiado bien entre sus fuertes brazos, rodeada de su gran amor. ¿Alguna vez David le había hecho sentir tanpreciada? No que pudiera recordarlo. “Debería volver a la cama.”

“Llévame contigo.”

Tenían esa última noche juntos antes de que ella tuviera que regresar a la catástrofe en la que se había convertido el resto de su vida. Joe sabía que ella tenía muchos kilómetros por recorrer antes de que pudiera estar con él, y aun así, quería estar con ella.

Janey se levantó y le tendió una mano.

Joe entrelazó sus dedos con los de ella y dejó que le ayudara a levantarse del sofá. Tomados de la mano, caminaron por las habitaciones iluminadas hasta llegar a su dormitorio.

Janey se volvió y le echó los brazos al cuello para poco después empezar a

plantar suaves besos a lo largo de su pecho.

Como si tuvieran todo el tiempo del mundo y no solo, tal vez, esta noche, Joe la desvistió lentamente, adorando cada centímetro de su febril piel antes de llevarla a la cama. La llevó al borde de la cama y mantuvo sus propios pies en el suelo mientras la penetraba.

Janey flotaba en una nube de sensaciones tan exquisitas y devastadoras que no tuvo otra opción que entregarse a él y dejar que la llevara donde nunca había estado antes.

Joe se inclinó para lamer su pezón y la llevó volando sobre la cima. Ella gritó a la vez que agarraba su cabeza contra el cuerpo y su suplicante cuerpo temblaba. “Joe,” suspiró. “Dios, ¿qué me estás haciendo?”

“Quererte de la manera que te he querido durante tanto tiempo.” A medida que las caderas de Joe mantuvieron un ritmo constante, Janey se dio cuenta que aún no había terminado con ella. “De la manera que te querré siempre.”

Mientras le hacía el amor dulcemente, Janey cerró los ojos con fuerza y trató de desviar los pensamientos que estaban cruzando por su mente en espiral, pero sus esfuerzos no pudieron detener un hecho que la atormentaba persistentemente: solo había necesitado un par de días en los brazos del mejor amigo de su hermano para cuestionarse si había pasado trece años de su vida con el hombre equivocado.

Joe no pudo pegar ojo durante la larga noche. No quería perderse ni un segundo del simple deleite de tener a Janey cálida y suavemente abrazada a él. Mientras que ella dormía, él le acarició la espalda y enterró su nariz en su fragante cabello. Tratando de perpetrar cada pequeño detalle en su memoria, Joe no tenía ni idea de cuándo, o si alguna vez la tendría de vuelta. Ese pensamiento envió una sacudida de pánico directamente a través de su cuerpo. Después de haberla tenido de esa manera, ¿cómo se suponía que iba a volver a una vida sin que ella fuera parte de la misma? ¿Cómo se suponía que iba a conseguir dormir en paz?

No podía dejar de torturarse con un batallón de preguntas. ¿Habría hecho lo suficiente para mostrar todo lo que sentía por ella? ¿Habría cometido un error al decirle que llevaba años enamorado de ella? ¿Se arrepentiría de no haberle dado más tiempo para recuperarse de la decepción de David antes de haber saltado a la acción? Una y otra vez revivía en su cabeza cada minuto que habían pasado juntos desde que la rescató en la carretera. Y una y otra vez llegaba a la misma conclusión: no se arrepentía en absoluto. Tal vez el

momento no había sido el mejor para ella, pero al menos se marcharía de su casa sabiendo exactamente lo que él sentía y quería de ella.

“¿Estás despierto?” Susurró Janey.

Excitado de forma instantánea por el sonido de su voz, Joe se preguntó cómo era posible que una pequeña dinamo de mujer pudiera tener un efecto tan abrumador sobre él. “Sí.”

“¿Por qué?”

“No me puedo dormir.”

“¿Está todo bien?”

“Todo es perfecto.” Él la besó en la frente y luego en los labios. “Salvo por el hecho de que tienes que irte de casa esta noche.”

“Sabíamos que tendríamos que enfrentarnos a ese momento tarde o temprano.”

“Puedes quedarte, ya lo sabes. Todo el tiempo que quieras.” De hecho, quedarse para siempre sería lo que él elegiría si estuviera en su lugar.

“Tengo que volver al trabajo.”

“Podrías llamar para decir que estás enferma y pasar las vacaciones aquí.” Su corazón se llenó de una esperanza irracional. Solo prolongarían lo inevitable, pero Joe tendría más tiempo para demostrarle lo que él ya sabía—estaban destinados a estar juntos.

Janey le sorprendió cuando se incorporó y empezó a dejar una ristra de besos por su pecho y luego descendió hasta su vientre. “Esa es una oferta muy tentadora.”

“Y una que debes considerar muy seriamente antes de decir que no.”

Ella le sonrió y envolvió su mano alrededor de su palpitante erección.

Joe se quedó sin aliento y decidió justo en ese momento que no importaba el tiempo que le llevara a Janey ver la luz, jamás tendría nada que ver con ninguna otra mujer en ese área. Nunca podría estar con nadie más después de haber estado con ella.

Agachándose, ella pasó la lengua por el eje de su pene.

Joe la agarró del pelo y se aferró a ella como si fuera su salvavidas. Si Janey estaba tratando de matarlo, estaba usando su lengua como arma. Decidida, ella lo tomó en el calor de su boca, lo que hizo que todo se nublara. “Janey. Oh, Dios. *Janey.*”

Mantuvo los ojos muy abiertos, mirándola, con ganas de absorber cada detalle mientras que ella lo amaba con su boca. A pesar de lo excitante que era tal visión, se las arregló para mantener un firme agarre sobre su control

durante varios minutos cargados sexualmente hasta que ella pasó una uña suavemente por sus testículos, y lo envió por encima del borde. “Jesús,” murmuró cuando por fin pudo hablar de nuevo.

Besando su camino hacia arriba, Janey apoyó la cabeza en su pecho. “¿Deduzco que te ha gustado?”

“Sí,” dijo él mientras tiraba de ella. “Se podría decir que sí.”

“No puedo quedarme, Joe. Me encantaría, pero no puedo.”

“Lo sé.” Respondió él mientras celebraba una pequeña victoria—al menos quería quedarse.

“De todas formas, tenemos todo el día,” dijo ella con una pequeña sonrisa, siempre optimista.

Su corazón dio un vuelco. “¿Qué te gustaría hacer?”

“Esto,” contestó ella mientras le besaba. “Solo esto.”

Desde su punto de vista sobre el puente, Joe miró a Janey en la proa. Estaba apoyada en la barandilla, perdida en sus pensamientos; la brisa fresca del mar soplaba a través del pelo rubio que él mismo había masajeadado y lavado anteriormente en la ducha. Él solo podía imaginarse qué estaría pensando mientras se dirigía a casa. Agotado tras un par de noches sin dormir, el cuerpo le dolía en una serie de lugares únicos gracias a un día de placer erótico sin fin.

Después de las increíbles horas que había pasado con ella, estaba más segura que nunca de que su vida nunca estaría completa sin ella a su lado. Pero ahora tenía que dar un paso atrás y dejar que hiciera lo que tuviera que hacer. Hasta que arreglara las cosas en su corazón y su mente, solo podía esperar, tener esperanza, y rezar para que llegara a la misma conclusión a la que él había llegado hace años.

Su móvil sonó, sacándole de sus discordantes pensamientos. Con unas pocas palabras al capitán, Joe salió de la timonera, encendió el primer cigarrillo de clavo que había fumado en días, y tomó la llamada de Mac.

“Ey, tío,” dijo Mac. “¿Dónde estás?”

“En el barco.”

“¿Está Janey contigo?”

Los ojos de Joe estaban clavados a ella. A pesar de que él no estaba timoneando este viaje, había insistido en acompañarla hasta casa. “Uh –huh.”

“David la está buscando. La ha llamado al móvil un montón de veces, pero supongo que lo tiene apagado, por lo que llamó a mi madre. Por supuesto, ella

le dijo que pensaba que estaba con él. Ahora está que se sube por las paredes preguntando dónde ha pasado su hija pequeña estos últimos días.” Joe se preguntó si también sería posible que David hubiera descubierto lo que Janey podría haber presenciado en su apartamento.

Reprimió un gemido. Lo último que querría Janey era que Linda McCarthy la atormentara sobre lo que había sucedido durante su accidentado viaje a la península. “Hazme un favor,” dijo Joe. “No dejes que tu madre la agobie demasiado esta noche. Janey está un poco frágil en estos momentos.”

“Haré lo que pueda, pero ya sabes cómo es mi madre.”

“Precisamente por eso, es la última cosa que necesita esta noche.”

“Lo tendré en cuenta. Hablaré con ella.”

“¿Vas a venir a buscarla cuando lleguemos?”

“Sí.”

“Mac. . .”

“¿Sí?”

Joe se tragó el enorme nudo que se había alojado en su garganta. “Cuida bien de ella, ¿quieres?”

“Sabes que lo haré.”

“Gracias.” Odiaba la idea de tener que entregársela a cualquier otra persona, incluso si se trataba de su amoroso hermano mayor.

“¿Está todo bien?”

“Todo bien,” respondió Joe con una alegría forzada. Por mucho que quisiera desahogarse con su mejor amigo, en este caso, no podía. No sobre esto. No si quería llegar al final de la noche con vida. Mac asumiría que Joe se había aprovechado de su hermana en su momento más bajo, y Joe no podía negar que si hubiera sido al revés, muy probablemente él lo hubiera visto igual. Él y Janey sabía cómo había ocurrido, y eso era lo único que importaba.

“¿Nos veremos en la fiesta?” Preguntó Mac.

El corazón de Joe bailó de felicidad en su pecho cuando recordó que vería a Janey más tarde esa misma semana para celebrar el cuatro de julio en la barbacoa que Mac y Maddie iban a preparar en su nueva casa. “Allí estaré.”

“Gracias por todo,” dijo Mac.

“Ha sido un placer.” Seguramente ese era el eufemismo del siglo, pensó Joe mientras finalizaba la llamada y tomaba las escaleras de metal que llevaban a la cubierta inferior. Acercándose a Janey, pudo ver lágrimas en sus mejillas que probablemente podrían ser solo atribuidas a la brisa del mar a paso ligero. Le dolía pensar que su tiempo con él podría haber añadido más

pesar a su previo tormento.

“Ey.” Joe le apretó el hombro y pasó una mano por su espalda, consciente de los vigilantes ojos de sus empleados. La segunda última cosa que necesitaba era ser la maquina generadora de los chismes de la isla.

“Hola.” Su débil sonrisa lo decía todo.

Permanecieron de pie junto a la barandilla, mirando hacia los acantilados de la costa norte que salían de entre la niebla.

Joe respiró hondo y le contó sobre la llamada de Mac.

Janey hizo una mueca. “No puedo creer que David haya llamado a mi madre. Justo lo que necesitaba.”

“Supongo que estaba preocupado cuando no pudo contactar contigo.”

Su resoplido estaba cargado de sarcasmo. “¿Debo sentirme honrada porque pretenda quererme lo suficiente como para preocuparse por mí?”

“Tendrás que hablar con él en algún momento.”

“No hasta que esté bien y preparada.”

“Estoy seguro de que tu madre le diría que te dirigías a darle una gran sorpresa. Tal vez haya descubierto por sí mismo por qué has desaparecido.”

“Bien. Deja que se preocupe.”

En algún momento en los últimos días, su desilusión se había convertido en ira. Joe suponía que era saludable, pero no estaría del todo satisfecho hasta que ella hubiera terminado oficialmente con David. No esperaba que su novio de toda la vida se marchara sin pelear, y no podía soportar la idea de que eso le causara más dolor del que ya estaba sufriendo.

Cuando el ferry empezó a dirigirse hacia South Harbor, Joe quería parar el tiempo, y volver a la mañana en la que la había sostenido desnuda entre sus brazos, cuando habían tenido todo un día para estar juntos en la cama. Una tremenda sensación de aprensión se apoderó de él a medida que se acercaban a la isla. Quería gritar y enfurecerse, agarrarla y no soltarla jamás.

“Janey.”

Ella le miró con esos ojos azules sin fondo, y él se olvidó de las palabras que había pensado decirle. Lo único que podía hacer era mirarla y beber de ella.

Sin prestar atención a las miradas indiscretas que le rodeaban, ella dejó caer la cabeza sobre su pecho y apoyó las manos en sus caderas. “Nunca habría sobrevivido a esto sin ti.”

Joe sentía un profundo dolor. ¿Cómo podía decirle que él sabía que nunca sobreviviría al resto de su vida sin *ella*? No podía. Sería muy injusto hacerla

cargar con eso.

Él la tomó en sus brazos. “Ya sabes dónde estoy. Ya sabes lo que siento. Ya sabes lo que quiero.”

Ella asintió levemente.

“No hay tiempo límite, ni estatutos, ni presiones.”

Ella le miró de nuevo, y Joe sintió que las innumerables emociones bailando en su expresivo rostro estaban a punto de matarlo. “Gracias. “

La gratitud era lo menos que quería de ella, pero como el tonto necesitado que era, se conformaría con lo que pudiera conseguir. La besó en la frente, y aunque le costó más de lo que podía soportar, la dejó ir.

Capítulo 6

Con la presencia constante de Joe dándole valor, Janey se bajó del ferry en Gansett Island. Inmediatamente, vio a su hermano avanzando hacia ellos, lleno de una inagotable energía.

Mac levantó la vista, los vio venir y se apresuró, deteniéndose frente a ellos, con las manos abriendo y cerrando los puños.

Janey sonrió ante su moderación e incertidumbre. No había ninguna duda de que quería lanzarla por encima del hombro, llevársela y esconderla hasta que se hubiera deshecho del cadáver de David. Ella puso fin a su miseria extendiendo los brazos hacia él.

Mac puso los suyos alrededor de ella y la levantó del suelo. “Ey, mocosa.”
“No me llames así,” dijo ella, como siempre hacía.

La soltó y la miró a la cara. “¿Qué puedo hacer yo? Dime lo que necesitas.”

Joe dejó la maleta a sus pies y dio un paso atrás.

Mac finalmente pareció darse cuenta de que su amigo estaba allí también. Él extendió la mano para estrechar la de Joe. “Gracias.”

Joe sacudió su mano. “No hay de qué.”

Janey se volvió para mirar a Mac. “¿Podrías darnos un minuto? ¿Por favor?”

Los agudos ojos de Mac pasaron de Janey a Joe, y luego de vuelta a su hermana. “Está bien. Te estaré esperando en la camioneta.” Con una mirada más cautelosa a Joe, Mac tomó la bolsa de su hermana y se la llevó con él.

“Vas a hacer que sospeche,” dijo Joe cuando estaban solos.

“¿Porque quiero darles las gracias a mi buen amigo de un modo adecuado?”

“Él lo sabe, Janey. No lo olvides.”

“No me voy a olvidar de nada. Es todo lo que quería decirte.”

Sus ojos se abrieron suavemente. “Yo tampoco. Cuídate, ¿me oyes? Esto solo trata de ti y de lo que tú necesitas. Eso es lo único que importa.”

Abrumada por sus dulces y suaves palabras y la emoción detrás de ellas, Janey asintió y lo abrazó por última vez.

“Te enviaré el coche tan pronto como esté listo.”

“Gracias. ¿Estaría bien si te llamara?”

“Sí, Janey,” dijo con una sonrisa, “estaría bien que me llamaras.”

“Bien,” dijo, tomando una respiración profunda, “vuelta a mi vida sin sentido.”

“Vas a salir de esto. Ahora puedes hacer cualquier cosa que se te ocurra.”

“Supongo que ya lo averiguaremos.”

Joe le dio un pequeño empujón. “Ve. Antes de que te secuestre y te lleve a casa conmigo.”

Ella le dedicó una última tranquilizadora sonrisa. “Ya nos veremos, marinero.”

Él le devolvió la sonrisa, pero se dio cuenta de que estaba teñida de tristeza y no llegó hasta sus ojos. “Nos vemos.”

Janey se sentó en la camioneta negra de Mac, preparándose para responder a un montón de preguntas. Sin embargo, su hermano la sorprendió con su silencio.

“¿A dónde vamos?” Preguntó ella mientras se movían a través de la ciudad.

“A mi casa. Me imaginé que podrías no estar lista para estar sola en estos momentos.”

Janey apreciaba su consideración. Su casa estaba llena de fotos de ella con David de las que alguien tendría que deshacerse antes de que ella volviera allí. “Gracias.”

“Bueno, ¿qué ha sido todo eso con Joe hace un momento?”

Su estómago se agitó nerviosamente. Debería haber sabido que su hermano estaría en sintonía con cualquier secreto que ella tratara de ocultarle. Siempre lo hacía. A excepción de momentos como este cuando adquiría de nuevo el papel de prepotente hermano mayor, los siete años que había entre ellos parecían inexistentes una vez que ambos llegaron a la edad adulta. “Él se ha portado muy bien conmigo. Solo quería darle las gracias.”

“¿Eso es todo?”

“¿Qué otra cosa podría haber?”

Mac la miró durante un largo momento antes de acelerar a través de una intersección. “David ha llamado a mamá otra vez.”

Janey se alegró de que su hermano hubiera cambiado de tema y no siguiera preguntándole acerca de Joe. “¿Qué quería ahora?”

“Dado que aún no ha podido hablar contigo, le ha dicho que vendrá mañana.”

“Fabuloso.” Ella había esperado haber tenido más tiempo para prepararse para la confrontación, pero al menos de esta manera podría acabar con él de una vez. Tal vez era mejor más temprano que tarde. “Tengo que trabajar mañana.”

“Me encontré con el Doctor Potter en la licorería antes,” dijo, refiriéndose

al veterinario de la isla. “Le dije que estabas tratando con una situación un poco complicada, y me dijo que tomaras el resto de la semana libre. Apenas hay ahora clientes estos días debido al cuatro de julio.”

“Oh. Está bien.”

“Espero que no te importe que haya hablado con él.”

“No pasa nada.” En circunstancias normales, habría estado muy cabreada con su hermano metomentodo por encargarse de asuntos que no le competían, pero en estos momentos, esa era la menor de sus preocupaciones. “¿Qué le has dicho a mamá?”

“Le dije que la llamarías cuando estés lista para hablar de ello.”

Janey miró a su guapo hermano. Estaba bronceado por largas horas en el puerto deportivo; su pelo oscuro estaba húmedo como si se hubiera dado una ducha antes de ir a buscarla, y una barba de un par de días rociaba su mandíbula. Estar enamorado le había sentado de maravilla. Nunca había estado mejor. “¿Cómo es que se te da tan bien encargarte de mamá últimamente?”

Él hizo una mueca ante el ambiguo cumplido. “Me saqué un máster luchando con ella sobre Maddie.”

Su madre no había aprobado su relación con una de las asistentes que trabajaban en el hotel de la familia. Mac tiró a Maddie de su bicicleta por accidente y luego insistió en cuidar de ella y de su pequeño hijo hasta que se recuperara—lo que incluyó hacerse cargo de sus turnos en el hotel hasta que ella pudo volver a trabajar. A diferencia de su madre, que poco a poco estaba entrando por el aro, Janey había estado encantada de ver a su hermano locamente enamorado, cayendo de bruces contra el suelo a los pies de una mujer.

“¿Cómo te va en el puerto deportivo?”

“Sorprendentemente bien.”

“Todavía no puedo creer que te vayas a hacer cargo del lugar y vayas a mudarte a la isla.”

“Hay días en los que yo tampoco me lo puedo creer, pero parece que he encontrado donde realmente debo estar. Al fin.”

“Me alegro muchísimo por ti, Mac. De corazón.”

Él se acercó y le apretó la mano. “Sé que lo haces, mocosa. Siento mucho que esté pasando todo esto, encima con nuestra boda a la vuelta de la esquina.”

“No quiero que lo que me está pasando reste valor a vuestra felicidad. Por

favor, no pienses eso en absoluto.”

“¿Aún quieres ser la dama de honor de Maddie?”

“¡Por supuesto! Me partiría el corazón si se lo pidiera a otra persona.”

“Bien,” contestó él, sonando aliviado. Claramente, la pareja había hablado de ello desde que se habían enterado sobre lo que había pasado con David.

Se le ocurrió en ese momento a Janey que Mac le había pedido a Joe que fuera su padrino, dado que se había negado a elegir entre uno de sus tres hermanos. Sintió una punzada de nervios ante la idea de estar allí en el altar junto a Joe. Iba a ser un día muy interesante. Afortunadamente, aún quedaban unas dos semanas, y muchas cosas podían pasar en ese tiempo.

Mac tomó la última curva hacia Sweet Meadow Farm Road, a la casa que él y Maddie se había mudado recientemente.

“¿Cómo va la mudanza?”

“Ya no queda tanto. Mis cosas llegaron de Miami el otro día, así que la casa está hecha un desastre,” dijo con una nota de disculpa. “Estamos rezando a los cielos para que el cuatro podamos hacer la fiesta al aire libre.”

“Incluso si llueve, todo el mundo dirá de celebrarlo dentro.” A Janey no le importaba si todo estaba empantanado. Incluso el caos sería mejor que guisar sola en su casa llena de recuerdos de su larga relación con David.

“Thomas está obsesionado con el plástico de burbujas,” dijo Mac, riéndose entre dientes. El bebé de diez meses había cautivado a su nuevo papá desde el instante que se conocieron. “Se vuelve loco cuando las hace estallar.”

Janey miró a su hermano y sonrió, apreciando sus esfuerzos por desviar su mente de sus problemas. “Me encantaría ver eso.”

Se detuvieron frente a la casa, y Mac apagó el motor. “Oye.”

Janey se giró para encontrarle mirándola fijamente. “Cualquier cosa que necesites, lo que seas, solo dímelo—o a Maddie. Haremos todo lo que podamos para ayudarte a pasar por esto.”

Janey le dio un medio abrazo. “Gracias. Me alegro de que estés aquí. No hubiera soportado a mamá esta noche.”

Él plantó un beso en la parte superior de su cabeza. “Para eso están los hermanos mayores.” Recuperando la bolsa de la parte posterior de la camioneta, Mac la condujo a las escaleras que conducían a una amplia terraza. “¿Estás segura de que no estoy autorizado a matarlo?”

“¿Puedo poner esa oferta en suspenso hasta después de que oiga sus estúpidas excusas?”

“Por supuesto.”

Después de Mac y Maddie hubieran agasajado a su invitada, hubieran cenado y le hubieran permitido el privilegio de darle a Thomas su biberón y su baño, Maddie se encerró con Janey en la habitación de invitados. Su futura cuñada se había volcado con ella, rodeándola de amor y un profundo cariño que le había llegado al corazón.

“Siento que la habitación sea un poco triste,” dijo Maddie mirando hacia las paredes sin adornos ni ventanas.

“No lo sientas. Es perfecta. No puedo creer todo lo que habéis sido capaces de hacer en tan poco tiempo.”

Maddie se ruborizó ante el cumplido. “Estamos trabajando contra reloj. Mac me dijo que quería que la planta de abajo estuviera presentable a tiempo para la boda.”

Janey le tendió la mano para animar a Maddie a unirse a ella en la cama de matrimonio que aún olía a nueva. Maddie se había amarrado su largo cabello color caramelo en un moño despeinado del que Mac se había burlado anteriormente.

Aceptando la mano de Janey, Maddie se tumbó a su lado.

“Gracias por dejar que me quede aquí. No creo que me hubiera venido muy bien llegar a mi casa vacía.”

“Mac pensó que sería lo mejor.”

“Con un poco de apoyo tuyo, estoy segura.”

“Tal vez solo un poco. ¿Quieres hablar de ello?”

Janey se encogió de hombros. “No hay mucho que decir. Estaba en la cama con otra mujer.”

“¿Y tú lo *viste*?”

“Con mis propios ojos.”

Maddie se estremeció. “No puedo imaginármelo.”

“Y nunca tendrás que hacerlo. Mac se moriría antes de hacerte algo así.” Al decir esas palabras, Janey sabía que pondría la mano en el fuego por su hermano. Mac había esperado una eternidad para encontrar el amor de su vida y estaba dedicado por completo a ella y a su hijo. Janey quería ese tipo de certeza para ella también. Hasta esta semana, no se había dado realmente cuenta de lo importante que era.

Los recuerdos de Joe resurgieron todos a la vez, y sintió cómo un calor y el deseo la recorrían al recordar sus apasionados encuentros. Después de dos días con él, sabía sin ninguna duda que él jamás haría lo que David había

hecho.

“¿Qué, Janey? ¿Qué pasa?”

Ella miró a Maddie. “Tengo que contárselo a alguien. . . “

Maddie se apoyó en un codo. “¿El qué?”

“Tienes que prometerme que no se lo dirás a Mac.”

Maddie estrechó los ojos y tragó saliva. “Tenemos una regla acerca de no ocultarnos nada, pero supongo que podría hacer una excepción por una vez. Él querría que hiciera todo lo que estuviera en mis manos para ayudarte.”

“Es algo grande, Maddie. Enorme, diría yo, y vas a querer decírselo, pero no puedes.”

Maddie gimió. “Debería salir huyendo de aquí mientras pueda, pero ahora *tengo* que saberlo.”

Janey sonrió ante el suplicio que era el rostro de Maddie. “Contaba con que tu instinto femenino tuviera ganas de saberlo.”

“Suéltalo ya antes de que cambie de opinión.”

Clavando los ojos en la puerta, Janey susurró, “Me acosté con Joe.”

Maddie se quedó boquiabierta. “¿Estamos hablando de acostarte o *acostarte*?”

“Las dos cosas.”

“Wow,” dijo Maddie en un largo suspiro mientras se dejaba caer de nuevo sobre el colchón. “No estabas bromeando. Es enorme.”

“Y ya tienes que ir averiguando cómo vas a hacer para Mac no se entere.”

Maddie volvió la cabeza para poder ver a Janey. “No puede enterarse nunca, Janey. Le arrancaría la cabeza.”

“Lo sé, y ni siquiera fue él quien dio pie a que sucediera.” Janey sintió que su rostro se calentaba. “Al menos no la primera vez.”

“¿*Ha pasado más de una vez*?”

Janey le dio un manotazo. “*Shhh*, ¿quieres?”

“¡Responde a la pregunta!”

“En realidad, ha pasado muchas veces.”

“¡Oh, Dios mío! No me lo puedo creer. ¿Cómo fue?”

Un rayo de calor recorrió el cuerpo de Janey al pensar en estar con Joe. “*Increíble*. No tenía ni idea de que podía ser así. No tenía ni idea en absoluto.”

“¿Y ahora qué? ¿Vas a estar con dos hombres a la vez o algo así?”

“No, nada de eso. Joe sabe que tengo un montón de mierda a la que hacer frente.”

“¿Y luego?”

“No lo sé.” Janey sintió unos pinchazos en el estómago. Sé que la he liado aún más al haberme enredado con Joe, pero de alguna manera, no puedo considerar lo que hemos compartido un error.

“Él está muy. . . ya sabes. . . pendiente de ti,” dijo Maddie.

“Es mucho más que eso, y lo sabes.”

Maddie tuvo al menos la decencia de parecer culpable.

“No estabas bromeando cuando me has dicho que os lo contáis todo.”

“Mac estaba muy preocupado por ti cuando se enteró de que ibas a quedarte en su casa.”

“Tenía una nebulosa en mi cerebro después de lo que vi en el apartamento de David. Entonces mi coche se averió. Sé que probablemente no debería haber llamado a Joe, pero fue la primera persona en la que pensé. Y estaba en la parte continental, mientras que el resto de vosotros estabais aquí.”

“Y fue corriendo.”

“Sí.” Janey recordó la forma en que habían acabado en la cama juntos.

“No estoy orgullosa de cómo actué esa primera noche, pero él estaba *allí*. Y a pesar de que estaba convencida de que era un error, de alguna manera me ayudó.”

“Wow.”

“Sé que debes estar pensando que soy una puta sin corazón.”

“No estaba pensando en eso para nada.”

“Entonces, ¿qué?”

“Estaba pensando en Joe, y en cómo va a hacer frente a todo esto.”

“Me dijo que esperaría lo que fuera necesario para que pudiéramos estar juntos. Por mucho tiempo que necesitase.”

“Eso es muy considerado por su parte.”

“Es probablemente mucho más de lo que merezco después de que me hayan hecho falta tantos años para enterarme de sus verdaderos sentimientos hacia mí.”

“¿Cómo te sientes *tú*, Janey? ¿Acerca de los dos?”

Ella recapacitó un momento. “Cuando vi a David debajo de esa mientras le montaba con fuerza y rapidez—como a él le gustaba—fue como si algo dentro de mí se apagara. Todo lo que siempre había sentido por él se desvaneció en ese mismo momento, y no creo que alguna vez lo recupere.”

“Eso es comprensible. Cualquiera se sentiría de la misma manera después de ver algo así. ¿Qué hay de Joe?”

Janey miró a Maddie. “¿Cuando me despedí de él esta noche en el ferry?”
Maddie asintió.

“Todo lo que podía pensar era en cuánto tiempo tendría que esperar para poder verle de nuevo.”

Capítulo 7

Perturbada por todo lo que Janey le había contado, Maddie fue a ver a Thomas a su nueva habitación por última vez antes de dirigirse a la suite principal que compartía con Mac. Aún sentía la necesidad de pellizcarse para cerciorarse de que no estaba soñado y que en realidad, tenía su propio apuesto príncipe en lo que podía ser considerado un palacio comparado con el pequeño apartamento que ella solía llamar casa.

Mac ya estaba en la cama, pero se incorporó cuando la vio entrar y las sábanas se deslizaron hasta su cintura, lo que hizo que Maddie se tomara un momento para apreciar su espléndido pecho. Jamás se cansaba de mirarlo.

“¿Cómo está?”

“Está bien.” Maddie se soltó el pelo del moño que llevaba y lo sacudió al aire. “Date cuenta de que ya ha tenido un par de días para asimilar el golpe.” En el nuevo y espectacular aparador a juego con la cama de matrimonio que Mac había insistido en comprar, Maddie encontró uno de los muchos camisones de seda que Mac había comprado para ella el mismo día que fueron a la parte continental para encargar los muebles.

Después de un viaje rápido a su espacioso cuarto de baño para cambiarse y cepillarse los dientes, Maddie apagó la luz y se metió en la cama junto a él. Al igual que todas las noches desde que les sirvieron la enorme cama, Mac se encontró con ella en el medio y envolvió su cuerpo desnudo a su alrededor. Maddie no había conocido una felicidad igual que la que provenía de dormir entre los brazos de Mac cada noche. “¿Podrías explicarme otra vez por qué necesitamos una cama tan grande si solo utilizamos tres metros de ella?”

Mac la besó en su hombro desnudo, lo que hizo que su piel se erizara hasta los tobillos. “Cuando nos despertemos una mañana en un futuro cercano, rodeados de niños, sabrás por qué.” Su gran mano se encontró con su estómago plano y lo marcó con su calor.

Maddie sabía exactamente lo que estaba pensando. En un par de ocasiones habían estado a punto de ignorar las precauciones, pero hasta ahora, la precaución había prevalecido. Maddie se volvió para poder mirarle, deseando poder compartir con él lo que Janey acababa de contarle.

“No vas a decirme lo que te ha dicho mi hermana, ¿verdad?”

Sobresaltada, Maddie le miró a los ojos, asombrada como siempre por la facilidad con la que era capaz de leerla. “Yo. . . eh. . . “

Mac se rio y la besó. “No te preocupes. Las chicas podéis tener vuestros secretillos.”

“¿De veras?”

“Claro. Sé que no me ocultarías nada demasiado monumental. Tenemos nuestras reglas.”

Un sentimiento de culpa la recorrió. Sí, tenían reglas—reglas que *ella* había insistido en establecer. Pero contarle a Mac lo que había pasado entre Janey y Joe provocaría una explosión que podría arruinar una amistad de toda la vida, por no hablar de lo que podría significar para su boda.

Mac nunca entendería que Janey había sido quien había dado pie a todo. Solo vería que su mejor amigo había traicionado su confianza y se había aprovechado de su hermanita en su momento más vulnerable. Ella lo conocía lo suficientemente bien como para estar segura de cómo reaccionaría. Así que no le dijo nada. En cambio, se acercó a él y le dio un beso, con la esperanza de apartar su mente—y la de Mac—de lo que no iba a compartir con él en un futuro próximo.

“Mmm,” dijo contra sus labios. “He estado esperando todo el día a que llegara este momento.”

“Yo también. No sé cómo he podido vivir sin ello todo este tiempo.”

Eso pareció encender su pasión mientras que él la devoraba con unos acalorados besos y la posicionaba debajo de su cuerpo para establecerse en el valle entre sus piernas.

“Todo esto que le ha pasado a Janey,” dijo él, besando una senda desde su boca pasando por su cuello hasta sus pechos, “ha hecho que me haya dado más cuenta aún si cabe, de lo increíblemente afortunados que somos.”

Maddie enterró sus dedos en su suave y oscuro cabello y enredó sus piernas alrededor de sus caderas. “Somos *muy* afortunados. Muy, muy afortunados.” Y ella esperaba con todas sus fuerzas no estar arriesgando todo lo que tenían ocultándole un secreto tan grande.

Con las dos manos, Mac le apartó el pelo de la cara y la miró a los ojos en la oscuridad. “Te amo, Madeline.”

Su corazón aún se aceleraba demasiado cada vez que él la miraba de esa manera. “Yo también te amo.”

Él hizo ademán de buscar un preservativo, pero ella lo detuvo. Se dijo a sí misma que no era culpa lo que estaba sintiendo mientras se quitaba el camisón y lo atrapaba entre sus piernas.

“¿Qué estamos haciendo?” Preguntó Mac con una expresión de desconcierto.

“Lanzar las precauciones al viento.”

“¿En serio?”

Ella levantó una inquisitiva ceja. “¿Me estás diciendo que no quieres?” Mac comenzó de nuevo a besarla profunda y calientemente. “Todo lo contrario.”

Maddie le sonrió, queriéndole con desesperación cuando él entró por primera vez en su cuerpo sin protección.

Mac echó la cabeza hacia atrás y gimió, “Oh, *Dios*.”

“¿Te gusta?”

“No voy a durar mucho tiempo de esta manera,” dijo con los dientes apretados.

Ella deslizó sus manos sobre su espalda para agarrar su trasero. “Entonces será mejor que hagas que merezca la pena.”

Mac procedió a hacer precisamente eso.

Janey estaba en la cama en la habitación de Mac tratando de decidir si debía escuchar o no los mensajes que David le había dejado en los últimos días.

Una risita suave se escuchó desde la habitación al otro lado del pasillo y Janey se dio cuenta de que su hermano estaba probablemente haciendo el amor con su novia. Por primera vez, Janey tenía que envidiar la romántica armonía de Mac. Había encauzado felizmente su vida y ella estaba en medio de un gran caos. Evitarlo no haría que desapareciera.

Con gran renuencia, Janey encendió su móvil y marcó el número del buzón de voz. “Hola, cariño, soy yo. Tengo muchos pacientes ahora mismo, pero quería pillarte por sorpresa para desearte un feliz aniversario.” Janey se rio para sus adentros al darse cuenta de que la había llamado un día *después* de su aniversario. “Estás sorprendida, ¿a que sí? Lo sabía. Trece años, ¿puedes creerlo? El tiempo vuela cuando uno es tan feliz. Este día el año que viene, podremos celebrarlo juntos. Bueno, solo quería decirte que te quiero, así que llámame cuando escuches este mensaje para que pueda decírtelo.”

El sonido de su familiar voz hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas. ¿Sería que “tener muchos pacientes,” significaría en realidad tener sexo apasionado con cada uno de ellos?

Ella escuchó el resto de sus mensajes—una creciente preocupación acerca de dónde estaba, por qué no podía dar con ella y por último, irritación. “Voy a llamar a tu madre si no he sabido nada de ti en una hora, ¿*Dónde estás?*”

Janey nunca se había dado cuenta antes de lo disponible que siempre había

estado para él. Cada vez que *él* tenía tiempo para llamarla, ella siempre había estado allí. Bueno, ya no. Haciéndose un ovillo en la cama, Janey apretó la almohada contra su cuerpo para combatir el dolor de la traición de David. Incluso días después, las imágenes pasaban por su mente como una película de terror de la que no parecía ser capaz de escapar. Si tan solo no lo hubiera visto. Pero si no lo hubiera hecho, él se habría salido con la suya y ella habría terminado casándose con un cabrón infiel.

“Este no es mi David,” sollozó contra la almohada. “¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Cómo has podido *hacernos* esto?”

En medio de un insoportable dolor, Janey anhelaba los fuertes brazos de Joe, sus suaves palabras de consuelo, su constante presencia. Con el teléfono aún apretado en su puño, ella consideró llamarlo, aunque solo fuera para escuchar su voz. Pensó en ello durante varios minutos antes de que rechazara la idea por ser manifiestamente injusta. Antes de que pudiera considerar pasar un minuto más con Joe, tenía que dejar a David en el pasado—literal y emocionalmente.

Se preocupaba por Joe demasiado como para hacerle más daño arrastrándole hasta la montaña rusa a la que ella iba a tener que enfrentarse en su futuro más inmediato.

Su estómago comenzó a dolerle ante la idea de ver a David mañana, de enfrentarse a él con la prueba de su infidelidad, de cancelar su compromiso y la boda que habían planeado desde hace tanto tiempo.

Como si le hubiera llamado telepáticamente, Janey pudo escuchar la profunda y sexy voz de Joe diciéndole que ahora podría hacer cualquier cosa que quisiese, que era fuerte, capaz y resistente. Él creía en ella y saber eso hacía que fuera posible que ella también creyera en sí misma. *Saldría* de esto, si no por otra razón, porque Joe la estaba esperando, y ella tenía ganas de saber lo que podrían tener juntos.

Joe dio un golpecito en la barra del bar del Beachcomber, haciéndole un gesto a la camarera para que le trajera otra ronda. Había perdido la cuenta de cuántas cervezas se había tomado ya. Muchas y sin embargo, no habían sido suficientes para calmar el dolor palpitante en su pecho que había empezado a sentir el minuto que Janey se había alejado de él.

La sexy camarera que siempre flirteaba con él arqueó una interrogante ceja. “¿Qué te pasa esta noche? Estás bebiendo sin control.”

“Es mi contribución a la economía local.” Joe sabía que su respuesta había

sido un poco insolente, pero no le importaba.

La joven le sirvió un nuevo trago de whisky y abrió otra botella de cerveza.

Joe trató de recordar su nombre. Charley. No. Katie. ¡*Chelsea!* Ese era.

Habían pasado una noche memorable juntos arriba hacía tres o cuatro veranos, y desde entonces, ella había deseado repetir su actuación. Esos días ya habían terminado, se recordó. Janey había hecho que no quisiera estar con ninguna otra mujer.

Pensando en su suave piel, su fragante cabello, sus pequeños pero firmes pechos que encajaban perfectamente en sus manos, el exquisito placer de estar dentro de ella cuando llegaba. . .Joe gimió.

“¿Estás bien, Joe?” Preguntó Chelsea con una preocupación grabada en su bonita cara.

Mirando hacia ella, él se sorprendió al darse cuenta de que había gemido en voz alta. No haría ningún bien que el dueño de la Compañía de Ferries Gansett fuera visto mientras se desmayaba borracho en el hotel referencia de la isla. Pero por otro lado, sabía que eso no iba a impedir que derribase su gigante trago por su garganta para que le abrasara todo el camino hasta el estómago. Qué dulce alivio que era sentir algo que no fuera el miedo desesperado que experimentaba al pensar que no iba a volver a pasar ninguna noche con Janey nunca más.

Después de tantos años de desear y esperar y rezar, todos sus sueños se habían hecho realidad en un interludio inesperado que le perseguiría durante el resto de sus días si era todo lo que alguna vez iba a obtener de ella. Su corazón se aceleró ante la idea de no volver a estar con ella jamás, y su estómago dio un vuelco. Si no salía de allí inmediatamente, iba a vomitar por todo el bar. Con un gesto hacia Chelsea para que anotara las bebidas en su cuenta, arrojó un billete de veinte sobre la barra como propina y corrió hacia el callejón donde se puso violentamente enfermo.

Sudoroso y helado, Joe se apoyó en el edificio de pizarra y decidió que había sido un estúpido por pensar que la bebida iba a curarle de lo que le aquejaba. Solo una cosa le podría ayudar a sanar, pero no iba a tenerlo esta noche. Limpiándose la boca con el dorso de su mano, se tambaleó hacia atrás en el interior del edificio y subió las escaleras hasta la habitación del tercer piso en la que se quedaba las noches que pasaba en la isla. Esta no era una de sus noches de trabajo, pero había perdido el último barco de vuelta al continente.

En su habitación, Joe estudió su demacrado reflejo en el espejo antes de

salpicar agua fría en su cara y cepillarse el sabor amargo de su boca. Sin molestarse en desvestirse, aterrizó boca abajo en la tosca cama y pronto empezó a tener unas terribles pesadillas sobre la mujer a la que amaba, pero a la que no podía tener. Cada vez que ponía sus brazos alrededor de ella, ella se escabullía, de alguna manera. La horrible danza duró toda la noche hasta que se despertó con un sobresalto al cegador sol de mañana.

Girándose sobre un costado, Joe gimió por el dolor inhumano en su cráneo. Una agonía así tenía que significar que alguien le había estado clavando cuchillos en la frente y las sienes mientras dormía. Se agarró la cabeza para mantenerla estable mientras se incorporaba y trataba de despojarse de esos terroríficos sueños. Una nueva oleada de náuseas hizo que saliera corriendo para el baño, donde descubrió que el whisky ardía aún más en su camino de salida que en el de entrada.

No podía recordar la última vez que había bebido tanto hasta llegar a tal estupor—ni la última vez que había tenido una razón tan de peso para hacerlo. El espray de agua congelada lo trajo de vuelta a la vida, lo que también hizo que recordase por qué había tenido que recurrir al alcohol en primer lugar. Apoyó su cabeza contra las frías baldosas mientras pensaba en ella y se llamaba a sí mismo estúpido de seis maneras distintas por haber sido tan imbécil de haber hecho el amor con ella sin que ni siquiera fuera suya. Nunca debió dejar que eso sucediera hasta que ella estuviera libre de gravámenes para poder amarle tanto como él la amaba. La única cosa que el whisky no podía cambiar era el hecho irrefutable de que solo él tenía la culpa de su miseria.

Joe cerró la ducha, cogió una toalla y se agenció un nuevo cambio de ropa. Vestido con pantalones cortos color caqui, un polo de Gansett Island Ferry Co. verde y unos tirantes, Joe se dirigió—dolorosamente—a la tienda de regalos, donde compró tres paquetes de Advil y se tomó cada una de las seis pastillas. Normalmente, lo primero que haría antes de iniciar su día sería tomarse una taza de café, pero que no creía que su delicado estómago pudiese digerirlo en estos momentos.

Se dio unos minutos para asegurarse de tolerar el Advil antes de bajar las escaleras hasta la acera y cruzó la calle hasta el muelle del ferry. El primer barco del día acababa de llegar de la parte continental, y su personal estaba trabajando duro en la descarga de los equipajes y la preparación del próximo barco. A un lado, dos de sus empleados más jóvenes estaban bromeando entre sí mientras esperaban para supervisar la subida de los pasajeros que estaban

haciendo cola para tomar el siguiente ferry.

“¡Ey!” Gritó Joe hacia los dos jóvenes, quienes inmediatamente se congelaron ante el sonido de su voz, “No os pago para hacer el payaso. ¡Ya basta!”

Su inusual arrebató llamó la atención de todos los empleados que estaban trabajando en la zona, pero Joe fingió no darse cuenta mientras se dirigía a la oficina. Al diablo, pensó. Incluso al mejor de los jefes se le permitía estar de mal humor de vez en cuando.

“¡Ey, Joe!”

Ante el sonido de una voz conocida, Joe se volvió, dándole unos segundos a su cabeza para que asimilase el movimiento repentino. Sus ojos somnolientos se abrieron lo suficiente para ver a David Lawrence saliendo del ferry. Las manos de Joe se cerraron en puños.

“Estaba segura de que eras tú.” David le tendió la mano, “¿Cómo te va?”

En su sano juicio, Joe le hubiera estrechado la mano a David a regañadientes y hubiera seguido con su vida, pero estar enamorado de la mujer que había llorado a lágrima viva por él hizo que no pudiera hacer ninguna de las dos cosas. Más bien, él levantó uno de esos puños y lo estrelló contra el sonriente rostro del buen doctor.

Fue cuando David cayó de espaldas contra el pavimento, que Joe se dio cuenta de cuánto había merecido la pena levantarse de la cama esa mañana.

Capítulo 8

Tenía derecho a efectuar una llamada telefónica, por lo que naturalmente, Joe llamó a Mac, sabiendo que su amigo aprobaría el llamado “crimen” que le había llevado de cabeza hasta la celda en la que estaba. Una mujer en el puerto deportivo le informó de que Mac estaba en Salt Pond y le prometió que le daría el mensaje tan pronto como regresara. Mientras tanto, Joe dejó enfriar sus talones mientras que envolvía una bolsa de hielo alrededor de sus nudillos hinchados.

Los recuerdos de la cara ensangrentada de David y sus gritos de niña cruzaron por su mente. Joe gruñó una carcajada. Había merecido la pena. *Había merecido mucho la pena.* Ser arrestado por asalto era un precio muy pequeño a pagar por ver a ese culo pomposo retorciéndose de dolor. La satisfacción de Joe por exigir un poco de venganza en nombre de Janey se vio atenuada por los persistentes pinchazos en su cabeza y las náuseas.

Justo en ese momento, se le ocurrió—por primera vez—que Janey podría no apreciar lo que había hecho. Una punzada extraña de ansiedad atravesó su columna vertebral cuando el crujido de unos pasos fuera de la celda hizo que se sentara más recto en el catre.

Junto con su compañero de la escuela secundaria, el Jefe de Policía de Gansett Island, Blaine Taylor, Mac McCarthy Padre dobló la esquina y se quedó fuera de la celda, con las manos en las caderas, y su cara, generalmente amable, con una expresión de supremo descontento.

Oh, mierda.

Joe miró al hombre al que había querido como un padre desde que era un huérfano de siete años recién llegado de la energía frenética de la ciudad de Nueva York a casa de sus abuelos en una pequeña isla con menos de mil habitantes a lo largo del año. Uno de los residentes más importantes, al menos para Joe, le estaba dando en estos momentos un repaso de arriba abajo y al parecer no le gustaba lo que estaba viendo. Decepcionar a Mac Padre nunca había estado en su lista de cosas por hacer.

“¿Qué significa todo esto, amigo mío?”

“Lámalo acto impulsivo.”

“Le has roto la nariz.”

“¡Él le ha roto el corazón!”

Mac Padre frunció los labios. “Sí, eso me han contado.”

Joe se cruzó de brazos y se estremeció cuando sus inflamados nudillos entraron en contacto con la tela de su camisa. “Se lo merecía.”

“Tal vez, pero a mi parecer, no eras tú a quien le correspondía propinarle ese golpe.” Mac Padre se pasó una gran mano por su cabello canoso. “¿Sabes que no había estado aquí desde que Mac y tú decidisteis aplastar la mitad de los buzones de la isla con mi camioneta?”

Blaine se rio y Joe le lanzó una mirada asesina.

Joe tragó saliva mientras que los recuerdos de una noche de hace mucho tiempo se agolparon en su mente. Esa había sido la primera vez que había decepcionado a Mac Padre y Joe se había jurado hacer todo lo posible para que esa fuera la última vez—hasta hoy.

“¿Recuerdas lo que hice entonces?” Le preguntó Mac Padre.

Él y Mac nunca habían olvidado la interminable noche que pasaron en la cárcel cuando no tenían más que dieciséis años y ese, por supuesto, había sido el objetivo de Mac Padre. Aunque todavía se había metido en más de un lío, nunca había hecho nada igual. Joe miró al hombre más viejo, incrédulo, “No estarás pensando en dejarme aquí toda la noche, ¿verdad?”

“Eso depende de ti,” dijo Mac Padre.

“¿Qué quieres decir?”

“Vas a tener que pedir disculpas y hacerle la pelota a quien tú sabes para que retire los cargos contra ti.”

Joe soltó una carcajada, *¿Como si fuera a hacer algo así!* “Ni en esta ni en otra vida.”

“Entonces será mejor que te pongas cómodo. He oído que el juez no estará de vuelta hasta el viernes, ¿No es así, Blaine?”

“Cierto. Te van a procesar por cargos de agresión grave.”

“Eso no debe ser muy bueno para tu negocio,” añadió Mac Padre.

Joe juró por lo bajo. ¿Quedarse encerrado aquí durante *seis días*? Eso no había sido parte del plan—no era que él hubiera tenido un plan en sí antes de que ver el rostro del adulator David le hubiera enviado sobre un precipicio en cuyo borde se había estado tambalendo sin ser consciente de ello. No, no se arrepentía de haberle darle al muy bastardo lo que se merecía, y se sentiría como un imbécil si se disculpara.

“¿Sabe Janey lo que ha pasado?” Joe se sintió obligado a preguntar. Sus entrañas se contrajeron y su boca se secó como si tuviera tierra en ella cuando se dio cuenta de que, desde la última vez que vio a Mac McCarthy Padre, había hecho el amor loca y apasionadamente con la queridísima y única hija del hombre. La misma hija a la que había llamado princesa hasta que cumplió diecinueve años y ella le rogó que dejara de hacerlo.

“Creo que no se habla de otra cosa en toda la isla. El buen doctor ofreció un buen espectáculo.”

“Llorica de mierda,” murmuró Joe. “Es lo menos que se merece.”

“Por suerte para ti, tengo que decir que estoy de acuerdo, aunque no apruebo que hayas sido tú quien se haya encargado de igualar el marcador.”

Oh, si tan solo supiera. . .

“Eres un hombre respetado de negocios, un pilar de esta comunidad.” Continuó Mac Padre. “Solo te perjudicas a ti mismo recurriendo a la violencia frente a tus empleados y clientes.”

Nadie nunca había sabido cómo hacerle sentir orgulloso de sí mismo o avergonzado de sus actos, tanto como Mac Padre. Al parecer, eso no había cambiado mucho en los casi veinte años desde que él y Mac se había convertido en adultos.

“Siento mucho haberte decepcionado.”

“Tengo la sensación de que yo voy a ser la menor de tus preocupaciones.” Mac Padre asintió hacia Blaine para que abriera la celda.

Antes de que el hombre pudiera cambiar de opinión, Joe salió fuera.

“Pensé que habías dicho que tendría que pedir disculpas en primer lugar.”

Los ojos de Mac Padre brillaron de alegría. “Solo quería ver qué tendrías que decir a eso.”

Blaine se echó a reír al ver la expresión en el rostro de Joe, “Muy bien jugado, señor McCarthy.”

“Me alegro de haberos divertido,” dijo Joe.

Riendo, Mac Padre pasó un brazo alrededor de sus hombros. “Aunque sabes mejor que nadie que no defiendo la violencia, después de enterarme de lo que ha pasado, probablemente yo mismo hubiera tenido la tentación de darle un puñetazo. Me has ahorrado las molestias.”

A pesar de que por lo general, era más alto que la mayoría de los hombres, Joe tuvo que alzar la vista para mirar a Mac Padre a los ojos, “¿De verdad le he roto la nariz?”

Mac Padre le apretó el hombro. “Sin duda.”

“Bien.”

Joe había golpeado a David. Joe había golpeado a David *en la cara*, y le había roto la nariz. Treinta minutos después de haber sabido sobre el incidente en el muelle del ferry, Janey estaba todavía tratando de asimilarlo—y tratando de decidir dónde quería ir primero, a la cárcel para rescatar a Joe o a la

clínica para hacer frente a su díscolo novio.

“Te llevaré a donde quieras,” dijo Maddie después de que Janey vocalizase su dilema. “Mac nos has dejado la camioneta.”

“¿No tienes que ir a trabajar?”

“Me he tomado un par de semanas de descanso para prepararlo todo para la boda.” Sus mejillas se sonrojaron. “Tu hermano insistió en que disfrutara de cada minuto de ello.”

“Eso es estupendo. Mac tiene razón, es un evento único en la vida y tienes que disfrutar de sus preparativos tanto como puedas.” A Janey le dolía pensar que sus planes para ese día que solo se vive una vez en la vida, no iban a pasar ahora.

“¿Qué es lo que quieres hacer, Janey?”

“¿Qué crees *tú* que debo hacer?”

Antes de que Maddie pudiera darle su opinión, el móvil de Janey sonó y ella tomó la llamada de su padre.

“He rescatado a Joe,” dijo sin preámbulos. “Va a venir al puerto deportivo para comer conmigo.”

Su interior se agitaba con indecisión. Tenía que ver a Joe, averiguar lo que le había llevado a *golpear* a David, y sobre todo ver si se encontraba bien. El Joe al que ella conocía y quería jamás habría hecho una cosa así. Entonces, ¿qué habría pasado? ¿Habría dicho David algo inapropiado? Tal vez eso fue lo que hizo que Joe perdiera los nervios.

“¿Te ha contado qué ha pasado?” Le preguntó a su padre.

“No mucho.”

“Iré al puerto deportivo dentro de un rato.”

“¿Hay algo que pueda hacer por ti, princesa?” Preguntó su padre en un susurro que hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas.

“Me vendría bien un gran abrazo de mi papá.”

“Concedido,” dijo bruscamente. “Te veré pronto.”

Poniendo fin a la llamada, Janey se dio la vuelta de nuevo a Maddie.

“Tengo que ver a David. ¿Puedes llevarme a la clínica?”

“Por supuesto.”

Veinte minutos más tarde, llegaron a la entrada de la sala de emergencias. Janey cogió la manija para abrir la puerta del coche, pero fue golpeada con un ataque repentino de parálisis. Esperando el interior del edificio estaba el hombre al que había amado toda su vida, el mismo hombre que la había traicionado y que no tenía ni idea de que ella sabía lo que había estado

haciendo sin dejar de profesar su amor eterno por ella.

“¿Janey? ¿Estás bien?”

“No sé si puedo hacerlo. ¿Cómo puedo entrar ahí y jugar el papel de la prometida preocupada por su novio, cuando sé lo que ha hecho?”

“Poco a poco, Janey. Trata de encajar primero la lesión y lo que pasó con Joe esta mañana. Más tarde, cuando estés sola con él, podréis hablar sobre el resto.”

Janey apoyó una mano en su dolorido estómago, “No quiero estar a solas con él. La simple idea me pone enferma.”

“Entonces no tienes por qué estarlo. Mac y yo hablábamos en serio cuando te dijimos que íbamos a hacer todo lo que estuviera en nuestras manos para ayudarte a pasar por esto de una sola pieza.”

Janey siguió mirando hacia la entrada de urgencias. “Es gracioso, ¿sabes? Hace una semana, si me hubiera enterado de que David estaba herido, lo hubiera dejado todo y habría venido corriendo.”

Maddie puso su mano sobre la de Janey, infundiendo la calidez que tanto necesitaba. “Eso fue antes de que descubrieras que te ha sido infiel. No le debes nada. Si no quieres entrar ahí, no tienes por qué hacerlo.”

“Si no lo hago, toda la isla especulará sobre los motivos por los que no me he presentado. Joe ya les ha dado suficiente motivos para cuchichear.”

“¿Estás enfadada con él? ¿Con Joe, me refiero?”

“Estoy sorprendida, para serte sincera. Eso no es propio de él. No deo de preguntarme qué pudo haberle dicho David para que perdiera la templanza de esa manera.”

“Lo sabrás muy pronto.”

“Sí, bueno. . .lo primero es lo primero.”

“¿Quieres que entre contigo?”

“¡Oh! ¿Harías eso por mí? Me vendría bien tenerte a mi lado.”

“Vamos allá, entonces.”

Una vez en el interior, preguntaron por David y fueron dirigidas hasta un box con cortinas al final de un largo pasillo. Echando un vistazo a Maddie para reunir el valor que necesitaba, Janey asomó la cabeza y se quedó sin aliento al ver a un David magullado, ensangrentado, e hinchado. ¡Maldición! ¡Joe se había quedado a gusto!

“Vaya, vaya, mira a quién tenemos aquí,” dijo David en un tono amargo. “Mi novia desaparecida.” Su rostro estaba tan desfigurado que ni siquiera parecía su voz. “¿Dónde diablos has estado todo este tiempo, Janey? ¿Te he

estado llamando sin parar durante días!”

Mientras que Janey se acercaba a él, ella estudió su grueso y oscuro cabello, que tanto le había gustado recorrer con sus dedos, sus penetrantes ojos azules, su fuerte mandíbula y sus sensuales labios. David Lawrence siempre había hecho que su corazón galopara en su pecho, pero mirándolo ahora, Janey se sentía muerta por dentro. “Tenía. . .um. . .algunas cosas de las que ocuparme.”

“¿Qué tipo de cosas? ¿Y qué demonios le pasa a Joe?”

“¿Le dijiste algo?”

“Le dije *hola*. Eso fue todo, y lo siguiente que sé, estoy con mi culo contra el pavimento y la nariz sangrando y doliéndome como el infierno.” En cada ojo ella podía ver el comienzo de lo que serían, sin duda, unas coloridas ojeras—lo menos que se merecía. “¿Puedo saber qué le he hecho?”

Dado que Janey no podía responder muy bien a esa pregunta, no dijo nada. Él no pareció darse cuenta mientras que seguía despotricando.

“Todavía no me has dicho qué “cosas” eran tan importantes y te han mantenido tan ocupada para no poder llamarme en tres días.”

David sonaba malhumorado y demasiado arrogante. ¿Cómo se atrevía a reprocharle algo así cuando durante todos los años que habían estado juntos, ella había tenido que esperar a veces una semana entera para que él le devolviera sus llamadas, mientras que estaba haciendo quién sabe qué con otras mujeres? Mientras lo estudiaba, ella decidió que no valía la pena sacar ese hecho a relucir, ¿Qué importaba ahora?

“Tenemos que hablar—”

“¿Dónde está tu anillo?”

Su cerebro se congeló en la imagen de la rubia pechugona montándolo con fuerza.

“¿*Qué demonios está pasando aquí, Janey?*”

“Se acabó,” dijo ella en voz baja. Trece años de su vida, evaporados, esfumados, terminados, y no había obtenido absolutamente nada de ellos.

“¿El qué se ha acabado?”

“Nosotros.”

“¿Qué estás—”

“Te vi.”

Sus cejas se fruncieron en confusión, lo que al parecer le dolió. Las lágrimas inundaron sus ojos, pero Janey ya no era tan ingenua como para pensar que eran por ella. Nunca más. “¿Me viste? ¿Dónde?”

Janey se sentía como si estuviera flotando por encima de ella, mirando a alguien que se parecía a ella y sonaba como ella, pero que no era ella en absoluto. “En la cama.”

“Estás hablando en clave,” dijo él, exasperado. “¿Cuándo me viste en la cama?”

“Llegué a tu apartamento en nuestro aniversario para sorprenderte, pero la sorpresa me la llevé yo. Deberías echar el cerrojo cuando estás tan ‘entretenido.’”

Todo el color restante se desvaneció de su cara cuando David logró entender finalmente lo que estaba diciendo. “Tú no lo entiendes.”

“¡Tienes toda la maldita razón! ¡No lo entiendo!” Janey mantuvo la voz tan baja como pudo cuando en realidad, quería gritar y golpearle hasta que sintiera el mismo dolor que ella estaba sintiendo. “Y ¿adivina qué? Ya no quiero entenderlo.”

“Espera. Janey, escucha—”

“No hay nada que puedas decir y ciertamente, *nada* que puedas hacer para que me pueda quitar la imagen tuya manteniendo sexuales con otra persona de mi cabeza.”

“No es lo que piensas.”

Janey se echó a reír cuando en el fondo quería llorar. “Probablemente vas a decirme que estabas llevando a cabo una investigación médica, o vas a darme alguna otra estúpida excusa que esperas que me crea.”

“Solo ocurrió una vez.”

“No te creo.”

“¡Lo juro por Dios!”

“¡No jures por Dios y me mientas a la cara! Irás al infierno.”

David se tocó su magullado rostro e hizo una mueca. “Ya estoy en él.”

“¡No tienes *ni idea* de lo que es el infierno!” Janey dejó de preocuparse por mantener la voz baja. “¡Tú no has tenido que verme *retozando en la cama con otro hombre!*”

“No lo entiendes, Janey. El trabajo es muy agobiante, te extraño mucho y están pasando tantas cosas que. . . solo necesitaba desestresarme un poco.”

Ella lo miró, incrédula. “Me ofrecí para ir a Boston para que pudieras ‘desestresarte’ siempre que quisieras, pero me dijiste que era mejor que me quedara en la isla. Por lo menos ahora sé por qué estabas tan ansioso por mantenerme lejos en un lugar donde no pudiera ‘sorprenderte’ en cualquier momento en el que *yo* necesitase desestresarme.”

“Janey—”

“Me he comportado como una imbécil, me dan ganas de reírme de mí misma por todos los años que he estado esperando. Yo *siempre* te he sido fiel.”

“Ella no significa nada para mí. Tú eres a quien quiero, siempre te he querido y lo sabes.”

Las imágenes de Joe haciendo el amor con ella eligieron ese momento para estallar en su sobresaturado cerebro. “Si de verdad me quisieras, no te habrías “desestresado” con otras mujeres mientras que estabas comprometido conmigo.” Decidida a no quedarse con nada que le recordase todos los años que había estado tan estúpidamente dedicada a él, Janey rebuscó en su bolso y sacó el anillo.

Lo tiró sobre la cama y echó un último vistazo en profundidad al hombre al que había amado toda su vida. “Y ni te atrevas a presentar cargos contra Joe. Tienes suerte de que *solo* te haya roto la nariz. Él y Mac estaban dispuestos a matarte cuando se enteraron de lo que habías hecho. Les dije que no valía la pena ni siquiera molestarse. Y ahora veo que tenía razón. Que tengas una buena vida.”

Janey se volvió y como pudo, apartó la cortina hacia el pasillo, donde Maddie se apoyó contra la pared, avergonzada de haber escuchado todo el intercambio.

“¡Janey!” Gritó David. “¡Espera!”

“Sácame de aquí,” murmuró para Maddie. Sus piernas de repente se sentían como espaguetis y Janey no estaba segura de que pudieran soportar su pecho mucho más tiempo. “Por favor, sácame de aquí.”

“Te tengo.” Cuando Maddie puso un brazo alrededor de ella y la condujo a través de la sala de espera, Janey sintió todos los ojos de los allí presentes puestos en ella. Ella y David no habían sido silenciosos, precisamente. La noticia de que su compromiso se había cancelado estaría probablemente quemando en estos momentos todas las líneas telefónicas de la isla.

“Oh, Dios, mis padres,” susurró Janey. “Deben escuchar esto de mí, no de las habladurías de la gente.”

“Te llevaré a su casa. Aguanta, ya ha pasado la peor parte.”

“¿Cómo lo he hecho?”

“Mejor de lo que yo lo hubiera hecho. No has perdido la compostura en ningún momento, y has superado la prueba con una dignidad intacta.”

Eso podía ser cierto, pensó Janey, pero haberle escuchado confesar tan

casualmente que le había sido infiel había roto el último pedazo ileso de su corazón.

Capítulo 9

Maddie llamó con antelación para avisarle a la madre de Janey que iban para allá, por lo que Janey no se sorprendió al encontrar a sus padres, Mac y a Joe esperándola en “La Casa Blanca,” el apodo que los lugareños le habían dado a la mansión colonial de dos plantas de los McCarthys que daba a North Harbor. Abajo de la colina estaba el McCarthy’s Gansett Inn y el Puerto Deportivo McCarthy.

Lo primero en que se fijó cuando ella y Maddie entraron en la cocina fue en la mano hinchada de Joe. Antes de que pudiera decir nada al respecto, sin embargo, su madre se la llevó. Janey se dio cuenta de que la mujer había estado llorando, lo que hizo que se enfureciera de nuevo al pensar en David.

“¡Oh, cariño! No sé qué decir.”

“Siento que hayas tenido que enterarte por otras personas.”

“No te preocupes por eso,” dijo Linda mientras acariciaba la espalda de su hija. “Todo lo que importa es que estés bien.”

“Supongo que lo estaré. Con el tiempo.”

“Estas cosas llevan su tiempo, cariño,” dijo Mac Padre.

Janey bebió de la comodidad de los brazos de su madre durante un largo rato, en silencio. Cuando abrió los ojos, se encontró con Joe mirándola fijamente. Una corriente de recuerdos cursó a través de ella, haciéndole revivir una vez más la conexión que habían compartido durante el tiempo que habían pasado juntos.

Ella quería estar un momento a solas con él, pero sabía que no podía pedir algo así sin levantar sospechas.

Mac Padre era el siguiente en la cola esperando para darle un abrazo y levantó a Janey del suelo. Rodeado de olor familiar de su padre y de su amor abrumador, Janey finalmente se rompió. “Ahh, pequeña,” dijo él, abrazándola con más fuerza contra él.

“Todo va a estar bien. Te prometo que estarás bien. Nosotros te ayudaremos, ¿no es verdad, Lin?”

“Por supuesto que lo haremos.”

Sus padres le guiaron a un sofá de la habitación familiar y se sentaron a ambos lados de ella. Los otros les siguieron, flotando en el perímetro de su desastre.

“Y nosotros también,” dijo Mac, de pie con su brazo alrededor de Maddie, quien asintió con la cabeza.

Joe seguía siendo un observador silencioso, pero echando otro rápido vistazo en su dirección, Janey se dio cuenta de que tenía un tic en la mejilla. Ella apartó la mirada, incapaz de procesar toda la emoción que sentía viniendo de él. Sin duda, Joe quería tomarla entre sus brazos y llevarla a algún lugar hasta que dejara de sufrir tanto.

“¿Qué ha pasado en la clínica, cariño?” Preguntó Linda.

Mientras que Janey reproducía gran parte de la conversación que tuvo con David que pudo soportar repetir, observó a Joe marchándose de la habitación y deseó poder ir tras él. Odiaba que él también estuviera sufriendo.

Mac besó a Maddie en la frente y siguió a su mejor amigo.

Janey se limpió las lágrimas de sus mejillas. “Vamos a tener que cancelar la boda. Todo ese dinero que os habéis gastado—”

“No pienses ahora en eso,” dijo Linda. “Nos preocuparemos de eso cuando estés fuerte para ello.”

“Lo odio por hacerme esto,” susurró Janey. “Por haberlo arruinado todo.”

“Nosotros también, cariño,” dijo Mac Padre, apretando su hombro.

“Nosotros también.”

Joe no podía soportar ni un segundo más escuchando la angustia de Janey. Ya había soportado más de lo que podía aguantar. Dobló su magullada mano e hizo una mueca ante el dolor que le saludó tras el movimiento.

“Tarda una semana,” dijo Mac.

Volviéndose hacia su amigo, Joe dijo, “¿Perdona?”

“La mano. La mía tardó una semana en curarse después de que le rompiera la cara a Darren Tuttle.”

Joe sonrió. “Ah, sí. Ahora lo recuerdo. Otra nariz rota en nuestra lista.”

“En ambas ocasiones, se lo merecían.”

Darren, el perdedor que había arruinado la reputación de Maddie con falsos rumores en la escuela secundaria, había hecho un comentario subido de tono sobre su voluptuosa figura que a Mac no le había hecho ni la más mínima gracia.

“Excepto que tú no eres el más impulsivo de este dúo,” le recordó Mac.

“De hecho, sospecho que esta podría ser la primera nariz rota en tu lista.”

“Sospechas bien.”

“¿Qué te pasó, tío?”

Joe miró por encima de las amplias vistas de North Harbor. “Vi su cara presumida, sonriente y algo se desató dentro de mí.”

“¿Así que ni siquiera dijo nada?”

“Creo que solo dijo *hola*.”

Mac se echó a reír, ¿Cómo se atreve?”

“Exactamente.”

“Demasiado para ser sutil.”

Joe miró a su amigo. “¿Qué se ha apoderado de mí?”

“Joe—”

Él levantó una mano para detener las palabras de Mac. “No quiero hablar de ello.”

“Solo tienes que aguardar tu tiempo,” dijo Mac en voz baja. “Darle un par de meses para conseguir que pase página y luego tal vez. . .”

“Un par de meses.” Para Joe, eso era una vida entera. Una noche sin ella y se las había arreglado para emborracharse, vomitar y golpear a alguien. ¿Qué aspecto tendría después de sesenta noches sin ella?

“Me parece una eternidad en este momento, pero llevo toda una vida esperando. ¿Qué es un poco más de tiempo?”

La risa de Joe estaba cargada de ironía.

Mac apoyó una mano en su hombro. “¿Qué puedo hacer por ti? No me gusta verte tan abatido.”

“Nada. Como has dicho, solo tengo que aguardar mi tiempo. Supongo que lograré hacerlo, de alguna manera.” En un mundo perfecto, Janey se daría cuenta por sí misma de que estaban destinados a estar juntos y vendría a él, lista para planificar su futuro. Sin embargo, Joe no era tan iluso como para pensar que este era un mundo perfecto.

“Solo piensa lo que te puede estar esperando en el otro extremo.”

Ese era el problema—Joe ya sabía *exactamente* lo que estaba esperando y no tenía ni idea de cómo iba a vivir sin ello, incluso durante un par de semanas. “Sí.” Nunca antes se había sentido tan fuera de sí, como si estuviera saliendo de su propia piel. “Tengo que salir de aquí.”

“¿A dónde quieres ir? Tengo la moto.” Mac se refería a su vieja motocicleta. “Te puedo llevar a cualquier parte.”

“De vuelta al trabajo, supongo. Ya me he tomado el suficiente tiempo libre y puedo imaginarme a todo el mundo cuchicheando sobre mí después de que vieron cómo la policía me llevó esposado.”

“Se olvidarán de todo en dos o tres días. Vamos, te llevaré hasta allí.”

Joe siguió a Mac en el interior de la casa donde Linda estaba obligando a Janey a tomar un poco de sopa. Ella levantó la mirada y sus ojos se encontraron. Una corriente de electricidad crepitaba entre ellos y Joe se

preguntó cómo era posible que el resto de los presentes en la habitación no se diera cuenta de ello. Antes de difundir su absoluta miseria por toda la familia, Joe murmuró un adiós y un gracias rápido en su camino a la puerta principal. Se sorprendió cuando Janey, en lugar de Mac, le siguió.

“¡Joe! ¡Espera!”

“Vuelve dentro, Janey. No puedo hacer esto ahora.”

Ella le agarró del brazo, obligándole a detenerse. “Por favor.”

¡Oh Dios, esta mujer era su *kryptonita*! Joe se dio la vuelta, tomó aliento, y puso sus manos en las caderas. Tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para hacer contacto con esos ojos azules como el cielo. “¿Qué quieres que diga?”

“¿Por qué le pegaste?”

“Porque estaba allí.” Joe bajó la vista hacia el suelo y vio los delicados pies de Janey en chanclas. Un ardiente recuerdo del momento que había plantado besos en esos deliciosos empeines vino corriendo como un puñetazo en el estómago.

“Joe,” susurró ella, apoyando una mano en su brazo. “Estás demasiado tenso. No me gusta verte así.” Ella tomó su magullada mano.

Él tiró de ella hacia atrás y lanzó una inquieta mirada por toda la casa, con la certeza de que iba a encontrarse las caras del resto de la familia pegadas en todas las ventanas. Se sorprendió al ver que nadie estaba mirando. Volviendo sus ojos hacia ella y absorbiendo la ya explosión familiar de anhelo que ocurría cada vez que la miraba, Joe se armó de valor para hacer lo que sabía que tenía que hacer, incluso si se sentía morir por dentro. “Lo que pasó entre nosotros fue un error, Janey.”

El destello de dolor que cruzó el expresivo rostro de ella fue el primer clavo en su ataúd.”

¿Cómo puedes decir eso?”

“Tu padre y Mac me matarían si supieran—”

“¿Por qué le pegaste?”

“¡Porque estaba sonriendo, satisfecho, y comportándose como un engreído que viene a verte como si nada hubiera pasado después de lo que te había hecho!” Joe sentía que su cabeza iba a estallar de un momento a otro. Tenía que salir de allí, alejarse de ella. Ahora. “Me tengo que ir.”

Ella se aferró a su brazo. “No de esta manera.”

“¡No puedo hacer esto! ¡Estoy perdiendo la cabeza! ¡He golpeado a una persona! He terminado en la cárcel. Ayer por la noche me emborraché tanto

que vomité fuera del Beachcomber. ¡No puedo aguantar todo esto!”

“¿Qué no puedes aguantar?”

Él la miró, incrédulo. Cuanto más se agitaba, más tranquila parecía ella.

“Nada de esto. Tú, él, nosotros.”

“Ya no hay nada entre él y yo.”

“En un papel, tal vez.” En un movimiento desigual, Joe se pasó las manos por el pelo, lo que hizo que se zafara de su agarre. “Los dos sabemos que tienes un largo camino por recorrer antes de que te olvides de él completamente.”

“Tal vez no tan largo. Hay algo acerca de ver a tu novio teniendo relaciones sexuales con otra persona que acelera el proceso.”

“Acabas de llorar por él hace diez minutos.”

“Estoy mucho más triste por la idea de perder el sueño que he tenido toda mi vida que por perderle a él.” Ella arqueó su cabeza cuando se dio cuenta por primera vez de eso. “Hmm, no había caído en eso hasta que no lo he dicho en voz alta.”

“No tienes por qué perder ese sueño, Janey.” A medida que las palabras salían de su boca, él quiso rebobinar y no haberlas dicho jamás. ¿No acababa de decir que lo que había pasado entre ellos había sido un error?

“¿No?”

A pesar de que todo en él le decía que echara a correr, no podía apartar su mirada. Él negó con la cabeza. “No,” dijo en voz baja. “Todavía puedes tener todo lo que quieras con alguien que jamás te traicionaría de la forma que él ha hecho.”

“Ven a mi casa esta noche. Después del trabajo.”

Joe finalmente apartó los ojos de ella y miró al cielo en busca de algo que le guiara. “No creo que sea buena idea.”

“¿Por favor?”

“No se trata de que yo quiera o no quiera ir. Debemos esperar hasta que estés lista, hasta que sea el momento adecuado. “*Sí, Joe, pensó, una idea genial. Lástima que no pensaras en eso antes de acostarte con ella.*”

“Sé que debes estar pensando que estoy en estado de shock o que no quiero darme cuenta de lo que ha pasado o algo así, pero me siento muy tranquila por dentro. Si alguien me hubiera dicho, ‘David te está poniendo los cuernos,’ hace unos días, probablemente no lo habría creído. Pero yo le vi. . . con ella. . . No tengo más remedio que creer lo que me hubiera resultado imposible creer hace solo unos días. No me estoy negando a ver la realidad, Joe. Te prometo

que no. Y yo no quiero pensar en él nunca más.” Levantó la mirada y volvió sus potentes ojos a él. “Me sentí muy bien cuando estuve contigo. Quiero volverme a sentir así de nuevo.”

Joe sintió que todo su cuerpo se agarrotaba mientras la estudiaba y se enfrentaba en una guerra silenciosa consigo mismo.

“¿Vendrás?” Preguntó ella.

¿A quién quería engañar? Como si fuera a ser capaz de decirle que no. “Sí.” Pronunció una sola palabra y se alejó mientras que aún le quedara un pequeño resquicio de cordura. Era gracioso cómo había pensado que amarla desde la distancia era una locura. Eso no era nada comparado con esto.

Capítulo 10

Joe se llamó a sí mismo idiota de cinco maneras distintas mientras observaba el último barco del día salir de la isla y volvía al Beachcomber para ducharse, afeitarse, y quitarse la ropa que había usado para limpiar uno de los barcos. Al regresar a la estación de ferries antes, se había negado a responder a todas las preguntas de sus empleados respecto a su detención y se había visto inmerso en un trabajo demasiado exigente físicamente en un esfuerzo por apartar su mente de todo lo que había sucedido. Lástima que no hubiera ayudado.

Mirando su reflejo en el espejo, tuvo que admitir que parecía una mierda. Los efectos persistentes del excesivo alcohol, el poco tiempo que había dormido y el par de horas que había pasado en la cárcel, le habían dejado demacrado y con una mano que le dolía de un modo indescriptible. “Pase lo que pase, *no* te dejes embaucar, ¿me oyes?” Le dijo a su reflejo en el espejo. “¿Me estás escuchando?”

Se dio la vuelta y murmuró, “Creo que no.” Se puso una camisa limpia y se abrochó sus pantalones cortos color caqui. “No vas allí nada más que a hablar con ella. Tienes que convencerla de que es mejor esperar hasta que las cosas se hayan calmado con David. No podían dejar escapar la única oportunidad que tenían. Debían hacer las cosas bien. No importaba qué, *no la tocaría*. ¡Pasara lo que pasase!” Reuniendo toda su fuerza de voluntad, Joe tomó su cartera y las llaves, salió de la habitación y bajó las escaleras, donde se encontró con Luke Harris, el gran amigo que conoció en la escuela y la mano derecha de Mac en el puerto deportivo. “Ey, Luke, ¿cómo te va?”

Los dos hombres estrecharon sus manos y Joe hizo una mueca de dolor.

“Joe.” Dado que ninguno de los dos era demasiado hablador, Luke lo miró de arriba abajo con una divertida expresión.

“¿Has tenido un bien día?”

“Vete a la mierda.”

El broceado rostro de Luke esbozó una pequeña sonrisa. “Nunca me gustó ese tipo. Siempre noté que había algo raro en él.”

Agradecido por el apoyo del otro hombre, Joe sonrió. “No podría estar más de acuerdo. Bueno, supongo que tengo que preparar una despedida de soltero para Mac. ¿Te apuntas?”

“Por supuesto. ¿Qué tenías en mente?”

Joe no se había parado a pensar en ello. “Um. . .”

“¿Qué te parece una noche de póquer y cervezas en el puerto deportivo

después de la jornada? Podemos quedarnos en el restaurante una vez haya cerrado. ¿Qué tal después del cuatro de julio? Los hermanos de Mac llegarán ese día para la boda.”

“Me parece perfecto. Le diré a Mario que prepare algo de comida. ¿Te encargarás de correr la voz por el muelle?”

“Sí.”

“Te lo agradezco. Que pases una buena noche.”

“Igualmente.”

Joe decidió que al menos el día de hoy no había sido una pérdida total mientras se dirigía a la pequeña casa de Janey, la cual estaba situada detrás de Ocean Road, a poca distancia de la oficina del veterinario. Al igual que su madre, Janey había llenado su jardín con fragantes rosales que crecían a través de los listones de madera de la valla blanca. Joe entró por la puerta principal y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estuviera mirando.

Ella debería haberse dado cuenta de su llegada, porque abrió la puerta de su casa y le hizo pasar a su mundo por primera vez. Joe había sido invitado a barbacoas y otros eventos celebrados en su casa en el pasado, pero había utilizado el trabajo como excusa para no asistir. Siempre había hecho todo lo que había estado en sus manos para evitar que la gente a su alrededor se diera cuenta de sus sentimientos hacia ella y siempre había sospechado que entrar en su espacio privado sería demasiado difícil para él. Ahora quería fijarse en cada detalle, cada matiz. A primera vista, decidió que su diminuta casa era cálida y acogedora, todo lo que esperaba de ella. Colores ricos, estanterías llenas de libros; agradable. Sin duda le daba la bienvenida.

“Janey—” Joe se olvidó de lo que iba a decir cuando ella envolvió sus brazos alrededor de su cuerpo y apoyó la cara contra su pecho. Joe se preguntó si podría oír su corazón martilleando en respuesta. Todas sus buenas intenciones salieron volando por la ventana cuando el aroma de jazmín invadió sus sentidos y su suave cabello rozó su mandíbula.

¿Qué otra opción tenía que no fuera devolverle el abrazo? Una vez más, se dio cuenta de que encajaban a la perfección, como dos mitades haciendo clic.

¿Sería capaz también ella de sentirlo? *Se suponía que cualquier contacto estaba totalmente fuera la cuestión*, le recordó su conciencia. *Cállate. Solo cállate.*

“Gracias por venir,” susurró ella.

“Tenemos que hablar, Janey.”

Ella asintió con la cabeza. “Lo sé, pero, ¿podemos hacer esto solo un

minuto antes?”

A pesar de que un estallido de emoción cerró su garganta, Joe se las arregló para responder, “Claro.” Él se dijo a sí mismo que iban a hablar. *Tenían* que hablar, pero entonces las manos de ella encontraron su camino debajo de su camisa y todo pensamiento racional abandonó su cabeza en un tsunami de deseo. Sentía sus manos suaves y cálidas en la espalda y lo único que podía pensar era en lo tersa que el resto de ella se había sentido bajo su piel, envuelta a su alrededor.

“Te eché mucho de menos anoche,” dijo Janey. “¿Cómo es eso posible cuando solo hemos pasado dos noches juntos?”

Su ritmo cardíaco se aceleró y su determinación desapareció. Centrándose en ella, Joe acarició su cara y juntó sus labios con los de ella para darle un beso cargado de desesperación y urgencia a partes iguales, como si hubiera estado años en vez de días sin besarla. Como si se estuviera alimentando de ella, una sensación de calma se apoderó de él. Esto era lo que necesitaba. Toda la angustia y la desesperación que había llevado sobre sus hombros desde su regreso a la isla, se desvanecieron. Joe la levantó del suelo, sintió sus piernas enrollándose alrededor de sus caderas y sus brazos alrededor de su cuello.

“¿El dormitorio?” Murmuró contra sus labios.

Ella le dirigió a través de la casa de una sola planta hacia el final del pasillo.

Joe no podría describir la habitación. Todo lo que vio fue la cama.

Enfrascados en un sensual y apasionado beso, aterrizaron con fuerza contra el colchón.

Un chillido debajo de ellos detuvo su corazón por un instante. “¿Qué demonios?”

“Trío,” respondió Janey sin aliento mientras se incorporaba un poco. Un gran gato de tres patas salió como una flecha de la cama y fuera de la habitación.

“Jesús.” Joe apoyó su frente contra la de ella, todavía respirando con dificultad. “Eso acaba de quitarme cinco años de vida,”

Janey se rio y pasó por dedos por su pelo. “¿Dónde estábamos?”

“Aquí,” dijo él con una suave caricia de sus labios. “Y aquí.” Pasó la lengua por su labio inferior, y ella respondió presionando sus caderas contra su erección. A través de la bruma de deseo y emoción, Joe escuchó otros ruidos. Arañazos en la puerta, gemidos, más arañazos. “¿Qué es eso?”

“Los perros.”

Joe levantó la cabeza para poder mirarla a la cara. “¿Cuántos son?”

“Cinco,” respondió ella tímidamente.

“¿Tienes *cinco* perros en esta casa tan pequeña?”

“Y tres gatos.”

Joe se echó a reír y cayó aún más profundamente en un amor que no conocía fronteras ni límites. “¿Sabes que uno de mis recuerdos favoritos se remonta a cuando estabas a punto de cumplir seis años? Llevabas unas coletas adorables y te faltaban las dos paletas. Habías rescatado una ardilla que había sido atropellada por un coche delante de tu casa. La trajiste en una caja de zapatos. ¿Te acuerdas?”

“Rocky.” Una tristeza comenzó a irradiar de ella como si solo hubieran pasado horas en lugar de años. “Hice todo lo que pude para salvarla.”

“Tu madre estaba preocupadísima por los gérmenes, pero a ti no te importaba lo más mínimo.”

“No me dejó que la subiera a casa, así que la escondí en el sótano y después de que todos se hubieran ido a la cama, la subí a mi habitación. Mi madre aún no lo sabe.”

“Probablemente es mejor así.” Joe pasó un dedo por su suave mejilla. “Me acuerdo de que llevabas un peto vaquero con fresas en él.”

Ella le miró, sorprendida. “Bollito de Fresa.”

“¿Eh?”

“Mi muñeca favorita. Me encantaba ese peto a juego con el suyo. No puedo creer que te acuerdes de eso.”

“Me acuerdo de todo.” Joe dejó una ristra de besos por su cara. “Creo que comencé a quererte desde ese entonces. Eras algo distinto, incluso con seis años.” Joe plantó más besos en su rostro que extrajeron unos suaves suspiros de ella mientras que el lloriqueo que venía desde la otra habitación se hizo más fuerte. “¿Puedo conocer a tus amigos?”

“¿Ahora?”

“Claro, ¿por qué no?”

“Pensé que querías. . .” ella empujó su núcleo contra su dureza, recordándole por qué habían venido hasta su dormitorio en primer lugar.

Pese a lo ansioso que estaba, Joe sabía que era importante que hablaran antes de volver a acostarse. “No se me van a ir las ganas.”

“¿Lo prometes?”

“Mmm,” dijo él contra sus labios. “Por supuesto.”

Con gran renuencia, Janey lo soltó, se sentó y se atusó el pelo. Permaneció así durante un buen rato mientras lo estudiaba.

“¿Qué?” Preguntó él finalmente.

“Todavía estoy tratando de averiguar cómo las cosas han cambiado tanto entre nosotros tan rápidamente. Te miro y veo a Joe, mi amigo de siempre.”

Joe tragó saliva. “¿Eso es todo lo que ves?” Su corazón latía con fuerza mientras esperaba su respuesta.

“No,” respondió en voz baja, “Y esa es la parte que estoy tratando de entender. Veo todas estas otras cosas ahora.”

Joe quería llorar de gratitud, alivio y asombro. Al fin, al fin, *al fin*. “Ahora estás viendo lo que yo he visto desde siempre cada vez que te miro.”

“Me siento como si te acabara de conocer y cualquier cosa pudiera ser posible.”

Emocionado, Joe tomó su mano y entrelazó los dedos con los suyos. Llevándosela hasta los labios y plantando un beso en su dorso, dijo, “Cualquier cosa *es* posible, Janey. Solo tienes que estar segura de estar lista para ello.”

“Sé que estás preocupado y no te culpo por ello, pero *estoy* lista para esto. Para ti. Quiero esto, Joe. Cuando te veo, ahora, desde que, ya sabes. . .”

“¿Empezamos a volvernos locos?” Dijo él con una sonrisa.

Ella le golpeó el hombro. “No te burles de mí.”

“¿Qué sucede cuando me ves ahora, cariño?”

“Quiero estar a solas contigo. Incluso hoy, cuando estaba tan molesta por el incidente con David, lo único que podía pensar después de que te viera en casa de mis padres, era que quería deshacerme de ellos para poder estar a solas contigo. Puse la excusa de los perros para volver a casa esta noche. Les dije que mi niñera perro tenía planes y que necesitaba cuidar de mis chicos. Maddie quería quedarse conmigo, pero la mandé de vuelta a casa.” Su rostro se sonrojó de una manera que Joe encontró totalmente cautivadora. “No puedo dejar de pensar en lo bueno que fue. En lo bien que *estamos* juntos.”

Joe dejó escapar un gemido. El mismo había revivido cada segundo de ello, cada matiz, una y mil veces en los últimos días.

“Nunca ha sido así para mí antes.”

“Janey . . .”

“¿Hmm?” Ella inclinó la cabeza sobre su hombro y Joe experimentó una oleada de satisfacción diferente a todo lo que había conocido anteriormente. Ella pasó su brazo por detrás de él, con la cabeza aún en su hombro. Todo lo

que él quería, lo tenía ahí mismo. Se aclaró la garganta, esperando que las palabras vinieran solas. “Ibas a presentarme a tus mascotas.”

“Oh, cierto.” Ella se levantó, pero no le soltó la mano mientras le conducía hasta la otra habitación. “Los dejé aquí antes para que no te avasallaran cuando llegaras.” Janey abrió la puerta a una habitación llena de animales. Cada uno de ellos tenía una cama alrededor de la sala con su nombre bordado en ella. Joe enseguida se dio cuenta de que todos eran animales especiales. Uno de ellos no tenía orejas y al otro le faltaba la cola. Un tercero estaba sentado estoicamente, mirando a Joe con una intensidad intimidante. Los sabios ojos del perro estaban fijos en sus manos entrelazadas y de inmediato, Joe comprendió que tendría que ganarse al pastor alemán si quería tener esperanzas de un futuro junto a Janey.

“Esta es Sam.” Janey soltó la mano de Joe para poder coger y abrazar a una bola de pelo blanco. “Es ciega, pero jamás te darías cuenta. Se mueve como pez en el agua usando el resto de sus sentidos.” Janey se sentó en el suelo y los otros se apresuraron a competir por un lugar sobre su regazo. Excepto el pastor alemán que seguía mirando a Joe. “Encontramos a Dexter,” dijo mirando hacia el cocker spaniel, “sin orejas. No quiero ni pensar cómo las habrá perdido.”

Joe se sentó a su lado. “¿Por qué no han ladrado cuando me han oído entrar?”

“Porque todos ellos han recibido abusos, así que tienden a guardar silencio para no llamar la atención antes de asegurarse de que el visitante es amable.”

Sam, la bola de pelo blanco, se bajó del regazo de Janey y se subió al de Joe, mientras le olía a conciencia y le daba un amistoso lametón.

“Nunca entenderé cómo alguien puede hacer daño a un animal indefenso,” dijo Joe.

“Yo tampoco. Vemos demasiados malos tratos todo el tiempo, incluso aquí en la isla. No pensé que la gente de aquí pudiera ser capaz de algo así. Mucha gente pasa las vacaciones de verano aquí y luego dejan a sus perros detrás cuando se marchan. Me encontré a Muttley hambriento y desnutrido por el lado de la carretera hacia Northeast Light hace aproximadamente un año. Su cola estaba toda ensangrentada e infectada.” Janey comenzó a temblar ante el recuerdo mientras acariciaba al mestizo de color marrón y negro.

Joe se dio cuenta de cómo el perro se alejaba de su primera caricia, antes de darse cuenta de que no había peligro.

“Todavía cree que le van a pegar. Se prepara para recibir el golpe y se

sorprende cuando no pasa nada.”

“Pobrecillo.” Joe hizo intención de acariciarlo, pero el perro se alejó de él.

“Podría llevarle algo de tiempo tener confianza en ti, así que no te lo tomes como algo personal.”

Joe sonrió. ¿Podría ser más adorable? “No lo haré. ¿Cuál es la historia con el general de ahí?”

“Oh, ese es Riley. Es muy grande y siempre está al mando.”

“Ya lo veo.” Joe estaba bastante seguro de que el perro no había pestañado ni una sola vez desde que había entrado en la habitación. “Parece como si quisiera arrancarme el corazón.”

Janey se echó a reír. “Probablemente está un poco celoso. Jamás le prestó ni la más mínima atención a David.”

“Ya me cae bien.”

Ella le sonrió, lo que le calentó hasta los huesos. “Riley, ven a saludar a Joe.”

A medida que el perro se arrastraba hacia adelante usando solo sus patas delanteras, Joe se dio cuenta de que no tenía patas traseras. “Oh, Dios, ¿qué le ha pasado?”

“Fue atropellado por un coche y dado por muerto. El Doctor Potter fue capaz de salvarlo, pero nadie quería un perro con dos patas.”

“Así que por supuesto, lo trajiste a casa contigo.”

“Le había cuidado durante semanas para ese entonces. Ya era mío.”

“¿Cómo te puedes permitir mantenerlos a todos?”

“Bueno, Doc me ayuda con la atención veterinaria y las medicinas que necesitan, por lo que yo solo me ocupo de comprarles comida. Me preocupa qué va a ser de mí cuando Doc se retire y venga un nuevo veterinario. Ellos necesitan mucho cuidado, especialmente Pixie.” El Jack Russell le lamió la mano y se dejó caer en su regazo, haciendo que Muttley se cayera al suelo. “Ella tiene una infección persistente en la piel que pica sin parar y hace que se sienta mal todo el tiempo, pero eso no impide que actúe como si fuera la reina de todo el cotarro.”

Joe acarició a Muttley y se sintió honrado cuando el perro se tumbó boca arriba para que le rascara la barriga. “Siempre podrías ir a la universidad y estudiar veterinaria y así no tendrías que estar preocupada cuando el nuevo veterinario llegue a la ciudad.”

“Ya te lo he dicho,” dijo, “ese barco ya ha zarpado.”

“No, no es verdad. Y no me digas que eres demasiado vieja. Solo tienes veintiocho años. Dame un respiro.”

“Pero—”

Riley se acercó a Joe y olisqueó su pierna. “Nunca sabrás si podrías llegar a ser veterinaria si no lo intentas.”

“¿Cómo voy a pagar la matrícula?”

La pregunta demostraba que al menos había considerado la posibilidad. “¿No se ofrecieron tus padres a prestarte el dinero? Creo que fue David quien te convenció de que no podíais estar permanentemente en deuda con ellos, que en mi opinión, es una soberana estupidez.”

Un gato negro con un solo ojo entró en la habitación y se frotó contra Janey, compitiendo por un poco de atención, que por supuesto, recibió. “En el fondo a ninguno os gustaba, ¿verdad?” Preguntó con una suave voz que le hizo estremecer. Ella *no* era así y a Joe le dolía que se cuestionara a sí misma a raíz de lo sucedido con David.

“Lo que no nos gustaba era la forma en la que te trataba.”

“¿Por qué me hizo falta verle en brazos de otra mujer para poder abrir los ojos?”

“Tú le querías, Janey. No tienes que pedir disculpas por eso. A mí no, al menos.”

“¿Siempre fue malo? Quiero decir, en el fondo, ¿crees que siempre ha sido una mala persona y que tardé demasiado en verlo?”

“Ahh, cariño, no te puedo responder a eso. Todo lo que puedo decir es que si yo hubiera pasado todos esos años contigo, me consideraría el hombre más afortunado del mundo.”

“Lo dices en serio, ¿verdad?”

“Por supuesto que sí.”

“¿Cómo he podido estar tanto tiempo sin ver lo que sentías por mí? Es como si hubiera estado caminando por ahí con los ojos vendados durante todos estos años y cuando finalmente me quitaron las vendas esta semana, me he enterado de que David es una basura y que tú. . .”

“¿Qué? ¿Qué soy yo?”

Sus claros ojos azules se centraron en los suyos. “Todavía no estoy segura, pero quiero averiguarlo.”

Joe puso un dedo bajo su barbilla y levantó su cara para poder besarla en los labios.

Riley gruñó una advertencia en voz baja.

Janey se rio y le dio unas palmaditas en el lomo. “Tranquilo, chico. No pasa nada. Es uno de los buenos.”

Joe decidió que ese era, sin duda, el mejor cumplido que jamás había recibido.

Capítulo 11

Janey se llevó la mano de Joe a los labios y plantó un beso en cada uno de sus hinchados nudillos. Le dolía pensar en cómo se había lesionado la mano y lo impropio que era por su parte haber golpeado a alguien. “Quería haber hecho esto antes, cuando llegué de casa de mis padres y te vi la mano hinchada y amoratada.”

“Les sorprendió a todos un poco, ¿eh?”

“Solo un poco. Bueno, excepto a Maddie. Ella ya sabe lo que ha pasado entre nosotros.”

Joe se quedó sin aliento. “¡Oh, Dios mío, Janey! Si se lo cuenta a Mac—”

“No lo hará. Me lo prometió.”

Joe lanzó un profundo y tembloroso suspiro. “Tu hermano me mataría. Ya lo sabes.”

“Después de todo lo que ha pasado, tenía que contárselo a alguien.”

“¿Y tenía que ser a *ella*? ¿La prometida de tu increíblemente protector hermano mayor?”

“Nos hemos hecho muy buenas amigas y sabía que ella lo entendería.”

“Esto no me gusta, Janey. No quiero tener ningún problema con él. Ya hemos ido demasiado lejos y su boda está a la vuelta de la esquina. . .”

Ansiosa para sofocar sus preocupaciones, Janey se sentó a horcajadas sobre él y le empujó contra el respaldo del sofá. “Confío en que me guardará el secreto, de lo contrario, no se lo hubiera dicho.”

“La gente va a pensar que me aproveché de ti—”

Ella le hizo callar con un beso que, como la mayoría de sus besos, rápidamente fue más allá de todo control. “En todo caso, fui *yo* quien me aproveché de *ti*, y los dos lo sabemos.”

“Así no es cómo lo verá el resto de la gente, especialmente Mac, porque sabe lo que he sentido por ti todos estos años. Pensará que salté sobre ti en la primera oportunidad que se me presentó.”

“Cuando fue todo lo contrario.”

“Él nunca lo creerá, Janey. Nunca.”

“Entonces será mejor que sea un secreto entre los dos por ahora. Nadie más tiene por qué saberlo hasta que estemos listos para que lo sepan.”

“¿Y cuál es este secreto? ¿Cómo lo llamarías?”

“Diversión.” Ella le besó. “Emoción.” Otro beso. “Pasión.” Esta vez, pasó la lengua entre sus labios. “Algo delicioso.”

Joe peinó su pelo con los dedos, tirando de ella para darle otro

desesperado beso. Sus lenguas se enredaron en una violenta batalla, un estímulo que hizo que Janey sintiera un placer que la recorrió desde sus pechos hasta su núcleo.

Ella rompió el beso y presionó sus labios contra el palpitante nervio de su mejilla. “¿Ya es después?” Preguntó mientras volvía su atención a su cuello. El temblor que recorrió su gran figura la llenó de un sentido de poder.

Joe aventuró sus dedos bajo el dobladillo de su camiseta, “Mmm, definitivamente.”

“¿Y ya hemos hablado de todo lo que se suponía que teníamos que hablar?”

“Ni siquiera de cerca.”

Janey mordió el tendón entre su cuello y hombro.

Él se sacudió, abrió la boca y clavó los dedos en sus caderas, sosteniéndola con fuerza contra su erección.

“¿Puede esperar?” Susurró.

“Supongo que tendrá que hacerlo.” Él movió sus manos a su trasero y se puso de pie, acomodándose a su peso sin esfuerzo. “Porque esto no.”

En una cacofonía de garras contra la dura madera, su colección de animales los siguió hasta el dormitorio.

“¿Vamos a tener público?” Le preguntó mientras la dejaba sobre la cama.

“Vamos, chicos.” Janey ahuyentó a los animales de la habitación, cerró la puerta, y se volvió hacia él. “Al fin solos.”

Las protestas quejumbrosas desde el pasillo les recordaron que eso no era completamente cierto.

“¿Qué vas a hacer conmigo?” Preguntó Joe.

Sonriendo ante su picardía, Janey se inclinó hacia él quitándose el top en el proceso. Había algo en el conocimiento de que Joe la había amado durante tanto tiempo que hacía que ella no tuviera ningún problema en deshacerse de las inhibiciones que tanto habían plagado su relación con David. A menudo le había resultado muy difícil actuar con libertad y sin vigilancia en torno a él, porque nunca parecía tener toda su atención. Eso no era un problema con Joe.

Joe deslizó las manos por sus costillas para cubrir el sujetador de encaje que ella se había puesto pensando en él. A juzgar por la ardiente mirada que dirigió a sus pechos, la prenda había triunfado. “Eres tan preciosa, Janey. Tan increíblemente sexy.”

Ella levantó su camiseta y pasó los dedos sobre los bordes de los músculos de su abdomen. “Tú también. No puedo creer que cubras esta chocolatina con una camiseta. Debería ser delito.”

Él soltó un bufido de risa. “Lo tendré en cuenta.”

“Tan solo pierde la camiseta y seré muy feliz.”

“Mmm, quiero que seas feliz.” Mientras que ella le quitaba la camiseta, él mordisqueó la carne blanda de sus pechos que se salía de su push-up.

“Me siento muy feliz en este momento.” Janey se retorció debajo de él, ansiosa con deseo y necesidad, y algo más que se contrajo en su pecho, exigiendo que no ignorara lo que él le hacía sentir. Finalmente Janey tiró de la camiseta sobre su cabeza y masajeó sus hombros mientras que él adoraba sus pechos a través del sujetador. Joe le quitó sus pantalones cortos, dejándola solo en sujetador y en un tanga a juego.

Ver cómo sus ojos se oscurecieron cuando Joe vio la prenda, hizo que Janey se echara a reír.

“Tenías planeado que me diera un ataque al corazón, ¿no es así?”

Ella batió sus pestañas hacia él. “¿Crees que yo te haría algo así?”

“Uh-huh. Creo que sí.” Sus talentosos labios se centraron en su vientre, y cuando su lengua chasqueó en su ombligo, Janey descubrió una nueva zona erógena.

Ella se aferró a su pelo mientras que su corazón comenzaba a martillar con fuerza en su pecho cuando se dio cuenta de dónde se dirigía. El hecho de que a Joe le *gustara* hacer eso todavía era un shock para ella, y *realmente* parecía gustarle. Solo pensar en ello hizo que su piel se calentara de vergüenza y nerviosismo. “Joe. . .”

“Relájate, cariño.”

A pesar de sus dulces palabras, Janey tembló cuando él separó sus piernas y se posicionó entre ellas.

Janey cerró los ojos y trató de controlar el temblor, pero solo se intensificó cuando él la lamió a través de la fina tira de seda. Un gemido se escapó de su pecho cuando las sensaciones se hicieron casi dolorosamente intensas. Construyendo su presión con la lengua, Joe deslizó un dedo dentro de ella. Después de unas cuantas embestidas de su dedo y lengua, un orgasmo abrasador le robó el aliento.

“Tan hermosa,” susurró él mientras besaba su camino hacia sus labios.

“Muy, muy hermosa.”

Janey se centró en coger aire mientras jadeaba y su cuerpo convulsionaba sin parar.

Mientras se recuperaba, Joe se deshizo del resto de su ropa y volvió a unirse a ella, cubriendo su cuerpo con el suyo. Inundada por su calor, Janey

flotaba en una nube de satisfacción.

“No te dormirás debajo de mí, ¿verdad?” Le preguntó. Janey pudo oír la risa en su voz mientras palpitaba contra su pierna, haciéndole saber que estaba muy despierto.

“Jamás haría *eso* estando contigo,” respondió, a pesar de que estaba teniendo serías dificultades para mantener los ojos abiertos. Enroscó las piernas alrededor de sus caderas, instándole a tomar lo que ella le estaba ofreciendo.

“Mírame.”

Janey se obligó a abrir los ojos para encontrárselo mirándola con unos ojos llenos de amor y admiración. Abrumada por todo lo que veía en ellos, puso la mano en su cara y tiró de él para darle un tierno beso mientras que entraba en su interior en una rápida embestida que la hizo gritar de puro asombro de lo bien que se sentía teniéndolo dentro de su cuerpo.

“Dios, Janey,” murmuró entre sus dientes apretados. Algo en él pareció ceder a un completo abandono mientras bombeaba con fuerza dentro y fuera de ella. Con ambas manos, se apoderó de su trasero, sosteniéndola justo dónde quería tenerla para su feroz posesión.

Janey jamás había visto a este Joe, tan loco de amor y perdido en su pasión. Ella tan solo pudo aferrarse a la sensación que estaba creando hasta que un segundo orgasmo, aún más potente que el anterior, la atravesó, igual de turbulento que el primero.

Tratando de tomar aire, se agarró con fuerza a él. “Lo siento. No pretendía ser tan brusco.”

Ella apartó el pelo de su húmeda frente. “Por favor, no te disculpes. Me ha gustado mucho.”

“Nunca he perdido la cabeza así.”

A Janey le encantaba saber que había sido la causante de eso. “¿No?”

Joe clavó los ojos en los suyos y negó con la cabeza mientras la besaba suavemente. “Nunca.”

“¿Te ha gustado?”

“Si me hubiera gustado un poco más, podría haberme matado.”

Janey se rio y apretó sus piernas a su alrededor, impidiendo que saliera de ella.

“Quédate conmigo.”

Joe apoyó la cabeza en su pecho y siguió tratando de respirar profundamente. “No voy a ir a ninguna parte, mi amor.”

Ella le agarró con fuerza contra su ser y cerró los ojos, regodeándose en la alegría de estar exactamente donde debía estar.

Janey se despertó antes de que amaneciera a la mañana siguiente con Joe plantando suaves besos en su espalda. Arqueándose contra él, ella sintió la necesidad de ronronear como un gatito. Se aferró a la almohada mientras que él volvía a despertar su cuerpo, abriéndose camino por su columna vertebral. Entonces se le ocurrió en ese momento, que si no hubiera pillado a David con otra mujer, quizás nunca hubiera descubierto que este tipo de pasión existía. Se hubiera casado con él y habría seguido adelante con su vida, pensando que sabía lo que era el deseo. Jamás hubiera experimentado algo como. . .

Joe llegó hasta su trasero y rindió homenaje a cada uno de sus cachetes, besando, lamiendo, y mordidiéndolos. Él la tuvo al borde de otro clímax en cuestión de segundos. Levantó sus rodillas y la penetró desde atrás. Mientras que antes la había tomado rápida y salvajemente, esta vez lo hizo de un modo lento y sensual—y aún no había dicho ni una sola palabra.

Joe mantuvo el ritmo lento con calma hasta que Janey pensó que se volvería loca de las sensaciones que estaban asaltando su cuerpo. Él amasó sus pechos y pellizó sus pezones, lo que envió una sacudida de impactante deseo directamente hasta donde estaban unidos. En sintonía con ella, como siempre, Joe sintió que estaba cerca, así que extendió un brazo y la acarició hasta llegar al clímax. Ambos se derrumbaron contra el colchón.

“Te quiero,” le susurró al oído.

Janey agarró su mano contra su pecho. Ella también le quería. Por supuesto que lo hacía. Pero, ¿estaba *enamorada* de él? Podría estarlo. Por supuesto. Sin embargo, hasta que estuviera segura, no podía decir las palabras que sabía que él necesitaba oír.

“Joe, yo—”

“No, cariño. No digas nada.”

Joe la entendía a la perfección y Janey se sentía muy agradecida porque estuviera tan en sintonía con ella.

“Tengo que irme.”

“Todavía no.”

“Si vamos a mantener esto entre nosotros, será mejor que no me vean salir de aquí por la mañana.”

Janey se volvió hacia él. “¿Estás seguro de que no te importa mantener esto en secreto por un tiempo?”

Él se pasó los dedos por el pelo. “Solía imaginar cómo sería cuando estuviéramos juntos. Tengo que admitir que nunca había pensado que tendría que escabullirme de tu casa a primera hora de la mañana.”

“Sé que esto no es lo que quieres.”

Joe posó un dedo sobre sus labios. “Yo no he dicho eso. Te quiero. Eres todo lo que siempre he querido. Si tiene que ser así por ahora, entonces, nos adaptaremos a ello.”

“¿Sabes lo que estaba pensando antes?”

“¿Qué?”

“Me alegro de no haberme casado sin saber que era posible sentirse de esta manera.”

“¿El no. . .te satisfacía. . .en la cama?”

“No así. Lo triste es que ni siquiera sabía que podía existir algo diferente. Hasta que no me lo mostraste. Pensé que tenía algo bueno con él, pero ahora veo que era mediocre en el mejor de los casos. Probablemente también lo era para él, por eso hizo lo que hizo.”

Esas son las cosas que quiero que resuelvas antes de tener algún compromiso conmigo, Janey. No quiero mirar hacia atrás y tener remordimientos porque nos hayamos precipitado a iniciar algo antes de que estuvieras lista. Eso es lo que más me preocupa.” Él la apretó contra su cuerpo. “He esperado demasiado tiempo para poder abrazarte así. No quiero que lo estropeemos.”

“No vamos a estropearlo.” Ella apretó los labios contra su pecho y pasó la mano por su espalda. “Es demasiado bueno.”

“Sí,” dijo él con una voz cargada de emoción. “Lo es. Por eso no quiero que metamos la pata.”

“¿Cuándo volveré a verte?”

“Recibí una llamada ayer. Tu coche ya está listo. Si quieres venir a mi casa esta noche, podríamos ir a recogerlo mañana por la mañana.”

Janey pensó en eso por un minuto. Tendría que dar explicaciones de por qué pasaba otra noche en casa de Joe, pero a nadie más que a Maddie se le ocurriría cuestionarlo. Bueno, tal vez a Mac.

“¿Podrías conseguir que alguien cuidara de los perros?”

“Mi habitual niñera está fuera de la isla. Supongo que podría pedirle a Maddie que se pasara por aquí y los dejara salir.”

“Prefiero que Mac no sepa que vienes conmigo otra vez.”

“Le pediré a Maddie que no se lo diga.”

“Janey,” suspiró, “estamos jugando con fuego. Mac va a explotar cuando se entere de todo esto.”

“Entonces nos aseguraremos de que lo haga *después* de su boda, cuando esté inmerso en un mundo de felicidad, deseando que todo el mundo a su alrededor también sea feliz.”

“Tal vez entonces él me dará un respiro y me dejará vivir.”

Janey se echó a reír y salpicó su pecho con besos, trabajando su camino hasta su barbilla. “Podremos sobrevivir diez días, ¿verdad?”

Él capturó su boca errante y la devoró, una vez más. “Supongo que si he sobrevivido durante años, podré aguantar otros diez días más.”

“Mmm,” dijo ella mientras plantaba más besos calientes por su cuerpo.

“Tengo que ir a trabajar.”

“Lo sé.” Pero ella no quería dejarle ir. Más bien, se sentó a horcajadas sobre él y lo llevó en su interior.

“*Janey.*”

“Eres el dueño de la empresa.”

“Y es precisamente por eso que tengo la obligación de trabajar de vez en cuando.”

Ella se bajó de él y se dejó caer sobre su espalda. “Muy bien. No importa. Si tienes mejores cosas que hacer. . .”

Gruñendo, él se colocó encima de ella y se dispuso a terminar lo que ella había empezado. Tal como Janey sabía que haría.

Después, Janey le ofreció una maquinilla de afeitar y un cepillo de dientes, y Joe se duchó mientras que ella hacía café. Se sentía tan hogareña— despertando con él, haciendo el amor con él, escuchándole en la ducha mientras que ella preparaba el café para él antes de darle un beso y desearle un buen día. Así era como podría ser siempre si acababan juntos.

Después de dejar salir a los perros al patio trasero, ella llevó la taza que decía “Los médicos son aún mejores amantes,” hasta la ventana justo para ver un gorrión acercarse a picotear en uno de sus comedores. El cazador de sueños de cristal que David le había regalado en uno de sus cumpleaños brillaba en el sol de la mañana, recordándole que hasta hacía apenas una semana, todos sus sueños habían tenido que ver con él y no con el hombre que estaba ahora en su ducha.

A pesar de que había hecho un rápido recorrido a través de su casa la noche anterior para quitar fotos y otros recuerdos evidentes de David antes de que Joe llegase, la taza y el cazador de sueños eran recordatorios que

requerirían de mucho más tiempo para eliminar los trece años plagados de recuerdos de su casa y su corazón. Eso no quería decir que no hubiera espacio en su casa y en su corazón para algo nuevo, mientras tanto, o eso se decía a sí misma.

Un golpe en la puerta de entrada hizo que se atara la bata más fuerte alrededor de su cuerpo desnudo. Echó un vistazo a la puerta cerrada del baño para asegurarse de que Joe todavía estaba en la ducha. Janey abrió la puerta para encontrarse con la cara magullada y maltratada de David. Ella reprimió un grito de asombro. “¿Qué haces aquí?”

“Tenemos que hablar, Janey.” Su voz sonaba como si tuviera un resfriado. Un vendaje le cubría la nariz y sus ojos estaban negros e hinchados. Su pelo oscuro estaba despeinado en la superficie, como si hubiera pasado horas pasando sus dedos por él y su cansancio era evidente. Janey se sintió bien al darse cuenta de que probablemente había estado despierto toda la noche mientras que ella dormía plácidamente en los brazos de Joe. Unas cuantas noches de insomnio era los menos que se merecía.

“Ya te dije todo lo que tenía que decirte ayer,” respondió ella, ansiosa porque se fuera.

“Tú lo dijiste todo. Yo no tuve la oportunidad de decir lo que quiero que sepas.”

“¿Qué?” Preguntó ella, aunque no le importaba. Ya no.

David abrió la puerta mosquetera y le acarició la mejilla, pero Janey se sacudió lejos de su alcance y tiró de la puerta hacia ella. Rezó para que Joe escuchara sus voces y no saliera hasta que se deshiciera de David.

“Ella no significa *nada* para mí, Janey. Fue solo sexo. No tiene nada que ver con nosotros.”

Janey le miró, incrédula. “¿De verdad crees que puedes separar lo que tiene y no tiene que ver con nosotros? *Todo* lo que haces—o debería decir todo lo que *hacías*—tenía que ver con nosotros. Estabas *comprometido* conmigo, David. No puedes acostarte con otra persona porque estés aburrido, o estresado, o solo. No funciona así.”

“No puedo perderte por esto, Janey. Hemos pasado por muchas cosas y estamos *muy* cerca de tener todo lo que hemos deseado durante mucho tiempo. Sabes que te quiero. Lo *sabes* de sobra.”

“Pensé que lo sabía hasta que te vi en la cama manteniendo relaciones sexuales con otra persona. Déjame preguntarte algo, David.”

“Lo que sea.”

“¿Por qué la llevaste a tu apartamento? ¿Por qué lo hiciste en la cama que compartías conmigo?”

Él miró hacia sus pies y luego hizo una mueca de dolor. “Ella trabaja en el hospital, y . . . tiene compañeros de piso.”

Janey soltó una carcajada. “Ahh, ya veo. Y no puedes permitir que la gente en el trabajo se entere de que el honorable Doctor Lawrence es en realidad, un cerdo infiel.”

“Lo siento, Janey. ¿Qué puedo hacer para compensártelo?” Dio un paso adelante, pero Janey tiró de la manija más cerca para mantenerlo fuera. “Haré lo que sea.”

“No hay nada que puedas hacer o decir para borrar esa imagen de mi memoria. Te *vi*, David.” Odiaba cómo su garganta se cerró de repente y sus ojos comenzaron a arder con lágrimas. “Te *vi*.”

“Daría todo lo que tengo para hacer que esa noche desapareciera. Si hubiera sabido que ibas a venir—”

“¿*Qué?* ¿No te habrías tirado a otra mujer porque sabías que tu dispuesta novia estaba de camino a la ciudad? ¡Haces que me den ganas de vomitar!”

“¡Eso no es lo que he querido decir! ¡Habría estado muy emocionado de saber que ibas a venir! Te echo de menos todo el tiempo, Janey. No me gusta vivir así. Estoy ansioso porque llegue el día de nuestra boda.”

“Ya no va a haber boda. Se ha acabado.”

“Esto no ha acabado. No puedes darle la espalda a trece años solo por un error. Eso es todo lo que ha sido. *Un error*.”

“Vuelve a Boston, David.”

“No puedo volver allí con este aspecto. Les he dicho que he tenido un accidente, así que me voy a quedar aquí unos cuantos días más.”

“Genial. Pásalo muy bien visitando a tu madre, solo déjame en paz.” Ella comenzó a cerrar la puerta por dentro, pero él se apresuró a empujar la puerta de tela metálica para detenerla.

“Janey, cariño, *por favor*. Déjame entrar. Vamos a hablar de esto. No hay nada que no podamos solucionar. Mira todo por lo que hemos pasado para llegar hasta aquí.”

Un gruñido bajo salió de detrás de ella. “No pasa nada, Riley. David ya se iba.”

Con una mano en su pecho, ella lo empujó fuera del camino, cerró la puerta, echó el cerrojo y apoyó la frente contra la fría madera.

“¡Janey!” Gritó David desde fuera. “¡Vamos! ¡No me puedes hacer esto!”

“Por favor, vete o llamaré a la policía, David. Lo digo en serio.”

“Está bien. Me iré. Pero volveré. Esto *no* termina aquí. Ni mucho menos.”

Janey no respiró hasta que le oyó bajar las escaleras delanteras y cerrar de golpe la puerta detrás de él.

Gimiendo, Riley se restregó contra su pierna y ella se agachó para acariciar las sedosas orejas del animal. “Ya se ha ido, muchacho.”

“¿Va todo bien?” Preguntó Joe.

Capítulo 12

Janey se dio la vuelta para encontrarse a Joe de pie fuera de la puerta del baño con tan solo una toalla envuelta alrededor de su cintura. Solo la visión de su esculpido pecho y abdominales y la fina capa de pelo rubio que se perdía bajo la toalla fue suficiente para agitar el zumbido de deseo al que ella ya se había acostumbrado a sentir estando en su presencia.

Inclinando su cabeza, él la instó hacia él.

Janey cruzó la habitación y se dejó envolver por su cálido abrazo de bienvenida.

“¿Cuánto has oído?”

“Lo suficiente para saber que no va a irse por las buenas.”

“No,” suspiró ella.

Joe le pasó una mano por el pelo. “Estás temblando, nena.”

“Me ha tomado por sorpresa.” Contestó Janey. “Espero que entiendas por qué le he preguntado por qué tuvo que llevársela a su casa.”

“Eso es exactamente a lo que me refería cuando dije que necesitabas arreglar las cosas primero. Naturalmente, tienes preguntas. Cualquiera las tendría.”

Janey volvió la cabeza hacia su pecho. “No sé si habría sido capaz de hacer frente a todo esto sin tu apoyo.”

“Estoy aquí.”

Ella le acarició el cuello con los labios. “Estoy muy contenta de ello, Joe. De verdad que sí.”

“Tengo que ir a trabajar. ¿Estarás bien?”

Con gran renuencia, Janey lo dejó ir, lo siguió hasta el dormitorio y se sentó en la cama.

“Tengo un par de cosas que hacer. Me vendrá bien mantenerme ocupada.” Cuando él dejó caer la toalla, ella dejó que sus ojos viajaran por sus musculosos hombros hasta su esculpido vientre y más abajo. Janey se humedeció los labios y subió la mirada para encontrarse con sus ardientes ojos.

Joe se puso la camisa. “¿Qué?”

“Me pregunto cómo no me he dado cuenta todo este tiempo del potencial tan increíblemente bueno que tenías para ofrecer.”

Joe se detuvo en seco mientras se abrochaba los pantalones cortos. “¿Lo dices en serio?”

“Uh-huh.”

Con los ojos fijos en ella, él se acercó a la cama y se inclinó hacia adelante

para estar al nivel de su cara.

Janey sonrió, enrolló sus brazos alrededor de su cuello y tiró de él sobre su cuerpo.

“Escucha, víbora del sexo, tengo que irme o me despedirán.”

Janey pasó los labios suavemente sobre su boca, deleitándose con el gemido que resonó desde lo más profundo de su pecho. “No te pueden despedir, eres el propietario del lugar.” Sus manos recorrieron su espalda hasta detenerse en su trasero.

“¿Puedes retener ese pensamiento hasta dentro de unas doce horas?”

“¿*Tanto?*”

Ella plantó unos calientes besos con la boca abierta por su cuello y pasó la lengua sobre su clavícula. “Mmm, haré que la espera merezca la pena. Lo prometo.”

Janey pasó los dedos por su pelo. “¿Esto es real, Joe? ¿Está sucediendo realmente?”

“Es real y está ocurriendo, y es mágico. ¿Tú también lo sientes? ¿Aunque sea solo un poco?”

“Siento mucha magia y eso es lo que no puedo creer. Hemos sido amigos desde siempre. Y ahora esto.”

“Y ahora esto.” Sosteniendo su mirada, Joe entrelazó sus dedos y extendió sus brazos sobre su cabeza, alineando sus cuerpos.

Janey envolvió sus piernas alrededor de él, maravillándose de la emoción, el deseo, y la abrumadora pasión. “Tienes que irte.”

“Lo sé.” Pero no hizo ninguna intención de levantarse. Más bien, la volvió loca con unos mojados besos, que rápidamente hicieron que tuviera ganas de mucho más.

Janey pasó la lengua por su labio inferior y él se apartó.

“No,” dijo Joe a la vez que capturaba su boca de nuevo en un tierno beso.

Janey gimió con frustración. “¡Eres muy malo!”

Riéndose, él contestó, “Solo quiero cerciorarme de que vas a pensar en mí hoy.”

“Oh, lo haré.”

Otro arrebatador beso. “¿Me lo prometes?”

“Sí, Joe,” dijo ella, riendo. “Te prometo que voy a estar pensando en ti durante todo el día.”

“Entonces mi trabajo aquí ha terminado.” De mala gana, se incorporó y se apartó de ella. “¿Nos vemos en el muelle del ferry a las ocho menos cuarto?”

Ella lo siguió hasta la cocina y llenó su taza favorita con café negro. “Allí estaré. ¿Quieres unos cereales o algo así?”

“Tomaré algo en el restaurante.” Dijo mientras examinaba la taza que ella le había entregado. “¿En serio? ¿Esperas que camine por la ciudad con una vaca en la mano?”

“Es mi favorita,” respondió ella con una juguetona mueca. “Es un gran honor para mí otorgarte mi vaca. Espero que cuides muy bien de Bessie.”

Volteando los ojos hacia arriba, él la besó de nuevo, rápido y demasiado breve, y se dirigió hacia la puerta. “Gracias por el café. Supongo.”

“¡Joe! Espera.”

Él se volvió y levantó una inquisitiva ceja.

“Ya sabes, echar un vistazo antes de salir.”

Un destello de dolor cruzó su cara y luego se desvaneció con la misma rapidez. Andar a escondidas le molestaba y Janey odiaba eso.

“Claro,” dijo. Los labios que la habían seducido tan sensualmente unos minutos antes estaban ahora firmemente cerrados por la tensión. “No queremos que nadie se entere, ¿verdad?”

“Joe—”

“Está bien.” Respondió mientras la miraba, “Por ahora.”

Linda McCarthy entró en el South Harbor Diner y miró a su alrededor. Kay Lawrence la saludó desde uno de los reservados en la parte posterior. Sintiendo los ojos de todos en el bullicioso restaurante puestos en ella, Linda caminó rápidamente hacia allí.

La otra mujer tomó a Linda por las manos, “Muchas gracias por venir.”

“No hay problema.”

Kay la soltó y se sentó de nuevo en el reservado. “Estás enfadada.”

“Estoy furiosa. Y con razón.”

“Créeme, yo estoy tan enfadada como tú. Quiero a Janey como si fuera hija mía. Ya lo sabes.”

“Sí.”

“Simplemente no puedo creer por qué David querría arriesgar todo lo que él y Janey han conseguido trabajando tan duramente todos estos años, actuando como un tonto.”

Linda hizo un gesto a la camarera para que se acercara a su mesa. “Y sin pensar en las consecuencias.”

“Eso también.” Kay tomó un sorbo de su taza. “Estoy verdaderamente

consternada por su comportamiento, Linda.”

“No tengo ninguna duda al respecto. Siempre te has sentido muy orgullosa de él.”

“Lo que hace que esto sea mucho más difícil de entender.” Ella se secó los ojos. “¿Cómo está Janey? No puedo dejar de pensar en ella.”

“Parece estarlo llevando mejor de lo que pensaba. Insistió en irse a casa ayer por la noche para que pudiera estar con sus mascotas. Ellos la hacen feliz.”

“David la quiere muchísimo. Está fuera de sí.”

“Tiene una manera muy extraña de demostrar su amor.”

“Él jura que era fue algo de una sola noche y lo lamenta profundamente. Si hubieras visto cómo estaba anoche, no hubieras dudado de su sinceridad.”

“No estoy segura de qué crees que podemos hacer al respecto,” dijo Linda. A través del cristal, vio a Mac entrando en el restaurante con Thomas, el hijo de Maddie. Joe les siguió hasta el comedor. Linda les saludo mientras se sentaban en una mesa cerca de la entrada.

“Oh, ese Joe Cantrell,” susurró Kay. “¡Le rompió la nariz a mi pobre David! ¿Te imaginas?”

“Es como un hermano para Janey. Mi marido o hijo podrían haberle hecho algo mucho peor si lo hubieran visto primero.”

“Esa no es forma de solucionar un malentendido.”

“Esto es mucho más que un malentendido, Kay. Tu hijo la *engañó* y Janey lo *vio*.”

Los ojos marrones de Kay se llenaron de lágrimas. “Sin duda tiene que haber *algo* que podamos hacer para ayudarles a encontrar su camino de regreso al otro. Todos estos años juntos. . .no me puedo imaginar a ninguno de ellos sin el otro.”

“No sé si quiero que mi hija vuelva con David. No si esa es la clase de marido que piensa ser.”

“Está teniendo algunos problemas en este momento,” dijo Kay vacilantemente. “Necesita hablar ciertas cosas con Janey.”

“Ella no tiene ningún interés en hablar nada con él.”

“Una vez que estén casados y vivan juntos, todo va a ser perfecto—tal como siempre debió ser desde que eran unos niños. Si podemos ayudarles a llegar allí, estoy segura de que serán muy felices. Están destinados a estar juntos. Las dos lo sabemos.”

“Solía pensar que sí, pero ahora. . .” Linda recordó lo mal que ella y su

esposo lo habían pasado cuando David le quitó a Janey la ilusión de estudiar la carrera de veterinaria. Aparte de eso fiasco y el actual, sin embargo, Linda tenía que reconocer que su relación siempre había parecido bastante sólida.

“Tenemos que hacer algo, Linda. No podemos dejar que se pierdan en el camino que están destinados a recorrer juntos ahora, no cuando solo queda un año para la boda.”

“No sé.”

“¿Te imaginas a Janey siendo feliz, realmente feliz, sin David?”

“Ella es increíblemente fuerte. Estoy segura de que se recuperará en poco tiempo.”

“Ella nunca ha pasado por nada parecido a esto. No puedes saberlo a ciencia cierta.” Kay tomó la mano de Linda de nuevo. “¿Por qué al menos no les ayudamos a resolver esto? De esa manera, si al final deciden separarse, sabremos que hicimos todo lo que estuvo en nuestras manos para ayudarles.”

Linda tenía que reconocer que lo que estaba diciendo Kay tenía sentido. “¿Qué sugieres que hagamos?”

Kay se inclinó y bajó la voz. “De acuerdo, esto es lo que tengo en mente.”

Sentado frente a Mac y Thomas, como había hecho la mayoría de las mañanas de los últimos tiempos, Joe trató de concentrarse en la conversación, pero lo que realmente quería saber era por qué Linda McCarthy se encontraba enfrascada en una intensa conversación con Kay Lawrence.

“Luke me ha dicho que tienes grandes planes para una despedida de soltero,” dijo Mac.

Joe apartó los ojos de la mesa de la esquina y volvió a concentrarse en Mac. “Oh, sí, te iba a hablar precisamente de eso hoy. ¿Te apetece un poco de póquer y unas cervezas el día cinco?”

“Claro. Mis hermanos llegarán ese día por la mañana, así que es perfecto.”

Joe tomó un sorbo de la taza con forma de vaca que Janey le había dado.

“¿De dónde has sacado una taza tan ridícula?” Preguntó Mac.

“Oh, bueno, me la dio una amiga.” Joe se aclaró la garganta, ansioso por cambiar el tema de conversación. “Parece entonces que todo este asunto de la boda va a pasar en realidad, ¿eh?”

Mac lanzó una carcajada irónica. “Es difícil de creer.” Miró a Thomas. “Pero no me gustaría que fuera de ninguna otra manera.”

Thomas le lanzó una sonrisa mellada. “Papá, papá, papá.”

Joe sonrió ante la dulce mirada que su amigo le dedicó al bebé rubio de

ojos azules. “Si quieres mi opinión, creo que te enamoraste de él incluso antes que de su mamá.”

“Por supuesto. Es la mouse de chocolate de una deliciosa tarta.”

“Tienes mucho valor, amor mío. Criar al hijo de otra persona no es la cosa más fácil de asumir.”

“Él me verá como si fuera su padre verdadero. Tengo la sensación de que va a ser la cosa más fácil que he hecho en toda mi vida.”

“Me alegro mucho por ti, Mac. Lo tienes todo resuelto.”

“Todos, excepto por una cosa: la madre de Maddie. Ella aún no lo sabe.”

“¿No sabe nada de ti?”

“No sabe nada de nada.” Mac frunció la frente con preocupación. “No tiene ni idea de que está volviendo a casa para asistir a una boda, y algo me dice que no va a estar muy emocionada al enterarse de que su hija se casa con un McCarthy.”

“Estás locamente enamorado de Maddie y Thomas. ¿Por qué no va a estar emocionada?”

“Por una razón muy simple: mi madre colaboró mucho para que la metieran en la cárcel. No creo que ella se olvide de ese pequeño detalle tan fácilmente.”

“*Ella* fue la única que colaboró para que la metieran en la cárcel por escribir cheques sin fondos por toda la isla durante años. Caray, yo perdí más de quinientos dólares en deudas incobrables escritas por ella.”

“¿No presentaste cargos?” Preguntó Mac, incrédulo.

Joe se encogió de hombros. “Solo hubiera servido para echar más leña al fuego. No habría recuperado mi dinero, de todos modos.”

“A veces me gustaría que m madre también lo hubiera visto de esa manera,” dijo Mac.

“No tenía ningún modo de saber que su hijo se acabaría casando con la hija de la mujer.”

“Aún así. . .” Mac permaneció callado con una pensativa expresión que Joe no solía ver con demasiada frecuencia en el rostro de su confiado amigo.

“Solo espero que no cause ningún problema. Maddie es muy feliz ahora, y después de todo lo que ha pasado, se merece una boda hermosa, sin complicaciones.”

“Los dos os la merecéis. Deja que tu padrino y tus hermanos se encarguen de eso.”

Mac sonrió. “Con mucho gusto.”

Kay Lawrence pasó como una bala a su lado, no sin antes lanzar una amenazadora mueca a Joe antes de salir del comedor.

“Whoo,” dijo Mac, silbando. “Mamá Osa *no* está muy contenta de verte.”

“Su bebé oso obtuvo *exactamente* lo que se merecía.”

“No seré yo quien diga nada en contra de eso.”

Linda se acercó a su mesa. “Dejadme un sitio, caballeros,” les dijo a Mac y a Thomas.

Fingiendo estar molesto, Mac se corrió en su asiento para dejarle hueco a su madre.

“Ahora, dame a ese bebé.”

Sonriendo, Mac le entregó a Thomas a su nueva abuela. Joe se maravilló del camino tan largo que habían recorrido todos ellos. Desde que Linda no aprobara la relación de su hijo con una chica a la que habían catalogado injustamente como la fulana del pueblo, hasta sujetar al bebé de la misma como si fuera de su propia sangre.

“¿Cómo está hoy mi hombrecito?” Susurró besando al bebé sin parar hasta que el pequeño rio con deleite.

“Yo también estoy aquí, mamá,” dijo Mac con un petulante mohín.

Sin apartar su atención del bebé, ella dijo, “Sí, sí. Buenos días, mi querido Malcolm. ¿Mejor?”

Mac frunció el ceño al escucharla usar su odioso nombre de pila. “Vuelve a ignorarme. Por favor.”

Joe se rio de sus bromas. “Bueno,” no pudo evitar preguntar, “¿qué estabais tú y Kay haciendo aquí?”

“Ella piensa que deberíamos hacer algo para que Janey y David volvieran a estar juntos.”

La noticia golpeó a Joe como un puñetazo en el estómago, y tuvo que disimular como pudo para no exhalar el aire que estaba conteniendo en sus pulmones.

Al parecer, en sintonía con su malestar, Mac le miró fijamente y volteó los ojos hacia arriba. “Dime que no has aceptado ser parte de todo esto, mamá.”

“Solo le he dicho que lo pensaría.”

Los ojos de Mac se salieron de sus órbitas. “¡Tienes que estar bromeando! ¡Ese hombre *le ha puesto los cuernos* a tu hija! ¡No es posible que todavía quieras verla casada con él!”

Linda suspiró y pareció hundirse un poco. “Kay tiene razón cuando dice que han pasado mucho tiempo juntos. No quiero que Janey tenga nada que

lamentar.”

Mac resopló. “La única cosa que iba a lamentar era casarse con él para *luego* descubrir que era un cerdo infiel.”

“Él jura que fue cosa de una sola vez.”

“¿Y tú lo *crees*? Vamos, mamá. Baja de la nube.”

Paralizado, Joe escuchó el intercambio entre Mac y su madre con una creciente sensación de consternación.

“¿Es esa la taza de Janey?” Le preguntó Linda a Joe. “Ella tiene una exactamente igual.”

Joe levantó la vista para encontrarse a Mac mirándolo fijamente, pero antes de que pudiera decir nada, Thomas dejó escapar un chillido de alegría que exigió toda la atención de su nuevo papá.

Joe lo tomó como una señal para escapar. “Tengo que irme, chicos. Mi turno empieza a las nueve.”

Distraídos por el bebé, Mac y Linda pronunciaron sus apresuradas despedidas.

En el exterior, Joe trató de respirar profundamente, tragando bocanadas de aire fresco, con la esperanza de reducir el ritmo frenético de su corazón. Estaba tratando de mantener su relación con Janey en secreto, y una estúpida taza con forma de vaca había estado a punto de estropearlo todo. Mac podría haber sido distraído por Thomas, pero más tarde, cuando tuviera tiempo para pensar sobre ello, se preguntaría qué estaba haciendo Joe con una extraña taza que era exactamente igual a la que tenía su hermana.

“Mierda,” murmuró mientras se abría camino hacia el muelle del ferry. Y Kay Lawrence estaba decidida a echar toda la carne en el asador para arreglar las cosas por su hijo. . .esa noticia tampoco había hecho que su día fuera mucho mejor. “Tienes que tener fe en Janey. Ella sabe cómo es David. Va a hacer falta mucho más que un par de madres entrometidas para deshacer el daño que ha causado.”

“¿Teniendo una agradable charla contigo mismo?”

La voz sobresaltó a Joe de sus meditaciones. El mejor amigo de Mac McCarthy Padre, el taxista Ned Saunders, estaba apoyado en su destartalado coche esperando su próximo viaje.

Joe le estrechó la mano. “¿Cómo te va, Ned?” El anciano canoso llevaba unos pantalones cortos de color caqui hecho jirones con una camiseta que decía, “Aprieta los limones sobre tu langosta.”

“Acabaste en la cárcel y ahora estabas hablando contigo mismo. ¿Qué te

está pasando, muchacho?”

Joe soltó un bufido de risa. “No me creerías si te lo dijera.”

“Nunca has sido de los que se ocupan de los problemas a base de puñetazos.”

“Tu compañero, Mac Padre, ya me dio ese sermón.”

“He oído que no te hizo pasar la noche en el calabozo en esta ocasión,” dijo Ned, riéndose a carcajadas.

“Ahora que ya te has divertido por hoy, tengo un barco que coger.”

Ned siguió hojeando su ejemplar de la *Gaceta Gansett*. “Dale un poco de tiempo, muchacho. Ella se dará cuenta de lo que tiene tarde o temprano.”

Sobresaltado, Joe se detuvo y se volvió para mirar al hombre mayor. “¿Qué has dicho?”

“Ya me has oído.” Ned señaló hacia el muelle. “Parece que van a irse sin ti.”

Una gran cantidad de preguntas se arremolinaron en la mente de Joe: ¿cómo lo sabía Ned? ¿*Qué* sabía exactamente? ¿Quién más lo sabía? Pero las preguntas tenían que esperar, ya que el ferry no lo haría, y Joe necesitaba volver a su oficina en el continente. Por mucho que odiase tener que abandonar la isla—sobre todo con David todavía en la ciudad—tenía un negocio que atender, y la última vez que lo había comprobado, no se había ejecutado por sí solo.

Trotando por la colina para abordar el transbordador, Joe se sintió dividido en mil direcciones diferentes. Su amor por Janey siempre había sido una de las verdades más simples de su vida. ¿Cómo, entonces, se preguntó mientras corría por la plataforma mientras sonaba la última bocina de advertencia, la cosa más simple se había convertido en algo tan condenadamente complicado?

Capítulo 13

Después de que Joe se hubiera marchado, Janey se resistió a la tentación de volver a la cama y en su lugar se dio una ducha y se vistió. Estaba en el patio disfrutando del cálido sol y jugando con los perros cuando llegó Maddie.

“Hola,” dijo mientras accedía a la casa a través del patio trasero. “La puerta estaba abierta, así que he pasado sin más, espero que no te importe.”

Janey sonrió. Todavía estaban trabajando en los límites de su nueva amistad. “Por supuesto que no. Sabes que no tienes que tocar para entrar.”

“Oh, gracias, pero lo haré por si acaso. No quisiera *interrumpir* nada.”

Janey sintió como un rubor se extendía por sus mejillas al pensar en despertar con Joe.

Maddie se rio. “Tu cara te delata.”

“¡Lo sé! Nunca me ha gustado.”

“¿Debo interpretarlo como que has estado con un *amigo* esta noche?”

“Tal vez.”

Maddie se sentó en el césped al lado de Janey. “Cuéntamelo todo.”

Janey se dejó caer sobre la hierba, lo que los perros tomaron como una invitación para tumbarse encima de ella. Pasando sus dedos por la piel suave de Muttley, trató de encontrar las palabras adecuadas. “Todo con él es tan *fácil*, ¿sabes?”

“Así es cómo debe ser. ¿No era así con David?”

“Yo creía que sí, pero estaba equivocada. Joe es tan. . .”

“¿Perfecto para ti?”

“En muchos sentidos, sí.”

“¿Por qué tengo la sensación de que se avecina un “pero”?”

“Todo lo que ha pasado con David ha hecho que cuestionara mi propio juicio. Si me hubieras preguntado la semana pasada si pensaba que David podría serme infiel alguna vez, te hubiera dicho que no en un millón de años. Estaba tan segura de él. Y mira lo que estaba haciendo.”

“Janey, no puedes dejar que lo que ha pasado haga que dudes de ti misma. Le querías. Pensabas que él te quería. ¿Por qué ibas a pensar que te iba a engañar? Él ha sido quien se ha equivocado, no tú.”

“Lo sé, pero no puedo dejar de pensar que se me debió pasar algo por alto. Tenía que haber habido señales, ¿no crees?”

“Habéis vivido separados durante mucho tiempo. No es tan fácil ver las señales cuando no estás con él todos los días.”

Janey acarició las orejitas de Muttley. “Aun así. . . Cuando miro hacia atrás

ahora, me doy cuenta que hubo cosas que yo misma elegí no cuestionar. Como cuando tardaba un par de días en devolverme las llamadas, o cancelaba nuestros planes en el último minuto. Siempre lo achacaba a su trabajo y nunca le di más importancia. Pero ahora. . .”

“Ahora lo estás cuestionando todo.”

Janey asintió. “Me estoy volviendo loca.”

“No quiero decir algo que no deba, ni meterme tampoco dónde no me llaman,” dijo Maddie vacilantemente.

Janey sonrió. “No es posible que te metas dónde no te llaman estando conmigo. Quiero que seamos las mejores amigas. Siéntete libre para decir todo lo que piensas.”

Los ojos de Maddie se inundaron de lágrimas, lo que hizo que ella se echara a reír. “Soy como una fuente emocional estos días. Todo me hace llorar.”

“Son lágrimas de felicidad.”

“La verdad es que sí. No solo he conseguido a Mac, sino a ti también y a toda vuestra familia. Me siento increíblemente afortunada.”

“Espera a que lleguen el resto de mis hermanos. Afortunada no va a ser la palabra que vas a usar cuando veas lo loco que Mac se vuelve en su presencia.”

“No trates de asustarme. Nada podrá impedir que me case con él.”

Janey sonrió. “¿Qué ibas a decir? ¿Antes?”

“Que solo espero que no pagues con Joe lo que te hizo David. No sería justo para él.”

“No, no lo sería, pero seamos sinceras, nada de esto es justo para Joe. Él está enamorado de mí, y yo soy un desastre en estos momentos. Sé que no debería alimentar lo que está pasando entre nosotros, especialmente ahora, y tengo todas estas buenas intenciones de mantenerme lejos de él. Pero entonces él entra en la habitación y todas mis buenas intenciones desaparecen. No puedo apartar mis manos de él.”

“Le deseas mucho—y yo puedo ver por qué. Es adorable y sexy.”

“Definitivamente le deseo *muchísimo*, pero, ¿es eso todo lo que quiero de él? Eso le destrozaría el corazón. No me ha dicho nada, pero sé de sobra las esperanzas que tiene puestas en nuestra posible relación.”

“¿Cómo te sientes hacia él?”

“Es difícil saberlo. Todo es demasiado confuso. Si me estás preguntando si le quiero, por supuesto que sí. Siempre le he querido.”

“Pero como un amigo.”

“Claro, y ese es el problema. Me cuesta decidir si de repente le quiero como algo más que eso, o si estoy bajo la influencia del sexo.”

“Si empiezas a sentir que es solo un capricho, tendrás que acabar con ello. Inmediatamente.”

“Lo sé,” dijo Janey. “Tengo tanto miedo de hacerle daño.”

“Él es un gran chico, y sus ojos están bien abiertos. Tampoco puedes asumir su responsabilidad en todo este asunto. Tienes que pensar en ti misma y en lo que quieres.”

“Lo estoy intentando, pero es difícil.”

“Solo tienes que tratar de irlo asimilando paso a paso, sin sentir que tienes que tomar una decisión de inmediato.”

“Es un buen consejo, y tú debes saberlo bien después de todo lo que pasaste con Mac.”

“Cuando pienso en lo cerca que estuve de perderle. . .” se estremeció.

“Los dos estáis destinados a estar juntos. Habríaís terminado juntos de un modo u otro.”

“Estoy de acuerdo, pero mi madre no lo estará. Tengo que ir a recogerla mañana, y puedo imaginarme lo que va a decir cuando se entere de que voy a casarme con Mac McCarthy la próxima semana.”

“Tendrás que aplicarte tu propio consejo y hacer lo que sea mejor para *ti*. No puedo imaginar por qué alguien no querría ver a su hija casada con mi fabuloso hermano. Pero si se opone, solo hazle saber que si te obliga a elegir, no saldrá muy bien parada.”

“Eso es exactamente lo que pienso hacer.”

“Recuerda lo que te está esperando a la vuelta de la esquina, y encontrarás el valor que necesitas para hacerle frente.”

“Estoy deseando que llegue el día de la boda, pero no puedo dejar de pensar que va a suceder algo que lo va a estropear todo antes de que podamos decir sí quiero.”

“No va a pasar nada.”

En el momento justo, Mac entró en el patio con Thomas sobre sus hombros. Hablando de personas que estaban destinadas a estar juntas. . .Janey no podía creer lo fácil que su hermano se había acomodado a la vida como un hombre de familia.

“Ahí están mis chicos,” dijo Maddie con los ojos brillando de felicidad.

“Recibí tu mensaje de que estarías aquí, así que he venido a traértelo.”

Abrazó y besó a Thomas y le bajó en brazos de su madre. “Hasta luego, colega.”

Thomas dejó escapar un gemido de protesta.

“Esto es muy injusto,” dijo Maddie con un mohín. “Lo llevas dentro de ti durante nueve meses, prácticamente te suicidas al darle a luz, y luego él prefiere estar con su nuevo papá más que contigo todo el tiempo.”

Thomas gritó de alegría cuando los perros olfatearon y lamieron sus regordetas manitas.

Mac se agachó para besar a Maddie en los labios. “Papá prefiere estar con mamá *todo el tiempo*.”

“Bueno, supongo que *algo* es algo,” dijo Maddie con un brillo burlón en sus ojos.

Riendo, Mac la besó de nuevo antes de incorporarse. “¿Tienes café, mocosa?”

“Claro. Sírvete tú mismo.”

“Necesito una taza de viaje.”

“Oh, yo, um, me he dejado la mía en el trabajo.”

Mac la miró durante un largo rato antes de decir, “No importa, entonces. Ya tomaré algo en el puerto deportivo. Ah, por cierto, Mamá estaba conspirando con Kay Lawrence en el restaurante hace un momento. Creo que están haciendo planes para conseguir que tú y David volváis a estar juntos.”

“Genial.”

“Le he recordado a mamá que el chico que ha engañado y que estás mejor sin él.”

“Gracias.”

“No obstante, ten cuidado con ellas. Están tramando algo. ¡Y, *madre mía*, lo furiosa que está Kay con Joe! ¡Si las miradas mataran!”

“¿Joe también estaba allí?” Preguntó Janey, haciendo un supremo esfuerzo por sonar casual y despreocupada.

Mac le dedicó una mirada de complicidad que puso sus nervios de punta. “Uh-huh. Bueno, será mejor que vaya a trabajar. Que tengáis las dos un buen día.”

“Te quiero,” dijo Maddie.

“Yo también a ti, cariño.” Mac le dijo adiós a Thomas con la mano y salió a la calle.

“¿A qué ha venido todo eso del café?” Preguntó Maddie.

“Creo que Mac podría estar sospechando de Joe y de mí. Le di a Joe mi

taza de la vaca esta mañana, y apuesto a que mi madre le ha dicho algo al respecto.”

“Es posible que quieras decirle a Mac la verdad ahora, antes de que se entere más tarde.”

“No hasta después de la boda. Las dos sabemos que Mac se va a cabrear mucho con Joe, así que será mejor que os caséis antes de tener que pasar por ello.”

“Si se entera de esto por su cuenta, tal vez no haya boda.”

“Oh, la habrá. Ni hermanas mentirosas, ni madres que no aprueben la relación, ni caballos salvajes, ni su futuro padrino, podrán impedir que mi hermano se case contigo.”

“Esperemos que tengas razón.”

Janey decidió llamar al Doctor Potter para que cuidara de sus animales, en lugar de darle más secretos a Maddie que esconder de Mac. Sin embargo, le dijo a su futura cuñada dónde iba a estar en caso de emergencia. Mientras guardaba todas sus pertenencias para la noche que iba a pasar en casa de Joe, sus manos temblaban de emoción y anticipación. Tal vez no sabía a ciencia cierta qué sentía por él, pero estaba condenadamente segura de que estaba ansiosa por verle de nuevo.

Su conversación con Maddie siguió reproduciéndose en su cabeza. ¿Estaba enamorada de Joe? ¿Alguna vez habría amado a David de verdad? ¿Acaso sabía siquiera lo que era estar enamorada? Le preocupaba haber superado lo de David demasiado rápido. Sabía que probablemente era debido a la conmoción de verle con otra mujer, pero aún así. . .trece años era mucho tiempo, y todo lo que el amor que había sentido por él había sufrido una rápida y repentina muerte.

Pasó un par minutos más con cada una de sus queridas mascotas, agarró el bolso y salió de casa.

“¿Vas a alguna parte?”

Janey pegó un respingo. “Por Dios, David. Me has pegado un susto de muerte.”

“Pareces estar muy contenta para ser una mujer que acaba de cancelar un compromiso matrimonial.”

“Tengo mucha prisa. No puedo hablar en este momento.”

“¿A dónde vas?”

“Eso no es de tu incumbencia. Has perdido el derecho de preguntarme esas

cosas cuando te vi en la cama con otra mujer.”

Él hizo una mueca. “Me gustaría que me creyeses cuando te digo cuánto siento todo esto.”

“Solo sientes que te pillara.”

“¡Eso no es cierto! Si te detuvieras un momento a hablar conmigo—”

“No tengo nada que decir. Tengo un barco que tomar. Por favor, déjame ir.”

“¿Para qué vas al continente?”

Janey decidió que tenía que seguirle la corriente si no quería perder el barco. “Voy a buscar mi coche. Se averió justo después de verte en la cama con otra mujer.”

“¿Dónde vas a pasar la noche?” Preguntó David con los dientes apretados.

“Con un amigo.”

“¿Qué *amigo*?”

“¡No te lo pienso decir!”

Él la agarró del brazo y apretó más de lo que debería. “¿Tienes a alguien más, Janey? Todo este tiempo has estado haciéndome sentir como una mierda, y ahora lo estás haciendo otra vez. *¿Quién es?*”

Enfurecida, Janey se zafó de su agarre. “Nunca te he sido infiel,” escupió. “*Jamás*. Al igual que nuestra relación, esta conversación ha terminado.” Janey le dio un empujón para que se apartara del medio, y se abrió paso por la acera, resistiéndose a la tentación de mirar hacia atrás. Su futuro estaba en frente de ella, no detrás. Joe le estaba esperando, y no podía esperar para verle.

Joe paseaba arriba y abajo en el muelle del ferry. *¿Dónde estaba?* Al barco solo le quedaban unos minutos para salir, y dado que él era el capitán de este viaje, tendría que irse con o sin ella.

Después de haber pasado horas deseando verla, Joe no podía imaginar qué la estaría retrasando tanto. Una espesa niebla había descendido sobre la isla, y las horas que había pasado encargándose de las idas y venidas de los transbordadores le habían dejado cansado y tenso.

La bocina de advertencia final sonó justo cuando la vio entrar corriendo a través del estacionamiento de la playa, su rubia coleta flotando tras ella.

“Janey,” susurró.

Dado que la embarcación estaba llena de gente, Joe no la pudo saludar como le hubiera gustado. En cambio, la agarró de la mano y casi la arrastró a bordo del ferry.

“Lo siento,” dijo jadeando por el esfuerzo que había hecho por llegar a tiempo. “He tenido un visitante indeseado justo cuando salía de casa.”

“¿Otra vez?”

“Me gustaría que simplemente volviera a Boston y me dejara en paz.”

“A mí también.”

Janey le apretó la mano. “No tenemos que pensar en él esta noche.”

“Es verdad.”

“¿Irá todo bien con esta niebla?”

Él la miró y fingió estar indignado. “¿Acaso dudas de mí?”

“Nunca.” Ella le miró con esos cautivadores ojos azules. “Confío en ti con mi vida.”

“Gracias,” susurró y le robó un beso en uno de los oscuros pasillos. Justo cuando Janey pensaba que no podía ser más adorable, Joe se las arregló para mostrarle lo equivocada que estaba. “Ya que eres una distracción muy importante, no puedo tenerte en la planta de arriba conmigo esta noche, así que vendré a buscarte tan pronto como hayamos llegado.”

Ella sonrió como si llamarla *una gran distracción* fuera un cumplido. “Te estaré esperando.”

“Más te vale.”

“Tenga cuidado, capitán.”

“Siempre, pero especialmente con tan preciada carga a bordo.” Él la besó una vez más. “Nos vemos en un rato.” Joe la observó mientras que se sentaba en una mesa y sacaba un libro y su iPod de su bolso de mano. Como cualquier nativo de la isla, Janey había venido preparada para matar una hora a bordo del ferry.

Con unos segundos de margen antes de la salida, Joe subió corriendo las escaleras hasta la timonera. Dado que había hecho las comprobaciones precisas anteriormente, hizo caso omiso de la ceja levantada de su primer oficial, Rob. “¿Listo?”

“Cuando tú lo estés, Cap.”

“Entonces vamos allá.”

Para el momento en que Joe dirigió el ferry por su embarcadero en Point Judith, su cabeza palpitaba y sus hombros estaban rígidos por el estrés de la situación. Siguiendo sus protocolos habituales para la visibilidad cero, Joe había posicionado a dos marineros de cubierta en la proa para una supervisión mayor, y había tocado la bocina cada treinta segundos. Habían dependido de

su radar para buscar otras embarcaciones en la zona y de su GPS para llevarlos a puerto. No importaba cuántas veces hubiera llevado un ferry lleno de pasajeros a través de la niebla, nunca se convertía en un acto rutinario.

“Buen trabajo, Cap,” le dijo Rob cuando regresó a la timonera después de ir a ver a los marineros a los que había mandado que se situaran en la popa para respaldar la llegada del ferry al puerto con seguridad.

“Ha sido un esfuerzo de equipo, como siempre.” Joe apagó los aparatos electrónicos y aseguró el timón. “Nos vemos mañana.”

Joe se alejó de Rob y bajó a la planta baja en busca de Janey. En algún momento durante el viaje, ella se había acurrucado en el banco y se había dormido con su bolsa bajo su cabeza. Antes de despertarla, se tomó un momento para observarla. A veces le resultaba difícil creer que ella fuera real —que ambos juntos *fuera* algo real. Al menos por ahora. Trató de no pensar en lo que podría terminar todo esto, pero una sensación de angustia oscilaba sobre su cabeza en todo momento, a la espera de que una fatalidad se abalanzara sobre ellos y se la arrebatara. Un pensamiento muy poco agradable.

..

Decidido a no dejar que la tristeza o los malos presagios arruinasen su precioso tiempo juntos, él se inclinó para besarla y despertarla. “Hola, cariño. Ya hemos llegado.”

Ella le sonrió, una sonrisa soñolienta y sexy que detuvo su corazón. “Mmm,” dijo ella mientras se estiraba. “Mi héroe.”

“Nada de eso.”

“Lo dudo.” Sentándose, Janey se pasó los dedos por el pelo y volvió a atarse la coleta.

Joe tomó su bolso y la agarró de la mano. Estaba tan ansioso de estar a solas con ella que no se molestó siquiera en hacer su parada habitual en la oficina antes de llevarla hasta su camioneta.

Janey se estremeció. “La niebla hace que el ambiente esté muy frío. Es difícil creer que sea julio.”

“Tengo algo idóneo para eso en casa.”

Ella le sonrió. “No puedo esperar a ver lo que es.”

Una vez en la camioneta, Joe tomó su mano de nuevo. Necesitaba tocarla, estar cerca de ella. Esto, decidió, era el cielo. Llevarla a casa con él, hablar con ella al final de un largo día, anticipar una noche de pasión y amor. Si esto era todo lo que iba a tener durante el resto de sus días—si *ella* era todo lo que iba a tener, su vida sería más que completa.

“¿Qué estás pensando?” Preguntó ella.

Él la miró. “Me gusta mucho tenerte aquí conmigo.”

“A mí también me gusta estar aquí.”

Joe se dijo a sí mismo que ella estaba contenta no por haber escapado de David y de todos sus problemas en la isla. Su felicidad tenía que ver con él, con lo que estaba pasando entre ellos. Por supuesto que sí.

Llegaron a su casa en cuestión de minutos. “Maldita sea,” dijo él mientras apagaba el motor. “Me acabo de dar cuenta de que debes estar muriéndote de hambre. Yo lo estoy.” Había estado tan concentrado en llevarla a casa que ni siquiera había pensado en la cena.

“¿Qué tal si pedimos una pizza?”

“Me parece bien. ¿Una vegetariana para mi vegetariana?”

Janey se echó a reír mientras le seguía al interior. “Si esa te gusta. También puede ser de queso.”

“Me gusta la vegetariana.”

“Por sin aceitunas, por favor,” dijo ella arrugando su preciosa nariz.

“De acuerdo.” Mientras que ella dejaba sus cosas en la habitación de Joe, este llamó para pedir la pizza y se preguntó cuánto tardaría su familia en venir a buscarla si la secuestrara y la mantuviera cautiva en su apartamento para siempre.

Mientras que él terminaba de hablar con la pizzería, Janey volvió a la cocina y deslizó los brazos alrededor de su cintura por detrás. “Me estoy congelando. ¿Me calientas?”

“Ven por aquí.” Joe la tomó de la mano y la llevó al salón familiar que daba a la terraza y al puerto, pero la vista esta noche no era más que una nebulosa gigante de niebla. Poniéndose de cuclillas delante de su chimenea de piedra, Joe tuvo un fuego crepitante en cuestión de segundos.

“Mmm,” dijo Janey desde el sofá. “Perfecto.”

“Ya te dije que te gustaría. Ven aquí conmigo.”

Janey se arrastró hacia él.

Joe puso su brazo alrededor de ella, y aspiró su dulce aroma.

Cuando ella se dejó caer en su abrazo y exhaló un suspiro de satisfacción, Joe sintió cómo toda la tensión del día abandonaba su cuerpo.

“Me encanta sentir el calor,” dijo ella.

Joe besó la parte superior de su cabeza. “A mí me encanta sentirte a ti.”

Inclinando su rostro, ella lo observó con atención.

“¿Qué?”

“Estaba deseando verte esta noche,” dijo Janey en voz baja.

El corazón de Joe dio un vuelco en su pecho. ¿Tenía ella alguna idea de lo que hacía cuando le miraba de esa manera o le decía esas cosas tan increíbles? “Yo también lo estaba deseando. Ha sido un día horrible con tanta niebla. Empiezas a pensar que estás alucinando después de horas de mirarla fijamente.”

“No puedo imaginármelo. Es tan genial la forma en que puedes llevar un ferry desde el punto A al punto B sin poder ver nada.”

“Es muy estresante.”

“Es *muy* sexy.”

Joe se echó a reír. “¿Ah sí?”

“Uh—huh.”

“Tendré que llevar el ferry en la niebla más a menudo.”

Janey posó una mano en su rostro y la deslizó sobre su barba hasta su mandíbula.

“Debería afeitarme,” dijo, mirándola fijamente.

“Me gusta.” Ella siguió el recorrido por sus labios. “También es muy sexy.”

Un temblor le atravesó. “Janey—”

El timbre de la puerta interrumpió el intenso momento.

Mientras que ella se reía de su decepción, Joe gimió y se levantó para recibir al pizzero. Descorchó una botella de Merlot, y comieron como si fuera un picnic frente al fuego.

“Te miro aquí sentada en mi casa con el fuego bailando en tu hermoso rostro, y pienso que debo estar soñando. Dime que no estoy soñando.”

Janey se puso de rodillas, empujó la caja de pizza vacía fuera del camino, y cerró la distancia entre ellos, descansando sus manos sobre sus hombros. “Si es un sueño, no me despiertes, ¿de acuerdo?”

Joe alargó los brazos hacia ella y cayó hacia atrás, tirando de ella sobre su cuerpo. “Trato hecho.”

El pelo que ella se había recogido en una coleta, cayó a modo de cortina alrededor de ellos, apartándolos del resto del mundo mientras que ella bajaba la cabeza y capturaba su boca en tierno y sensual beso.

Incluso si quería devorarla, Joe tomó su cara y dejó que ella llevara la iniciativa. Parecía más liberada esta noche, menos preocupada acerca de dónde todo esto podría llevarles, y más interesada en vivir el momento—*su* momento. Su lengua trazó un sendero desde su labio inferior hasta el superior antes de sumergirse en el interior de su boca.

Joe no era capaz de respirar con normalidad mientras respondía a sus suaves caricias. Y entonces ella se había ido, cambiando su atención a la mandíbula antes de mordisquear el lóbulo de su oreja. Él respiró hondo cuando la sensación viajó desde su oreja directamente hasta su pene.”*Janey.*”

“¿Hmm?” Ella dejó de besuquear su cuello para dirigirse a su vientre. Levantó su camiseta y la pasó sobre su cabeza sin perder el ritmo de su sensual tortura. “Estás demasiado tenso. Relájate, Joe. Déjame que cuide de ti para variar.”

¿Sobreviviría Joe a sus cuidados? Janey descendió los labios por su pecho, dulce y relajadamente, y él tuvo que recordarse a sí mismo que tenía que seguir respirando. Bajó un poco más, solo para sentir su erección presionada contra su vientre.

“Nena, me estás volviendo loco,” susurró mientras pasaba los dedos por los finos mechones de su dorado cabello.

Mientras que Joe masajeara sus hombros, ella lamió su pezón. La sensación se propagó por él como una descarga eléctrica que sintió en cada célula de su cuerpo. Entonces ella llegó a su estómago, y lo tentó con su lengua y labios.

Joe no había estado tan cerca de un embarazoso accidente desde la escuela secundaria—y eso fue antes de sentir su cremallera siendo deslizada hacia abajo sobre su duro eje. Se mordió el labio—con fuerza—con la esperanza de recuperar algo de auto-control.

“Hueles muy buen,” susurró ella contra su vientre, causando que su sensible piel se erizara al sentir su aliento.

“¿A qué huelo?”

“A mar y aire fresco, y a hombre sexy.”

“¿A todo eso?”

“Mmm hmm.” Murmuró contra la cabeza de su pene, que de alguna manera, había encontrado su camino hacia su boca.

“Janey, cariño, espera. . .”

Ella le miró con esos azules e inocentes ojos. “¿Por qué?”

“Eres una víbora, ¿no es así?” Preguntó, riendo suavemente. “Sabes exactamente lo que me estás haciendo.”

Los suaves movimientos de la mano de Janey a su alrededor le llevaron rápidamente al borde de la explosión.

“¿Es una queja?”

Joe soltó una respiración entrecortada. “No.” Rompió a sudar cuando ella

lo llevó hasta el fondo de su boca usando su lengua y la mano para acariciarlo.
“Janey. . .cariño. . .*Dios.*”

Ella se echó a reír, y la vibración casi acabó con él.

“Nena, ven aquí. Hagamos esto juntos.”

Joe se calmó un poco cuando ella lo soltó para quitarse la falda y las bragas. Verla quitarse la camiseta por la cabeza y desabrocharse el sujetador con tanta desesperación, sin embargo, hizo que de nuevo corriera al borde del abismo. Alargó la mano hacia ella, seguro de que nunca había estado más excitado en toda su vida.

Con la mano en su pecho, ella lo echó hacia atrás, haciéndole saber que todavía no había acabado con él. Se sentó a horcajadas sobre él, y frotó su húmedo calor sobre el suyo.

Joe agarró sus caderas, desesperado por estar dentro de ella, pero ella siguió jugando con él.

Al parecer, no le importaba lo más mínimo estarle volviendo loco, porque echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Deslizándose sus manos desde sus caderas hasta sus costillas, Joe tomó sus pechos y pasó los pulgares sobre sus pezones, lo cual finalmente pareció llamar su atención. Ella dejó de atormentarlo y finalmente lo llevó dentro.

“Ahhh,” suspiró, mirando con los ojos entrecerrados. “Me *encanta.*”

Joe unió sus manos y apretó con fuerza, esperando que ella lo montara salvajemente. Pero una vez más, le sorprendió ralentizando el movimiento de sus caderas. Él gimió. “¡*Janey!*”

“Cuéntame algo de ti que no sepa.”

Joe la miró, incrédulo. “¿*Ahora?*”

Janey se mordió el labio y asintió. “Tú me conoces muy bien. Sabes cómo me tomo el café, y que soy vegetariana. Incluso recuerdas la ardilla herida que recogí y mi peto con fresas. Tengo que ponerme al día.”

Joe recorrió su espalda con las manos hasta ahuecar los cachetes de su trasero, tirando de ella más contra él. “¿Y tenemos que jugar al juego de conocernos en este preciso momento?”

Moviendo las caderas provocativamente, ella asintió con la cabeza otra vez. “Solo *una cosa*, Joe. Es todo lo que pido.”

“No puedo creer que esperes que piense en estos momentos.”

Ella le apretó los hombros. “Puedes hacerlo, y cuando lo hagas, serás *espléndidamente* recompensado.”

“Bueno, cuando lo pones de esa manera. . .” Se retorció debajo de ella,

necesitando más y que necesitándolo ahora. De alguna manera, se las arregló para decir, “Me gusta pintar.”

“¿Paredes?”

“Sobre lienzo.” Jadeó cuando ella giró sus caderas y se inclinó para arrastrar sus senos sobre su pecho. “Paisajes.”

“¡Oh! ¿Te refieres a pintar *pintar*.”

“Eso es. ¿Podemos tener sexo ahora?”

“*Estamos* teniendo sexo.”

“¿Podemos hacerlo a mi manera?”

Ella hizo un bonito puchero. “¿No te gusta mi manera?”

“Me encanta tu manera.” Joe se sentó y dobló las piernas alrededor de sus caderas. “Pero estoy a punto de explotar. ¿Quieres venir conmigo?”

“¿Me enseñarás tus cuadros? ¿Después de explotar?”

Él reprimió una sonrisa. ¿Podría ser más adorable? “*¡Sí!*”

Janey envolvió sus brazos alrededor de su cuello y presionó sus pechos contra él. “Entonces quiero irme contigo. Llévame contigo, Joe.”

“Con mucho gusto, mi amor.”

Capítulo 14

Wow, pensó Janey. Cuando Joe decía explotar, quería decir *explotar*. Los temblores que no cesaban de hacer estremecer su cuerpo, le recordaron la increíble e intensa conexión y absoluta armonía que acababan de compartir. Ni una sola vez, en todos los años que había estado con David, había estado cerca siquiera de alcanzar un momento así.

Tumbada encima de Joe, sintiéndolo latir entre sus piernas mientras le acariciaba la espalda, Janey no podría haberse movido ni aunque hubiera tenido que hacerlo. En el fondo de su mente, sin embargo, algunas preguntas muy molestas se negaban a ser acalladas por las secuelas de un maravilloso sexo. ¿Qué estaba pasando entre ellos? ¿Por qué parecía tan importante? ¿De verdad quería tener una relación más seria a largo plazo?

Joe no tenía ningún problema para expresarle su amor. ¿Le dolería que ella no le dijera esas palabras de vuelta? ¿Cómo se había convertido en alguien tan importante en solo unos días? Y, lo más fundamental, Janey sabía que se había equivocado completamente con David. ¿Cómo podía confiar en sí misma de nuevo y en su instinto después de un fracaso tan espectacular?

“Tienes un montón de cosas rodándote esa linda cabecita tuya,” murmuró Joe.

¿Cómo lo sabía? ¿Cómo lo sabía *siempre*?

“¿Quieres hablar de ello?”

“No.”

“Muy bien, entonces, ¿quieres ver mis pinturas?”

Janey se echó a reír. “Mmm hmmm.”

“Entonces tendrás que quitarte de encima.”

Pero en lugar de moverse, ella se acurrucó más cerca.

Joe apretó sus brazos a su alrededor. “O podemos quedarnos aquí toda la noche.”

“Quiero ver tus pinturas.”

“No van a irse a ninguna parte.”

Janey descansaba encima de él, disfrutando de su olor, de la tierna manera en que la sostenía, con certeza de que la amaba. Pero siempre, bajo la superficie de su alegría, estaban esas malditas preguntas sin respuestas.

“Me gustaría que me dijeras qué te preocupa tanto.”

“Debería estar preocupada por lo bien que me conoces,” dijo con una risa nerviosa.

“¿Es eso algo malo?”

“A veces es desconcertante.”

“¿Quieres saber algo desconcertante? ¿Qué te parece decidir de repente, mientras que estamos haciendo el amor, que no me conoces tan bien como yo a ti?”

Ella hizo una mueca. “Lo siento.”

“No lo sientas. Fue muy dulce.” Joe les dio la vuelta para que pudiera mirarla desde arriba. “Soy un tipo bastante simple, Janey. Lo que ves es más o menos lo que hay.”

“¡Eso no es cierto! Eso es lo que quieres que la gente piense.”

Joe levantó una interrogante ceja. “¿Por qué dices eso?”

“Tienes un montón de talentos, además de ser capaz de dirigir un transbordador de treinta metros a través de la impermeable niebla.”

“¿Cómo qué?”

“Mira esta impresionante casa que has construido con tus propias manos, o cómo eres capaz de preparar tu propio salmón marinado. ¡Y ahora me entero de que también eres un artista!”

Él se echó a reír. “Yo no diría *eso*.”

“Deja que yo sea la jueza.” Janey esbozó una tímida sonrisa. “Por supuesto, también está eso que haces con la lengua. Mmm. Eso *también* es un talento.”

Su rostro se iluminó con una sonrisa que hizo que el amor de Joe por ella creciera de un modo que nunca habría imaginado hacía solo unos días. Se inclinó para darle un beso. “Ya me conoces, Janey. Sabes todas las cosas importantes sobre mí.”

Ella le apartó el pelo de la frente. “Estoy solo empezando a averiguar cosas más importantes aún.”

“Espero que algún día te veas en la parte superior de la lista de cosas importantes para Joe.”

A pesar de que ella sabía que era una cobarde, Janey apartó la vista de la intensidad y el anhelo que vio en su rostro.

“¿No te gusta la idea de estar en la cima de mi lista?”

“Me da miedo.”

Con el dedo en su barbilla, Joe la obligó a mirarlo. “¿Por qué?”

“Tengo mucho miedo de hacerte daño, Joe. No quiero hacerlo, pero me temo que lo haré de todos modos.”

“Tú no eres responsable de mí, cariño. No quiero que te sientas así. Yo sabía dónde me estaba metiendo. Sabía que no era el mejor momento, y dejé que sucediera de todas formas.”

“Si esto no funciona, si no *funcionamos*, ¿estarás bien?”

“No voy a mentirte. Tengo muchas ganas de que funcione.”

“Pero, ¿si no lo hace? Necesito saber que estarás bien. Lo *necesito*.”

“Tengo una gran vida. Tengo la oportunidad de hacer lo que me gusta todos los días. Tengo unos amigos increíbles y una casa a la que me gusta volver cada noche. ¿Es perfecto? No, pero es más que suficiente para mí. ¿Si tú me estuvieras esperando todas las noches cuando volviera a casa? Eso sí que *sería* perfecto.”

Janey se mordió el labio inferior con fuerza. “¿De verdad lo crees?”

Joe le dio un codazo hasta que ella liberó su labio antes de hacerse sangre. “Lo sé. Pero la única condición para ser feliz teniéndote a mi lado, es saber con certeza que tú estás justo donde quieres estar. Sin preguntas, sin dudas, ni reservas.”

“No has respondido a mi pregunta.”

“Sí, Janey,” dijo. “Estaré bien.”

“¿Me lo prometes?”

“Sí” Su respuesta palabra estaba llena de tristeza, pero Joe trató de recuperarse rápido para que Janey no lo notara.

“Así que te gusta el truco de la lengua, ¿eh?”

“Oh, *sí*.”

Joe comenzó a descender por su cuerpo mientras la besaba. “Dicen que la práctica hace al maestro.”

“¿Ah sí?”

“Uh-huh.”

Inmersa en el increíble placer, Janey decidió que sus preocupaciones tendrían que esperar. Tenían esta noche para estar juntos, y no quería echarlo todo a perder. Mañana tendría que ocuparse de todo lo demás.

Para cuando decidieron ir a ver sus cuadros, eran casi las tres de la mañana. Arrodillada en el suelo de su estudio, Janey llevaba una camiseta suya que mostraba sus tonificadas piernas. Joe se había puesto sus bóxers cuando ella le había insistido en arrastrarle hasta allí. Verla mirar con tanta admiración los lienzos que pocas personas habían visto en su vida, hizo que Joe se sintiera vulnerable y expuesto—una incómoda sensación a la que estaba llegando a acostumbrarse últimamente.

“¡Son *alucinantes*! ¿Por qué no has hecho nunca nada con ellos?”

Avergonzado por su efusividad, Joe se pasó los dedos por el pelo. “Es algo

que hago por diversión.”

Ella volvió sus potentes ojos azules hacia él. “Tienes un talento increíble, Joe.”

Dios, le *hacía añicos* cuando le miraba de esa manera. “Gracias.”

De pie, Janey tomó el lienzo en el que Joe había plasmado el noreste de la isla. “¡Mira esto! Es exquisito. ¡Los colores y la pasión! ¿Cómo haces para que parezca que el agua se está moviendo?”

“No lo sé,” respondió, riendo. “Solo pinto lo que veo.”

“No entiendo por qué has mantenido en secreto un talento así durante tanto tiempo.”

“Es un *hobby*, Janey.”

“Es impactante.”

“Puedes quedarte uno si te gustan tanto.”

“¡No puedo! ¡Podrías ganar un dineral con ellos!”

“No quiero un dineral. Si te gusta, puedes quedártelo.”

“No puedo aceptarlo. ¡Tiene que mostrárselos al mundo, y venderlos, y ganar toneladas de dinero!”

Él le sonrió ante su locura. “Ese no soy yo, cariño. Soy el capitán de un ferry, no un artista.”

“¿Por qué no puedes ser las dos cosas? ¿No eres tú el que está tratando de convencerme de que debo volver a la universidad?”

Maldición, ¡la chica sabía cómo salirse con la suya! Joe siempre había admirado la forma que tenía de hacer siempre lo que quería aun teniendo cuatro hermanos mayores. “Eso es diferente.”

La mano en su cadera y la inclinación descarada de su cuerpo hicieron que Joe quisiera tomarla de nuevo, dándose cuenta de que nunca realmente se saciaría completamente de ella.

“¿En qué sentido es diferente?” Preguntó.

Acorralado, Joe le quitó el lienzo y la tomó de la mano para llevarla a la habitación. “Pon esto con el resto de tus cosas. Ahora es tuyo.”

“¿No vas a decirme cómo la búsqueda de tu talento artístico es diferente a que yo asista a la facultad de veterinaria?”

Una vez la cocina, Joe cogió un vaso y lo llenó de agua helada. Después de dar un sorbo, le ofreció el vaso, y observó la forma en que sus labios se cernían en torno al cristal. Ya era oficial: todo lo que hacía le excitaba.

“Tengo un trabajo que me encanta, que me satisface en todos los sentidos posibles. Tengo la oportunidad de estar en el agua todo el día. Veo ballenas y

delfines regularmente, y desarrollo mis conocimientos y mi instinto a diario. Es suficiente para mí.”

Ella le devolvió el vaso. “Pero no tiene por qué serlo todo. ¿Por qué no puedes tener eso y tu arte también?”

“Ya tengo ambas cosas. Pintar es algo que hago para relajarme, para desahogarme. No es gran cosa.”

“Di clases de pintura al óleo en la universidad.” Sus ojos estaban fijos en el cuadro que le había dado, que había apoyado contra la pared. “Sé todo lo que hace falta saber para conseguir que parezca que el agua se está moviendo, y aún así, nunca logré hacerlo. De hecho, nadie en mi clase lo hizo. Creo que ni siquiera el profesor. Tienes un talento increíble y ni siquiera eres consciente de ello.”

“No me *importa*,” dijo, riendo suavemente con exasperación. “Eso eso lo que no entiendes. El mundo entero puede ver mis pinturas y declararlas obras maestras, que eso no añadirá nada a mi vida que no tenga ya.”

Concentrada ahora en el armario detrás de él, Janey se mordió la uña del pulgar. “Y, sin embargo. . . “

Joe dejó el vaso, se acercó a ella, y apoyó las manos en sus caderas. “Y sin embargo, ¿qué?”

“Me has dicho hace un momento que tenerme aquí contigo, todo el tiempo, añadiría algo que no tienes.”

“Sí,” dijo, con una voz ronca por la emoción que ella despertaba en él sin ni siquiera intentarlo. “Eso sin duda lo haría.”

“Tienes este increíble talento que no significa nada para ti, pero yo—”

“Tú,” dijo él, besando su nariz, “significas *todo* para mí.”

“¿Cómo puede ser eso?”

“Es lo que *es*, nena. No puedo explicarlo.”

Janey alargó la mano, tiró de él hacia ella, y le dio un beso tan dulce, tan tierno, que Joe se preguntó cómo podía mantenerse aún sobre sus rodillas.

“Vamos a la cama.” Ella tomó sus manos, entrelazó sus dedos, y caminó hacia atrás, conduciéndole a lo que podía ser su ruina. Aun sabiendo eso, Joe la siguió de buena gana.

En el primer barco de la isla a la mañana siguiente, Maddie se paró de pie junto a la barandilla, con una taza de café y pensando qué pensaría su madre acerca de haber sido puesta en libertad el día de la Independencia. “¡Que repique la libertad!” Susurró mientras que unas mariposas se instalaban en su

vientre. Después del gran problema que había tenido con Linda tras haber escrito cheques sin fondos en el bar del hotel, su madre no tenía muy buena opinión de los McCarthy. ¿Qué iba a decir cuando se enterara de que su hija mayor iba a casarse con el primogénito de la familia a la que tanto odiaba en una semana?

Maddie se estremeció al imaginarse la reacción de su madre. Una y otra vez había practicado lo que iba a decirle, cómo iba a darle la noticia. Cada vez que veía la escena en su cabeza, la cara de su furiosa madre se ponía roja como un tomate y el humo salía por sus orejas.

Mac había querido ir con ella, pero ella había insistido en hacerlo sola. Además, los invitados llegarían un poco más tarde, y uno de ellos tenía que quedarse en casa para ultimar preparativos. Su nueva casa ofrecía una fantástica vista de los fuegos artificiales, y querían compartirla con sus seres queridos.

Recordó la forma en que él la había sostenido cerca durante la noche y le había hecho el amor dulcemente en la madrugada, como para fortalecer su luchar contra de lo que sin duda sería la fuerte oposición de su madre. En la fuerte brisa, las lágrimas hicieron que sus ojos escocieran. No debería tener que luchar contra nada. Mac era un hombre bueno y decente que les quería a ella y a su hijo con todas sus fuerzas. Su madre no conocía a Mac, pero lo juzgaría porque su familia era una de las más “ricachonas” en una isla en la que ella y su familia siempre habían sido de los que “no tenían donde caerse muertos.”

Nada de esto era culpa de Mac ni de su familia. Del mismo modo que no era su culpa que su madre hubiera escrito suficientes cheques sin fondos en establecimientos como el bar del McCarthy’s Gansett Inn como para que los propietarios no hubieran tenido más remedio que denunciarla. *Ella* era la única que se había metido *a sí misma* en la cárcel, y si los McCarthy podían separar a Maddie de los pecados que había cometido su madre, entonces tal vez su madre sería capaz de encontrar un lugar en su corazón para juzgar a Mac por sí mismo.

“Eres demasiado ilusa, chica,” susurró para sí misma. “Ella va a enloquecer, y no habrá nada que puedas decir para detenerla.” Pero nada de lo que su madre pudiera decir, recordó, le impediría casarse con el amor de su vida—con o sin la bendición de la mujer. Sin duda sería mucho mejor que su madre pudiera encontrar la manera de aceptar que su hija era feliz con Mac, y que no le importaba lo más mínimo su apellido ni su dinero.

Con ese pensamiento a la vanguardia de su mente, Maddie se alejó del ferry en la camioneta negra que Mac había comprado para viajar con su familia alrededor de la isla. La primera pregunta que le haría su madre sería de dónde había sacado el dinero para comprar un vehículo tan extravagante.

Durante la hora de camino a la prisión estatal de Cranston, Maddie se centró en cosas felices de Mac y Thomas, en los planes de boda, y en las maravillosas noches que pasaba en los brazos del hombre al que amaba. Nada ni nadie se interpondría entre ellos de nuevo. Estaba casi allí cuando su teléfono sonó, y el número de Mac apareció en el identificador de llamadas.

A pesar de que sabía que estaba llamando para ofrecerle su apoyo, Maddie optó por no tomar la llamada por miedo a desmoronarse al escuchar su voz en esos últimos cruciales momentos.

No, esperaría a estar en el ferry de camino a casa para devolverle la llamada. “Por favor,” susurró mientras entraba en el parking y apagaba el vehículo. “Por favor, por una vez, déjame ser feliz. Solo por esta vez.” Cuando reunió toda la fuerza que tenía en su interior, abrió la puerta y salió a la luz del sol de julio. En el interior, ella firmó y fue asignada a una sala de espera con aire acondicionado.

Treinta minutos más tarde, Maddie se estaba estremeciendo de frío cuando la puerta se abrió y Francine Chester apareció, vistiendo la ropa que su hija le había enviado para que se pusiera el día que fuera puesta en libertad, y con una bolsa de plástico donde llevaba sus pertenencias. Las canas que le habían salido habían hecho que casi fuera imperceptible el color rojo teñido de su pelo. Sin duda, su primera parada en la isla sería en la peluquería, en la que la atenderían siempre y cuando pagara en efectivo.

“Sácame de aquí.” Francine pasó junto a su hija como si la hubiera visto ayer, en vez de haber estado tres meses sin verse.

Yo también me alegro de verte, pensó Maddie mientras seguía a su madre a la salida y la dirigía hacia el aparcamiento.

Francine inclinó la cabeza hacia el sol y respiró profundamente el aire fresco. “Ya era hora de que me dejaran salir de ese maldito infierno. ¿Estaba tu hermana demasiado ocupada para venir contigo?”

“Ashleigh estaba un poco malita,” dijo Maddie refiriéndose a su sobrina pequeña. “Tiffany dijo que iría a verte cuando llegaras a casa. Tiene el apartamento todo listo para tu llegada.”

“¿Qué apartamento?”

“Mi antigua casa en el barrio de Tiff. Pensamos que podrías quedarte allí

hasta que encontrases algo mejor.”

Francine la miró con esos ojos verdes a los que no se les escapaba nada. “¿Y dónde estarás tú?”

“Quería hablar contigo sobre eso.” Maddie hizo clic en el botón de la llave de la camioneta para abrirla y vio cómo los ojos de su madre se llenaban de predecibles preguntas.

“¿Te ha tocado la lotería mientras que yo no estaba?”

En cierto modo, pensó Maddie. Alla vamos. . . “La camioneta es de mi prometido.”

Francine se volvió hacia ella, incrédula. “¿Qué *prometido*?”

Maddie se tragó el miedo, la preocupación, y la sensación de muerte inminente y miró a su madre fijamente a los ojos. “Con el que voy a casarme dentro de una semana.”

“¿Te vas a *casar*, y no has considerado oportuno mencionarlo hasta ahora? Podrías habérmelo dicho por carta o haber sacado el tema en alguna de nuestras llamadas.”

“Quería decírtelo en persona.”

“Bueno, pues, cuéntame. ¿Quién es él?”

Una vez más, Maddie se negó a parpadear. Se negaba a sentirse avergonzada ni a acobardarse bajo el intenso escrutinio de su madre. “Mac McCarthy. Junior.”

Francine lanzó una áspera carcajada. “Ni de broma te vas a casar con un McCarthy.”

“*Por supuesto* que me voy a casar con un McCarthy, y me siento muy orgullosa de ello.” Ella abrió la puerta de la camioneta.

Francine se cruzó de brazos y alzó la barbilla desafiantemente. “No a montarme en un vehículo que sea propiedad de un McCarthy.”

“Bien,” dijo Maddie. “Entonces ya puedes ir buscando la forma de volver a casa.” Ella rodeó la camioneta para entrar por el lado del conductor y encendió el motor. Le dolía el estómago, y sus ojos le ardían por las lágrimas.

¿Realmente iba a tener el coraje de marcharse y dejar allí a su madre, sin dinero, y sin ningún otro recurso para volver a casa?

En el breve lapso de tenso silencio que se prolongó durante unos segundos, Maddie se dio cuenta de toda su vida se resumía a este momento—y si tenía que elegir entre un pasado lleno de angustia y decepción y un futuro con Mac que prometía estar lleno de amor y alegría, entonces se quedaba con su futuro. Con él.

Echó un vistazo a la puerta abierta del pasajero. “Le quiero, él me quiere, adora a Thomas, y me voy a casar con él, lo quieras o no. Preferiría hacerlo con tu apoyo, pero si me obligas a elegir, le elijo a él.”

Ya que no tenía otra alternativa, Francine montó en la camioneta y cerró la puerta. “Tendrás que pasar por encima de mi cadáver para casarte con él.”

Maddie se encogió de hombros. “Haré lo que sea necesario.” A pesar de su aparente valentía, sus manos temblaban tanto que no tuvo más remedio que preguntarse cómo iba a ser capaz de conducir.

Capítulo 15

Janey se alegró de encontrarse con Maddie esperando con su camioneta en la cola para embarcar en el ferry de las tres. Después de comprobar que había dejado su coche estacionado correctamente, fue corriendo hacia donde Maddie estaba apoyada contra el vehículo negro, con los brazos cruzados y la cara fija en una indescifrable expresión.

“¡Hola!”

Maddie la miró, sorprendida. “Oh. Hola.”

Ella la estudió por un momento. “¿Qué pasa?”

“Mi madre.”

“*Ohhh.*” Janey se apoyó contra la camioneta, junto a Maddie. “¿Deduzco que el encuentro no fue bien?”

“Déjame que repita sus palabras exactas. “Tendrás que pasar por encima de mi cadáver para casarte con un McCarthy.”

“Vaya. Creo que eso me suena. ¿Qué le has dicho tú?”

“Que haría lo que fuera necesario.”

“Muy bien hecho.” Janey resopló. “¿Dónde está ahora?”

“En el barco. No quería estar a mi lado así que ha cogido el billete que le he comprado y se ha alejado.” Maddie deslizó su delgado pie dentro y fuera de su chancla de playa mientras que un aura de cansada resignación se aferraba a cada uno de sus movimientos. “Sabía que era demasiado esperar que me mostrara su apoyo, pero aún así. . .”

“Tenías una pequeña esperanza.”

“Nunca aprendo. Ese es mi problema. Siempre espero que las personas cambien, pero no lo hacen.”

Janey entrelazó su brazo con el de Maddie y apoyó la cabeza en el hombro de su amiga. “¿Sabes lo que más me gusta de ti?”

Maddie inclinó la cabeza para apoyarse en Janey. “¿Qué?”

“Que eres una de las personas más optimistas que conozco, incluso cuando tienes una buena razón para no serlo. Admiro esa cualidad en ti, y sé que Mac también lo hace.”

“Gracias. Me reconforta mucho oír eso.”

“Sé que es tu madre, pero no quiero que nadie te quite la felicidad que te mereces. No cuando Mac y tú habéis esperado tanto tiempo para encontraros el uno al otro.”

“Tienes razón. Tienes *toda* la razón.”

“Ella no puede hacer nada que arruine vuestro día a menos que tú se lo

permítas.”

Maddie se separó de la camioneta y se volvió hacia Janey con una espléndida sonrisa que iluminaba su bello rostro. “Estoy deseando ser tu cuñada oficialmente.”

Janey la abrazó. “Yo también.”

“Bueno, ¿dónde está Joe?”

“En la isla. Estuvo aquí en el turno de la una y media. Me quedé a hacer un par de recados por aquí después de haber recogido mi coche.”

“¿Qué tal anoche?” Preguntó Maddie con una pícaro sonrisa.

“*Increíble.*”

Maddie se echó a reír. “Estuvo bien, ¿eh?”

“Es impresionante. Existe esta alucinante conexión entre ambos.”

“Entonces, ¿por qué no pareces muy feliz?”

“Estoy feliz. *Realmente* feliz. Ese es el problema.”

“Me he perdido.”

“No hace ni una semana, me iba a casar con David. Tenía toda mi vida planeada. Estaba enamorada, feliz, asentada, ¿sabes?”

“Uh huh. ¿Y ahora?”

“Ahora es como si David estuviera muerto para mí; como si todo lo que sentía por él hubiese muerto, y no pueda estar en la misma habitación con Joe y no querer saltar sobre él.”

Maddie se rio.

“¿Qué es tan gracioso?”

“Tú. Estás locamente enamorada de *Joe*, y ni siquiera lo ves.”

Janey la miró fijamente, preguntándose si Maddie habría perdido el juicio. “¿Cómo puedes decir eso? ¿Estaba enamorada de David hace solo una semana! ¿Cuándo me he convertido en una promiscua que ama a un hombre diferente cada semana?”

“*No* eres ninguna promiscua. Has estado con el mismo chico toda la vida, Janey. Hizo algo despreciable que por desgracia—o suerte, dependiendo de cómo se mire—presenciaste.”

“Suerte.” Ella se estremeció, imaginando lo que podría no haber averiguado nunca si no lo hubiera visto con sus propios ojos.

“Definitivamente, suerte.”

“No es de extrañar que te enamoras de él instantáneamente.”

“Supongo que no. Pero, ¿cómo se explica que haya podido ocurrir en cuestión de días?”

“Tal vez ya estabas encaminada hacia allí, pero nunca lo has admitido porque no podías.”

Janey respiró profundamente. “Dios, no te andas con rodeos, ¿verdad?”

Maddie se encogió de hombros con una juguetona indiferencia. “Solo estoy diciendo lo que veo.”

Janey encontró el punto de vista de su amiga verdaderamente sorprendente. “¿De verdad crees que es posible?”

“Siempre ha sido el bueno de Joe, siempre ha estado ahí cuando le has necesitado para escucharte u ofrecerte un hombro en el que apoyarte, para hacerte sentir bien contigo misma porque siempre tenía algo bueno que decir sobre tu pelo, o lo que llevaras puesto, o tu sonrisa. ¿Qué chica no se iría enamorando poco a poco de un hombre que le presta toda tu atención—sobre todo cuando su prometido nunca está ahí?”

Janey miró a Maddie. “¿Cómo *sabes* todo eso? ¡Nos has conocido hace muy poco!”

Maddie se rio a carcajadas. “Solo son conjeturas, pero a juzgar por la expresión de tu cara, parece que he dado en el clavo.”

“Desde luego me has dado algo en que pensar.”

“No pienses demasiado, Janey. Él es un buen tipo, y te quiere. Te quiere de verdad. ¿Por qué tiene que ser más complicado que eso?”

“No lo sé, pero estoy segura de que ya encontraré alguna razón.”

Maddie se rio y chocó su cadera contra la suya. “Solo déjate llevar y no hagas más preguntas.” Su móvil sonó entonces, y Maddie lo sacó de su bolsillo trasero. “Es Mac,” le susurró a Janey. “Hola, cariño. Tal como pensé que iría. Lo sé. No tienes por qué hacer eso.” Maddie se rio en voz baja. “Está bien. Te veré entonces. Yo también te quiero.” Terminó la llamada y se volvió hacia Janey. “Va a venir a la embarcación para que mi madre pueda ver a Thomas.”

“Eso es muy amable por su parte.”

“Es más de lo que ella se merece.”

Uno de los empleados de Joe dio las señas que indicaban que ya era hora de conducir los vehículos dentro del ferry.

Janey se dirigió hacia su coche, pero se volvió. “Cuando estemos en el barco, ¿te gustaría presentarle a tu futura cuñada a tu madre?”

“¿Sabes qué?” Dijo Maddie con una gran sonrisa. “Creo que eso me alegraría el día.”

“A mí también,” dijo Janey.

Después del frío recibimiento que la madre de Maddie le había dado a su hija, Janey sentía pena por Mac y la reacción que sin duda iba a tener su futura suegra cuando le conociera. ¿Por qué no podía la gente simplemente intentar ser amable y llevarse bien con los demás? Trató de imaginarse un escenario en el que ella no tratara al menos de mostrarse feliz si supiera que su hija iba a casarse con el hombre al que amaba.

Toda esta situación la entristecía, y de repente no podía esperar para ver a Joe. Él siempre hacía que se sintiera mejor. Maddie tenía mucha razón. La conversación que acababa de tener con ella no dejaba de reproducirse una y otra vez en su mente. ¿Habría empezado a enamorarse de Joe cuando todavía estaba con David? ¿Sería eso posible?

Mientras que seguía dando vueltas a tales pensamientos, Janey embarcó en el ferry y dejó su coche en el aparcamiento de treinta minutos junto al vehículo de Maddie. Cuando su amiga salió de la camioneta, Janey se acercó a ella, le apretó el hombro, y se dirigió con ella a donde Mac estaba esperando con Thomas.

Maddie entró en su abrazo, y ambos se susurraron mutuamente en voz baja. Janey se apartó para darles un momento a solas.

“¿Qué está pasando?” Murmuró Joe.

Janey se sobresaltó y se volvió hacia él. “La madre de Maddie.” Ella asintió con la cabeza hacia la amarga mujer caminando por el ferry. “No está poniendo las cosas nada fáciles.”

Joe frunció el ceño. “¿Cuál es su problema?”

“Solo Dios lo sabe.”

Como si fuera la dueña de la isla y de todo lo que contenía, Francine se acercó a ellos. “¡Ahí está mi nieto! ¡Oh, mira lo *grande* que estás!”

“Mamá, este es mi prometido, Mac McCarthy.”

Como si Maddie no hubiera dicho nada, Francine extendió los brazos para tomar al bebé.

Maddie se interpuso entre ellos. “Si no puedes ser educada y saludar al hombre con el que voy a casarme, entonces me temo que tu nieto no va a pasar ni un solo minuto contigo.”

“¡No seas ridícula!” Farfulló Francine. “¡No lo he visto en tres meses!”

“Entonces yo creo que harás lo correcto y saludarás al hombre que acabo de presentarte.”

Maddie se cruzó de brazos, pero Janey pudo ver que estaba temblando. Al parecer, Mac también se dio cuenta, porque puso una mano sobre su

hombro.

Ambas mujeres permanecieron sin dar sus brazos a torcer durante unos segundos, antes de que Francine volteara los ojos hacia arriba y mirase a Mac con desdén. “Hola. ¿Puedo coger ahora a mi nieto?”

Maddie sacudió la cabeza con incredulidad mientras que sus ojos se llenaban de lágrimas, pero dio un paso atrás para darle acceso a su hijo.

Mac le entregó el niño a su abuela.

Francine abrazó al bebé y se alejó de ellos para estar a solas con el pequeño.

“Vaya,” dijo Maddie con voz temblorosa, “qué agradable.”

“No pasa nada, nena.” Mac la abrazó de nuevo y pasó la mano por su pelo. “No pasa nada.”

“Sí, sí que pasa. Siento que haya sido tan grosera.”

“No tienes nada que lamentar.”

Sintiéndose como si se estuviera entrometiendo en un momento intensamente privado entre su hermano y su prometida, Janey se alejó para apoyarse en uno de los pilotes de madera.

Joe la siguió. “Menuda mierda, ¿eh?”

“Me siento mal por Maddie.”

“Yo me siento mal por su madre. Está tan ocupada intentando ser lo más amarga posible que no le importa correr el riesgo de perderse el que debería ser uno de los momentos más importantes de su vida.”

Janey estudió su hermoso rostro. “Eres un gran tipo, Joe Cantrell. Y muy generoso por sentirte mal por ella después de la forma en la que se está comportando.”

Joe se encogió de hombros como si no tuviera importancia y vio cómo el ferry se preparaba para la salida. “Tengo que irme. ¿Nos veremos en la fiesta?”

“Sí, seguro que sí.”

“Estaré allí a las ocho y media.”

“Justo a tiempo para ver los fuegos artificiales,” respondió ella sugerentemente.

Él gimió en voz baja. “Me muero de ganas de besarte ahora mismo,” le susurró.

Janey sonrió. “¿En serio?”

“*En serio.*”

Ella se echó a reír al ver su expresión de tortura. “Te lo compensaré.”

“Mmm, seguro que lo harás.”

La explosión de calor que recorrió su cuerpo tomó a Janey por sorpresa. “Vuelve pronto.” Cuando él se marchó sin tocarla, Janey sintió desconsuelo con la misma fuerza que había sentido deseo. *Oh, Dios.*

Janey pasó las pocas horas que quedaban para la fiesta preparado ensalada de patata, dándose un baño, y cepillándose el pelo. Mientras se aplicaba la loción con aroma a jazmín, se dijo a sí misma que no se la estaba poniendo porque a Joe le gustara tanto. Aunque, para ser honestos, Joe se había vuelto loco cuando la había olido por primera vez. Janey estaba deseando volver a estar con él otra vez.

Tal vez estaba enamorada de él. Tal vez lo había estado desde hace mucho tiempo pero no se había permitido reconocerlo mientras que estaba con David. Tal vez era el momento de dejarse llevar simplemente e iniciar una relación seria con él, decírselo a todo el mundo, y dejar que sucediera.

Entonces pensó en Mac y lo que diría sobre su relación con Joe.

Tal vez el mundo no necesitaba saberlo todavía.

Después de ponerse su vestido rojo, contempló la posibilidad de ir a casa de Mac y Maddie antes para ayudarles a ultimar los preparativos, pero desestimó la idea. Ellos necesitaban pasar un poco de tiempo a solas después del drama del día. Con todavía una hora por delante, Janey se sentó delante de su ordenador y hojeó los archivos en el cajón. Encontró exactamente lo que quería, lo sacó, y lo abrió sobre el escritorio.

Los recuerdos llegaron de golpe. Las transcripciones y cartas de recomendación, las aplicaciones y los ensayos. Sus profesores en la escuela de ciencias animales en la Universidad de Connecticut habían escrito brillantes cartas sobre ella. Adjunta en la carpeta estaba la carta de rechazo de la Universidad Cornell, la mejor clasificada en Medicina Veterinaria. Pero había conseguido plaza en la segunda mejor del Estado de Colorado y la número cinco del Estado de Ohio. Casi se había convertido en el alma máter del Doctor Potter en Ohio, cuando David la convenció de que era mejor que no fuera a la universidad.

“Qué idiota fui,” susurró mientras leía las cartas de recomendación de sus profesores. Al recordar su viaje a Columbus, Ohio, ella sonrió y hojeó el catálogo de cursos. Una chispa de expectación erizó el vello de sus brazos. Había estado tan emocionada, tan segura de su vocación en la vida. Y luego David intervino y tuvo que cambiar sus planes.

“Nunca más,” se prometió. “Nunca más volveré a permitir que un hombre tome decisiones por mí.” Hojeó el catálogo un par de veces más. “Pero si me voy a Ohio, ¿cómo podré empezar una relación con Joe?”

“¿Por qué no?” Le oyó decir, como si estuviera allí mismo, en la habitación con ella. “¿Por qué no podemos tenerlo todo, nena?”

Janey sonrió. Eso es exactamente lo que él diría. Alentado por su apoyo imaginario, ella encendió su portátil y, antes de perder el coraje que acababa de poseerla, mandó e-mails a los tres profesores de la Universidad de Connecticut que la habían recomendado, preguntando si estarían dispuestos a apoyar a una solicitante que creía en el *mejor tarde que nunca*.

Estaba deseando poder contárselo a Joe.

Mientras que se preparaba para salir, su móvil sonó. Era Kay Lawrence. De nuevo. De mala gana, Janey tomó la llamada de la mujer que había sido como una segunda madre para ella.

“Hola, Kay.”

“¡Oh Janey! Gracias a Dios que me al fin me has cogido el teléfono. Estaba ansiosa por hablar contigo.”

“Lo sé. Lo siento. Necesitaba un poco más de tiempo.”

“Por favor, no te disculpes. Soy yo la que debo disculparme contigo.”

“Tú no tienes nada que ver con esto.”

“¿Cuándo podríamos reunirnos, cariño? Me encantaría verte.”

“Tengo los días un poco ajetreados esta semana con la boda de Mac.”

“Tienes que hablar con David, Janey. Tiene algo que decirte.”

“Yo no tengo nada que decirle a él.”

“Seguro que no lo dices en serio—”

“Por supuesto que sí, Kay.” Janey lamentó haber tomado la llamada cuando estaba de tan buen humor. “Sé que no es lo que quieres oír, pero de ninguna manera puedo casarme con él ahora.”

“¿Podrías por favor esperar a hablar con él antes de tomar una decisión?”

“Ya he tomado mi decisión, y no voy a cambiar de opinión.”

“Es posible que lo hagas cuando escuches lo que tiene que decirte.”

Janey sintió que le empezaba a doler el estómago. “Tengo que irme, Kay. Voy a casa de Mac que están dando una barbacoa.”

“Los dos te queremos mucho, Janey,” dijo Kay con una voz llena de lágrimas. “Por favor, deja que David te diga lo que necesita decirte.”

“Adiós, Kay.”

Para cuando Janey llegó a casa de Mac, el sol poniente había echado un brillo cálido sobre el patio y el prado que se interponía entre la propiedad del Mac y la costa. Sentados en sillas esparcidas alrededor del patio estaban sus padres, Luke Harris del puerto deportivo, el amigo de su padre, Ned, la hermana de Maddie, Tiffany y su familia, compañeras de trabajo del hotel de Maddie, y algunos de los otros chicos que trabajaban en el muelle, todos los cuales saludaron a Janey con abrazos y palabras de aliento que le llegaron al corazón.

Tenía que valorar todo lo que había logrado Maddie. Nadie sabría nunca lo mal que la chica lo había pasado tras la reacción menos que favorable de su madre a su compromiso con Mac. Vistiendo un top blanco sobre pantalón rojo, Maddie volaba entre los invitados para asegurarse de que todos tuvieran bebidas y pasando bandejas de aperitivos fríos y calientes, mientras que Mac se encargaba de la barbacoa. Parecía tan feliz y despreocupado que Janey estuvo tentada de contarle lo de ella y Joe.

Casi.

Su padre se acercó a ella y deslizó un fornido brazo a su alrededor, tirando de ella contra su cuerpo. “¿Cómo está mi princesa?”

“Ahí va, papá.”

“Estoy muy orgulloso de ti.”

Ella levantó la vista hacia él. “¿Por qué?”

“Por llevar la cabeza tan alta. Las malas lenguas en esta isla pueden ser viperinas cuando consiguen un hueso que masticar, y tú no te estás escondiendo.”

“¿Qué otra cosa podría hacer?”

Mac Padre besó la parte superior de su cabeza. “Esa es mi chica.”

“¿Puedo hacerte una pregunta?”

“Lo que sea.”

“¿Recuerdas hace unos años cuando pensaba ir a la Universidad de Veterinaria y David dijo que tal vez no deberíamos ir los dos?”

La expresión normalmente afable de Mac Padre cambió a una mueca. “No me gusta pensar en eso.”

“Sé que te molestó mucho.”

“Hubiera dado cualquier cosa por verte en esa escuela. Ahí es donde siempre has pertenecido.”

“Esperaba que dijeras eso.”

Su padre levantó una inquisitiva ceja blanca.

“¿Todavía estás dispuesto a hacerme un préstamo?”

“¿En serio?” Preguntó en voz baja.

Janey se mordió el labio y asintió.

“Oh, nena.” Él la envolvió en un fuerte abrazo. “Nada de préstamos.”

Sorprendida, ella se apartó para mirarle. “Sé que acabas de jubilarte—”

“No digas una palabra más,” dijo con una juguetona mueca. “No voy a prestarte el dinero. Me haría muy feliz *dártelo*. Me daría mucho gusto ver a mi hija convertirse en una veterinaria. Deja que haga esto por ti. Por favor.”

Janey sonrió, sabiendo que podría discutir con él durante el resto del día y que el hombre no daría su brazo a torcer. “¿Estás seguro de que puedes pagarlo?”

“Tendré que dejar de comer filetes y pasar a las hamburguesas,” dijo con una pícaro sonrisa, “pero me las arreglaré, princesa.”

Ella le abrazó de nuevo. “Gracias.”

“Ahora estoy aún más orgulloso que antes. Esta es la mejor noticia que he recibido desde el compromiso de tu hermano.”

“No digas nada al respecto todavía. Aún tengo que entrar.”

“Mis labios están sellados.”

Janey le miró con escepticismo. La noticia podría propagarse a lo largo de todo el muelle en cuestión de horas, y ambos lo sabían. “Seguro que sí.”

Padre e hija se echaron a reír al unísono, pero la sonrisa de Janey se desvaneció cuando vio a David entrar en el jardín.

“¿Qué está haciendo él aquí?” Preguntó Mac Padre, frunciendo el ceño de nuevo.

“Buena pregunta.” Janey apretó el brazo de su padre y fue a detener a David para que no diera un paso más en la fiesta.

Capítulo 16

“¿Qué crees que estás haciendo?”

“Necesito verte, Janey.”

En el débil ocaso, ella pudo ver que sus heridas se habían vuelto de color amarillo durante la noche, y su rostro estaba aún más hinchado que la noche anterior. ¿Y era alcohol a lo que olía? “No tienes derecho a estar aquí, David. Esta es la casa de mi hermano, y te estoy pidiendo que te vayas.”

“No hasta que pueda hablar contigo.”

“No voy a hablar contigo. Ni ahora, ni nunca.” A pesar de que estaba de espaldas a la fiesta, Janey sintió que su padre y su hermano se acercaban. “Por favor, márchate.”

“Eres una falsa, ¿lo sabías?” Dijo entre dientes, tambaleándose mientras cerraba la distancia entre ellos. “Yo también te he visto.”

“¿De qué estás hablando?” Preguntó mientras que una punzada de miedo corría por su espalda.

“Tú y *Joe*. ¿Cuánto tiempo ha mantenido tu cama caliente por las noches mientras que yo estaba en Boston?”

Janey oyó a su padre y a Mac jadear, pero no apartó los ojos de David. “Joe es mi amigo. Ya lo sabes.”

“Amigo con *derecho a roce*.”

“Cree lo que quieras. Ya he terminado de hablar contigo.” Ella empezó a alejarse, pero él la agarró del brazo.

“¡Me has hecho sentir como una mierda mientras que tú estabas haciendo lo mismo! No me extraña que me rompiera la nariz. ¡Él siempre te ha querido para él! Estoy seguro de que estaba más que dispuesto a recoger los pedazos del pobre corazón destrozado de Janey.”

Janey se puso furiosa, y en algún lugar en el fondo de su ser, un interruptor se activó. “¿Y qué? ¿Eras el único que tenía derecho a tener sexo barato y sin sentido?” En el instante en que las palabras salieron de su boca, se arrepintió.

Más jadeos se escucharon detrás de ella, pero uno era diferente. Uno le recordó mucho a la voz de. . . Janey se liberó de las garras de David y se dio la vuelta para encontrarse a Joe mirándola en estado de shock.

Él se giró y desapareció en la oscuridad.

“¡Joe!” Gritó Janey, con la intención de ir tras él.

Mientras que Mac seguía a su amigo, David la agarró del brazo de nuevo. “¡Janey, espera!”

Ella casi le gruñó. “¡Suéltame! ¡Ahora!”

“Tengo cáncer.”

El mundo pareció inclinarse sobre su eje mientras que ella le miraba. Más tarde se sentiría avergonzada porque su primer pensamiento fuera que David sería capaz de decir cualquier cosa para recuperarla.

Joe quería correr tan lejos como pudiera. Nada en su vida le había hecho tanto daño como oír a Janey referirse a lo que habían compartido como algo barato y sin sentido, a pesar de que estaba bastante seguro de que no lo creía así. David la había presionado demasiado, y ella había reaccionado de la misma manera. Pero esas palabras le habían golpeado fuerte en el corazón.

“Joe! ¡Espera!”

Dios, ¿podrían las cosas ponerse peor aún? ¿Ahora tenía que enfrentarse a Mac, también?

“¡Joe!”

Con las manos en las caderas, y la mandíbula fija con tensión, Joe se volvió, preparándose para cualquier cosa, desde un puño contra su cara hasta otra flecha lanzada directamente a su corazón. “¿Qué quieres, Mac?”

“¿Es cierto?”

Joe miró a su viejo amigo y no pudo mentirle. Simplemente no podía. “Sí, pero no ha sido ni barato ni sin sentido.”

Mac levantó las manos, y por un segundo, Joe pensó que iba a golpearle. Pero en lugar, Mac le agarró del pelo, como si estuviera tratando de ocupar las manos para no cruzarle la cara a su amigo. “¿Desde cuándo?”

“Desde la noche en que ella vio a David con otra mujer.”

“¿Lo dices en *serio*? ¿El mismo día? Me dijiste que podía confiar en ti. ‘¿Quién mejor que yo?’ ¡Eso fue lo que dijiste!”

“Fue total y completamente consensuado, Mac.”

“¡Ella estaba hundida! ¡Devastada! ¿Cómo pudiste aprovecharte de ella de esa manera?”

“No me he aprovechado de ella. La quiero. Sabes que es verdad.”

“Dios, Joe, ¡no puedo creer esto! ¿Por qué no me lo dijiste?”

Joe soltó un bufido. “Sí, claro. ¿Para que me acusaras de haberme aprovechado de ella? ¿Para que enloquecieras y me echaras de tu vida justo antes de ser el padrino de tu boda? Ninguno de nosotros pensó que sería una buena idea.”

“¿Ninguno de quiénes?”

Oh, mierda. “Janey y yo.”

“¿Y quién más?”

“Nadie.”

“¿*Quién* más?”

Joe suspiró. “Maddie.”

Mac retrocedió en estado de shock. “No es posible que ella lo supiera y me lo haya ocultado.”

“Janey confió en ella, pero Maddie no quería que lo pasaras mal con la noticia. Todos sabíamos cómo lo interpretarías, y no sucedió de la manera que piensas.”

“Muy bien, así que todos conspirasteis para mantenerme al margen de esto.”

“No fue así. Íbamos a decírtelo después de la boda.”

Sacudiendo la cabeza, Mac bajó la mirada hacia el suelo. “Las tres personas a las que más unido estoy de todo el mundo, han decidido ocultarme algo así de grande. No tengo ni idea de cómo se supone que debo reaccionar.”

“Estábamos pensando en ti.”

“¿Ah sí? ¿Mientras te estabas tirando a mi devastada hermana pequeña, de veras estabas pensando en mí?”

“Eso no es justo. No fue así.” Aunque después de escuchar la descripción de Janey de lo que había ocurrido entre ellos, no le extrañaba que Mac lo pensase.

“No doy crédito.”

“Para ser honesto, realmente no es asunto tuyo.”

“¿*Que no es asunto mío?* ¡Ella es mi *hermana!* ¡Por supuesto que es asunto mío! Y lo sabes de sobra, por eso no me lo has dicho.”

“Ella también es una mujer adulta, en caso de que no lo hayas notado.”

“Ella *siempre* será mi hermanita.”

Janey nunca se había sentido más desgarrada en toda su vida. Cuando los fuegos artificiales empezaron a iluminar el cielo estrellado, ella esquivó a sus preocupados padres y ayudó a un David medio borracho y llorando, a subir a su coche para llevarle a casa de su madre. Todo en lo que podía pensar era en la mirada de estupefacción en el rostro de Joe cuando le había escuchado llamar a lo que habían compartido, algo barato y sin sentido. Joe tenía que saber que realmente no pensaba así, ¿verdad?

Janey quería ir a buscarle, decirle que solo lo había dicho porque David le había sacado de sus casillas, y que no lo pensaba en serio. Pero primero tenía

que lidiar con David y la bomba que había caído sobre ella.

”Lo siento,” dijo él mientras se alejaban de casa de Mac. “Debería habértelo dicho antes. Ya lo sé, pero todo sucedió demasiado rápido.”

“¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?”

“Un mes.”

Janey se quedó sin aliento y le miró, preguntándose alguna vez realmente le había conocido de verdad. “¿Y no crees que tu prometida tenía derecho a saber que tenías *cáncer*?”

“Nunca encontré el momento para decírtelo. No quería llamarte y soltártelo sin más.”

“Y en su lugar, me lo ocultaste. ¿Esperabas que no me enterase?”

“Te lo iba a decir, pero primero quería ver cómo respondía a la primera ronda de quimioterapia.”

“¿Ya has recibido quimioterapia?”

“Sí.”

“Jesús, David.”

“Es un linfoma no Hodgkin en su fase dos. Después de que tuviera amigdalitis el año pasado, tenía un nódulo en el cuello que nunca se iba. Finalmente fui al médico para que me lo vieran, y boom. Cáncer. Pero el pronóstico es bastante bueno. La quimioterapia parece estar funcionando, aunque me siento como una absoluta mierda.”

Mientras que Janey trataba de procesar lo que David estaba diciendo, se sintió extrañamente distante, como si nada de esto le estuviera pasando a ella. Hacía apenas un par de semanas, esta noticia la habría devastado. Era una prueba más de cuán separadas sus vidas se habían vuelto durante los largos años que habían estado lejos. El hecho de que él pudiera ocultarle algo de esta magnitud le decía qué clase de marido podría haber sido.

“Te necesito, Janey.” Él tomó su mano y la sostuvo entre las suyas. “No puedo pasar por esto sin ti.”

Ella se zafó de su agarre. “¡Eso es increíblemente injusto! Me ocultas esto durante semanas, te acuestas con otra persona, y, *¿todavía* esperas que te ofrezca mi apoyo?”

“Te quiero, Janey. Eso no ha cambiado.”

Sus ojos se inundaron de lágrimas, por lo que no podía seguir viendo con claridad, así que apartó el coche de la carretera y se volvió hacia él. “Ya no estoy enamorada de ti. Lo siento si te duele, pero es la verdad. No quiero que estés enfermo, y no me gusta que tengas que pasar por todo esto, pero eso no

cambia lo que siento.”

“Podemos pasar por esto juntos y arreglarlo, como hemos hecho siempre.”

Ella negó con la cabeza. “No puedo. Tienes a tu madre, a tus hermanas y tus amigos. No estarás solo.”

“Janey, por favor. Te lo ruego. *Tú eres* a quien necesito. No puedes hacerme esto cuando estoy lidiando con tanto a la vez. He tenido que tomarme la baja en mi residencia mientras que estoy con el tratamiento.”

“Deberías haber pensado lo mucho que me necesitabas antes de haberte acostado con otra mujer.”

“¡Ella no significa nada para mí! Era una enfermera de oncología que conocí durante mi tratamiento. Fue una cosa de una sola vez. Estaba muy asustado. Solo acudí a ella en busca de confort. Eso es todo.”

Seguramente, pensó Janey, su cabeza iba a explotar en cualquier momento.

“Necesito que me escuches. ¿Crees que serás capaz de hacerlo?”

Los ojos de David se llenaron de nuevo lágrimas, pero él asintió con la cabeza.

“Te he querido muchísimo. No había absolutamente nada que no hubiera hecho por ti. Renuncié a mis sueños de ser veterinaria para complacerte. Te esperé. Te he sido fiel—siempre.”

“Hasta hace poco,” murmuró.

“¡Jamás he estado con ningún otro hombre hasta que te vi retozando con una rubia pechugona!”

“Janey—”

“Espera, no he terminado. Todo lo que siempre he sentido por ti murió en el momento que te vi con otra persona. Y ahora me entero de que te está pasando algo enorme que nunca me has dicho. Debería haber sido tu primera llamada telefónica, David. Debería haber estado allí cuando te dieron el diagnóstico. Debería haber estado allí cuando decidiste qué tratamiento ibas a recibir y cuando decidiste pedir la baja. Eso es lo que las personas que se encuentran en una relación comprometida, hacen—incluir al otro en las grandes decisiones. Pero tú me negaste todo eso, porque preferiste mantenerme en la oscuridad—sobre esto y solo Dios sabe sobre qué más.

“No fue mi intención.”

“El momento en que decidiste no agarrar el teléfono y decirme que te habían encontrado un cáncer, fue el momento en el que tomaste la decisión sobre nuestra relación. En el momento en que decidiste acostarte con esa mujer en *nuestra* cama, tomaste otra decisión. Sospecho que probablemente

has tomado algunas más que ni siquiera conozco. De cualquier manera, no es así como quiero vivir.”

“Te lo recompensaré. Es solo un bache en el camino, cariño. He aprendido una valiosa lección, y no va a suceder de nuevo. Te lo prometo. Tenías razón todo el tiempo. Deberías haberte trasladado a Boston a vivir conmigo mientras que yo estaba en la universidad. Si hubiéramos hecho eso, nada de esto estaría sucediendo ahora mismo.”

“O habría sucedido mucho antes.”

“No lo creo.”

“Esto es lo que yo creo que ha pasado—nos hemos acostumbrado demasiado el uno al otro. Hemos actuado de manera automática a lo largo de los años y hemos empezado a darnos mutuamente por sentado.”

“¡Eso no es cierto!”

“Si no fuera cierto, David, nunca hubieras sentido la necesidad de acostarte con otra mujer.”

Él negó con la cabeza. “Nunca te he dado por sentado.”

“Sí, lo has hecho. Y yo también. Asumimos que nuestra relación iba a ir bien, incluso si nunca pusimos ningún esfuerzo real en ella.”

“¿Cómo puedes decir que no hemos puesto ningún esfuerzo cuando hemos estado juntos trece años?”

“¿Puedo preguntarte algo? ¿Y juras que me dirás la verdad?”

“Sí.”

“¿Lo juras por Dios?”

“¡Sí!”

“Cuando tú. . . te acostaste. . . con ella, ¿fue mejor? ¿Mejor que lo que tenías conmigo?”

“¡No me puedes preguntar eso!”

“Acabo de hacerlo, y has jurado decirme la verdad.”

“No voy a hablar contigo sobre eso.”

“Acabas de responder a mi pregunta,” dijo Janey suavemente.

“¿Cómo?”

“Si no hubiera sido mejor, me lo hubieras dicho.”

“Ahora estás jugando conmigo.”

“No, no es verdad,” dijo. “Se acabó, David. Los dos lo sabemos, así que no tiene sentido seguir adelante con una pantomima por aferrarnos a algo que murió en el pasado. Es una lástima que los dos nos neguemos a verlo. Podríamos habernos ahorrado un montón de problemas.”

“Estaba seguro de que volverías a mí cuando te dijera lo del cáncer,” dijo él con tristeza.

“Me gustaría ser una persona mejor. Me gustaría poder olvidar lo que vi ese día en tu apartamento y estar allí para ti durante tu tratamiento. Pero no puedo hacerlo. La antigua Janey podría haberlo hecho, pero he cambiado en la última semana, y no puedo volver a lo que fui antes de haberte visto con ella.”

“Daría cualquier cosa por borrar ese día.”

Ella estuvo a punto de decir que ella también lo haría. “Es posible que no entiendas esto, pero en retrospectiva, me alegro de haberte visto. Probablemente evitó que cometiéramos un gran error.”

“Nunca pensaré que casarme contigo hubiera sido un error.”

“Lo hubiera sido, y hubiera sido mucho peor habernos dado cuenta después de la boda.”

David le tomó la mano de nuevo, y ella no se apartó. “¿De verdad se ha acabado?”

“Me temo que sí. Pero espero que podamos seguir siendo amigos. Quiero saber cómo te va, cómo te sientes, cómo va el tratamiento. ¿Me mantendrás informada?”

Él asintió con la cabeza. “A mí también me gustaría que fuéramos amigos,” dijo a la vez que extendía sus brazos hacia ella.

Sumida en la tristeza, Janey se inclinó en su abrazo.

David besó la parte superior de su cabeza y la abrazó con fuerza contra él. “Siento mucho haberte hecho daño. Después de todo el tiempo que hemos estado juntos, te mereces a alguien mucho mejor que yo.”

Los ojos de Janey se llenaron de lágrimas. Dado que no podía refutar su declaración, ella ni siquiera lo intentó.

“¿Puedo hacerte una pregunta?”

Janey se apartó de él. “Por supuesto.”

“¿Es mejor con él? ¿Con Joe?”

Su cara se calentó bajo su escrutinio, y ella se sintió agradecida de que todo estuviera tan oscuro. “No voy a contestarte a eso.”

David esbozó una media y triste sonrisa. “Acabas de hacerlo.”

Capítulo 17

Después de que todos se hubieran ido, Maddie empezó a limpiar la cocina, mientras que Mac traía las cosas de fuera. Trabajaron juntos durante unos quince minutos antes de que ella se diera cuenta de que le estaba contestando con monosílabos y de que no le decía ni una palabra a menos que ella le preguntase algo. Una bola fría de temor se alojó en su vientre. Le había visto perseguir a Joe después de la confrontación entre Janey y David, pero no había tenido la oportunidad de preguntarle qué había ocurrido. Ahora podía hacerse una idea bastante clara.

“Esto es lo último,” dijo Mac mientras ponía los utensilios de la parrilla en el fregadero.

“Ha sido una gran fiesta.”

“Uh-huh.”

“¿Por qué no os ocupamos de esto mañana y nos vamos a la cama?”

“Voy a salir a correr.”

“¿Ahora?”

“Sí.”

“¡Pero está muy oscuro! Podría atropellarte un coche.”

“Llevaré mi chaleco reflectante.”

“Mac. . .”

Él se volvió hacia ella, y lo que vio en su rostro hizo que su corazón se detuviese.

“¿Por qué no hablamos y acabamos con esto de una vez?”

“¿Acabar con qué?” Le preguntó.

“Claramente, estás enfadado conmigo.”

“No, estoy decepcionado.”

“¡No podía decírtelo! Habrías perdido la cabeza, y Janey no necesitaba eso cuando todo lo demás a su alrededor era un auténtico desastre. Me rogó que no te lo dijera y yo también pensé que sería mejor no hacerlo en ese momento.”

“Así que la elegiste a ella por encima de mí.”

“No.” Maddie no podía soportar la tristeza que escuchó en su voz. “Jamás elegiría a nadie sobre ti ni Thomas. Lo sabes de sobra.”

“Teníamos un acuerdo, Maddie—un acuerdo en el que *tú* insististe.”

“Lo sé, y me sentía entre la espada y la pared, pero pensé que te gustaría que hiciera todo lo que estuviera en mis manos para ayudarla. Eso es lo que traté de hacer.”

“Me gustaría que me lo hubieras dicho. No le hubiera dado tanta

importancia.”

Ella le lanzó una mirada llena de escepticismo.

“¿Qué? ¡No se la hubiera dado!”

Maddie se acercó a él y pasó los brazos alrededor de su cuello. “¿Sabes una de las cosas que más me gusta de ti?”

“No,” dijo, su cuerpo rígido e inflexible. Sus brazos colgaban sueltos a los lados, incluso cuando ella apretó los brazos a su alrededor.

“Tu amor feroz por tu familia. Es abrumador y hermoso y muy propio de ti. Por mucho que les quieras a todos, sé que Janey tiene un lugar especial en tu corazón y aunque quieras creer lo contrario, *no* habrías entendido que Joe se hubiera acostado con ella la misma noche que vio a David con otra mujer. Y *no* habrías creído que fue Janey quien dio pie a que sucediera.”

Mac trató de escapar de su abrazo, pero Maddie le agarró con fuerza.

“Supongo que nunca sabremos cómo hubiera reaccionado, porque nadie me lo dijo. ¿Tan idiota soy que os reunisteis todos y conspirasteis juntos para ocultarme esto?”

“No fue así en absoluto. Solo queríamos esperar que pasara un poco el tiempo para que pudieras ser más razonable cuando te lo dijéramos.”

“¿Así que no soy un idiota, pero *soy* poco razonable?” Mac agarró sus brazos y los separó de su cuerpo.

“Mac, cariño, vamos. Trate de entenderlo.”

“Tengo que salir de aquí. Volveré dentro de un rato.” Con eso, se dio la vuelta y subió corriendo las escaleras para cambiarse.

Congelada, Maddie le miró mientras se alejaba, con el corazón acelerado. Él nunca le había rechazado así anteriormente, y comenzó a preguntarse si podría perderle por esto.

“No,” susurró. “Eso no puede pasar. Simplemente no puede.”

Pero cuando terminó la limpieza de su nueva y reluciente cocina, y se preparó para acostarse, ese pensamiento no dejaba de atormentarla. La vida que una vez había sido dura y vacía ahora era alegre y magnífica—o lo era hasta hoy. Primero la desaprobación de su madre y ahora esto. . . justo lo que necesitaban una semana antes de la boda.

Deslizándose en uno de los camisones de seda que a Mac tanto le gustaban, Maddie se metió en la cama y fingió leer un libro mientras le esperaba. Sus pensamientos vagaron de nuevo al día en que le conoció. Él la había tirado accidentalmente de su destartada bicicleta cuando se dirigía a su puesto de trabajo en el hotel de sus padres. Con la rodilla, el codo, y la mano sangrando,

había sido incapaz de cumplir con sus turnos de limpieza ni con la guardería de su hermana. Mac había intervenido por ella, ocupando su puesto en los dos trabajos para que no perdiera ninguno de los dos, y cuidándolos a ella y a Thomas hasta que se recuperara de sus heridas. Había estado cuidando de ellos desde entonces.

Pasó más de una hora antes de que él finalmente regresara, sudando y respirando con dificultad mientras entraba en la habitación y se dirigía directamente a la ducha sin decir una palabra. Estuvo allí tanto tiempo que Maddie dedujo que todavía la estaba evitando.

Ella salió de la cama, se quitó el camisón en su camino hacia el cuarto de baño, y se metió en la amplia ducha.

Mac se sobresaltó cuando ella pasó sus brazos alrededor de él y lo abrazó por la espalda. “¿Qué estás haciendo?” Preguntó.

“Abrazándote.”

“Pensé que estabas dormida.”

“¿Esperabas que me quedara dormida si permanecías aquí durante un largo rato?”

“Tal vez.”

Maddie le instó a darse la vuelta. “Nunca podría dormirme sabiendo que estás enfadado conmigo.”

“No estoy enfadado.”

“Decepcionado. Es lo mismo. No eres feliz, así que yo no soy feliz.”

Él se encogió de hombros. “Todo está patas arriba. ¿Cómo pudo Joe dejar que eso sucediera cuando mi hermana estaba tan abatida?”

“Fue ella. Joe trató de decirle que no era buena idea, pero ella siguió insistiendo hasta que finalmente cedió. Te diré lo que le dije antes a Janey: creo que ella se fue enamorando poco a poco de él antes de que pasara todo esto con David.”

Mac negó con la cabeza. “No lo creo.”

“Yo sí.”

“¿Cómo sabes tantas cosas de repente?” Preguntó con un dejo de diversión que mantuvo a flote sus espíritus. “¡Nos conoces desde hace muy poco!”

“Janey dijo lo mismo,” dijo Maddie con una pequeña sonrisa y un gran alivio. Por lo menos estaban hablando. “Descubrí hace poco que cuando un hombre te presta toda su atención, cuando te mira como si fueras la criatura más hermosa del mundo y escucha con interés cada palabra que dices, es solo lógico que te vayas enamorando poco a poco de él. ¿Cómo podría no hacerlo?” Alcanzando

el bote de gel, Maddie extendió un poco sobre su pecho y se alegró cuando su mitad inferior saltó a la vida mientras le masajeara.

“Y tú tienes cierta experiencia en esto, ¿verdad?”

“Mmm hmm. Una experiencia *reciente*.”

Su cara cambió a esa pícaro sonrisa que ella tanto adoraba. “Sé lo que estás haciendo.”

“¿Qué estoy haciendo?” Preguntó, llena de inocencia.

“Crees que si consigues embaucarme con tus atenciones, olvidaré que me has ocultado algo muy grande después de que prometiéramos que jamás haríamos algo así.”

“Estuvo mal por mi parte, Mac. Lo sé, y lo sabía entonces. Pero era lo que Janey necesitaba en ese momento, y de verdad, *de verdad*, quiero que sea mi mejor amiga. ¿Sabes cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que tuve una mejor amiga que me gustaba tanto como me gusta tu hermana?”

Él pasó los dedos por su largo y húmedo cabello. “¿Cuánto?”

“Desde que mi amiga Sydney solía venir aquí los veranos con su familia cuando estábamos en la escuela secundaria. Estábamos muy unidas, pero nos fuimos distanciando cuando dejó de venir. La vi hace un par de años cuando volvió con su familia.”

“Ella es la ex novia de Luke, la que perdió a su marido e hijos, ¿verdad?”

Maddie asintió, todavía entristecida por la terrible tragedia de su amiga. “Sí.” Maddie la había escrito después del accidente, pero no había recibido noticias de ella.

“Bueno, te alegrará saber que he decidido perdonarte.”

Maddie le miró y esbozó una pequeña sonrisa. “¿De verdad?”

“Te pedí que me ayudaras a cuidar a mi hermana, y eso es lo que has hecho. Supongo que no puedo culparte por no traicionar su confianza.”

“Ella ya es una mujer adulta, Mac, y tiene que seguir los impulsos de su corazón, incluso si la llevan a Joe.”

“Lo sé,” dijo con los dientes apretados.

“¿No te encantaría verlos juntos?”

“Por supuesto que sí, pero no puedo soportar la idea de que cualquier tipo —incluso Joe— se aproveche de ella.”

“No lo hizo, Mac. Te lo prometo que no lo hizo. Trató de decirle que era una mala idea, pero ella le convenció de que era lo que quería.”

“¿Están juntos ahora?”

“Oficialmente, no. Habían planeado mantenerlo en secreto hasta después de

la boda. No estoy segura de qué va a pasar ahora que David les ha obligado a salir de armario.”

“¿Entonces qué? ¿Joe ha pasado un par de noches con ella y eso es todo?”

“Tienen muchas cosas que solucionar primero.” Ella vertió más jabón sobre su cuerpo y masajeó su espalda hasta su musculoso trasero.

Él gimió. “Tu malvado plan parece estar funcionando bastante bien,” dijo, mirando hacia su erección.

Maddie se echó a reír y pasó sus jabonosas manos sobre sus partes más sensibles.

“Mmm.” Él tiró de ella y la apretó con fuerza contra su cuerpo, capturando su boca en un apasionado y profundo beso.

“¿Harías algo por mí?” Le preguntó Maddie cuando se separaron para coger aire.

Sus manos se movieron sobre ella, despertando su cuerpo. “Lo que sea.”

“No huyas la próxima vez que estás enfadado, decepcionado, o molesto. Quédate conmigo para que podamos arreglarlo.”

“Lo haré.” Sus manos recorrieron su espalda. De repente, él la levantó y la empujó contra la pared.

Maddie se quedó sin aliento cuando su cálida piel chocó contra las frías baldosas. Pasó los dedos por su pelo mojado y luego rozó la barba de su mandíbula. “¿Me lo prometes?”

“Te lo prometo.” Besó a su camino hasta el cuello y mordisqueó el lóbulo de su oreja.

Maddie arqueó la espalda, buscándole. “Mac. . .”

“Dime lo que quieres.”

Ella agarró un puñado de su cabello y envolvió las piernas alrededor de sus caderas. “A ti. Solo a ti.”

Mac la penetró en una rápida embestida que le robó el oxígeno de los pulmones.

Ella se agarró con fuerza mientras que él la tomaba fuerte y salvajemente contra la pared. “Oh, *Dios*, Mac. . .”

Cuando él inclinó la cabeza para chupar su pezón, ambos llegaron a la línea de meta en el mismo instante.

Maddie volvió a la tierra solo para encontrar a Mac mirándola fijamente.

“Te quiero mucho,” dijo.

Él plantó un beso en su nariz. “Yo también te quiero.”

“Tenía mucho miedo. . .”

Mac se inclinó hacia ella, manteniéndola presionada firmemente contra la pared. “¿De qué?”

“De perderte por esto. Teníamos un trato, y yo no lo he cumplido.”

“Vamos a hacer un nuevo trato, ¿de acuerdo?”

Ella asintió con la cabeza.

Mac apartó el húmedo pelo de su cara y pasó un dedo por su mejilla. “No importa lo que pase, no importa lo grande que sea alguna pelea que tengamos, ni lo enfadado que pueda estar, ni cuánto se desmadren las cosas, yo nunca, jamás, te dejaré.”

Sus ojos se llenaron de lágrimas. “¿Nunca?”

Él negó con la cabeza. “No podría vivir sin ti. Ni Thomas.”

Maddie le echó los brazos al cuello y se aferró a él. “Yo tampoco podría vivir sin ti. Ni un solo día.”

”Vamos a la cama.”

Janey llevó a David a casa de su madre al lado oeste de la isla. Él llevó su mano entre las suyas a lo largo de todo el recorrido. Su intensa conversación, junto con el alcohol que había consumido anteriormente, había hecho que estuviera más sensible de lo normal, lo que hacía que todo esto fuera aún más difícil para ella.

Janey se detuvo en la calzada de Kay y rodeó el coche para abrir la puerta de David.

“Vamos,” dijo, tendiéndole una mano.

David aceptó su ayuda y caminaron por la acera.

Kay les recibió en la puerta y esbozó una gran sonrisa cuando salió a abrazarles. “¡Oh! ¡Lo habéis solucionado! ¡Sabía que lo haríais!”

David se volvió hacia Janey y la abrazó. “Gracias por traerme.”

“De nada. ¿Me mantendrás informada sobre tu evolución?”

“Por supuesto.” Le acarició el rostro y le dio un suave beso en los labios. “Cuídate, Janey. Ya sabes dónde estoy, si cambias de opinión.”

“Espera un minuto,” dijo Kay. “¿Qué está pasando?”

“Vamos adentro, mamá. Te lo contaré en casa.”

“Espera, para,” dijo Kay. “¿Estáis juntos de nuevo o no?”

“No,” contestó David. “Hemos decidido que nuestra relación ha terminado.”

“¿Y ella lo sabe?” Kay se volvió hacia Janey. “¿Sabes que tiene cáncer? ¿Eso no cambia nada?”

“Mamá—”

“Lo siento, Kay,” dijo Janey. “Este tiene que ser un momento terrible para ti, y daría cualquier cosa para ser indulgente con vosotros por todo lo que estáis pasando.”

“Pero no vas a estar a su lado. Eso es lo que estás diciendo, ¿verdad?”

“No, no voy a estar a su lado.”

“No eres la persona que creía que eras, Janey.”

“Eso no es justo, mamá. Yo soy quien lo ha estropeado todo, no ella.”

Con eso, David recuperó algo del respeto de Janey.

“Vete dentro, David,” dijo Kay. “Me gustaría hablar a solas con Janey.”

“No si vas a echarle en cara una decisión que hemos tomado de mutuo acuerdo.”

“Solo me gustaría hablar con ella. ¿Puedes hacerme el favor de darnos un minuto?”

David miró a Janey.

Ella asintió con la cabeza.

“Te llamaré,” dijo.

“De acuerdo.”

Después de que se hubiera ido dentro, Kay se volvió hacia Janey. “Me has decepcionado mucho.”

“Sí, señora, ya lo veo.”

“¿Tienes idea de lo que le espera en los próximos meses? Después de todos los años que has pasado con él, ¿cómo puedes no tener compasión suficiente para darle una segunda oportunidad cuando te ha pedido disculpas?”

“No es como si se hubiera olvidado de mi cumpleaños. Se ha *acostado* con otra mujer, y yo lo vi con mis propios ojos. ¿Cómo se supone que puedo perdonar eso?”

“Está enfermo, Janey. No se está comportando como es él. No es propio de David que beba y se meta en peleas, ni que tenga relaciones sexuales con mujeres desconocidas. Lo sabes muy bien.”

“Yo solo sé lo que vi, y sé que nunca lo olvidaré. No hay manera de hacer que eso desaparezca. Nos hemos dado cuenta de que probablemente nuestra relación estaba muerta desde hacía mucho tiempo, pero optamos por no verlo. Si las cosas hubieran estado bien entre nosotros, él me hubiera dicho acerca de su diagnóstico hace semanas, y desde luego no habría buscado consuelo en otras mujeres.”

Kay se cruzó de brazos y parpadeó para contener las lágrimas. “Nada de

eso importa ahora. Está enfermo. ¿Cómo puedes alejarte de él precisamente ahora?”

Janey respiró hondo. “Porque sé que te tiene a ti, y al resto de su familia y amigos, y sé que vais a cuidar muy bien de él.”

“¿Tienes a alguien más? ¿Se trata de eso?”

“He sido fiel a David todos los días que hemos estado juntos.”

“¿Y desde entonces?”

“He seguido adelante con mi vida. No me dejó otra opción. Lo siento si esto te hace daño, Kay.”

“¿Qué pasa con la boda? ¿Con todos vuestros planes?”

“No va a haber boda, y ahora estoy haciendo nuevos planes.”

“Tal vez necesitas un poco más de tiempo para pensar—”

Janey apoyó una mano sobre el brazo de la mujer mayor. “No voy a cambiar de opinión.”

Kay apretó los labios con desagrado antes de volverse, entrar en casa, cerrar la puerta, y apagar la luz del porche.

“Bien,” murmuró Janey. “Supongo que esto es todo.”

Sacudida por la disputa que acababa de tener con una mujer a la que siempre había querido y respetado, Janey permaneció sentada en su coche durante un largo rato antes de irse a casa donde fue recibida por sus mascotas. Después de que les diera de comer y les sacara al patio durante unos minutos, regresaron y se establecieron en el interior del piso para acurrucarse a su alrededor. Rodeada por su amor incondicional, Janey, finalmente se vino abajo, abrumada por los acontecimientos del día.

David tiene cáncer. Dios. Era tan difícil de creer, y sin duda explicaba mucho su comportamiento reciente. Incluso antes de que lo hubiera sorprendido en el acto, había tenido actitudes muy extrañas por las que ella no se había molestado en preguntar. Si hubiera estado más conectado a él, como antes, tal vez hubiera notado que algo no iba bien.

Riley se apoyó en ella y lamió las lágrimas de sus mejillas.

El perrito gimió, y Janey pasó un brazo a su alrededor. “Estoy bien, chico. O al menos, lo estaré.”

Muttley saltó en su regazo, lo que hizo que Sam saliera despedido contra el suelo.

A pesar de las lágrimas, Janey se rio suavemente mientras rascaba las orejas de Sam. “Sois tan agradecidos. No sé qué haría sin vosotros.”

Mientras abrazaba a Riley y acariciaba la barriguita de Muttley, dejó que

sus pensamientos vagaran a Joe y a la expresión de shock que vio en su cara cuando escuchó su discusión con David. “Tengo que hablar con Joe,” dijo.

Besó a Riley, se levantó del suelo, y cogió el bolso. “Ya volveré, chicos. No me esperéis despiertos.”

Capítulo 18

Joe se quedó mirando el techo de su habitación en el Beachcomber. Después de la confrontación con Mac, había estado tentado de pasar otra larga noche en el bar. Pero ya que eso no ayudó nada la última vez, se había ido derecho a la habitación, donde había permanecido mirado hacia el techo durante las últimas horas, torturarse con diversos pensamientos sobre lo que Janey podría estar haciendo en este preciso instante.

¿Le habría convencido David de que le diera otra oportunidad? ¿Estarán comprometidos de nuevo? ¿Le perdonaría Mac por haberse acostado con su hermana en su momento más débil? ¿Sería todavía el padrino en la boda de Mac, o tendría que pedírselo a alguno de sus hermanos? ¿Y si Janey realmente pensaba lo que le había dicho a David? ¿Y si consideraba todo lo que habían tenido barato y sin sentido, mientras que él lo veía como la respuesta a todas sus oraciones?

Lamentablemente, el techo tenía ninguna de las respuestas que él necesitaba tan desesperadamente.

Un golpe en la puerta desvió su atención. Se levantó a abrirla.

Janey.

Mientras miraba su hermoso rostro, no tenía ni idea de qué decirle.

“¿Puedo pasar?”

“Oh, um, claro.” Él se apartó para dejarla entrar acompañada de una nube de jazmín que despertó todos sus sentidos. Armándose de valor para lo que fuera que estuviera a punto de oír, Joe cerró la puerta y luego se volvió para apoyarse contra ella. Se dio cuenta de inmediato de lo tensa que estaba, como si ella también estuviera nerviosa por lo que pudiera pasar entre ellos en esa pequeña habitación de hotel.

“Siento que me escucharas hablar con David. Espero que sepas que lo que dije no es en realidad lo que pienso sobre. . .nosotros.”

“Tenía la esperanza de que no fuera así.”

“Él solo. . .me sacó de mis casillas, y solté eso antes de pararme un segundo a reflexionar.” Ella se paró frente a él, mirándole con esos ojos que le derretían cada vez que se fijaban en él. “Siento mucho haberte hecho daño.”

Joe se encogió de hombros para restarle importancia, como si esas palabras no hubieran roto su corazón en pedazos.

“¿Has vuelto con él?”

“Tiene cáncer.”

Ambos hablaron a la vez, y luego se tomaron un momento para absorber lo

que el otro había dicho.

Sus palabras golpearon a Joe como un puñetazo en el estómago. “¿Entonces has vuelto con él?”

“No. Le dije que no podía estar con él después de todo lo que había pasado. Ha estado enfermo durante un mes y ni siquiera me lo ha dicho. Es una prueba más de que nuestra relación había muerto hace ya mucho tiempo, pero optamos por no verlo.”

Joe se agarró con fuerza al pomo de la puerta detrás de él, como si fuera un ancla que le impidiera romperse en mil pedazos diminutos. “Debió tratar de convencerte de que volvieras con él, dada su. . . enfermedad.”

“Así es, y su madre también. Les dije que la vieja Janey podría haberse sentido obligada a permanecer a su lado a lo largo de su tratamiento, pero que la nueva Janey está pensando en su propia vida y lo que es mejor para ella— por primera vez.”

“Eso está bien. Es lo que deberías hacer.”

“Me siento bien. No es que no tenga empatía por lo que está a punto de sufrir o que no me preocupe por él, porque lo hago, pero no puedo poner mi vida en standby por él ni por cualquier otra persona. Ya lo he hecho bastante.”

“No ha tenido que ser nada fácil para ti alejarte de él cuando más te necesita.”

“Verle en la cama con otra mujer, ha hecho que muchas cosas hayan sido mucho más fácil de lo que lo hubieran sido si todo hubiera sido de otra manera.”

“Supongo que sí.” De pie entre ellos colgaba la pregunta que Joe no se atrevía a preguntar, por mucho que se muriese por saberlo. *¿Dónde nos deja esto?*

“Entonces, ¿has hablado con Mac?”

“Uh-huh.”

“¿Qué le dijiste?”

“Dado que ya todo estaba más o menos claro para todos los que escucharon la conversación, opté por tomar el camino de la verdad.”

“¿Cómo se lo ha tomado?”

“Tal como esperábamos.”

Janey se mordió la uña del pulgar, algo que él había notado que hacía siempre que estaba nerviosa o inquieta. “En realidad, no es asunto suyo.”

“Eso es exactamente lo que yo le dije. No pareció importarle, sin embargo. Él está ciego en cuanto a ti se refiere, pero tú ya sabes eso, de lo contrario, se

lo habríamos dicho mucho antes.”

“No puedo hablar con él sobre esto. Todavía me ve como una niña de trece años con aparato de dientes.”

“Probablemente siempre lo hará. Te quiere mucho, Janey. No puedes culparle por eso.”

“No, pero *puedo* culparle por ser un culo irrazonable.”

Joe sonrió. “Eso sí.”

“Hablaré con él mañana. Me aseguraré de que sepa quién dio rienda suelta a todo esto en primer lugar.”

“Eso no ha sonado muy bien.”

Sus mejillas se encendieron con ese rubor que Joe tanto adoraba. “Tienes una mente muy pervertida, Joe. Me has sorprendido.”

Sonriendo, Joe le tendió los brazos. “No, no es verdad.” Cuando ella entró en su abrazo, Joe finalmente pudo respirar de nuevo después de horas de tortura plagadas de dudas. Él la abrazó con fuerza contra él, rozando sus labios sobre su fragante cabello. “Un día duro, ¿eh?”

“Sí. Hasta ahora.”

Joe aspiró su aroma, inmerso en la paz que se apoderaba de él cada vez que la sostenía de esta manera. “Estás cansada.”

“Agotada.”

“¿Quieres que te acompañe a casa?”

Ella se echó hacia atrás para mirarle. “¿Sabes lo que realmente me gustaría?”

“¿Qué?”

“Dormir acurrucada a tu lado. No sé lo que va a pasar entre nosotros, Joe. Todo lo que sé es que me siento mejor cuando estoy contigo que cuando no lo estoy.”

Su garganta se apretó de emoción ante sus suaves palabras. “Es un buen punto de partida.”

“¿Entonces está bien si me quedo?”

Él la tomó de la mano y la llevó hasta su cama. Sentado en el borde, se las arregló para que ella se parara entre sus piernas mientras que la desnudaba y la ayudaba a ponerse una de sus camisetas. Cuando ella se sentó en la cama, él se desnudó hasta sus bóxers y se unió a ella. En efecto, Janey se acurrucó contra él, con la cara apretada contra su pecho, con la mano apoyada en su vientre, y su pierna entre las suyas. Joe trató de decirse a sí mismo que esta noche solo trataba de paz y comodidad, pero como de costumbre, cuando ella

estaba cerca, ciertas partes de su anatomía tenían otros planes.

“Esto era justo lo que necesitaba,” susurró ella.

Él apretó su agarre sobre ella. “Yo también.”

“¿Estabas molesto antes?”

“Un poco.”

“¿Solo un poco?”

“Está bien, mucho.”

“Lo siento,” dijo ella mientras rociaba besos en su pecho que intensificó el problema que se estaba fraguando en su entrepierna. “No fue nunca mi intención.”

Joe pasó los dedos por su pelo. “Lo sé.”

Ella comenzó a besar su cuello y mandíbula.

“Pensé que querías dormir.”

“Y quiero. Dentro de un rato.”

“Janey—”

Ella le interrumpió presionando sus labios contra los suyos en un casto beso. De alguna manera, Janey terminó sentada sobre él con su palpitante erección entre sus cuerpos. “Sigo diciéndome a mí misma que tengo que dejarte en paz hasta que tenga las cosas claras, pero parece que no puedo contenerme.”

“No creo que oigas quejarme.”

Ella bajó la mirada hacia él, y su corazón le dolió de deseo. Joe quería que fuera suya. Quería que todos sus problemas estuvieran resueltos y el futuro estuviera claro ante ellos.

“Sé lo duro que es para ti todo esto,” dijo ella.

“Fue mucho más duro verte con alguien que no te merecía.” Él ahuecó su mejilla y tiró de ella para reclamar más dulces besos. “Eso fue insoportable.”

Ella siguió dándole besos castos, como si tuviera la intención de atormentarle.

Joe gimió y apretó su agarre en su cabello, para mantenerla donde la quería. “Eres muy mala.”

“Lo lamento muchísimo.”

“No lo lamentas *tanto*.”

Janey se rio, y él la soltó del pelo para pasar sus dedos a través de él.

“Sé que no vamos a hablar sobre nuestro futuro ni sobre mañana siquiera, pero quiero que sepas que te amo, Janey.” En el momento en que las palabras salieron de su boca, Joe se arrepintió, porque su sonrisa se desvaneció y su

alegría pareció haberse ido por completo. “No debería haber dicho eso.”

“No pasa nada.”

Joe unió sus manos y se las llevó al pecho. “No estás lista para hablar de cosas serias.”

“Te quiero, Joe. Tienes que saberlo.”

“Claro. Lo sé.” Joe le soltó las manos, la ayudó a bajar de él y se sentó.

Detrás de él, Janey pasó los brazos alrededor de sus hombros y le besó en el cuello. “Entonces, ¿qué pasa?”

“No quiero que me quieras, Janey. Quiero que me *ames*.”

“Solo necesito un poco más de tiempo.”

“Tal vez deberíamos darnos un descanso hasta que estés lista.” La mano que había estado acariciando su pecho se quedó inmóvil.

“¿Es eso lo que quieres?”

“No, pero puede que sea lo que necesito.”

“Oh. De acuerdo. Si así es como te sientes.” Janey se levantó y cogió su vestido.

Mientras observaba cómo se quitaba la camiseta que le había prestado, Joe se insultó más de cincuenta veces por ser tan condenadamente estúpido. Quería decirle que parara, que no quería que se fuera, pero las palabras no salían de su boca.

Ella terminó de vestirse y deslizó sus delgados pies en sus atractivas sandalias color plata.

¿Qué estás haciendo? ¿De verdad vas a dejar que se vaya? ¿Has perdido la cabeza? “Espera. Janey. Espera.”

En el camino hacia la puerta, ella se volvió y le miró.

Joe se levantó y se acercó a ella. “No quiero que te vayas.”

“Pero probablemente debería. No quiero hacerte daño, Joe.”

Le tomó las manos. “¿Crees que es posible que en el futuro, en algún momento, tal vez puedas amarme?”

“¡Sí!” Ella se rio y le echó los brazos al cuello. “Sí, sí, *sí*.”

Sonriendo, Joe la levantó del suelo. “No me gusta cuando te andas con rodeos de esa manera.”

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás sin dejar de reír.

Joe aprovechó la oportunidad para mordisquear su cuello expuesto.

“¿Puedes decirme cómo de lejos está el camino que has de recorrer?”

Janey enredó los dedos en su pelo y le miró con sus brillantes ojos. “A una manzana, tal vez dos.”

“Wow. Estamos cerca, ¿eh?”

“Sí.”

Joe la dejó de nuevo en el suelo y mantuvo las manos en sus hombros. “Si estamos tan cerca de nuestro destino, tal vez deberíamos esperar antes de volver a tener. . . ¿cómo debo decir esto. . . “

“¿Sexo caliente?”

Solo oírla decir esas palabras hizo que eso fuera exactamente lo que quería en este momento. Joe tragó saliva. “Por mucho que me duela sugerirlo, tal vez deberíamos esperar hasta que llegemos a la meta.”

“Probablemente no es una *mala* idea.”

“Es una idea terrible. Olvida lo que te he dicho. Volvamos a la cama.”

Sin dejar de reír, Janey se resistió a sus esfuerzos por arrastrarla hacia allí. “No lo habrías dicho si usted no pensaras que era una buena idea.”

“No vas a olvidarlo, ¿verdad?”

“Pues no.”

“¿Y no va a tener sexo conmigo? ¿En serio?”

“No hasta que esté muy, muy segura de que estoy enamorada de ti.”

“¡Pero me estás quitando una de mis mejores armas para hacer que te enamores de mí!”

“He dicho que no podemos tener relaciones sexuales.” Ella le empujó sobre la cama y se sentó a horcajadas sobre su regazo. “No he dicho que no podamos hacer otras cosas.”

“¿Qué cosas?” Intrigado, Joe pasó las manos por sus piernas, empujando la falda a su paso.

“Bueno, podemos besarnos,” respondió, presionando suaves besos en su cara, lo que hizo que su corazón se acelerase. “Y tocarnos.” Masajeó sus hombros y pecho.

Joe cerró los ojos al darse cuenta de que era posible que *no* tener relaciones sexuales fuera aún más emocionante que *tenerlas*. “¿Qué más?”

“Acariciarnos, acurrucarnos, hablar. Tener citas—como la gente normal.”

“¿Quieres que salgamos como si fuéramos una pareja?”

Sus dedos bailaron sobre su piel, haciendo que se le erizara el vello—entre otras cosas. “¿Tienes algún problema con eso?”

“No, ningún problema. Déjame ver si lo entiendo. Después de que hayamos hecho, bueno, de todo, ¿quieres volver a ir solo cogidos de la mano?”

Ella tomó su mano y se la llevó a los labios, presionando un beso en la palma. “A mí me encanta ir de la mano. ¿A ti no?”

“Todo depende de qué mano vaya.”

“¿Qué te parece la mía?”

Joe se deleitó con esta Janey más tímida, que estaba tratando de ponerle contra las cuerdas juguetonamente. “Tu mano,” dijo, mordisqueando los dedos, “es mi favorita.”

Una sonrisa iluminó su rostro. “¿Quieres que nos morreemos?”

“¿De verdad vamos a hacer una dieta de sexo?”

“Sí.”

“En ese caso, me encantaría que nos morreásemos.”

Joe acompañó a Janey a casa a la mañana siguiente y se dirigió hacia el Sur Harbor Diner donde se reunía con Mac y Thomas para tomar café casi todas las mañanas desde que su amigo se había instalado en la isla. Joe se dijo a sí mismo que no significaba nada si Mac no se presentaba. Tal vez habría decidido dormir un poco más o empezar a trabajar más temprano de lo habitual en el puerto deportivo. Mientras que Joe pedía su café y un muffin de arándanos, pensó que si Mac seguía enfadado con él, se enteraría muy pronto.

Al sentir la primera picadura de café en sus hinchados labios, recordó cómo había transcurrido la noche anterior. Besarse con Janey durante *horas* había resultado ser una de las experiencias más emocionantes y frustrantes de toda su vida. Después de haberlo tenido todo con ella, era condenadamente difícil conformarse con menos. Ella le había permitido llegar a la segunda base, pero nada más, y Joe había estado casi fuera de sí, desesperado por la tensión sexual no resulta que se fraguó entre ambos. De hecho, mucho después de que ella se hubiera quedado dormida en sus brazos, él había permanecido despierto vibrando con deseo e insatisfacción.

Janey tenía que trabajar la mayor parte del día, y él tenía que hacerse cargo de los detalles finales para la despedida de soltero de Mac aquella noche, sin saber si el novio siquiera querría hablar con él. “Fabuloso,” murmuró para sus adentros mientras dejaba el dinero sobre la mesa y se levantaba para salir del comedor. Con la despedida de soltero de esta noche y la despedida de soltera de Janey mañana, Joe no esperaba ver a Janey de nuevo antes de mañana por la noche como muy pronto. Otra razón para estar de mal humor.

¿Cómo se suponía que iba a hacer que se enamorase de él cuando no podían pasar mucho tiempo juntos? Mientras que pensaba sobre eso, Joe pasó por la floristería. Un brillante ramo de rosas amarillas le llamó la atención. Los colores alegres le recordaron a Janey, por lo que abrió la puerta y entró.

Diez minutos más tarde, había hecho un encargo para que le entregaran el ramo de rosas en mano en la clínica veterinaria, y empezó a pensar qué escribir en la tarjeta.

Cuando el teléfono sonó, el florista momentáneamente le dejó solo para ir responder la llamada. Joe se quedó mirando la postal. ¿Qué decir? Mordió el extremo del bolígrafo durante un rato, hasta que escuchó al hombre concluir la llamada. Escribió rápidamente: “Te recogeré mañana a las 8 de la tarde. Ponte algo sexy. Con cariño, Joe.” En el momento en el florista regresó, ya había metido la tarjeta en el pequeño sobre. “Todo listo.” Pensó que, en cuestión de una hora como mucho, la noticia de que Joe Cantrell había enviado flores a Janey McCarthy estaría por toda la isla.

“Muy bien, señor Cantrell. Entregaremos su pedido esta tarde.”

“Gracias.” Joe salió de la tienda y silbó todo el camino hacia el restaurante de Mario. Confirmó que el pedido de la comida que había elegido para la despedida de soltero sería entregado en el puerto deportivo de los McCarthy a las siete. Comprobó la hora y se sorprendió al darse cuenta de que había perdido demasiado tiempo en la floristería. Había sido el capitán del ferry en el turno de las once y tenía que regresar a las dos. El poco tiempo que le quedaba en el continente lo emplearía en correr a casa y coger un traje para mañana por la noche.

Al acercarse al muelle del ferry, sonrió para sus adentros. “¿Quiere tener una cita? Yo le mostraré lo que es una cita.”

Capítulo 19

“Tiene que haber algo que puedas hacer,” dijo la señora Roberts, las lágrimas corrían por su arrugado rostro mientras sostenía a la débil y apática Molly contra su pecho. El chucho amarillento de diecisiete años mantuvo un ojo vigilante sobre las personas en la sala, pero levantar la cabeza tomaba más energía de la que podía reunir a estas alturas.

“Lo siento,” dijo el Doctor Potter suavemente, apoyando una mano en el hombro de la mujer de avanzada edad. “Me temo que ha llegado su hora.”

Viendo la escena, Janey se secó una lágrima de la mejilla. Doc era un buen hombre, y ella aprendía algo de él todos los días desde que comenzó a trabajar para él. No podía imaginarse el sufrimiento de la señora Roberts. La idea de perder a alguno de sus animales la mataba, pero al menos tenía una familia muy grande y cariñosa a su alrededor. La señora Roberts solo tenía a Molly, y no había seguido los consejos que le dieron el año pasado sobre pensar en tener otra mascota para que no estuviera sola cuando a Molly le llegara su momento.

“¿Estoy haciendo algo malo?” Preguntó la señora Roberts entre sollozos. “¿Puedo dejar que la naturaleza siga su curso?”

“La perrita no parece estar sufriendo,” dijo el doctor.

“¿Qué piensas tú, Janey?” Preguntó la mujer.

“Creo que Molly quiere quedarse con usted todo el tiempo que sea posible, pero espera que sea lo suficientemente fuerte para dejarla marchar cuando llegue el momento.”

Doc asintió con aprobación. “Eso es cierto.”

“Está bien, entonces,” dijo la señora Roberts. “Eso es lo que haré.”

“Intente que esté lo más cómoda posible y que tolere algo de líquido.” Doc ayudó a la mujer mayor y la acompañó hasta la puerta. Rascó las orejitas de Molly y besó su dulce rostro. “Puedo acercarme hasta su casa si lo necesita. Tienes todos mis números, ¿verdad?”

“Sí. Muchas gracias a los dos. No sería capaz de pasar por esto sin vosotros.”

“Para eso estamos aquí,” dijo Janey, sintiéndose destrozada por dentro por el terrible dolor de la señora Roberts.

“Es muy triste,” dijo Lisa, la recepcionista, después de que la puerta se cerrase detrás de la mujer.

“No puedo soportarlo,” dijo Janey. “¡Diecisiete años!”

“Molly no quiere dejarla,” añadió el doctor. Para Janey, agregó, “Le has

dicho las palabras exactas. Muy bien hecho.”

“Me dolía el corazón todo el tiempo.”

“A mí también,” dijo él con el ceño fruncido. Sus tupidas cejas blancas y bigote se torcieron por la tristeza del momento. El hombre se tomaba estas cosas muy a pecho. Todos lo hacían. “Espero que Molly se marche por sí sola y no tengamos que ponerla a dormir. No me gustaría tener que hacerlo.”

“Yo también lo espero,” dijo Janey. “Solo la idea me hace sentir enferma.”

“Llegó algo para ti cuando estabas con la señora Roberts, Janey,” dijo Lisa, sonriendo. “Lo dejé sobre tu mesa.”

“Gracias.” Ella vagó de nuevo a su despacho y se quedó sin aliento cuando vio el enorme ramo de flores amarillas. Incluso antes de encontrar la tarjeta en medio de todas las brillantes rosas, esbozó una enorme sonrisa. *Joe*. Rasgó el sobre y leyó el breve mensaje una y otra vez; su corazón galopando con anticipación. ¿Cómo iba a aguantar hasta mañana por la noche para volver a verle? Si esto era parte de su truco para hacer que se enamorara de él, sin duda era un gran comienzo. No podía recordar la última vez que le habían mandado flores.

“Oh, vaya, qué rosas más bonitas,” dijo el doctor desde el pasillo.

Janey se inclinó para aspirar el fragante aroma. Le encantaba imaginarse a Joe yendo a la floristería a comprar las flores para ella, incluso si eso significaba que toda la isla sabría lo de ellos antes de que se pusiera el sol.

“¿Verdad?”

“¿Son de David?”

Janey sujetó la tarjeta contra su pecho. “Pues no.” Doc siempre había sido más como un abuelo entrañable que un jefe para ella, y le encantaba bromear con ella sobre cualquier cosa.

“Bueno, ¿de quién más pueden ser?”

Janey se sorprendió de que la noticia de su ruptura no le hubiera llegado todavía. “David y yo terminamos la semana pasada.”

“Oh. Vaya. Mac me dijo que estabas pasando por un mal momento, pero no sabía. . .Wow.”

“No te preocupes, Doc. Era lo mejor.”

“Pareces estarlo llevando admirablemente bien. Ha tenido que ser una gran decepción.”

“Lo fue, pero me he dado cuenta que todo había terminado hace ya mucho tiempo. Solo preferimos no verlo.”

“Me alegro de que estés bien.”

“Gracias por los días libre que me diste. Me ayudaron mucho.”

“Bah,” dijo. “Ha sido una semana muy tranquila con el día de fiesta. Además, casi nunca te tomas un descanso.”

Janey se guardó la nota de Joe en el bolsillo de su bata de laboratorio.

“¿Tienes un minuto? Me gustaría hablarte de algo.”

“Solo si me dices quién te ha enviado las flores,” dijo, sonriendo mientras se acercaba a su oficina y cerraba la puerta.

“Lo sabrás muy pronto. Nada permanece en secreto por mucho tiempo en esta isla.” Ella había estado pensando en la conversación que tenía que tener con Doc durante días, pero ahora que se acercaba el momento, los nervios se apoderaron de ella.

“¿Ocurre algo? ¿Además de lo sucedido con David?”

“Todo está bien. Es solo que he estado, um, pensando. . .”

“¿Sobre qué?”

“La escuela de veterinaria.”

Sus ojos se abrieron. “¡No me digas! Eso es una noticia maravillosa. He estado diciendo durante años que era una verdadera lástima que no asistieras a la universidad.”

“Lo sé,” dijo. “Debería haberlo hecho. Ahora me doy cuenta.”

“¿Has mandado ya la solicitud?”

“Mandé una carta para que el Estado de Ohio supiera que estoy interesada en la oferta que me hicieron hace seis años. Aún no he recibido contestación.”

“¿Qué puedo hacer yo?”

“¿Me escribirías una nueva recomendación?”

“Hecho.”

“Muchas gracias,” dijo, aliviada.

“¿Sabes? He estado pensando en retirarme,” dijo tentativamente. “Pero pensé que estarías preparada en un par de años más, así que estoy dispuesto a esperar.”

“¿Esperarme? ¿A mí?”

“Nada me gustaría más que ocuparas mi puesto, Janey.”

Ella se echó hacia atrás en su silla, estupefacta. “Wow.”

“Tienes un don natural. La universidad te va a parecer un paseo por el parque con todo lo que ya sabes.”

“Gracias a ti.”

“Y a ti. Has aprovechado cada oportunidad que se te ha presentado para aprender y crecer. Escribiré la más enérgica carta de recomendación que haya

escrito jamás.” Entusiasmado, el hombre se levantó para irse. “Conseguirás entrar, no te preocupes. Tal vez tengas que esperar hasta el próximo año.”

“Lo sé,” dijo Janey. Tenía aún un largo camino por recorrer “Eres el mejor por estar tan dispuesto a ayudarme.”

Doc le dirigió una pícaro sonrisa. “No está de más ser un poco generoso de vez en cuando,” dijo mientras se dirigía hacia la puerta.

Él era la razón por la que ella había elegido el Estado de Ohio en primer lugar. Había trabajado en su clínica durante toda la secundaria, primero como ayudante remunerada y más tarde como la recepcionista de los sábados. Oír sus historias acerca de la escuela y su programa había hecho que ella también quisiera ir allí.

Mientras miraba las flores que Joe le había enviado, se preguntó cómo iba a lograr tener las dos cosas que más quería. Su estómago se revolvió cuando se dio cuenta de que tal vez podría reducirse a una única elección. En el pasado, ella había elegido a David por encima de sus propios sueños. Lo único que sabía con certeza era que no podría volver a hacerlo de nuevo.

Nunca más volvería a poner los sueños de otra persona por delante de los suyos.

“Un penique por tus pensamientos.”

Janey miró hacia arriba para encontrarse a Mac de pie en la puerta. “Oh, hola. ¿Qué haces aquí?”

Él miró las flores en su escritorio. “Solo quería hacerle una visita a mi hermana. ¿Te parece bien que haya venido?”

“¿Eso es *todo* lo que quieres?”

Cerrando la puerta detrás de él, Mac se dejó caer en la silla. “¿Son de Joe?”

“Tal vez.”

“¿Por qué no me lo dijiste?”

“Porque no quise.”

Un destello de dolor cruzó su rostro. “¿Por qué?”

“Bueno, vamos a ver. ¿Podría ser por tu propensión a reaccionar de forma exagerada, o tal vez por tu tendencia a tratarme como si todavía tuviera doce años?”

“Janey—”

“Soy una mujer adulta, Mac. Puedo acostarme con quien yo quiera, y lo creas o no, no es de tu incumbencia.”

“Tienes razón.”

Impactada, ella le miró fijamente. No había esperado que Mac diera su brazo a torcer tan fácilmente. “¿La tengo?”

“Odio pensar que alguien pueda hacerte daño. Cuando escuché por primera vez lo que David te había hecho, honestamente pensé que podría matarle.”

Al escuchar esto, Janey se ablandó. “Eres el mejor hermano mayor que cualquier chica jamás podría tener. Sabes que te quiero como a nadie. Pero tienes que dejarme vivir mi propia vida, incluso si eso significa que no me quede más remedio que sufrir de vez en cuando.”

“Lo estoy intentando.”

Janey frunció el ceño juguetonamente. “Esfuézate más.”

“Así que tú y Joe. . .”

“Yo y Joe.” Pensar en él trajo una sonrisa a su cara.

“Ha estado loco por ti durante muchos años.”

“Eso he oído.”

“¿De verdad no lo sabías?”

“Tal vez en el fondo. Pero mientras que estaba con David, nunca me permití analizarlo demasiado.”

“Y fue realmente tu idea, ya sabes. . .”

“¿Lo de acostarnos?”

Mac tragó saliva. “Sí.”

“Fui yo quien dio pie a todo. Él trató de decirme que no era buena idea, que me arrepentiría.”

“¿Y lo haces? ¿Te arrepientes?”

“Ni por un segundo. Es tan dulce y tierno, y me quiere mucho, Mac. Nunca he tenido nada ni siquiera cerca de lo que tengo con él.”

“Supongo que eso es mucho decir teniendo en cuenta todo el tiempo que has estado con David.”

“Lo que yo tuve con David no fue nada comparado con esto.”

“¿Así que estás enamorada de Joe?”

“No lo sé. Me gustaría saberlo, pero aún no estoy segura.”

Mac miró las flores. “No es que esté siendo muy sutil, ¿verdad?”

Haciendo una mueca, ella dijo, “Me haría mucho daño que esto causara un distanciamiento entre él y tú.”

“No lo hará,” dijo casi a regañadientes.

“Él te quiere mucho, y está muy emocionado de tenerte viviendo aquí de nuevo. No podría soportar la idea de interponerme entre los dos. Eso me haría daño, más que nada.”

”Necesitaba oírte decir que no se aprovechó de ti en tu momento más bajo.”

Ella se levantó y dio la vuelta al escritorio. “No lo hizo. Y tú ya lo sabías porque le conoces de sobra.”

Mac se puso de pie y la estrechó entre sus brazos. Permanecieron así durante un largo tiempo y luego la besó en la frente. “Te quiero, mocosa. Solo quiero que seas feliz.”

“Estoy trabajando en ello.”

“Quiero saber lo que puedo hacer para ayudar.”

“Para empezar, dejar de ser un culo terco y perdona a Joe.”

“Lo haré.”

“Y a Maddie.”

“Ya lo he hecho.”

“Bien, porque la adoro. Es absolutamente perfecta para ti.”

Sonrió. “Estoy de acuerdo. ¿Harías algo por mí?”

“Por supuesto.”

“Si me comprometo a no reaccionar de forma exagerada y a no abrumarte, ¿no volverás a dejarme al margen? Me gusta saber cómo te van las cosas.”

Ella se puso de puntillas para besarle la mejilla. “Estoy haciendo algunos planes y decisiones. Tan pronto como sepa más al respecto, te lo contaré.”

“Esperaré impacientemente.” Mac miró su reloj. “Será mejor que vaya. Los chicos llegarán en el barco de la una.”

“Estoy deseando verlos,” dijo ella refiriéndose a sus otros tres hermanos. “Esta semana va a ser realmente divertida, y al final de ella, te casarás. Difícil de creer, ¿no crees?”

“Ya no. No puedo imaginarme mi vida sin Maddie y Thomas.”

“Espero que algún día yo esté tan segura.”

“Tómate tu tiempo, mocosa. Hacer las cosas bien hace que merezca la pena esperar.”

“Eso he descubierto recientemente.”

Él la abrazó con fuerza contra él. “Estoy aquí si me necesitas.”

Los ojos de Janey quemaban por las lágrimas mientras se aferraba a su hermano mayor. “Lo sé.”

Ella se apartó y le miró. “Diviértete mucho esta noche.”

“Oh, pienso hacerlo,” dijo con una maliciosa sonrisa. “Mi último hurra.”

“Siento que todos los corazones arriba y debajo de la costa oeste se están rompiendo.”

Mac se echó a reír. “Por supuesto que sí.” Él se despidió con la mano.

Janey le miró irse, sabiendo que, incluso después de que se casara, todavía estaría ahí para ella. En medio del caos y la agitación, había algunas cosas que permanecerían siempre igual. Su hermano mayor era sin duda, una de ellas.

Capítulo 20

Janey salió de la clínica veterinaria y decidió hacerse cargo de algo que había estado en su mente todo el día. Armándose de valor para la pelea que se avecinaba, ella se acercó al antiguo apartamento de Maddie, encima del estudio de danza de su hermana Tiffany. Llamó a la puerta y esperó. Y luego esperó un poco más. Después de varios minutos, la puerta se abrió, y Francine frunció el ceño cuando la vio.

“¿Qué quieres?”

“Me gustaría hablar con usted, si tiene un minuto.”

“No tengo nada que decirte.”

“Ni siquiera me conoce. ¿Cómo puede odiarme tan intensamente?”

“Eres uno de ellos.”

“Si se refiere a mis padres, creo que recordará que mi madre le dio una amplia oportunidad de hacer la restitución antes de que la denunciase. Y no fue la primera en hacerlo.”

“Fue la que más disfrutó con ello,” refunfuñó Francine.

“Eso no lo sabe. No sabe nada de ella. Ni de mí. Ni de mi hermano. No nos ha dado ninguna oportunidad de conocernos, simplemente ha decidido que no somos buenos.”

“Sé lo que veo—y lo que oigo.”

“¿Y qué es eso?”

“Tu madre no ha sido precisamente buena con mi hija en ese hotel de lujo vuestro.”

“Y ya se disculpó por eso. Después de que se enterase de la verdad sobre Maddie—”

“¿Qué verdad? ¿De qué estás hablando?”

“Cuando Maddie le contó a Mac lo que mi hermano Evan y sus amigos le hicieron en la escuela secundaria, Mac hizo que todos escribieran cartas de disculpa a la *Gaceta Gansett*.”

Francine se la quedó mirando, impaciente.

“Maddie se puso furiosa al principio porque él no le dijo nada sobre las cartas. Pero cambiaron totalmente su vida en la isla. Nadie piensa mal de ella nunca más, señora Chester. Mi hermano lo hizo por ella.”

“Bueno, tu *otro* hermano fue el artífice de todo el asunto.”

“No, no lo fue. Ese fue Darren Tuttle, pero Mac también se hizo cargo de él. Evan solo le siguió la corriente, porque fue demasiado estúpido como para no hacerlo. Su carta de disculpa fue la más sincera de todas. Dijo que siempre

había lamentado lo que le habían hecho, y que se sentía agradecido de tener la oportunidad de pedir perdón.”

“No sé lo que quieres de mí—”

“Quiero que venga a la despedida de soltera de Maddie en casa de mi madre mañana.”

“¡De ninguna manera!”

“¿No haría eso por su propia hija?”

“¡No me hables de mi hija! ¿Qué sabes tú de ella? No sabes nada de nada.”

“Sé que es la mejor amiga que he tenido en mucho tiempo. Sé que mi hermano la quiere con todas sus fuerzas, y que mi familia la han aceptado a ella y a Thomas completamente. ¿Por qué quiere obligarla a elegir entre usted y nosotros? ¿Por qué tiene que quedarse con una de las dos cosas?”

“Ella ya ha decidido,” resopló Francine. “Lo que yo piense al respecto aparentemente no tiene la menor importancia.”

“¿Cómo puede decir eso? Cuando toda la isla pensaba que Maddie no era más que una fulana, ella no se marchó a ningún otro lugar porque usted insistió en quedarse aquí después de que su marido se fuera. En lugar de ir a otro sitio donde tuviera la oportunidad de un nuevo comienzo donde nadie la conociera, se quedó aquí y aguantó todos los rumores e insinuaciones acerca de ella, porque usted quería estar donde él pudiera encontrarle.”

“¿Ella te contó eso?”

“Entiendo perfectamente por qué quería quedarse. A mí también me gustaría que el hombre al que amo fuera capaz de encontrarme.”

Francine se apoyó en el marco de la puerta. “Hace más de veinticinco años que se fue. No creo que vuelva.”

“Tal vez no, pero tiene a sus hijas y nietos, y la próxima semana tendrá un nuevo yerno, que haría cualquier cosa por usted, si solo le diera una oportunidad.”

“Me estás pidiendo demasiado.”

“En realidad, no tanto. Solo le estoy pidiendo que le dé una oportunidad. Él va a ser el padre de su nieto. Si no puede hacerlo por Maddie, tal vez pueda hacerlo por Thomas.”

Francine se cruzó de brazos. “No voy a ir a casa de tu madre.”

“No tiene que decidirlo ahora. Solo quería que supiera que está invitada. A mi madre y a mí, así como a Maddie y Tiffany, nos encantaría.”

“¿De verdad crees que me voy a creer que os encantaría verme allí?”

“A Maddie sí, y eso es motivo suficiente para nosotras.”

“A vosotros los McCarthys os gusta pensar que sois mejores que el resto de las personas en la isla.”

“No, eso no es verdad. Mi madre fue lo suficientemente humilde como para reconocer que se había equivocado respecto a Maddie, ¿tal vez usted podría hacer lo mismo con nosotros? “Antes de que Francine pudiera responder, Janey se giró y empezó a bajar las escaleras. “Mañana a las dos en punto,” dijo por encima del hombro. “Realmente espero que se una a nosotras.”

Basándose en el caluroso recibimiento que Joe recibió por parte de Grant, Adam y Evan McCarthy, Joe pensó que aún no se habrían enterado de lo de su relación con su hermana. Con el pelo oscuro y los ojos azules, los cuatro hermanos McCarthy eran clavados a su padre. Solo Janey se parecía en su pelo rubio y su figura diminuta a su madre.

Evan, cantante y compositor, había firmado recientemente su primer contrato de grabación en Nashville. Él fue el primero en ver a Joe. “¡Ey!” Dijo. “¡Aquí está el quinto hermano McCarthy!” Abrazó a Joe y lo levantó del suelo.

“¡Tío!” Dijo Joe. “¡Suéltame, por amor de Dios!” De vuelta en tierra firme, Joe se dio cuenta de que Luke había dispuesto varias mesas con la comida del restaurante de Mario. Las cartas, fichas de póquer y los puros habanos que Joe había dejado anteriormente, estaban en medio de una de las mesas, junto con la cerveza que había provisto, que estaba en una gran cubitera llena de hielo. Perfecto.

Grant, un guionista galardonado por los Premios de la Academia que vivía en Los Angeles, saludó a Joe con un apretón de manos y un achuchón de un solo brazo. “¿Cómo te va?”

“Genial,” dijo Joe, honestamente. ¿Qué demonios? Se enterarían pronto de todas formas. “Me alegro de verte, hombre.”

“Yo también a ti.”

Joe admiraba el hecho de que Grant no hubiera dejado que el éxito le hubiera convertido en un idiota arrogante. Se comportaba de manera fresca, urbana, lo cual se remontaba a la escuela secundaria, y probablemente le hacía encajar a la perfección en Hollywood.

“¿Puedes creer la razón por la que estamos aquí?” Preguntó Adam mientras abrazaba a Joe. Como un exitoso programador de ordenadores que vivía en la ciudad de Nueva York, Adam era casi quince centímetros más bajo que el resto de sus hermanos. Le llamaban “Hermanito,” a pesar de que Evan era el

más joven.

“Nunca pensé que vería el día, eso seguro,” dijo Joe mientras notaba cómo se le revolvía al estómago al pensar si Mac seguiría enfadado con él. “¿Dónde está el hombre del momento?”

“Mi padre le está trayendo para que no tenga que conducir,” dijo Evan.

“Oh, buena idea. ¿Ya habéis conocido a Maddie?”

“Brevemente,” dijo Grant. “Mac está totalmente loco por ella, ¿eh?”

“Totalmente,” Joe estuvo de acuerdo.

“Yo la conocí hace años,” dijo Evan con un dejo de disgusto.

Joe se estremeció, recordando el papel que Evan había jugado echando por tierra la reputación de Maddie en la escuela secundaria. “¿Cómo ha reaccionado al volver a verte?”

“Ha sido mucho más amable de lo que me merecía.”

“Janey es así,” dijo Joe. “Es increíble.”

Luke entró con dos enormes bolsas de hielo. “Oh, ¿qué tal, amigo? ¿Qué te parece todo?”

“Magnífico,” dijo Joe. “Gracias por la ayuda.”

“Sin problemas.”

“¡Que comience el juego!” Gritó Mac Padre mientras caminaba con Mac y Ned siguiéndole los talones. El hombre mayor abrió los ojos. “¡Todos mis hijos! ¿Qué maravilloso es esto?” Cuando estaba emocionado, su enorme personalidad se volvía aún más grande.

Golpeado por un repentino ataque de nervios, Joe se puso a trabajar abriendo bandejas de catering y disponiendo platos de papel.

“Hola,” dijo Mac a sus espaldas.

Armándose de valor, Joe se volvió hacia él. “¿Cómo te va?”

“Esto tiene muy buena pinta,” dijo Mac, haciendo un gesto hacia la comida. “Gracias.”

“Luke ha hecho la mayor parte del trabajo.”

“Estoy seguro de que tú también has colaborado.”

Joe se encogió de hombros para restarle importancia. “Supongo que tú también harías lo mismo por mí si se tratara de mi día.”

Cuando Mac le miró con esos intensos ojos azules, Joe no pudo averiguar qué estaba pensando su amigo. “Tienes toda la razón.”

Aliviado, Joe no pudo evitar preguntar, “¿Incluso si la novia fuera tu hermana?”

“Con más motivo aún.”

“¿Significa eso que me has perdonado?”

“Me han dicho por ahí que te comportaste como un hombre honorable durante todo el . . .um, el encuentro.”

Joe soltó un bufido de risa. “Eres muy ridículo cuando se trata de ella. Lo sabes, ¿verdad?”

“Eso me han dicho, también.”

Abriendo dos cervezas para ambos, Joe se rio aún más fuerte.

Mac le fulminó con la mirada y le arrebató la cerveza de las manos. “Lamento haberte acusado de aprovecharte de ella. Janey me ha dicho algo hoy que no puedo quitarme de la cabeza.”

“¿Qué?”

“Me ha dicho que *te* conozco de sobra, y que eso debería haber sido suficiente. Tiene toda la razón.”

Joe hizo tintinear su botella contra la de Mac. “Sabes mejor que nadie cuánto la quiero. Jamás haría nada que la hiciera daño.”

“Espero que sepas lo que estás haciendo. No quiero verte sufrir a ti tampoco.”

“No te preocupes por mí. Sé cuidar de mí mismo.”

“Joseph,” entonó un vozarrón.

Uh-oh. Joe miró a Mac Padre y esbozó una sonrisa. “¿Cerveza?”

Mac Padre no hizo ningún movimiento para aceptar la botella que Joe le ofreció. “¿Podemos hablar un momento fuera?”

Joe miró a Mac, quien se tapó la boca con la mano para evitar reírse. “Um, claro. ¿Ahora?”

“Ahora mismo.”

Dándole un codazo a Mac entre las costillas mientras se alejaba, Joe siguió a Mac Padre al exterior. Mientras caminaban hacia el final del largo muelle, Joe se preguntó si el hombre tendría intención de empujarle en las turbias aguas y darle por muerto. Cuando no pudieron alejarse más, Mac Padre se volvió hacia él, con las manos en las caderas.

“¿Qué es esto que estoy oyendo acerca de ti y mi hija?”

“Bueno, eh. . .”

Gracias a las luces de los pilotos, Joe pudo ver que una de las cejas del hombre estaba levantada. Eso no era nunca buena señal.

“Estoy esperando.”

“La quiero. Siempre la he querido.”

Mac Padre le miró, pero Joe no parpadeó. “¿Es eso cierto?”

“Sí, señor.”

“Así que en el momento en que su prometido se quedó fuera de la foto familiar, tú aprovechaste para saltar dentro, ¿eh?”

“No fue así. Exactamente.”

“¿Cómo *fue* entonces?”

“Antes que nada, creo que debería saber que fue *ella* quien me llamó *a mí* cuando su coche se averió.”

“¿Y después?”

Joe se frotó la barba en su mentón mientras que una gota de sudor rodaba por su espalda. Estar entre rejas había sido mucho más agradable que este interrogatorio.

“Prefiero no hablar de eso. Es algo personal entre Janey y yo.” Se aclaró la garganta. “Señor.”

“Puedo respetar eso. Supongo. ¿Dónde crees que os va a llevar todo esto?”

“Si por mí fuera, seríamos nosotros los que nos estaríamos casando el próximo fin de semana. Llegados a este punto, todo depende de ella. Ella sabe lo que yo quiero.”

“Está interesada en asistir a la escuela de veterinaria. ¿Eres consciente de eso?”

“¿Ella te dijo eso?” Preguntó Joe mientras que una explosión de adrenalina pateaba su corazón a gran velocidad. ¿Por qué no se lo habría dicho?

“Tuvimos una conversación al respecto. ¿Te interpondrías en su camino?”

“Por supuesto que no. ¿Quién crees que ha estado intentando convencerla de que fuera en esa dirección?”

“¿Y si se trastada a Columbus, Ohio, durante los próximos cuatro años?”

“Ya se nos ocurrirá algo cuando consiga entrar en la universidad. No importa qué, ella irá de todos modos.”

“Eso era exactamente lo que quería oír.”

“Tienes que saber que cuidaré muy bien de ella si tengo la suerte de que me dé esa oportunidad.”

“Podría pasar un tiempo antes de que sepa realmente qué es lo que quiere.”

“No voy a irme a ninguna parte, y estaría encantado de esperarla durante el resto de mi vida si fuera necesario.”

Mac Padre le estudió por un momento muy, *muy* largo antes de que, finalmente, le tendiera la mano. “Pórtate bien con ella,” dijo en voz baja. El tono era muy agudo en contraste con su vozarrón de costumbre.

Abrumado por la bendición de Mac Padre, Joe le estrechó la mano.

“Siempre.”

Mucho más tarde, Joe se paró de pie a un lado viendo cómo Mac participaba en una lucha a muerte con Grant, que estaba tratando—y fallando—de recuperar algo del dinero que Mac había ganado en la mesa de póquer. El novio había tenido una suerte imparable a lo largo de toda la velada. En el transcurso de la noche, la mayoría de los hombres que vagaban alrededor del muelle, se habían unido a la fiesta, y en algún momento, Evan había desenterrado su guitarra.

Bajo la influencia de sus hermanos y una considerable cantidad de alcohol, Mac parecía estárselo pasando de maravilla, lo cual era lo único que le importaba a Joe. Sin embargo, no podía dejar de preguntarse qué estaría haciendo Janey. Dado que todos sus invitados estaban felizmente enredados con algo, salió un momento a llamarla.

“¿Te aburres en la despedida de soltero?” Preguntó ella. “Te dije que contrataras algunas strippers.”

Joe sonrió, encantado de escuchar su voz. “No me dijiste eso.”

“Bueno, lo hubiera hecho si me lo hubieras preguntado.”

“¿Y dónde consigue uno strippers en esta isla?”

“Si alguien lo sabe, esa soy yo.”

“No quiero saber cómo.”

La sexy risa de Janey envió una flecha de deseo directamente a través de él. “Te echo de menos,” dijo mientras miraba la luna reflejándose en el plácido Salt Pond.

“Me has visto hace poco.”

“Esta mañana parece que pasó hace *siglos*.”

“Para mí también,” dijo en voz baja, como si no quisiera que la escucharan.

“¿Dónde estás?”

“En casa de Maddie, proporcionando algo de apoyo moral a la novia mientras que el novio está fuera bebiendo y de juerga.”

“Nada de juerga. Solo algunas calientes manos de póquer. Dile a Maddie que Mac le ha sajado al menos quinientos dólares a Grant por el momento.”

Escuchó mientras que ella transmitía el mensaje.

“Dice que eso está muy bien, pero que como vuelva borracho a casa, será culpa tuya.”

“Fabuloso. Bueno, si lo llevo a casa más tarde, y tú todavía estás allí, ¿crees que tal vez podría acompañarte a la ciudad?”

“Podría ser.”

“No tengo turno mañana hasta las doce y media.”

“Yo no trabajo, tengo la despedida de Maddie.”

“Mmm, me estoy imaginando una mañana tranquila en la cama.”

“Estamos a dieta,” le recordó.

“Espero que te olvides de ella unos cinco minutos después de que lleguemos a tu casa.”

Ella soltó una risita nerviosa. “Ya lo veremos.”

“Sí, ya veremos. No me esperes si se hace demasiado tarde.”

“Te esperaré de todos modos.”

Joe deseaba poder ir ahora mismo con ella.

“¿Joe?”

“¿Qué, cariño?”

“Gracias por las flores. Son preciosas.”

“Me alegro de que te hayan gustado.”

“No he recibido flores en mucho tiempo.”

“¿De veras?”

“Uh-huh.”

“Janey. . .”

“¿Sí?”

Abrumado de amor por ella, Joe respiró profundamente. “Te veré pronto.”

“Aquí estaré.”

Capítulo 21

A medianoche, nadie más estaba dispuesto a enfrentarse a Mac en la mesa de póquer, así que todos abandonaron las cartas y comenzaron a contar cuentos. Cubrieron todas las travesuras de Mac cuando era niño, así como su considerable historial de citas.

Joe se aseguró de que todos tuvieran cervezas, whisky, y cigarros, a pesar de que él había renunciado hace horas a seguir bebiendo. Nadie parecía haberse dado cuenta.

“¿Sabéis a quién vimos en le ferry esta tarde?” Preguntó Evan. “¿Os acordáis de Sydney Donovan, la chica que solía venir en verano?”

Joe sintonizó inmediatamente con la expresión de dolor en el rostro de Luke Harris. Él había salido con Sydney cada verano durante años antes de que ella comenzara la universidad y nunca más regresara.

“Tenía muy mal aspecto,” añadió Grant. “¿Ha estado enferma o algo así?”

Dado que Luke parecía haberse quedado paralizado, Joe les contó a los otros lo que le había ocurrido a la familia de Sydney.

“Oh, vaya,” dijo Adam suavemente. “Dios.”

“Al parecer, ella se rompió la pelvis en el mismo accidente,” dijo Joe.

“Me he enterado de que pasará aquí el resto del verano,” dijo Ned. “Se quedará con sus familiares hasta que se recupere un poco.”

“Pobre mujer.” Mac Padre sacudió la cabeza con disgusto. “¿Cómo se repone alguien de algo así?”

“¿No era amiga tuya, Luke?” Preguntó Mac.

Luke pareció salir de su trance. “Um, sí. Hace mucho tiempo.”

“Ella también era amiga de Maddie,” dijo Mac. “Trabajaron juntas en el Scoop,” dijo refiriéndose a la tienda de helados de la ciudad. “Se va a alegrar mucho de saber que Sydney está de vuelta en la isla.”

Mac habló arrastrando las palabras, y Joe se dio cuenta de que Luke no quería hablar más de Sydney. “¿Qué os parece si damos la noche por terminada? Thomas te despertará mañana temprano.”

Una gran sonrisa tonta se extendió por el rostro de Mac. “Es tan increíble. ¿No increíble, Joe?”

Joe ayudó a Mac a ponerse sobre sus pies. “Sí que lo es.”

“Me encanta ser papá. ¿Quién lo hubiera adivinado?”

Los hermanos de Mac se echaron a reír mientras que Joe le guiaba hacia la puerta.

Mac apretó su brazo alrededor del cuello de Joe y lo besó en la mejilla.

“Estoy tan contenta de que te estés acostando con Janey.”

Un jadeo colectivo recorrió la sala.

“Ups,” dijo Mac.

Si las miradas mataran, Mac estaría más que muerto en ese preciso instante.

“Encárgate de él,” le dijo Mac Padre a Joe. “Yo informaré al resto.”

Joe miró por encima del hombro para encontrar a los otros tres hermanos McCarthy y a Luke mirándole, boquiabiertos. Ned, por otro lado, tenía una sonrisa de satisfacción en su rostro.

“Gracias a todos por venir,” dijo Joe. Trasladó a Mac lo más rápido que pudo hacia el camión de la empresa que había requisado para esta noche, y lo cargó en el asiento del pasajero. Cuando le puso el cinturón de seguridad, los ojos de su amigo se cerraron.

“Perdón por eso,” dijo Mac cuando Joe arrancó. “No debería haber soltado esa bomba.”

“¿Tú crees?”

“Ellos te quieren. Se van a alegrar tanto como yo.”

“Si tú lo dices.”

“Sí, yo lo digo,” dijo Mac un segundo antes de dejar escapar un enorme ronquido.

Joe se rio para sí mismo y consideró la despedida de soltero un verdadero éxito.

Al llegar a casa de Mac un poco más tarde, Joe se dio cuenta de que intentar despertar a Mac era como tratar de despertar a un oso pardo que hubiera pasado todo el invierno hibernando.

“Vamos, hombre.” Joe consiguió sacarlo del coche y subir la mitad de las escaleras del porche con él a cuestas sin que su amigo colaborase en absoluto. Justo cuando pensó que su espalda estaba a punto de romperse por el esfuerzo que estaba haciendo, Mac volvió en sí.

“¡Oye! ¡Ya estamos en casa! ¡Maddie! ¡Ya estamos en casa!”

“Cállate, ¿quieres?” Susurró Joe. “Como despiertes a Thomas, Maddie te matará.”

“Shhhhh,” dijo Mac. “Cállate. Thomas está durmiendo.”

Joe volteó los ojos hacia arriba y abrió la puerta para encontrarse a Janey acurrucada en su sofá y a Maddie en el otro.

Maddie se sentó cuando los vio entrar. “Oh, precioso,” murmuró.

“Hola, cariño,” dijo Mac. “Ven aquí, dame un poco de amor.”

“No lo creo.” Ella le hizo un gesto a Joe para que le subiera por las escaleras.

Él forcejeó con Mac todo el camino hasta su dormitorio. Después de dejar que entrara un momento al baño para que se ocupara de sus asuntos, Joe lo dejó caer sobre la cama.

Mac cayó inconsciente tan pronto como apoyó la cabeza en la almohada.

“Puede tener un poco de mal aspecto cuando amanezca mañana,” le dijo Joe a Maddie, quien los había seguido hasta el piso de arriba.

“No pasa nada. ¿Lo ha pasado bien?”

“Yo diría que sí.”

“Eso es lo que importa. Gracias por traerlo a casa.”

“No hay problema.”

“¿Habéis conseguido solucionar las cosas entre vosotros?”

“Eso pensaba, pero luego soltó el bombazo delante de todos sus hermanos, así que ahora voy a tener que matarlo.”

“*¡Dime que no es verdad!*” Dijo Janey desde el pasillo. “¡Yo te ayudaré a matarlo!”

Joe extendió sus brazos hacia ella. “Ya somos oficialmente públicos, cariño.”

Ella envolvió sus brazos alrededor de él y apoyó la cabeza en su pecho. “¿Cómo de públicos?”

“*Totalmente* públicos.”

Janey gimió cuando Maddie se echó a reír.

Mac dejó escapar un enorme resoplido y se dio vuelta en la cama, intentando llegar a algo—o a alguien.

“Supongo que me está buscando,” dijo Maddie.

“No dejes que te respire encima,” dijo Joe.

Los tres se echaron a reír.

“Gracias por todo lo que habéis hecho esta noche, chicos,” dijo Maddie.

“Que la Fuerza te acompañe,” dijo Joe.

“Será mejor que la Fuerza le acompañe a *él* mañana por la mañana,” dijo Maddie.

Riendo, Janey cogió la mano de Joe para llevarlo abajo. “Nos vemos mañana.” Janey recogió sus cosas y echó el cerrojo después de cerrar la puerta tras ellos.

En el porche, Joe impidió que bajara las escaleras. “Ven aquí.”

Ella dejó caer su bolso y la chaqueta al suelo, y entró en su abrazo.

“Esto era lo que he estado necesitando todo el maldito día,” dijo Joe.

“Mmm,” dijo ella. “Vamos a casa.”

Con su brazo alrededor de ella, Joe la condujo por las escaleras hasta su camioneta.

“Huele a bar aquí dentro” dijo mientras se rascaba la nariz.

“Dale las gracias a tu hermano por eso.”

“¿Tú no has bebido nada?”

Él tomó su mano. “Un par de cervezas mucho antes. Pensé que al menos uno de nosotros necesitaba mantenerse sobrio.”

“¿Habéis hablado?”

“Sí, ya está todo arreglado, nena. No te preocupes.”

“Qué alivio.”

“También tuve una charla con tu padre.”

“¿En serio?”

“Sí.” Joe decidió no mencionar lo que su padre le había dicho sobre la escuela veterinaria. Quería que se lo dijera ella misma—cuando estuviera lista para ello. Era suficiente para él saber que lo estaba considerando seriamente.

“¿Qué te dijo?”

“Básicamente me preguntó cuáles eran mis intenciones contigo.”

“¡Oh, Dios mío! ¡Dime que no es verdad!”

Joe le lanzó una mirada. “Sabes que lo es.”

“Oh, *Dios*. ¿Qué le dijiste?”

Joe se llevó la mano a sus labios. “Que siempre te he querido, y siempre te querré.”

“Joe,” dijo. “Eso es tan dulce.”

“Es verdad, y ¿a que no sabes qué? Me importa una mierda quién lo sepa. Estoy cansado de ocultárselo a todo el mundo, es muy agotador.”

Janey soltó su cinturón de seguridad y se acercó más a él para apoyar la cabeza en su hombro. “¿Cómo puedo ser tan afortunada?”

Él le soltó la mano y puso su brazo alrededor de ella, tirando de su cuerpo contra él. “Yo soy el afortunado.”

“Los dos somos muy afortunados.” Su brazo se deslizó alrededor de su cintura, y sus labios se enterraron en su cuello.

“Janey. . .”

“¿Hmm?”

“Estoy conduciendo. No me distraigas demasiado.”

Como si no hubiera dicho ni una palabra, la mano de Janey recorrió su pecho y vientre, antes de dirigirse hacia el sur. Cuando se cerró alrededor de su erección, él se sacudió. Con una mano en el volante y el otro brazo alrededor de ella, no pudo evitar que ella desabrochara sus pantalones cortos.

Ella lo acarició, y él hizo lo que pudo por seguir manteniendo el camión en la carretera. “¡Janey! Jesús. Para.”

Janey se rio y bajó la cabeza para tomarlo dentro de su boca.

“*Mierda*,” gimió mientras aparcaba la camioneta en el arcén.

El calor de su boca y las caricias de su mano arriba y abajo lo llevaron rápidamente al borde del clímax. Cuando añadió la lengua, Joe fue más allá del precipicio de sensaciones. Durante muchos minutos después, solo se pudo concentrar en conseguir llenar sus constreñidos pulmones. Sus labios y su lengua en su cuello le arrastraron fuera del estupor en el que había estado inmerso. Joe extendió sus brazos hacia ella y la sentó en su regazo a horcajadas sobre él, fundiendo los labios con los suyos. Con una mano firmemente enterrada en su pelo, su otra mano se aventuró bajo su falda para encontrar sus bragas húmedas de deseo. El descubrimiento lo volvió a despertar, y con solo el más mínimo movimiento de caderas, y apartando sus bragas del medio, la montó sobre su eje.

La cabeza de Janey cayó hacia atrás, y ella susurró sobresaltada, “Oh. . .” Se agarró a sus hombros y giró las caderas. “Pensé que estábamos a dieta. . .”

“Nunca más.” Agarrando sus nalgas, él la instó a moverse y no pudo creer lo rápido que una vez más lo tuvo luchando por recuperar el control. Estar con ella le recordaba a sus adolescentes años cachondos.

“Fue una idea muy tonta, de todos modos,” dijo ella.

“La idea más estúpida del mundo.” Manteniendo una mano en su trasero, Joe metió la otra por debajo de su camiseta hasta llegar a su pecho. Empujó su sujetador a un lado y retorció un pezón entre sus dedos. Eso la volvió loca, y sus caderas comenzaron a moverse con más urgencia.

Joe le sacó la camiseta por la cabeza y reemplazó sus dedos con su boca. Después una sola succión, ella llegó al orgasmo con un grito de finalización que hizo que él llegara a la par. Joe la abrazó con fuerza, absorbiendo sus convulsiones y el aroma a jazmín que nunca dejaba de excitarle.

“Siempre he pensado que las dietas no tienen ningún sentido,” le susurró al oído.

Joe se rio entre dientes. “Algunas tienen más sentido que otras.”

“Creo que no estaría bien que nos pillaran de esta guisa. No me gustaría

que terminaras en la cárcel dos veces en la misma semana por mi culpa.”

“Entonces, ¿qué tal si trasladamos todo esto a un lugar más cómodo?”

Ella levantó la cabeza para presionar sus labios contra los suyos en un dulce y casto beso que le robó el aliento. “Vámonos.”

Janey no le había contado a nadie acerca de la visita que le había hecho a Francine. Mientras que las dos de la tarde se aproximaban cada vez más, se sentía cada vez más ansiosa sobre si la madre de Maddie se presentaría finalmente. En retrospectiva, no estaba segura de qué sería mejor para su amiga—que su madre viniera o no. Echó un vistazo a su alrededor: las decoraciones festivas, la mesa del buffet y la pequeña montaña de regalos en la que ella y su madre habían contribuido.

Linda apareció por detrás de Janey y masajeó sus hombros. “¿Por qué estás tan tensa?”

“Solo espero que todo vaya bien.”

“Lo hará. No te preocupes.” Linda giró a Janey para poder mirarla a la cara.

“Esto tiene que ser muy duro para ti. Preparar la despedida de soltera para otra persona. . .”

Janey negó con la cabeza. “Estoy bien. Sabes que no podría estar más feliz por Mac y Maddie. Y he decidido que casarme con David hubiera sido un gran error.” Las imágenes de su noche erótica con Joe pasaron por su mente.

Recordando la dicha de despertar en sus brazos esa mañana, Janey sonrió para sus adentros. “Por una serie de razones.” Miró a su madre. “Tenemos que cancelar los planes de boda.” Janey pensó con nostalgia en el salón de baile que habían alquilado en el Samuel Turner Inn, la ceremonia que iban a tener en la puesta del sol, y la recepción que habían planeado para el próximo mes de agosto. La boda de sus sueños—con la perfecta música, el pastel y el vestido.

“Esperaremos a que pase el próximo fin de semana, y luego nos ocuparemos de todo eso.”

“Sí, tienes razón.”

Linda levantó una ceja. “Bueno, cuéntame entonces, ¿qué es todo esto con Joe?”

“Esa parece ser la pregunta de la semana.”

“¿Sientes algo por él?”

“Tengo un montón de sentimientos. Estoy tratando de averiguar qué significan. Es complicado. . .”

“¿En qué sentido?”

“Él ha. . .ha estado enamorado de mí,” miró a su madre. “Desde hace años.”

“Siempre me lo he preguntado,” dijo Linda con una sonrisa de suficiencia.

“¿Lo *sabías*? ¿Y no me dijiste nada?”

“Solo lo *sospechaba*.”

“¿Por qué?”

“Sus ojos siempre te seguían por la habitación. Se iluminaban cuando te veían venir. Él siempre te escucha—te escucha de verdad.”

“Sí, es verdad,” dijo Janey.

“Pero no puedes dejar que sus sentimientos hacia ti te presionen para iniciar algo si no te sientes preparada. Acabas de salir de una relación muy larga.”

“Mi relación con David estaba acabada desde hace mucho tiempo, si te soy sincera.”

“De todos modos, acabáis de darla por terminada oficialmente. Si te precipitas, corres el riesgo de hacerte daño, y a Joe.”

“Creo que ya hemos ido más allá de cualquier precipitación.”

Linda se tapó los oídos. “Lalala. No quiero saberlo.”

Janey se echó a reír. “¿Qué te parecería que él y yo estuviéramos juntos?”

Linda enmarcó el rostro de su hija con las manos. “Creo que serías una mujer muy afortunada. Es guapo, exitoso, encantador, atento, trabajador, tus padres y tus hermanos ya le quieren, y lo más importante de todo, es *fiel*.” Con un beso en la frente de Janey, Linda fue a ver el horno. “Estoy segura de que estarás de acuerdo que hay mucho que decir sobre eso.”

“Eso es lo más importante. Al menos para mí.”

La puerta mosquitera se abrió, y Maddie entró con Mac, que llevaba Thomas en brazos. Su futura cuñada llevaba un vestido de flores de color rosa, y su cabello caía en ondas suaves alrededor de su cara. Janey pensó que nunca la había visto más hermosa. Mac, por el contrario, parecía la muerte reencarnada.

“Oh, ¡ahí está mi bebé!” Dijo Linda, extendiendo sus brazos para coger a Thomas.

Mac hizo una mueca. “No chilles tanto, mamá.”

“¿Alguien bebió un poco anoche?”

“¿Un *poco*?” Preguntó Janey con un bufido. “Estabas muy gracioso.”

“Nunca voy a volver a beber de nuevo,” gruñó Mac.

“¿Puedes darme eso por escrito?” Preguntó Maddie con una sonrisa encantadora hacia su prometido.

Él frunció el ceño.

“Ve a casa y descansa un poco,” dijo Linda. “Nosotras nos quedaremos con Thomas.”

“No tienes por qué hacer eso,” dijo Mac. “No para de dar vueltas por toda la casa como un loco. No vas a hacer nada más que perseguirlo durante todo el día.”

“No nos importa, ¿verdad, Janey?”

“Por supuesto que no. Podemos llevarle arriba y dormirle un rato.” Ella le dio a su hermano de un empujón. “Vete. Vuelve dentro de tres o cuatro horas.”

“¿Te parece bien este plan?” Le preguntó Mac a Maddie.

“Si eso hace que te sientas mejor, me parece perfecto.”

Ella le besó y le envió hacia la puerta de salida. Cuando se fue, Maddie abrazó a Janey. “Todo está precioso. Muchas gracias. Y Linda. . .gracias.”

“Ha sido un placer, cariño,” dijo Linda mientras le ofrecía a Thomas una galleta.

“¡Solo cinco días más!” Dijo Maddie, aplaudiendo con entusiasmo. “¡El tiempo pasa volando!”

“¿Qué te queda todavía por hacer?”

“Solo ir rápidamente a la parte continental el miércoles para recoger mi vestido. Eso es todo.”

“¿Quieres que vaya contigo?” Preguntó Janey.

“Tendrías que pedirte el día libre, y ya estás librando los jueves por la tarde y los viernes todo el día,” respondió Maddie. “Puedo encargarme yo sola. Es solo ir un momento y volver.”

“Si estás tan segura. . .”

“No te preocupes—serás la primera en saberlo cuando necesite ayuda esta semana.”

“¡Más te vale!”

Las compañeras de trabajo de Maddie llegaron unos minutos más tarde, junto con su hermana y su pequeña sobrina, Ashleigh.

“¿Va a venir mamá?” Le preguntó Maddie a Tiffany.

Su hermana negó con la cabeza. “Lo he intentado.”

Maddie se obligó a sonreír. “No importa. Nos divertiremos sin ella.”

Janey pasó su brazo alrededor de Maddie para conducirla a la silla de la invitada de honor, que había decorado con globos y serpentinas. “Por supuesto

que lo haremos.”

Capítulo 22

Dos horas más tarde, las mujeres habían comido y habían visto a Maddie abrir la mayoría de los regalos. Thomas se había quedado dormido en los brazos de Linda en la mecedora, y ella se había negado a llevarlo arriba.

Janey se sentía orgullosa de su madre por abrazar al niño con tanto amor y sentirlo parte de su familia. No había sido fácil para Linda olvidarse de los rumores que habían plagado a Maddie durante la mayor parte de su vida. Pero una vez que las cartas de Evan y los demás fueron difundidas por los periódicos, Linda tuvo que admitir que se había equivocado acerca de la mujer que amaba su hijo. Ella le había pedido perdón a Maddie y había hecho un verdadero esfuerzo por llegar a conocerla y a Thomas desde entonces. En medio de la ruptura con su propia madre, por lo menos Maddie podría apoyarse en su nueva suegra.

El móvil de Janey vibró en su bolsillo. Cuando comprobó el identificador de llamadas y vio el nombre del Doctor Potter, tomó la llamada, porque él nunca le molestaba después de que hubiera salido del trabajo, a menos que hubiera una emergencia en la clínica. De inmediato pensó en la señora Roberts y Molly.

“Hola, Doc,” dijo mientras subía a la terraza de atrás que daba al hotel, el puerto deportivo, y Salt Pond. La niebla que había sido más densa de lo habitual, colgaba sobre los bordes del estanque.

“¡Janey! Estoy tan contento de dar contigo. ¡No te lo vas a creer!”

“¿Crear qué?”

“Acabo de hablar por teléfono con Dean Richards de OSU.”

Su corazón se detuvo por un instante, y tuvo que recordarse a sí misma que debía seguir respirando. “¿Qué te ha dicho?”

“Varios alumnos del curso de este año han tenido que darse de baja por no haber podido conseguir financiación suficiente para costearse la matrícula.”

Janey se quedó sin aliento.

“Cuando le mencioné que tú disponías de la financiación necesaria, accedió a aceptar tu solicitud—*¡para este año!* ¡Este año, Janey! ¡Como en un mes a partir de ahora!”

Sus piernas se debilitaron, y tuvo que sentarse en una silla.

“¿Sigues ahí?” Preguntó Doc.

“Sí, *sí*. Solo estoy tratando de asimilarlo todo.”

“¡No creo que jamás haya estado tan emocionado por cualquier otra cosa! Siempre he pensado que era una auténtica vergüenza la manera en que David

se interpuso para que no asistieras a la facultad de veterinaria. El chico no me gustaba ni un ápice.”

“Ni a ti, ni a todos los demás.”

“¡Bueno, estamos corrigiendo un mal terrible, y lo estamos haciendo en un mes!”

El hombre soltó un profundo suspiro de dolor.

“¿Qué pasa, Doc? ¿Cuál es el problema?”

“Acabo de darme cuenta de que eso significa que voy a perderte en la clínica.”

Los ojos de Janey se llenaron de lágrimas. El hombre había sido un apoyo constante en su vida, una de las personas más importantes en su mundo. “¿Tal vez podrías encontrar un puesto para mí para cuando regrese en verano?”

“Supongo que podríamos exprimirte hasta que seas demasiado importante para querer volver.”

Janey se echó a reír. “Volveré tan pronto como haya terminado, y entonces podrás retirarte.”

“Trato hecho, amiga mía.”

“Gracias, Doc. Por los favores con los que te hayas comprometido, o la donación que hayas realizado, o lo que quiera que hayas hecho, gracias.”

“No tienes que darme las gracias. Solo ve y haz que me sienta orgulloso.”

“Lo haré. Lo prometo.”

Janey terminó la llamada y se aferró al teléfono contra su pecho mientras miraba ciegameamente hacia el estanque, perdida en sus pensamientos. Iba a ir a la facultad de veterinaria. Era de verdad, y al fin estaba pasando. Debía haber permanecido ahí durante mucho tiempo porque Maddie vino a buscarla.

“Lo siento,” dijo Janey, saliendo de su estupor. “Te he abandonado completamente.”

“Estaba en buenas manos. ¿Qué pasa? Estás pálida como un fantasma.”

“He entrado,” susurró Janey.

“¿Dónde?”

“En la escuela de veterinaria en el Estado de Ohio.”

Maddie se quedó sin aliento. “¡Oh, eso es fabuloso! ¡Enhorabuena! ¿Para el próximo año?”

“Este año.”

Los ojos de Maddie se agrandaron. “¡Oh, Dios mío! Janey! ¡Oh, Dios mío!”

Antes de que Janey se diera cuenta, Maddie había envuelto sus brazos alrededor de ella en un fuerte abrazo.

Cuando su amiga la soltó, estaba llorando.

“¿Qué pasa?” Preguntó Maddie, alarmada. “¡Pensé que estarías loca de contenta!”

“Lo estoy.” Janey se secó las lágrimas, molesta por ellas. “Es solo. . .”

“Joe,” dijo Maddie con una sombría expresión.

“No puedo tener otra relación a larga distancia, Maddie. Simplemente no puedo.”

“Lo entiendo. Cualquiera lo haría. Joe lo hará.”

“¿Qué va a entender? Está enamorado de mí. Hemos pasado casi todas las noches juntos durante dos semanas. Si me alejo de él ahora, se quedará devastado.”

Maddie apoyó las manos en los hombros de Janey. “Tienes que ir a Ohio, Janey. Tienes que hacerlo.”

“Lo sé. Pero tengo que poner fin a lo que tengo con Joe antes. Hoy. No puedo dejar que esto continúe cuando sé que voy a irme en un mes. Él está atado a esta isla y a su negocio. No es justo que me involucre más con él.” Pensó en la cita que Joe había planeado para este tarde, y se le rompió el corazón. Se había acostumbrado a verle todos los días, a apoyarse en él, a buscar un inimaginable placer en sus brazos.

“Tiene que haber alguna manera de que podáis estar juntos,” dijo Maddie.

Nuevas lágrimas rodaron por sus mejillas. “¿Cómo? Su negocio es su vida, Maddie. Estaría perdido sin él, y no es que pueda dejarlo todo y ya está. Sé que lo haría. Haría eso y mucho más por mí, pero no puedo pedirselo. No estaría bien.”

“Tienes que hablar con él sobre esto. Por lo menos dale una oportunidad de encontrar una solución mejor.”

“No hay más soluciones posibles. Él vive aquí, y durante los próximos cuatro años, yo voy a estar viviendo a miles de kilómetros de distancia. Mira cómo eso resultó con David, y solo estaba en Boston. No puedo pasar por eso otra vez.”

“Comparar a Joe con David sería *muy* injusto.”

“¿Puedes hacerme un favor?”

“Lo que sea.”

“¿Me guardarás el secreto hasta que sepa qué le voy a decir?”

Maddie se quedó pensando por un momento. “Tengo que decírselo a Mac. No quiero ocultárselo. Me gustaría pensar que he aprendido la lección.”

“Tienes que hacerle jurar silencio. No quiero que Joe se entere hasta que

decida cómo voy a manejar la situación.”

“No le diré nada. Te lo prometo.” Maddie volvió a abrazarla. “Todo va a salir bien, Janey. Joe te esperaría toda una vida.”

“No puedo pedirle que me espere cuatro años.”

“Tal vez no tendrás que hacerlo.”

Sin soltar a un Thomas muy dormido, Linda se asomó por la puerta. “¿Todo bien por aquí?”

“Sí,” dijo Janey, forzando una sonrisa. “Estamos bien.”

“Maddie, tienes un invitado de última hora.”

Maddie miró a Janey. “¿Quién?”

“¿Por qué no vas a ver?” Quizás Francine había venido después de todo. Janey tenía la esperanza de que así fuera. Siguió a Maddie al interior de la casa donde Francine estaba esperando con un regalo entre sus brazos envuelto festivamente, y una actitud que gritaba que estaba exquisitamente incómoda.

“Lo siento, llego tarde,” dijo la mujer.

“No pasa nada.” Maddie extendió los brazos alrededor de la caja para abrazar a su madre. “Estoy tan contenta de que hayas venido.”

“¿Puedo ofrecerte un café o un poco de ponche, Francine?” Preguntó Linda. “¿Un trozo de tarta?”

“Estoy bien, gracias,” contestó Francine, rígidamente.

“¿Puedo?” Preguntó Maddie, haciendo un gesto hacia el paquete.

Francine se lo dio y siguió a Maddie al salón familiar, donde las otras mujeres se habían quedado en silencio.

“Esta es mi madre, Francine.” Maddie presentó a su madre a sus compañeras del hotel, y luego se sentó para abrir el regalo. Retiró el papel y abrió la caja. “Oh. Oh, mamá.”

“Le di a Tiffany la porcelana china de mi madre. Pensé que a ti te gustaría tener su vajilla de plata.”

“Me encantaría tenerla,” dijo ella, abrazando a su madre. “¿Se ve tan brillante y limpia!”

“Es por eso que llegué tarde. Me demoré limpiándola más de lo que esperaba.”

Maddie apretó la mano de su madre. “Estoy tan feliz de que hayas venido.”

“Bueno, tu futura cuñada me hizo saber que sería bienvenida.”

Todos los ojos se dirigieron a Janey, quien esbozó una tímida sonrisa y se encogió de hombros.

Maddie pronunció un *gracias* hacia Janey, quien asintió con la cabeza en

respuesta.

Después de que acompañara a Mac, Maddie y Thomas hasta la camioneta y les ayudara a cargar todos los regalos, Janey volvió su atención a los últimos platos que quedaban por fregar tratando de no pensar en la terrible tarea que tenía por delante.

“Joe,” susurró. “Dios. ¿Qué he hecho?”

La ironía de la situación no pasó desapercibida para ella. En el mismo instante en que había decidido que tenía que dejar a Joe, se había dado cuenta de que lo amaba. Lo *amaba* de verdad. En algún momento a lo largo de sus maravillosas noches juntos, él se había abierto paso a través de su corazón, y la idea de perderlo le dolía más que ninguna otra cosa hubiera hecho jamás— incluso más que haberse encontrado a David en la cama con otra mujer.

De pie ante el fregadero, Janey dejó caer la cabeza contra su pecho, absorbiendo el golpe mientras que todos los recuerdos de su breve tiempo juntos cruzaron por su mente.

Linda volvió a entrar en la habitación. “¿Janey? Cariño, ¿qué te pasa? ¿Qué sucede?”

Las lágrimas obstruyen su garganta, amenazando con estallar en cualquier momento. “Yo, um, tengo que ocuparme de algo. ¿Te importaría terminar estos últimos platos?”

“Por supuesto que no. Ve a hacer lo que tengas que hacer.”

Janey la besó en la mejilla. “Gracias por todo lo que has hecho hoy. Ha sido una despedida de soltera preciosa.”

“Sí, lo ha sido, y tú hiciste algo maravilloso al decirle a Francine que esperábamos que viniera. Estoy muy orgullosa de ti por haber hecho algo así.”

La presa se rompió, y las lágrimas inundaron sus ojos.

“¡Janey! ¡Dios mío! ¿Qué pasa?”

“No es nada,” dijo, a pesar de que su corazón se estaba rompiendo en mil pedazos. “Yo solo. . .tengo que irme.”

Linda la abrazó y le secó las lágrimas de las mejillas. “¿Me llamarás más tarde?”

Janey asintió, agarró su bolso, y se dirigió a la puerta. En el coche, apoyó la cabeza en el volante y trató de imaginar lo que Joe diría cuando le dijera que habían terminado. Le dolía el pecho cada vez que pensaba en el daño que iba a causarle, pero mejor ahora que dentro de un mes, cuando sería aún mucho más complicado.

“Oh, Joe,” susurró entre lágrimas. “Te quiero mucho.” *No me gusta tener que hacerle esto, pero no puedo darle la espalda de nuevo a esta oportunidad. Ni siquiera por Joe. Y no puedo esperar que él abandone toda su vida por mí. Me odiaría por ello algún día.*

Cegada por las lágrimas, Janey sabía que no debería tratar de conducir, pero tampoco quería quedarse sentada en frente de la casa de su madre llorando a moco tendido. Condujo despacio de regreso a casa, sabiendo que una vez que llegara, Riley y los otros le brindarían la comodidad que tan desesperadamente necesitaba.

Una vez en casa, Janey se acurrucó con sus animales antes de dejar salir a los perros al patio y tomar su móvil. No podía retrasarlo más. Joe se pasaría por su casa en menos de dos horas. Mientras pasaba una mano por el vestido de seda negro que había elegido anteriormente, se preguntaba dónde habría planeado llevarla. “¿Qué importa ahora?” Se preguntó cuando encontró su número en su agenda.

“Hola, cariño,” dijo él cuando contestó. El sonido de su familiar voz hizo que sintiera un amor y un arrepentimiento a partes iguales fluyendo a través de ella. “¿Cómo ha estado la despedida de soltera?”

“Bien. Ha estado bien.” Quería contarle que la madre de Maddie había asistido finalmente, y cómo había ayudado a que eso sucediera, pero las palabras no podían ir más allá del enorme nudo alojado en su garganta.

“¿Qué pasa, cariño? Te noto la voz un poco rara.”

“No me siento muy bien.” Hizo una mueca ante la mentira que acababa de decir, sabiendo que solo estaba posponiendo lo inevitable. “Me empecé a sentir mal a mitad de la fiesta, y ahora me siento miserable.” Eso era verdad.

“Oh vaya, qué mala pata. Tenía una gran noche planeada para nosotros, pero podemos dejarlo para otro momento. Me acercaré a tu casa y cuidaré de ti.”

“No.”

Joe hizo una pausa. “¿Por qué no?”

“Estoy asquerosa. No quiero que me veas así. Prefiero estar sola esta noche.”

“¿Pasa algo más, Janey?”

Janey no podía hacer nada para aliviar el dolor que escuchó en su voz. “Yo solo. . . necesito estar sola. ¿Te parece bien?”

“Si eso es todo lo que sucede. . .”

“Me tengo que ir,” dijo.

“Janey—”

“Adiós, Joe.” Cerró el teléfono y se tendió en el sofá mientras que las lágrimas calientes corrían por sus mejillas. No tenía ninguna duda de que era mejor así. Pero si eso era del todo cierto, ¿por qué dolía tanto?

Joe se quedó mirando la niebla por la ventana de su oficina de South Harbor. Algo estaba pasando. Janey no estaba enferma. No podía decir cómo lo sabía, solo lo hacía. “Oh, Janey,” dijo. “¿Qué estás haciendo?”

Echó un vistazo al traje que se había traído de casa para llevarlo en la cita que ahora no iban a tener. Tal como él lo veía, tenía dos opciones—quedarse sentado y no hacer nada, esperando que ella recapacitase y entrase en razón, o ir para allá sin más dilación y exigirle que le dijera qué estaba pasando. Ninguna de las dos opciones era especialmente atractiva, pero la idea de no hacer nada era inaceptable.

Como había mucha niebla y hacía frío, Joe cogió una sudadera de la empresa, y salió de la oficina. En el corto paseo a casa de Janey, reprodujo su llamada telefónica en la cabeza, y trató de averiguar por qué no la había creído cuando dijo que no se sentía bien. La conocía muy bien. Cuanto más se acercaba a su casa, más molesto se sentía. Si algo no iba bien, ¿por qué no podía simplemente decirle la verdad en vez de rechazarle de esa manera? Eso era lo que tenía intención de averiguar.

Acercándose a su casa, Joe se dio cuenta de que las luces estaban apagadas y se preguntó si siquiera estaría en casa. Experimentó un momento de temor, mientras abría la puerta principal. ¿Y realmente estaba vomitando sin parar y la avergonzaba al verla así? Bueno, mala suerte. Estaría a su lado para lo bueno y para lo malo, ya era hora de que ella se diera cuenta de eso.

Llamó a la puerta, y los perros se volvieron locos en el interior.

“¿Janey?” Dijo, golpeando de nuevo. “Vamos, cariño. Necesito verte. Sé que algo va mal.”

Los perros siguieron aullando, pero Janey no salió.

“Esperaré aquí, Janey. No me iré hasta que no vea que estás bien. Si no quieres que llame a Mac—”

El interior de la puerta se abrió.

Una mirada a su cara devastada le dijo a Joe que algo iba muy mal. Abrió la puerta mosquitera y entró en el cuarto oscuro. Los perros bailaron alrededor de sus piernas. “Nena, ¿qué pasa?”

“Yo, um. . .” Ella le miró, con sus ojos brillantes por las lágrimas. “No

puedo hacer esto, Joe.”

“¿Hacer qué?”

“Esto. Nosotros.”

Joe se obligó a mantener la calma para poder averiguar qué demonios estaba pasando.

“¿Qué ha pasado hoy? ¿Qué ha cambiado desde que nos despertamos juntos esta mañana e hicimos el amor—dos veces?”

Los sollozos sacudieron su pequeño cuerpo, y Joe tuvo que contenerse mucho para no abrazarla y asegurarla que se encargaría de arreglar lo que fuera que la hubiera disgustado tanto, pero no podía moverse.

“Nunca debí haber dejado que esto sucediera,” dijo entre sollozos. “Estaba fatal. Devastada y confundida. Tú intentaste decírmelo. . .”

Joe respiró profundamente, con la esperanza de frenar los rápidos latidos de su corazón. “¿Qué ha pasado hoy?” Volvió a preguntar con los dientes apretados.

“Me he despertado del aturdimiento en el que he estado desde que ha pasado todo esto con David, y ahora parece que no puedo dejar de llorar ni de pensar en todos los años que le he dado, y cómo no he sacado absolutamente nada de todos ellos.” Estaba llorando tan fuerte que Joe se preguntó cómo era capaz de respirar. “Se suponía que íbamos a casarnos y tener cuatro hijos. Yo quería tener esos hijos. Eso era lo que quería.”

Esto era lo que Joe siempre había temido—que cuando la conmoción pasara, ella descubriera que no estaba del todo lista para seguir adelante con él. ¿Y dónde le dejaba todo eso? Justo donde estaba, queriéndola y perdiéndola.

Sintiendo la necesidad de liberar la energía comprimida en su interior, Joe se pasó los dedos por el pelo y trató de resistir el impulso de arrancárselo. “Todavía puedes tener todo lo que quieras, Janey. Yo te daría cualquier cosa, creo que ya lo sabes.”

Ella negó con la cabeza. “No puedo. Lo siento. Simplemente no puedo.”

Joe sentía como si ella acabara de arrancarle el corazón del pecho, y en ese mismo momento, se dio cuenta de que nunca superaría su pérdida. No después de todo lo que habían compartido.

“Janey, lo que quiera que esté mal, podremos arreglarlo juntos. Si necesitas más tiempo, tómallo. Pero no intentes decirme que lo que hay entre nosotros no es amor. Nunca vas a convencerme de eso.”

Janey se secó las lágrimas de la cara. “Entonces no voy a intentarlo.”

Al escuchar eso, algo dentro de él se rompió, y Joe supo que tenía que salir de allí o correría el riesgo de decir algo de lo que se arrepentiría más tarde.

“Lamento que te sientas así. Creo que podríamos haber tenido algo maravilloso, pero no me voy a rebajar y rogarte que me quieras. Ya sabes dónde estoy si cambias de opinión.”

Joe se obligó a darse la vuelta, salir por la puerta, y bajar las escaleras. Una vez en la calle, sacó su móvil y marcó el número de Mac.

“Estoy durmiendo,” murmuró su amigo.

“Despierta. A Janey le sucede algo.”

“¿Qué?” Preguntó Mac, despertó al instante. “¿Qué le pasa?”

“No lo sé. No quiere decírmelo.”

“¿Qué ha pasado?”

“Ojalá lo supiera. ¿Irás a su casa a ver cómo está?”

“Ya mismo voy para allá. ¿Estás bien, Joe?”

“Estoy confundido. Todo estaba bien esta mañana, y ahora no. Algo ha pasado, pero no parece querer decirme de qué se trata.”

Mac se quedó en silencio.

“Tú lo sabes, ¿verdad?”

“Joe—”

“Olvidalo. No quiero saberlo. Si ella no quiere decírmelo por sí misma, entonces, a la mierda. A la mierda con todo. He terminado con esto.”

“Espera—”

Joe cerró el teléfono de golpe. Ya había tenido suficiente.

Capítulo 23

Luke arrastró su viejo bote de madera por la arena de la playa y guardó los remos en el interior. La niebla había desaparecido, y una luna llena iluminaba el gran estanque. Incluso si hubiera estado completamente a oscuras, podría haber encontrado este tramo particular de la playa con los ojos cerrados. Acompañado por un coro de grillos, el camino a la casa de verano de Sydney era tan familiar para él como ninguna otra cosa en su vida.

¿Cuántas noches había llegado de la misma manera, bajo el amparo de la oscuridad, y se había detenido en el patio para tirar piedras a su ventana? ¿Cuántas noches habían pasado juntos en la playa, haciendo el amor hasta el amanecer y luego ella había vuelto de puntillas a su casa mientras que él contenía la respiración solo para enterarse después de que los habían pillado? Demasiadas para contarlas.

No estaba seguro de qué le había hecho más daño—saber que Sydney, *su* Sydney, se había casado con un chico al que conoció en la universidad, o que había perdido a su esposo e hijos en un trágico accidente de tráfico. Luke había devorado cada palabra que pudo encontrar en Internet sobre el accidente. Habían venido a casa a Boston tras un fin de semana en New Hampshire y quedaron atrapados en el tráfico. Detrás de ellos, un conductor ebrio perdió el control de su minivan chocando contra su coche y matando a los niños al instante. Sydney estaba dormida cuando se produjo el accidente, motivo por el cual los funcionarios de seguridad consideraron que había salvado su vida. Su esposo Seth murió posteriormente mientras que estaba siendo intervenido de urgencia.

A pesar de que Luke daba gracias a Dios todos los días porque estuviera viva, sufría por su insoportable pérdida. Después de escuchar anoche que estaba de vuelta en la isla, necesitaba verla, necesitaba ser testigo de cualquier signo que le asegurase que aún estaba viva y respirando. Así que viajó a través de las dunas y la densa vegetación que cubría lo que solía ser un camino muy transitado. Una rama llena de espinas le rozó la cara. A juzgar por la cálida picadura en su mejilla, supuso que le habría cortado, pero aun así, siguió adelante.

Amar a Sydney había dotado su vida de sentido. Perderla le había convertido en un solitario malhumorado que no dejaba nunca que nadie se le acercara lo suficiente como para llegar hasta su corazón. Él y Sydney nunca rompieron realmente, per se, sino más bien se distanciaron. Después de su segundo año de universidad, cuando ella no volvió a la isla a pasar el verano

y dejó de devolverle las llamadas, Luke había ido hasta casa de sus padres para averiguar qué estaba pasando.

Los ricos Donovans, residentes en verano durante décadas hasta que se jubilaron cinco años atrás y se quedaron a vivir permanentemente allí, nunca habían aprobado su interés por su mimada hija. Sin embargo, le dijeron que había comenzado a hacer prácticas, una oportunidad fantástica, por lo que no podría venir a la isla ese verano. Luke, que había sido incapaz de salir de la isla para ir la universidad a causa de su madre enferma, había estado esperando un año entero para volver a ver a Syd de nuevo. La noticia de que no iba a venir le dejó devastado. Y el hecho de que no hubiera tenido la consideración de decírselo ella misma, señalaba la inimaginable posibilidad de que hubiera conocido a otra persona.

Ese verano, Luke se convirtió en un solitario. Por supuesto, había habido otras mujeres después de ella, pero solo para proporcionar una liberación física ocasional. Ninguna de ellas le había importado.

Se preguntó, mientras caminaba a través de los arbustos, si todavía tendría ese cabello rubio rojizo que le llegaba hasta la cintura ¿Cuántas veces en los últimos años habría recordado la forma en que su magnífico pelo los cubría del resto del mundo mientras que ella se sentaba a horcajadas sobre él y le montaba de una manera increíble clímax tras clímax? ¿Le saldrían todavía una infinidad de pecas por cada hora que pasaba tumbada bajo el sol? ¿Serían todavía sus ojos tan azules como el océano y su pálida piel tan suave como la seda? ¿Daría alguna vez rienda suelta a esa risa que lo consumía todo? ¿Habría amado a su marido tan dulce y puramente como una vez lo había amado a él? ¿Pensaría alguna vez en él? ¿En ellos? ¿En lo que habían compartido durante los cuatro veranos más memorables de su vida?

Mientras se acercaba a la gran casa de color amarillo con el amplio porche delantero, supo que nunca podría obtener las respuestas que buscaba tan desesperadamente. La última persona a la que ella necesitaba ver, en medio de su terrible dolor, era un antiguo novio que nunca había dejado de amarla ni de pensar en ella o recordarla.

Pero él necesitaba verla.

En el jardín de los Donovans, se paró tan cerca como se atrevió del porche bien iluminado, agradecido por las nubes persistentes que empañaban el resplandor de la luna. Cuando la vio sentada en una mecedora con una manta alrededor de sus hombros, reprimió un grito de asombro. Ahí estaba, después de todo este tiempo, su Sydney, el amor de su vida. No la había visto en

dieciséis años, pero la habría reconocido en cualquier lugar. Se había cortado su largo cabello a la altura del hombro, pero su color era tan hermoso y vibrante como lo recordaba. Desde esa distancia, no podía determinar si tenía tantas pecas o si sus ojos seguían siendo tan azules.

Ella estaba mirando hacia el lejano estanque, sumida en sus pensamientos. Mientras que a Luke le gustaría pensar que estaba pensando en él y en el tiempo que habían pasado juntos, sabía que se estaría imaginando a sus niños jugando por el césped y en la playa. Habían venido cada verano, ella, su marido banquero y sus dos hijos. Luke nunca los había visto, nunca había pensado en ir a verla, pero siempre había sabido exactamente cuándo venían y cuándo se iban. Desde que se casó y la perdió, no se le había ocurrido tratar de volver a verla. Ese capítulo de su vida estaba cerrado, acabado. Ella había elegido a otra persona, y Luke no tuvo más remedio que aprender a vivir con ello.

Mientras la observaba en el porche, apenas respiró. Su corazón latía tan fuerte y tan rápido que estaba seguro de que ella podría oírlo. ¿Cómo no iba a hacerlo? Y entonces ella se echó a llorar, y él tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para quedarse donde estaba, fuera de su vista, fuera de su mente, y de su alcance. Sus angustiados sollozos llegaron hasta lugares en su interior que nadie nunca salvo ella había tocado. Sus propios ojos le ardían al llenarse de lágrimas, pero no se movió. El tiempo pareció detenerse, y Luke no tenía ni idea de si había permanecido agachado junto al porche cinco minutos o una hora. Cuando los calambres en sus piernas se volvieron dolorosos, se dejó caer sobre la húmeda hierba. Sabía que tenía que irse, pero no podía dejarla sola. No cuando estaba tan triste.

Después de un tiempo, su madre salió al porche y se inclinó para poner sus brazos alrededor de su devastada hija. Luke vio a la señora Donovan ayudar a Sydney a ponerse de pie y lentamente guiarla al interior de la casa. Syd se movía como si todavía estuviera sufriendo un gran dolor físico, lo cual le resultó muy difícil ver. Durante mucho tiempo después de que ella hubiera entrado en casa y la luz del porche hubiera sido apagada, Luke se quedó ahí, necesitando estar tan cerca de ella como fuera posible.

Y luego, en algún momento más adelante cuando confió en que sus piernas se lo permitirían, hizo su camino de regreso por el camino hacia el bote en la playa, a sabiendas de que volvería mañana por la noche.

Y probablemente, la noche siguiente, también.

Janey estaba en el sofá mirando hacia el techo. Darle la espalda a Joe había sido, sin duda, el momento más doloroso de toda su vida y no podía dejar de llorar. Le dolía el corazón al recordar la mirada destrozada en su rostro. Nunca sería capaz de olvidarlo.

Un golpe en la puerta la sobresaltó y se sentó de golpe. ¿Habría vuelto?

Mac entró y fue directo hacia ella. Sentado a su lado, pasó sus brazos alrededor de su cuerpo.

Cuando el familiar y reconfortante aroma de su hermano la envolvió, Janey se vino abajo de nuevo.

“Shh,” dijo Mac, pasándole la mano por el pelo. “No pasa nada. Todo va a estar bien.”

“Le he hecho daño,” dijo entre sollozos.

Riley dejó escapar un apesadumbrado gemido y se arrastró hacia ella.

Con la esperanza de tranquilizarlo, Janey se acercó a rascarle detrás de las orejas. Entre sus muchas preocupaciones desde que recibió la llamada de Doc antes, una de las que más le atormentaba era cómo iba a conseguir meter ocho animales domésticos en un apartamento de Columbus.

“¿Qué te ha dicho?” Le preguntó a Mac.

“Está confundido. No entiende qué ha pasado desde esta mañana.”

“¿Te lo ha contado Maddie?”

Mac le apartó el pelo de su húmeda cara y sonrió. “Estoy tan orgulloso de ti, Doctora Janey. ¿Qué te parece cómo suena?”

Mas lágrimas se derramaron de sus ojos, y Janey se preguntó si alguna vez sería capaz de parar. “Sabes por qué he tenido que terminar con Joe, ¿verdad? No puedo seguir con él hasta el próximo mes y luego tener una relación a distancia con él.”

“No le estás dando suficiente crédito.”

“Renunciaría a todo lo que le importa para que yo pueda realizar mis sueños. No podría hacerle algo así.”

Mac se sentó en el sofá, llevándola con él. Janey apoyó la cara en su pecho, y él mantuvo un brazo a su alrededor. Si Mac le hubiera preguntado si quería que fuera a verla, Janey le hubiera dicho que no, pero ahora se alegraba de tenerle ahí.

“¿Nunca te ha contado Joe cómo heredó la empresa?”

“¿No era el negocio de su familia?”

“Uh-huh. ¿Te acuerdas de sus abuelos? Vivían en el Norte.”

“Vosotros eráis muchos más mayores que yo—por ese entonces,” dijo con

una pequeña sonrisa. “Nunca los conocí aunque siempre supe que eran muy importantes para él.”

“Su padre murió en un accidente de coche cuando él tenía siete años. Supongo que su madre nunca se repuso del todo. Los padres de ella vivían aquí, así que hizo las maletas y se trasladaron a la isla. Su abuelo había empezado la compañía de ferries justo después de la Segunda Guerra Mundial. Tomó a Joe bajo su protección y le enseñó todo lo que sabía acerca de la ejecución de los barcos. Joe descubrió que tenía una afinidad natural para todo lo que tuviera que ver con el agua, aunque ese no fue su primer amor.”

“¿Cuál fue?”

“Ya deberías saberlo a estas alturas.”

“Oh. . . ¡la pintura!” Ella se sentó para poder ver mejor a su hermano. “¿Has visto su trabajo?”

Mac asintió. “Impresionante, ¿verdad?”

“¡No me lo podía creer! ¿Por qué no fue a la escuela de arte?”

“Iba a hacerlo. Había entrado en una de las mejores escuelas del país, la Universalidad Savannah de Arte.”

“Entonces, ¿qué pasó? ¿Por qué no fue?”

Mac inclinó la cabeza, y su boca se torció en una irónica sonrisa.

“Oh, Dios. Su abuelo murió, y él se sintió obligado a quedarse con la empresa para que siguiera siendo un negocio familiar.” Janey sintió dolor en el corazón cuando se dio cuenta de la enorme responsabilidad que había heredado a la tierna edad de dieciocho años.

“Nunca fue su sueño, Janey. Joe tiene una vida muy satisfactoria porque hace algo que realmente le gusta, pero nunca fue su primer amor.”

“Le conozco desde siempre y sin embargo no sé tanto de él como tú.”

“Él te quiere más que a nada. Tienes que haberte dado cuenta ya de ello. ¿Hay alguna posibilidad de que tú también le quieras? ¿Aunque sea un poco?”

Janey parpadeó más lágrimas, se mordió el labio y asintió. “Le quiero mucho.”

“Pero, ¿estás *enamorada* de él?”

“Sí,” susurró ella, limpiándose la cara. Cualquier duda había desaparecido completamente el segundo que salió de su casa anteriormente. “Mucho.”

“No es justo que tomes decisiones por él, no cuando nunca ha tenido muchas opciones. En realidad, es la peor cosa que podrías hacerle.”

Gimiendo, ella dijo, “¡Pensaba que estaba haciendo lo *correcto* para él!”

“¿Qué te parece que este terco culo de hermano mayor que tienes que ayude

a solucionar todo este lío?”

Ella apoyó la cabeza en su hombro. “Creo que te diría que por favor lo intentarás por todos los medios y usaras todos tus recursos, incluso tu terco culo.”

Mac se rio y la besó en la parte superior de la cabeza. “No te preocupes, mocosa. Todo va a estar bien. Me aseguraré de ello.”

El día de la boda de Mac amaneció claro y soleado mientras que Mac se tomaba una taza de café en la terraza contemplando el jardín y la carpa que había sido erigida el día anterior. El clima de Nueva Inglaterra podía ser muy imprevisible y Mac no quería correr riesgos de que este día fuera menos que perfecto. Desde luego, había esperado el tiempo suficiente para encontrar a Maddie. En solo unas horas, sería finalmente su esposa. Y con ella venía con un niño al que Mac no podría querer más ni aunque fuera su hijo biológico.

Maddie y Thomas habían pasado la noche en casa de Janey y Mac estaba deseando verlos más tarde. Se había acostumbrado a sus mañanas con Thomas y a despertarse con los gorgoritos del bebé. Había dispuesto un carruaje tirado por caballos para que los recogiera para la boda. Estaba ansioso por saber cuál sería la reacción de Thomas al verlos.

Una mano se posó en su hombro, y se volvió para encontrar a Joe sosteniendo una taza.

“Hola, ¿qué tal has dormido?” Preguntó Mac.

“Como un hombre muerto. Los chicos están aún fuera de combate,” dijo Joe refiriéndose a los hermanos de Mac.

Mac estudió a su buen amigo y no vio ningún resto de la agitación y desesperación que habían marcado sus características a principios de semana, antes de que Mac le hubiera hecho partícipe de las buenas nuevas de Janey. A día de hoy solo podía ver serenidad y determinación en su rostro.

“¿Estás preparado?” Preguntó Joe, señalando hacia la carpa y las sillas que se habían dispuesto a la derecha de la misma, donde tendría lugar el intercambio de votos.

“Por supuesto. ¿Y tú?”

“La Operación Janey está en marcha.”

Mac sonrió. “La has tenido totalmente descentrada durante estos cuatro días en los que te has mantenido en silencio.”

“Es lo menos que se merece después de lo que me ha hecho pasar—durante años. Sí, un par de días de sufrimiento es *justo* lo que necesitaba.”

“Los dos sois la pareja ideal,” dijo Mac, riendo. “Hacéis la pareja perfecta.”

“¿De verdad lo crees?” Preguntó Joe, mostrando un toque de vulnerabilidad que sacudió el corazón de Mac. Infierno, últimamente todo sacudía su corazón.

“Sabes que sí.” Mac tomó un largo trago de café. “¿Y cuál es el plan?”

“Solo tienes que esperar y ver,” dijo Joe con una sonrisa satisfecha.

“¡Vamos! Sabes que a mí puedes decírmelo. No voy a decir nada.”

“No.”

“Oh, esto va a ser bueno.” dijo Mac, riendo entre dientes.

“Y que lo digas.”

Janey no tenía ninguna duda de que estaba mucho más nerviosa que la novia. Mientras que Maddie se había mostrado muy tranquila y fresca durante todo el día, ella se sentía como si estuviera saliendo de su propia piel, mientras esperaba a ver a Joe. Sabía a ciencia cierta que Mac le había puesto al día sobre las noticias que había recibido, y sin embargo, no había sabido nada de él desde entonces. Si estaba tratando de castigarla, estaba haciendo un gran trabajo.

Noche tras noche, había permanecido despierta preguntándose dónde estaría, qué estaría pensando, por qué no la llamaba, por qué no venía otra vez a verla, por qué no hacía *algo*. La tensión la había convertido en un caso perdido mientras que hacía todo lo posible para proporcionar un constante apoyo a la novia.

Los chicos habían dejado la casa de Mac y Maddie hacía horas para que las mujeres pudieran terminar de arreglarse, pero ahora Janey podía escuchar sus voces en el césped. Miró por la ventana y se quedó sin aliento al ver a Mac y Joe de pie juntos de esmoquin negro. Mac tenía en brazos a Thomas, quien llevaba un pequeño esmoquin para la ocasión. Sus otros hermanos, vestidos con trajes oscuros, hablaban y reían y bromeaban con ellos. *Cuántos chicos guapos*, pensó Janey con una sonrisa.

Miró su reloj. Quedaban solo diez minutos. Recogiéndose el bajo de su vestido color violeta, corrió escaleras arriba y llamó a la puerta del dormitorio.

“Entra,” gritó Maddie. Le había pedido estar media hora a solas para terminar de prepararse.

Janey abrió la puerta y se detuvo en seco. “Wow.” El vestido era sencillo,

elegante y absolutamente perfecto. “En serio. *Wow.*”

Maddie soltó una risa nerviosa. “¿De veras?”

“Mac no será capaz de recordar su propio nombre cuando te vea.”

Maddie lanzó una descarada sonrisa. “Ese era el plan.” Ella tomó la mano de Janey. “¿Cómo lo llevas?”

“Soy un desastre.” Apoyó la mano libre sobre su estómago revuelto. “No sé si quiera si Joe querrá hablar conmigo.”

“Por supuesto que lo hará.”

“No le culparía si no lo hiciera.” Janey sacudió ese desagradable pensamiento.

“De todos modos, hoy no se trata de mí. Hoy es tu día. Mi padre llegará en cualquier momento para hacer la entrega de la novia a su futuro marido ¿Estás lista?”

“Estoy más que lista.” Sus ojos color caramelo brillaban de emoción.

“Nunca he sido más feliz en toda mi vida. Tenía la impresión de que algo malo iba a suceder. . .”

“Ya te dije que no iba a pasar nada.” Janey la abrazó. “No empieces o acabaremos berreando como dos bebés.”

“Hoy solo está permitido llorar de felicidad.” Maddie le tendió la mano.

“¿Trato hecho?”

Janey le estrechó la mano, con la esperanza de poder mantener su parte del trato.

Capítulo 24

Siguiendo a la hermana de Maddie, Tiffany, por las escaleras hasta el césped, Janey miró por todas partes, salvo a Joe. Tenía mucho miedo de lo que podría ver si hacía contacto con esos cálidos ojos color avellana. En cambio, observó cómo la quijada de su hermano se caía tras el primer vistazo que le echó a Maddie mientras avanzaba del brazo de su padre. Janey sujetó el ramo de Maddie durante el emotivo intercambio de votos y tomó el brazo que Joe le ofreció en silencio para que pudieran seguir a la pareja de recién casados por el pasillo.

Y todavía no se había atrevido a mirarle directamente a los ojos.

Su estómago daba tumbos y se retorció, su corazón se aceleró y ella no era capaz de aspirar suficiente aire en sus pulmones. A pesar de estar plagada de tensión, se las arregló para sonreír para los fotógrafos antes de trasladarse a la carpa. Por suerte, estuvo sentada junto a Maddie y Joe estuvo al lado de Mac durante la cena, de la que solo picó un poco.

Joe pronunció un precioso brindis sobre Mac encontrando a la pareja perfecta que trajo lágrimas a sus ojos. Mientras que Mac y Maddie estaban cortando la tarta, Janey finalmente aventuró una mirada al hermoso rostro de Joe y lo encontró con sus ojos fijos en ella. Su corazón se disparó con la esperanza de la intensa mirada que le echó, y a partir de ese momento, ella tampoco fue capaz de apartar los ojos de él. El DJ puso fin al momento cuando anunció el primer baile de la novia y el novio como el señor y la señora de Mac McCarthy.

Janey se sobresaltó unos minutos más tarde, cuando la cálida mano de Joe se posó en su desnudo hombro, lo que desencadenó una reacción que recorrió su cuerpo como un cable de alta tensión.

“Nos toca,” dijo.

Mirando hacia él, tomó la mano que le ofreció y se dejó llevar a la pista de baile. Cuando la tomó en sus brazos, Janey aspiró su aroma, inundada de alivio por estar cerca de él otra vez. De repente, toda la tensión a la que había estado sometida durante días se desvaneció, y ella se relajó en sus brazos.

Él no dijo nada, pero sus dedos rozaron suavemente su espalda mientras se movían al compás de la música. Más tarde, Janey no recordaría la canción o la suave brisa de verano que se filtraba por los lados de la carpa. No recordaría a sus padres secándose las lágrimas al ver a las dos parejas bailando en la pista de baile. No recordaría a la madre de Maddie haciendo cabriolas con Thomas en uno de los laterales, ni a sus otros hermanos observándola a ella y

a Joe con un interés poco disimulado.

Janey se acordaría, sin embargo, del sentido de permanencia absoluta que se apoderó de ella cuando Joe la abrazó. Recordaría el distintivo aroma a mar y sus cigarrillos de clavo, el calor de su mano marcando su sensible piel y el roce de sus labios sobre su pelo. Y recordaría el momento, el *momento exacto* en que se dio cuenta de que la estaba sosteniendo de la forma en que un hombre sostiene a la mujer que ama. En ese momento ella supo, de alguna manera, que todo se iba a arreglar, que *iban* a estar bien.

“¿Has hecho todo lo que tenías que hacer por Maddie?” Le preguntó Joe cuando la canción llegó a su fin.

Janey miró a su hermano y su nueva esposa, que estaban totalmente absortos en el otro. “Dudo que me vaya a necesitar.”

“Genial,” dijo Joe.

Cuando Janey quiso reaccionar, Joe ya la había arrojado por encima de su hombro y solo podía ver cómo el suelo avanzaba bajo sus pies a toda velocidad mientras que él la transportaba fuera de la carpa.

“¿*Qué estás haciendo?* ¡Suéltame!”

“Cállate o podría tener la tentación de azotarte en el culo mientras te tengo justo donde quiero.”

“¡No te atreverías!”

“¿Quieres ponerme a prueba?”

Janey se tragó otra réplica porque tenía miedo de que Joe se atreviera en efecto a darle un cachete con todos sus familiares en la carpa, sin duda mirándoles mientras cruzaban el césped y se dirigían a la entrada. Mientras que la sangre corría por su cabeza, Janey estaba segura de que oyó a sus hermanos silbar y vitorear. Se ocuparía de ellos más tarde.

“Joe, vamos, ¡voy a vomitar!”

“Vomitara, ¿qué? No has probado un bocado de la cena.”

Ella debería haber sabido que estaría observando cada uno de sus movimientos, tal como siempre había hecho.

“*Por favor, bájame,*” le pidió, haciendo uso de su tono más dulce de voz, ya que haberse comportado como una histérica no le había llevado a ninguna parte.

“¿Y correr el riesgo de que huyas de mí otra vez? De ninguna manera.”

Janey se resignó a ir colgada sobre su hombro, por lo que fue una sorpresa cuando de pronto Joe se detuvo y la dejó en el suelo. A medida que la sangre retornaba al resto del cuerpo, Joe la estabilizó con las manos sobre sus

hombros.

Janey se retorció fuera de su alcance. “Eres un Neandertal.”

Eso pareció agradarle. “Lo que sea necesario.” Hizo un gesto hacia el caballo y el carro que Mac había enviado para Maddie antes. “¿Señorita?”

Mirando hacia arriba, ella trató de atusarse el pelo que se había desprendido de los pasadores de su recogido. No quería pensar en lo terrorífica que debía estar con la cara roja y los pelos de una loca. “¿Y si no quiero ir contigo?” Preguntó, dándole un poco de su propia medicina.

“Todavía puedo darte un azote, así que será mejor que dejes de hablar y te subas al carro.” Sus cejas se estrecharon mientras la miraba fijamente con esos increíbles ojos azules. “*Ahora.*” La última palabra fue pronunciada con tanta amenaza inusual que Janey hizo lo que le dijo, aunque en el fondo prefería seguir peleando con él.

“Todo este acto cavernícola es muy poco atractivo,” resopló. Si bien eso era cierto, Joe vestido de esmoquin era una de las vistas más atractivas que jamás había contemplado.

Joe subió detrás de ella y le hizo una señal al conductor. “¿Sabes qué es poco atractivo? El hecho de que me mientas, me dejes al margen y tomes decisiones por mí. Eso es *muy* poco atractivo.”

“¡Hice lo que pensé que era lo *mejor* para ti!”

“¿*Quién eres tú para decidir eso?*”

Janey se le quedó mirándole, sorprendida por su estallido. “¿Entonces estás enfadado.”

“Muy cabreado sería el término exacto.”

“Joe—”

“No me hables en este momento, Janey. No sé si puedo confiar en mí mismo para no darte ese azote que tanto te mereces.”

Mientras que ella no pensaba ni por un momento que fuera capaz de hacer tal cosa, tuvo que reconocer para sus adentros que jamás le había visto tan furioso. Ella se horrorizó al darse cuenta de que su intercambio la estaba excitando.

Sentados lo más lejos que podían el uno del otro en el banco, montaron en el carruaje con solo los cascos de los caballos contra el pavimento rompiendo el incómodo silencio. El conductor tomó el camino más largo alrededor de la isla antes de dirigirse hacia casa de Janey.

“Muchas gracias,” dijo Joe mientras le daba al conductor un billete de cincuenta y saltaba del carruaje.

“Ha sido un placer, Capitán Joe. Disfruten del resto de su día.”

“Oh, lo haremos.” Joe agarró a Janey por las caderas y la ayudó a bajar como si pesara cinco kilos en lugar de cincuenta y cinco. Bueno, tal vez el acto cavernícola era un *poco* atractivo, no es que ella fuera a admitirlo.

Janey entró primero y se tomó un momento para saludar a sus mascotas. Luego se volvió para hacerle saber lo que pensaba de él y de cómo se había comportado esta noche. Antes de que pudiera decir una palabra, sin embargo, Joe devoró su boca, robándole todo el oxígeno de sus pulmones. Sus fuertes brazos la rodearon, levantándola justo frente a sus pies mientras su lengua se debatía en una feroz pelea con la suya.

La besó hasta que ella sintió que se estaba convirtiendo en papilla. En ese momento, estaba tan agradecida de estar con él otra vez que le hubiera dado todo lo que le hubiese pedido si eso significaba que nunca dejaría de besarla. Janey enredó los dedos en su pelo firmemente, anclándolo contra ella.

Muchos apasionados minutos más tarde, Joe rompió el beso, la dejó en el suelo y comenzó a mordisquear su cuello. “Vayamos de nuevo a la otra noche,” dijo mientras dejaba una ristra de besos calientes y húmedos con la boca abierta sobre su clavícula. “Cuando te pregunté qué te había disgustado.”

“He conseguido una plaza en la facultad de veterinaria para este año,” respondió ella sin dudar. “Me asusté pensando dónde nos dejaría todo eso.”

“Y pensaste que sería mejor que pusiéramos fin a lo que teníamos ahora que más tarde.”

“Sí,” dijo ella, gimiendo cuando sus hábiles dedos moldearon sus pechos a través de la seda de su vestido.

“¿Y lo fue? ¿Fue más fácil?”

“No, fue horrible. Te eché mucho de menos y fueron solo *cuatro días*. Oh, Joe, ¿cómo podremos estar separados durante *cuatro años*?” Pensar en ello, hizo que de nuevo sintiera ganas de llorar.

Joe levantó la cabeza y se encontró con sus ojos. “¿Quién ha dicho que tenemos que estar separados?”

“Pero tú vives aquí. Tu empresa, toda tu *vida* está aquí.”

Mirando hacia ella, él negó con la cabeza y sus ojos se llenaron de mucho pesar. “Supongo que no lo he hecho bien.”

“¿El qué?” Preguntó ella, confundida.

“Pensé que a estas alturas ya sabrías que todo lo que quiero, todo lo que *necesito*, está justo aquí, en mis brazos. Lo demás son tonterías, Janey.”

Ella se fundió en su fuerte abrazo. “Lo siento mucho,” susurró. “Nunca

quise hacerte daño.”

“No pasa nada. Sabía que no lo decías en serio.”

“¿Cómo lo sabías?”

“Pensé que si realmente no me quisieras, no hubieras estado llorando sin parar.”

Janey sonrió. Joe la conocía a la perfección, y eso la hacía sentir muy bien, incluso si era un poco chocante que hubiera un hombre de las cavernas oculto bajo su fresco exterior.

Con los brazos apretados a su alrededor, Joe la levantó de nuevo y la llevó a través de la casa hasta el dormitorio. A estas alturas, sus mascotas obedientes ya sabían que tenían que marcharse y acostarse en sus propias camas, sabiendo que estarían encerrados fuera de la habitación de su dueña por un tiempo. Joe la dejó en el suelo al lado de la cama y comenzó con su pelo, soltando cada pasador sin apartar los ojos de ella.

Cuando Janey alcanzó su corbatín, su corazón se detuvo ante la intensa expresión que vio en su rostro. “Tengo que decirte algo más,” dijo ella.

“¿Qué?” Él bajó la cremallera del vestido, lo empujó por sus hombros y lo dejó caer en un charco a sus pies. Sus ojos se agrandaron cuando echó un buen vistazo al sexy negligé que se había puesto bajo el vestido.

Con las dos manos en su rostro, ella dirigió sus ojos para que se encontrara con los suyos. “*Te quiero* de verdad.”

Él respiró hondo. “¿En serio?”

Ella asintió con la cabeza.

“¿Desde cuándo?”

“Desde el segundo en que pensé que tenía que renunciar a ti.”

“No tienes que renunciar a mí, Janey.”

“¿Pero qué pasa con—”

Su boca descendió sobre la de ella, una reunión frenética de sus labios, lenguas y dientes. Sus manos estaban por todas partes, tirando de botones, ganchos, chalecos y pantalones. “Maldito esmoquin,” gimió él contra sus labios. “Demasiadas piezas.”

Janey se rio y le ayudó a deshacerse del resto de su ropa. El segundo en que los dos estuvieron desnudos, Joe la levantó del suelo y entró en su cuerpo.

“¡Oh!” Exclamó ella con los brazos envueltos firmemente alrededor de su cuello. “*Joe.*”

“¿De verdad pensaste que podías vivir sin mí?”

Ella negó con la cabeza. “Sabía que no podía, pero no iba a pedirte que

dieses todo por mí.”

Sin perder su unión, Joe la llevó hasta la cama y se cernió sobre ella, moviendo sus caderas lentamente, lo suficiente para volverla loca. “Ayer, contraté a alguien para que se encargara del negocio en mi ausencia, y he cambiado el turno de dos de mis capitanes de tiempo parcial a tiempo completo.”

Janey le miró fijamente, tratando de comprender lo que le estaba diciendo. Y entonces él la penetró con fuerza, y ella dejó de pensar completamente.

“Nada,” le susurró contra su cuello, “tiene sentido para mí sin ti. Iría a cualquier parte del mundo si eso significara estar contigo.”

“Son cuatro *años*, Joe. No puedes ausentarte tanto tiempo.”

“Sí, puedo.” Él salió de ella, dejándola desprovista y necesitada. Sus labios dejaron un rastro desde su cuello hasta sus pechos. “Puedo hacer lo que me dé la gana. Soy el dueño de la maldita empresa, Janey.” Su lengua rodeó su pezón, y ella trató de dirigirle de nuevo en su interior, pero él no quería apresurar las cosas. “La maldita compañía me da mucho maldito dinero, que me da la libertad de hacer cualquier maldita cosa que quiera.” Él tiró con fuerza de su pezón, haciéndola gritar de las sensaciones que la recorrieron. “Y lo que yo quiero, lo que *realmente* quiero, es irme contigo a Ohio.”

Sus labios se desplazaron hasta su vientre y chuparon su ombligo mientras que sus anchos hombros separaban sus piernas. Él la tenía tan preparada, tan excitada, que solo unas pocas caricias de su lengua por su área más sensible la enviaron volando más alto que la vez anterior. Un grito que sonó más como un sollozo brotó de su garganta, y después Joe estuvo de vuelta en su interior, montándola dura y salvajemente.

Janey no tuvo más remedio que dejarse llevar de nuevo con él al lugar al que solo Joe podía llevarla.

“Dímelo otra vez,” le pidió él, respirando con dificultad mientras la miraba fijamente a los ojos. “Dímelo.”

“Te quiero de verdad, Joe, y siempre lo haré.”

“Yo también te quiero de verdad, Janey McCarthy. Más que a nada en este mundo y siempre lo haré.” Joe la penetró una vez más y echó la cabeza hacia cuando llegó. Su poderosa liberación desencadenó otra para ella.

Durante mucho tiempo después, Joe se quedó tumbado encima de ella, todavía en su interior.

“¿De verdad vas a venir conmigo?” Le preguntó mientras acariciaba su espalda.

“De verdad. Alguien tiene que cuidar de ti, de la casa y las fieras mientras que estás estudiando.”

“¿Y estás seguro de que va a ser suficiente para ti?”

“Supongo que podremos volver aquí en verano para que pueda encargarme de los barcos y tendré el resto del día para pintar y ayudarte a estudiar.”

“No puedes ayudarme. Eres demasiada distracción.”

“Ya discutiremos eso más tarde. De hecho, lo estoy deseando.”

Janey dejó escapar un pequeño chillido.

“*Jesús*, ¿tenías que hacer eso en mi oído?”

“¡Estoy tan feliz! Consigo ir a la facultad de veterinaria y tenerte a ti también. Nunca imaginé que tendría las dos cosas.”

Él levantó la cabeza para darle un suave beso en los labios. “Yo nunca imaginé que te tendría a ti.” Un beso llevó a un segundo y a un tercero.

“¿Puedo preguntarte algo?”

“Lo que quieras.”

“Esa boda de ensueño que tenías planeada para el próximo verano—¿la planeó más él o tú?”

“El cien por cien, yo.”

Joe apoyó su frente en la de ella. “No la canceles.”

Sus ojos se abrieron. “¿Qué estás diciendo?”

Él se retiró de ella y se movió hacia un lado para alcanzar la chaqueta que estaba en el suelo. Cuando volvió, le tendió la mano. Un anillo de diamantes estaba sentado en su palma. Era fácilmente el doble de grande que el que David le regaló. Este venía con todo lo que más le importaba—cosas que lamentablemente habían brillado por su ausencia la última vez.

Janey se tapó la boca mientras que las lágrimas brotaban de sus ojos.

“Creo que Doctora Janey Cantrell suena de maravilla.” Él le tomó su mano, deslizó el anillo en su dedo y besó sus nudillos. “¿No es así?”

“Sí, yo también lo creo.”

“Te he querido desde hace tanto que no recuerdo un momento en mi vida en que no te quisiera.”

“A mí me ha llevado un poco más de tiempo ponerme al día, pero ahora que lo he hecho, no puedo imaginarme mi vida sin ti.”

Joe esbozó esa sexy sonrisa que ella tanto adoraba. “No tendrás que hacerlo.”

Janey llegó a él y lo abrazó. “Gracias por esperarme, Joe.”

“Hiciste que mereciera la pena hacerlo, mi amor. Ha merecido mucho la

pena.”

¡Gracias por leer *Loco de Amor!* Espero que te haya gustado. Si es así, por favor, ayuda a otras personas a encontrar este libro:

1. Este libro es prestable, así que envíasele a todos aquellos a los que creas que puede gustarle para que ellos también me conozcan.
2. Ayuda a otras personas a encontrar este libro escribiendo una reseña.
3. Regístrese para recibir nuevos comunicados por e-mail contactando conmigo en marie@marieforce.com, para que puedas empezar a leer los próximos libros tan pronto como estén disponibles.
4. Visita mi página de [Facebook](#).
5. Únete a mi [Grupo de Lectores de los McCarthys de Gansett Island](#).
6. Únete al [Grupo de Lectores de Loco de Amor](#).

¡Muchas gracias por el apoyo mostrado hacia mis libros! ¡Lo agradezco de verdad!

Continúa leyendo para conocer el comienzo de la historia de Luke y Sydney, LISTO PARA EL AMOR.

Listo para el Amor
Los McCarthys de Gansett Island, Libro 3
Por: Marie Force

“¿Vas a decirme algo en algún momento?”

Su familiar voz sobresaltó a Luke, sorprendiéndolo y dejándolo anclado en el sitio mientras permanecía agachado en cuclillas en la oscuridad al lado del porche de sus padres.

La carcajada que siguió a su pregunta le recordó a la época más feliz de su vida, cuando ella se reía de todos sus chistes malos, antes de que hubiera ido a la universidad y hubiera conocido a alguien que le llenaba más.

“¿Luke?”

Se puso de pie lentamente, sin saber si estaba más aliviado o mortificado de haber sido atrapado mirándola. “¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?”

“Desde la primera vez que viniste el verano pasado.”

Vale, mortificado. Definitivamente mortificado. Luke soltó una temblorosa risa.

“Y yo que pensaba que estaba siendo astuto.”

“Como si pudiera olvidar el sonido de tu barco raspando contra la playa. Solía escucharlo todas las noches.”

El recuerdo de aquellas inolvidables noches de verano hizo que su corazón se acelerase. Cuando había oído en la vida de la isla que ella había llegado a la isla en el primer ferry de la mañana, se había dicho a sí mismo que no se movería de casa, que la dejaría en paz. Pero saber que ella estaba aquí, saber que estaba justo al otro lado del charco...al igual que el verano anterior, había hecho que fuera incapaz de mantenerse alejado.

“Lo siento,” dijo. “Debes pensar que soy una especie de psicópata. Te juro que no lo soy. Es solo que cuando me enteré de lo que le pasó...a tu familia...tuvo que venir, asegurarme de que estabas bien. Bueno, por supuesto no estabas bien...” Soltó un tembloroso suspiro. “Jesús, no paro de estropearlo.”

Ella sonrió, y él se sintió aliviado al ver el mismo brillo en sus expresivos ojos que solía ver todos los días cuando la hacía sonreír. Luke lo tomó como una señal de que se había recuperado, un poco—lo poco que sería posible recuperarse después de una tragedia semejante—desde la última vez que la “visitó” hacía un año.

“¿Quieres subir?” Preguntó.

“Oh, no quiero molestarte ni a ti ni a tus padres—”

“Ellos van a estar fuera de la isla durante semanas. Reunión familiar en Wisconsin.”

“¿Tú no has querido ir con ellos?”

Ella arrugó la nariz. “Prefiero pasar aquí el verano en vez de en Wisconsin.”

“Siempre te encantó venir aquí.” De alguna manera, Luke reunió sus escasas fuerzas restantes para subir los cinco escalones del porche mientras que su corazón latía con tanta fuerza que se preguntó si estallaría a través de su pecho. Se puso de pie con las manos en los bolsillos para que ella no notara que estaba temblando, incapaz de recordar la última vez que había estado tan nervioso. Hablar con el amor de tu vida, por primera vez en diecisiete años, haría que cualquier hombre se pusiera nervioso, supuso.

“Es mi lugar favorito en el mundo.”

“Me preguntaba si vendrías este año.”

Su sonrisa se desvaneció un poco. “Tenía algunas cosas de las que quería encargarme antes de salir de la isla.” Hizo un gesto hacia la mecedora junto a la suya. “¿Quieres sentarte?”

“Um, claro. Supongo. Solo un momento.” Bajo el resplandor de la luz del porche, Luke le echó una mirada furtiva. Se sintió aliviado al ver que tenía mucho mejor aspecto que el año pasado, apenas unos meses después del accidente. “¿Quién es tu amigo?” Le preguntó, haciendo referencia al precioso Golden Retriever que yacía entre las dos sillas. El perro había fijado sus ojos en Luke desde el momento que comenzó a acercarse al porche, pero se había mantenido en silencio.

“Este es Buddy.” Ella se agachó para rascarle las orejas, e incluso mientras que el animal disfrutaba claramente de la atención, no apartó sus solemnes ojos de Luke. “Se lo regalamos a los niños la Navidad antes del...accidente. El pobre los quería tanto, a todos por igual, pero con mi hijo Max tenía un vínculo muy especial. Pensé que se moriría de pena después de lo ocurrido. No dejó de llorar ni de gemir durante meses.”

Luke sintió que se le rompió el corazón solo de pensar en el perro sufriendo por la muerte de su querida familia. “No lo vi contigo el verano pasado.”

“Todavía me estaba recuperando de mis propias heridas, y nos preocupaba que me pudiera tropezar con él o me tirara sin querer. Se quedó con nuestros vecinos en su casa durante unos meses. Ahora estoy muy contenta de tenerlo de

vuelta conmigo. Parece haber superado la peor parte.”

Tú también, pensó Luke, pero prefirió no decir nada; ella no necesitaba que le recordasen lo que había pasado.

“Te debo la mayor disculpa del mundo,” dijo ella, sorprendiéndolo.

“He sido yo quien te ha estado acechando todo este tiempo. ¿Por qué me debes una disculpa?”

“Estabas cerciorándote de que estuviera bien. Hay una gran diferencia.”

Ella se sentó con las piernas cruzadas debajo de ella y se volvió hacia él. “La disculpa que te debo se remonta a diecisiete años atrás.”

“Oh. Eso.”

“Sí. Eso. “

“Sydney—”

“Luke—”

Ella se aclaró la garganta y cruzó las manos firmemente en su regazo. Esto era mucho más terrible de lo que jamás había imaginado—y lo había imaginado muchas veces. Miles de veces, para ser honesto. ¿Qué decirse en una situación así? Si es que acaso todavía tenían algo que decirse. “Lo siento,” dijo. “Continúa.”

“Lo que hice fue inconcebible. Sé que no es ningún consuelo, pero pensé en ti muchas veces. Quería escribirte o llamarte, pero, ¿qué podría decir? ‘¿Siento haberme ido a la universidad y no haber regresado jamás?’ Ojalá hubiera sabido hacerlo mejor.”

“Me alegro de saber al menos que pensaste en mí.”

“Oh Dios, Luke, ¿cómo *no* iba a pensar en ti? Esos veranos...el tiempo que pasamos juntos...además de cuando nacieron mis hijos, fue el momento más mágico de toda mi vida.”

No, Luke decidió que esto era más terrible que cualquier otra cosa que jamás hubiera imaginado. “Si eso era lo que sentías, ¿por qué—”

“Fui una idiota.”

Impresionado por su franqueza, él abandonó toda pretensión de tratar de no mirarla. Su espeso cabello rubio rojizo por el que tanto le gustaba deslizar sus dedos, estaba más corto que de costumbre, pero las pecas que solían aparecer en su nariz después de varios días bajo el sol, todavía estaban ahí. Sus brillantes ojos azules que tan tristes le habían parecido el verano pasado, parecían haber recuperado también algo de su brillo.

“Tuve esta idea, ya sabes, de cómo debería ser la vida, quién debía ser mi marido, a qué se dedicaría, dónde viviríamos. Me comporté como una

estúpida snob.”

“Supongo que el chico que se había quedado atrapado en la isla, que trabajaba en un puerto deportivo y que nunca consiguió ir a la universidad, no se ajustaba bien a tus ideales.” Luke trató que no se notara la amargura de su voz, pero después de tantos años de sospechar qué habría hecho que se alejara de él, la confirmación de sus peores temores fue apenas un bálsamo en su herida aún abierta.

“Sé que no hay nada que pueda decir que pueda cambiar lo que sucedió hace tantos años, pero quiero que sepas que me arrepentí de la forma en que te traté. *Siempre* me arrepentí.”

Escuchar eso no le ayudó a sentirse tan bien como esperaba.

Ella se miró las manos. “A veces me pregunto si lo que pasó después... fue mi castigo...”

“No digas eso. Nadie se merece que le pase una cosa así.”

“El Karma puede ser terriblemente cruel,” dijo con tristeza. “Tal vez pedí demasiado, ¿sabes?”

“No puedo creer que un Dios o un poder superior se lleve la vida de unos niños inocentes como forma de cobrarse su venganza porque su madre fuera arrogante con los sentimientos de un antiguo novio.”

Sydney hizo una mueca. “Arrogante. Vaya.”

“¿Cómo lo llamarías tú?”

“Fui horrible. Una persona horrible.” Inclino su cabeza hacia atrás en la mecedora y lo estudió. “No has cambiado nada, te hubiera reconocido en cualquier parte.”

“Tú llevas ahora el pelo más corto pero por lo demás, estás igual que siempre.”

“Dime que encontraste a alguien maravilloso, que te casaste y tienes una casa llena de niños. Dime que al menos todo ha salido bien en tu caso.”

“No tengo esposa ni hijos, pero sí tengo una buena vida. Una vida satisfactoria.”

“Decidiste no casarte ni tener hijos después de haber estado conmigo, ¿no?”

Él luchó por mantener una expresión neutral, por no dejar que viera su dolor. “No te des *tanta* importancia, Donovan. No eras tan importante.”

Su risa atravesó la noche, causando un aleteo en su corazón. “Lo que tú digas, chico duro.”

Nunca había sido capaz de engañarla. “¿Puedo hacerte una pregunta?”

“Por supuesto.”

“¿Tu marido...?”

“Seth.”

“¿Fuiste más feliz con él?”

Ella suspiró. “Es una pregunta muy complicada.”

Luke soltó un torturado gemido. “*Vamos*. Al menos dime que mereció la pena—para uno de los dos.”

Permanecieron en un incómodo silencio durante un largo tiempo. “Seth era un buen hombre, un padre maravilloso, un esposo devoto, y yo lo quería mucho.”

“¿Pero?”

Ella le miró con unos poderosos ojos que la dejaron sin aliento. “Lo que sentía por él...era diferente de lo que sentí por ti.”

Quería preguntarle qué quería eso. ¿*Cómo* diferente? ¿Diferente mejor? ¿Diferente más? ¿Diferente menos? Pero no fue capaz de formar ninguna de esas preguntas, por lo que tuvo que conformarse con lo que ella quisiera compartir con él por iniciativa propia.

“No debería estar admitiendo estas cosas, sobre todo a ti. ¿Ves lo que quiero decir sobre el Karma?”

Luke negó con la cabeza. “El universo no funciona de esa manera. No lo hace.”

“Algunos días me resulta difícil creer que no haya sido algo que me haya merecido. No siempre he sido una buena persona.”

“No puedes creer eso, honestamente. Un conductor ebrio mató a tu familia, no tú.”

“Eso es lo que mi terapeuta ha estado tratando de hacerme ver durante meses.”

“¿Te estás acercando?”

“A veces; tengo mis días mejores y mis días peores.”

“Espero que verme a mí no haya hecho de este un día peor.”

“Ha sido que sea un día maravilloso. He estado esperando durante años tener solo la oportunidad de decirte cuánto sentí haberme alejado de ti sin una sola palabra. A veces, cuando venía los veranos con mis padres, me daban ganas de pasarme por el McCarthy’s a verte.”

“¿Por qué no lo hiciste?”

“Porque hubiera sido muy injusto para ti aparecer de la nada, después de todo ese tiempo, solo para sentirme mejor después de haberte tratado como

una mierda.”

“Me hubiera gustado haberte visto, haber conocido a tus hijos. Por encima de todo, echaba de menos a mi amiga Sydney. La mejor amiga que jamás he tenido.”

Sus se llenaron de lágrimas. “Lo siento mucho, Luke,” susurró. “Lo siento muchísimo. ¿Podrás perdonarme?”

“Te perdoné hace mucho tiempo. Solo tenías diecinueve años, no me debías nada.”

Ella se acercó y puso su mano sobre la de él. “Te debía mucho más que lo que crees después de cuatro mágicos veranos juntos.”

El roce de su piel contra la suya trajo una avalancha de preciados recuerdos a su mente, los más preciados de todos. Luke giró la mano para capturar la de Sydney entre las suyas, y la emoción lo golpeó con tanta fuerza que lo dejó sin aliento. De repente, sintió que tenía que irse antes de decir algo que fuera a lamentar profundamente. “Me ha alegrado mucho verte, Syd.”

“Gracias por querer asegurarte de que estaba bien.”

Luke hizo una mueca. “Querer asegurarme de que estabas bien suena mucho mejor que acecharte en la oscuridad.”

Ella le apretó la mano. “Me llegó al corazón darme cuenta el año pasado de que estabas aquí, que te importaba, a pesar de la forma en que acabó todo. Espero que entiendas que todavía no estaba lista para...”

“Por favor. Por supuesto que entiendo.”

“¿Volverás de nuevo?”

Sorprendido por la pregunta, Luke dijo, “¿Te gustaría que lo hiciera?”

“Echo mucho de menos a mi amigo Luke. Nunca he dejado de hacerlo.”

Abrumado por sus palabras, Luke no supo qué decir.

“Veo que te he dejado un poco descolocado. He estado haciendo eso mucho últimamente. Desde el accidente, no veo razones para contenerme. La vida es corta. ¿Qué sentido tendría?”

“Ninguno, supongo.”

“Siento haberte descolocado.”

“No lo has hecho, solo me has dado mucho en lo que pensar.”

“¿Aceptas mis disculpas?”

Él asintió con la cabeza. “Borrón y cuenta nueva.”

“Eso es mucho más de lo que merezco.”

“Ya lo hemos olvidado todo, ¿recuerdas?”

Ella le sonrió tal como solía hacer cuando aún le amaba, y Luke juró que su

corazón se detuvo por un instante.

Se obligó a soltarle la mano, levantarse, caminar por las escaleras, y escapar mientras aún pudiera. Estaba por el camino de hierba hacia la playa cuando ella lo llamó.

“Vuelve, Luke. Por favor, vuelve de nuevo.”

Él hizo un gesto para hacerle saber que la había oído y siguió hacia la costa por el camino que tantas noches recorrió entre su jardín y la playa. Su viejo bote de remos, el mismo barco que tenía por aquel entonces, le estaba esperando para que hiciera su camino de vuelta a través del estanque hasta la misma pequeña casa que una vez había compartido con su madre. Su enfermedad lo había mantenido atado a la isla cuando Sydney y sus otros amigos fueron a la universidad.

Nunca había lamentado darle esos años tan importantes a la mujer que lo había criado sola, pero no podía dejar de preguntarse si las cosas hubieran sido distintas para él—y para Sydney—si hubiera podido aceptar la beca que le ofrecieron y que le hubiera convertido en un biólogo marino. ¿Hubiera sido esa profesión lo suficientemente buena para Sydney? ¿Habrían seguido juntos?

Probablemente no. Ella se había casado con un banquero. Un tipo que estudia las algas y la espuma de las charcas probablemente no habría llegado a sus estándares. De cualquier manera, ahora no servía de nada pensar en eso. ¿Qué más daba? Ella tomó su decisión mucho tiempo atrás, y él no había tenido más remedio que aceptarlo.

Pero, mientras remaba lentamente a través de la gran laguna, guiado por la luz de la luna y las estrellas, una emoción que no había experimentado en mucho tiempo y de la que casi se había olvidado, le embaucó: esperanza. Ella nunca lo había olvidado. Había pensado en él, lo había echado de menos y había lamentado el modo en que todo acabó entre ellos. *Dios, ¿qué significaría eso?*

Ella ya no estaba casada. Su esposo y sus hijos partieron hacía más de un año. Podía ver a simple vista que estaba mucho mejor del duro revés que le había dado la vida que el año pasado, cuando todo estaba aún demasiado reciente.

“Diablos,” dijo en voz alta mientras remaba. “No te hagas ideas equivocadas, hombre. Todo terminó hace mucho tiempo. Deja el pasado donde pertenece.”

Pero aún cuando se decía que no tenía sentido siquiera pensar en ello, la molesta explosión de esperanza en su interior se negaba a ser ignorada.

Listo para el Amor, ya disponible!

Otros Romances Contemporáneos disponibles de Marie Force:

La Serie Treading Water

Libro 1: Caminando sobre Agua

Libro 2: Marcando el Tiempo

Libro 3: Empezar de Cero

Libro 4: Regresando a Casa

La Serie de Los McCarthys de Gansett Island

Libro 1: [Criado para el Amor](#)

Libro 2: [Loco de Amor](#)

Libro 3: [Listo para el Amor](#)

Libro 4: [Cayendo en el Amor](#)

Libro 5: [Esperanzada por Amor](#)

Libro 6: Temporada para el Amor

Libro 7: Anhelos de Amor

Libro 8: Esperando un Amor

Libro 9: Tiempo para el Amor

Libro 10: Destinada para el amor

Libro 10.5: Una Oportunidad para el Amor, una Novela de Gansett Island

Libro 11: Gansett Después del Anochecer

Libro 12: Besos Después del Anochecer

La Serie Green Mountain

Libro 1: Todo lo que necesitas es amor

Libro 2: Quiero coger tu mano, Junio de 2014

Libro 3: La vi allí parada

Libro 4: Y la Quiero

Celebrity

Libro 1: [Escandalo](#)

Libro 2: [Fantasia](#)

Libro 3: [Exstasis](#)

Títulos independientes

Georgia en mi mente

True North

La Derrota
Todo el mundo ama a un héroe
Amor a primera vista
Línea de ataque

Novelas de Suspense Romántico disponibles de Marie Force:

La Serie Fatal

Libro 1: Affair Fatal
Libro 2: Justicia Fatal
Libro 3: Consecuencias Fatales
Libro 3.5: Destino Fatal, la Novela de la Boda
Libro 4: Defecto Fatal
Libro 5: Decepción Fatal
Libro 6: Error Fatal
Libro 7: Riesgo Fatal
Libro 8: Escándalo Fatal

Título Independiente

El Naufragio

Sobre la Autora

Marie Force ha sido proclamada por el *New York Times*, *USA Today* y *Wall Street Journal*, autora best-seller galardonada de romance contemporáneo. Su serie auto-publicada y best-seller por el *New York Times*, Los McCarthys de Gansett Island, ha vendido más de un millón de copias desde que *Criado para el Amor* fue publicado en 2011. Ella también es autora de la serie Fatal de Harlequin's Carina Press, también best-seller por el *New York Times*, así como de la serie Treading Water y numerosos libros independientes.

Todo lo que necesitas es amor, el primer libro en su serie Green Mountain de Berkley Sensation, fue publicado en febrero de 2014. El segundo libro, *Quiero coger tu mano*, estará disponible en junio de 2014, y el tercer libro, *La vi allí parada*, saldrá en noviembre de 2014, con mucho más por venir de las Green Mountains. En 2014, Marie tendrá ocho libros de éxito publicados —los cinco primeros en la serie Fatal de Harlequin, y los tres primeros de la serie Green Mountain de Berkley.

Mientras que su marido estaba en la Marina, Marie vivió en España, Maryland y Florida, para después instalarse en su estado natal de Rhode Island. Es madre de dos adolescentes y dos enérgicos perros, Brandy y Louie. Únete a la lista de correos electrónicos de Marie en marieforce.com para recibir noticias sobre sus nuevos libros y otras posibles apariciones en tu área. ¡Únete a uno de los muchos grupos de lectores de Marie! Contacta con Marie en marie@marieforce.com.